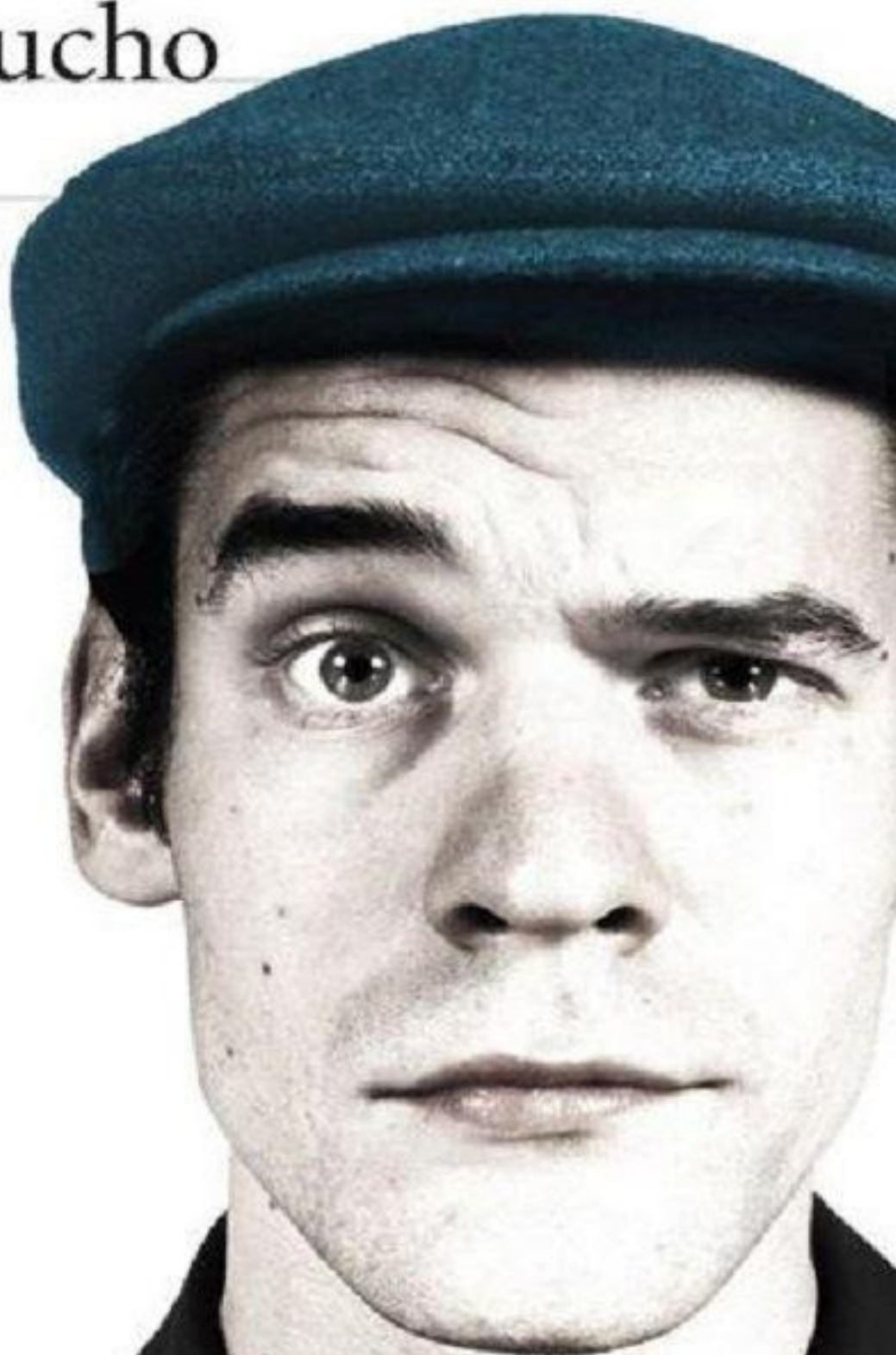


David Foenkinos

Estoy mucho
mejor



se

Lectulandia

El protagonista de la novela trabaja en un despacho de arquitectos y parece un feliz hombre de familia. Una mañana despierta con un dolor de espalda insoportable. Después de someterse a varias pruebas, los médicos no consiguen encontrar el problema. Desesperado, acude a todo tipo de especialistas: fisioterapeutas, psicólogos... Durante este periplo, los cimientos de su vida empiezan a resquebrajarse: pierde su trabajo, su mujer le pide el divorcio... Lo único que permanece es el dolor de espalda. Y es que su espalda está llena de nudos; cada uno de los momentos tristes que ha vivido parece haberse atrincherado en ella para siempre. Debe deshacer estos nudos, y para ello enfrentarse a sus frustraciones: decirle a sus padres lo que realmente siente; hablar con esa niña (hoy ya mujer) que le rechazó en la escuela; superar la muerte de John Lennon, su ídolo... A medida que el protagonista reconstruye su vida y descubre la felicidad, el dolor va desapareciendo.

David Foenkinos

Estoy mucho mejor

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2021

Título original: *Je vais mieux*

David Foenkinos, 2013

Traducción: Isabel González-Gallarza Granizo

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

VIII ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA


epublibre

PROYECTO SCRIPTORIUM



Más libros. más libre

PRIMERA PARTE

1

Siempre se sabe cuándo empieza una historia. Yo enseguida comprendí que *pasaba algo*. Por supuesto, entonces aún no podía imaginar hasta qué punto todo en mi vida se pondría patas arriba. Al principio noté una molestia difusa; un simple dolorcillo agudo en la parte baja de la espalda. Nunca me había pasado antes, no había razón para agobiarse. Sería seguramente un nudo de tensión por una acumulación reciente de preocupaciones.

Esta escena inicial ocurrió un domingo por la tarde; uno de esos primeros domingos del año en que hace bueno. Te alegras de ver el sol, por frágil y poco fiable que sea. Mi mujer y yo habíamos invitado a comer a una pareja de amigos, siempre los mismos, la verdad; eran a la amistad lo que nosotros al amor: una forma de rutina. Bueno, un detalle había cambiado: nos habíamos mudado a las afueras, a un pequeño chalé con jardín. Qué orgullosos estábamos de nuestro jardín. Mi mujer plantaba rosales con una devoción casi erótica, y yo era consciente de que colocaba en esos pocos metros cuadrados de vegetación toda su esperanza de un renacer de su propia sensualidad. A veces la acompañaba junto a las flores, y experimentábamos como oleadas de nostalgia de nuestro pasado. Después subíamos a nuestra habitación y, durante veinte minutos, volvíamos a tener veinte años. No ocurría con frecuencia, era un momento valioso. Élise siempre conseguía robarle instantes al hastío. Era tierna, era divertida, y yo me daba cuenta cada día de lo acertado que había estado al elegirla para ser la madre de mis hijos.

Cuando volví de la cocina, con una bandeja en la que había puesto cuatro tazas y la cafetera, me preguntó:

—¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

—Me duele un poco la espalda, no es nada.

—Cosas de la edad... —dijo en voz baja Édouard, con ese tono irónico del que jamás se desprendía.

Tranquilicé a todo el mundo. En el fondo no me gustaba ser el centro de atención. Al menos no me gustaba ser tema de coloquio. Sin embargo, era imposible evitarlo; seguía sintiendo como ligeros mordiscos en la espalda. Mi

mujer y nuestros amigos charlaban, y yo era incapaz de seguir la conversación. Totalmente absorto en mi dolor, trataba de recordar si había hecho algún esfuerzo especial esos últimos días. No, me parecía que no. No había levantado peso, no había hecho ningún mal movimiento, no había sometido mi cuerpo a nada fuera de lo habitual que hubiera podido provocar ese dolor que ahora sentía. Desde los primeros minutos de mi mal pensé que podía tratarse de algo grave. Instintivamente, no me tomé a la ligera lo que me ocurría. ¿Es que estamos condicionados hoy en día a ponernos siempre en lo peor? Había oído tantas veces historias de vidas arrasadas por la enfermedad...

—¿Quieres más fresas? —me preguntó entonces Élise, interrumpiendo así mi macabra ensoñación. Le tendí mi plato como hacen los niños. Mientras comía me puse a palparme la espalda. Había algo que me parecía anormal (una especie de bulto), pero no sabía si lo que notaba era real o fruto de mi imaginación inquieta. Édouard dejó de comer para observarme:

—¿Te sigue doliendo?

—Sí... No sé lo que tengo —admití con una pizca de pánico en la voz.

—A lo mejor deberías tumbarte un rato —sugirió Sylvie.

Sylvie era la mujer de Édouard. La conocí en mi último año de instituto. Hacía, pues, más de veinte. Me sacaba dos años; la diferencia de edad es la única distancia entre dos personas que no se puede alterar. Aunque muy al principio me atraía, ella siempre me vio como un niño pequeño. A veces los sábados me llevaba a visitar insólitas galerías o exposiciones temporales cuyos pasillos éramos los únicos en recorrer. Me hablaba de lo que le gustaba y lo que no, y yo intentaba formarme mi propio gusto de manera autónoma (en vano: estaba sistemáticamente de acuerdo con ella). Ya entonces Sylvie pintaba mucho, y para mí encarnaba la libertad y la vida artística. Todo aquello a lo que yo había renunciado tan rápidamente al matricularme en la Facultad de Económicas. Dudé durante todo un verano, porque quería escribir: bueno, digamos que tenía un vago proyecto de escribir un libro sobre la Segunda Guerra Mundial. Pero al final me avine a la opinión general^[1] y opté por una orientación más concreta. Extrañamente, también Sylvie me animó a que siguiera ese camino, pese a no haber leído nada mío; su consejo no tenía, pues, que ver con que mi trabajo le gustara o no. No debía de creerme capaz de llevar una vida inestable, llena de dudas e incertidumbres. Seguramente yo tenía aspecto de joven estable. El aspecto de un hombre que

acabaría, veinte años más tarde, con dolor de espalda, en un chalé a las afueras.

Unos meses después de conocernos, Sylvie me presentó a Édouard. Anunció sobriamente: «Es el hombre de mi vida». Esa expresión siempre me ha impresionado. Aún hoy me sigue fascinando esa elocuencia grandiosa, esa enorme estabilidad con respecto a lo más imprevisible que hay: el amor. ¿Cómo se puede estar seguro de que el presente tomará la forma del siempre? Pero debía de saber lo que decía, pues los años no habían abierto la más mínima fisura en su certeza inicial. Formaban una de esas insólitas parejas cuyas afinidades nadie entiende realmente. Ella, que tanto me había ensalzado el arte de la inestabilidad, se había enamorado locamente de un estudiante de estomatología. Con los años, yo aprendería a descubrir el lado artístico de Édouard. Era capaz de hablar de su trabajo con el entusiasmo de todo creador; espulgaba febrilmente los catálogos de material dental en busca del último grito en tornos. Sin duda hay que estar un poco loco para pasarse la vida contemplando los dientes de los demás. Pero tardé mucho tiempo en darme cuenta de todo eso. Cuando lo conocí, recuerdo haberle preguntado a Sylvie:

—Dime, sinceramente, ¿qué te gusta de él?

—Su manera de hablarme de mis muelas.

—No, venga, contéstame en serio.

—Pues exactamente no sé qué. Me gusta, y ya está.

—No puedes querer a un dentista. Nadie puede querer a un dentista. De hecho, uno se hace dentista porque nadie le quiere...

Dije eso por celos, o sólo para hacerla reír. Me acarició la cara antes de declarar:

—Ya verás como tú también terminarás por quererle.

—...

Para mi gran asombro, tenía razón. Édouard se convirtió en mi amigo más cercano.

Unos meses más tarde conocí el amor a mi vez. Fue todo muy sencillo. Durante años me había enamorado de chicas que ni me miraban siquiera. Perseguía lo inaccesible, gangrenado por mi propia inseguridad. Ya casi había renunciado a la idea de ser dos cuando apareció Élise. No hay nada excepcional que contar; quiero decir que fue algo evidente. Nos sentíamos bien juntos. Paseábamos, íbamos al cine y hablábamos de nuestros gustos.

Después de todos estos años, sigue siendo muy conmovedor recordar esa época en que todo empezaba para nosotros. Tengo la impresión de que alcanzo a tocar con la mano esos días. Y no puedo creer que hayamos envejecido. De hecho, ¿quién puede creer que envejece? Édouard y Sylvie siguen aquí. Estamos almorzando juntos y nos gusta hablar de los mismos temas. La vida no avanza para nosotros. No ha cambiado nada. No ha cambiado nada, excepto una cosa: el dolor que siento hoy.

Siguiendo el consejo de Sylvie, subí a tumbarme. Me daba vueltas la cabeza, como tras una fiesta en la que hubiera bebido. Sin embargo, apenas había tomado una copa de vino en el aperitivo. Ecurridizo, el dolor seguía burlándose de mí. Unos minutos después, Édouard vino a verme.

—¿Te encuentras bien? Nos has dejado preocupados, ¿sabes?

—Esto no tiene ninguna gracia, hablo en serio.

—Lo sé. Te conozco lo suficiente para saber que no eres el típico quejica.

—...

—¿Puedo ver dónde te duele?

—Aquí —dije, enseñándole la zona en cuestión.

—Si quieres, puedo echarle un vistazo.

—Pero si eres dentista...

—Sí, bueno, pero un dentista es un médico, al fin y al cabo.

—No veo qué relación puede tener la espalda con los dientes.

—Bueno, oye, ¿quieres que te lo mire o no?

Me levanté la camisa, y mi amigo me palpó la espalda. Tras unos segundos en los que flotaba la posibilidad de una mala noticia, anunció de forma tranquilizadora que no notaba nada especial.

—¿No notas un bultito?

—No, aquí no hay nada.

—Pues yo sí que lo noto.

—Es normal. Cuando a uno le duele algo a veces se imagina que ha habido un cambio en su cuerpo. Es una forma de alucinación vinculada al dolor. Me pasa muy a menudo con mis pacientes. Les da la impresión de tener la mejilla hinchada, cuando no es así.

—Ah...

—Lo mejor es que te tomes dos comprimidos de Doliprane y descanses un rato.

En mi fuero interno pensé: es dentista. Lo que me acaba de decir es un diagnóstico de dentista. De espaldas no tiene ni idea. Ningún dentista sabe

nada de espaldas. Le di las gracias muy poco convencido y luego traté de conciliar el sueño. Extrañamente, los dos comprimidos me sentaron bien, y me dormí. Durante mi siesta pensé que el dolor había sido un espejismo y que todo iba a volver a la normalidad. Cuando desperté, miré por la ventana. Nuestros amigos ya debían de haberse marchado pues Élise estaba de rodillas en el jardín oliendo nuestras flores. No sé cómo puede ser, pero las mujeres suelen percibir cuándo se las mira. Como por arte de magia, la mía volvió la cabeza hacia mí. Me dedicó una sonrisa, a la que yo contesté con otra. Pensé que ese domingo por fin iba a ser un domingo. Sin embargo, al final del día el dolor volvió a ser tenaz.

2

Intensidad del dolor^[2]: 6.
Estado de ánimo: inquieto.

3

Por la noche me desperté muchas veces. Cuando lo hacía, miraba el pequeño transistor junto a mi cama, que indicaba las horas y los minutos con números luminosos. Lamentaba no haber pasado por la farmacia para comprar analgésicos antes de acostarme. Pensaba angustiado en la mañana de lunes que me esperaba. Tenía una reunión muy importante con unos clientes. Todo el mundo estaría sentado alrededor de la mesa, y no sabía cómo me las iba a apañar con mi dolor de espalda. Llevaba semanas preparando esa reunión con los japoneses. El señor Osikimi en persona se había desplazado para conocer a los responsables de la agencia. Era también mi ocasión de demostrarle por fin a Yann Gaillard que era mejor que él. Con un ascenso significativo en el horizonte, estaba en una posición de rivalidad con ese compañero de trabajo, y aunque me había decantado por un enfrentamiento comedido y sin juego sucio, a él en cambio lo notaba dispuesto a cualquier cosa para dejarme fuera de combate. Desde entonces mi vida en la empresa se había vuelto insostenible. Pero no podía tirar la toalla, me había esforzado mucho en progresar dentro del sistema (y además tenía que pagar una hipoteca). Miraba con envidia a algunos de mis amigos, felices en su vida profesional, mientras que la mía iba adoptando unas proporciones inhumanas de lucha incesante.

Cuando sonó el despertador, yo ya estaba despierto. Le anuncié a mi mujer que apenas había pegado ojo en toda la noche.

—Pues sí, esto ya empieza a ser preocupante. Te voy a acompañar a urgencias esta misma mañana.

—No puedo ir a urgencias. Ya sabes que tengo la reunión.

—Mírate, no puedes ir en estas condiciones. Llama al trabajo para decir que vas a llegar un poco más tarde. Estoy segura de que te esperarán. Todo el mundo sabe que no eres el típico quejica...

Ya iban dos veces en dos días que oía esa opinión sobre mí. No sabía cómo tenía que tomármela. Los que me rodeaban sabían sin duda que no tenía tendencia a exagerar. Mis palabras se adecuaban siempre a mis pensamientos, seguramente se referían a eso cuando decían que no era «el típico quejica».

Como mi mujer supo mostrarse persuasiva, fuimos al hospital. Le envié un mensaje a Mathilde, mi secretaria de origen suizo, para avisarla de que

llegaría tarde.

—Estoy segura de que está relacionado —dijo Élise durante el trayecto en coche hasta el hospital.

—¿El qué?

—Tu dolor de espalda y la reunión de esta mañana. Es un dolor psicosomático. No paras de decirme que esa reunión es muy importante para ti.

—Sí... Puede ser...

Unos minutos después, cuando aún seguíamos en el coche, recibí un mensaje de Gaillard: «Mathilde me ha dicho lo de tu espalda. No te preocupes, los japoneses han avisado también de que llegarían tarde. Te esperamos. Salu2». Odio a la gente que termina los mensajes poniendo «Salu2». De todos modos, odiaba todo lo que tuviera que ver con ese hombre. Tratándose de él, cualquier otra palabra me habría producido el mismo efecto. Por suerte Élise seguía a mi lado, atenuando con su presencia un claro aumento de agresividad en mí. Puso la radio. Canciones del pasado acunaban nuestra mañana de lunes. Terriblemente inquieto por el presente, abandoné mis oídos a la nostalgia.

Cuando llegamos nos acomodamos en una inmensa sala iluminada por fluorescentes amarillos. A nuestro alrededor había numerosos rostros crispados. No estaba solo en la comunidad del domingo arruinado. Todos parecían ansiosos. Me avergüenza reconocer que el hecho de ver a algunas personas sufrir más que yo me tranquilizaba. Para eso sirve una sala de espera: para evaluar tu propio estado con respecto al de los demás. Los enfermos se miran furtivamente unos a otros, se examinan. Yo no tenía aspecto de ser el más urgente entre los urgentes. Un joven doblado en dos cerca de mí respiraba de manera alarmante; pronunciaba palabras incomprensibles, como una oración. «Quizá deberían ocuparse primero de él, ¿no?», le sugerí a la enfermera cuando me llamó. Se mostró francamente sorprendida, seguramente estaba acostumbrada a que allí cada cual fuera a lo suyo.

—No se preocupe, enseguida viene un médico.

—...

—Vaya a la sala dos.

—Ah, muy bien... Gracias.

Al levantarme miré por última vez al joven. Élise también parecía muy afectada por ese enfermo; sin embargo, cuando me disponía a ir a la sala de

consulta, me dijo:

—Voy a aprovechar para ir a Décorama. Está aquí cerca. Me gustaría comprar una lámpara nueva para el salón.

—Ah...

—Lláname cuando salgas.

Ella que se había mostrado tan cariñosa desde el principio, ella que me había empujado a venir aquí, de repente me abandonaba. Quizá tuviera miedo de asistir a la pronunciación del terrible veredicto. No, no era plausible: si se hubiera temido lo peor, no habría podido irse de compras. No tenía tiempo de reflexionar sobre las razones de su huida. Podía ser una ansiedad disfrazada o una manifestación de insensibilidad (la que surge a veces con el tiempo en los amores estables), poco importa. Creo sobre todo que trataba de quitarle hierro al momento, convirtiéndolo en algo tan anodino como un paseo motivado por unas compras. Seguramente en el fondo tenía razón, pues yo empezaba a sentir el peso del mundo sobre mis hombros. No conseguía afrontar con dignidad lo que me ocurría. Era absurdo, a todo el mundo le dolía la espalda alguna vez, no era nada grave; era la clase de cita médica durante la cual una esposa podía irse de compras tranquilamente.

En la sala 2 esperé un rato más. Tras pasar la etapa de clasificación selectiva, ahora estaba en el servicio adecuado. Desde mi llegada al hospital, mi mente se había centrado en todo lo que ocurría a mi alrededor, con una extraña consecuencia: el dolor había desaparecido. Entonces me llamó el médico y me pidió que lo siguiera. Me dolía la espalda desde hacía más de un día y, de pronto, ahí, ante el especialista, ya no sentía nada de nada. Iba a parecer un enfermo imaginario que va al médico con cualquier pretexto; uno de esos que llenan los hospitales públicos e incordian con sus tonterías. En otras palabras: iba a parecer un quejica. Más tarde, cuando le contara la situación, Édouard me explicaría que se trata de un fenómeno psicológico clásico: en un entorno médico es bastante frecuente que los dolores se esfumen, como si temieran ser descubiertos y, por consiguiente, aniquilados.

El médico se mostró muy cordial conmigo y me trató como si fuera su único paciente en toda la jornada. Se notaba que le gustaba su trabajo, que cada mañana se ponía su bata con la misma emoción que el primer día. Lo imaginaba casado con una mujer que ejercía una profesión liberal a tiempo

parcial. Este verano se marcharían juntos a Sicilia para hacer submarinismo. Ella tendría miedo, pero él sabría tranquilizarla; debía de ser genial ir de vacaciones con él.

—Tiene suerte. No hay mucha gente esta mañana.

—Ah... Qué bien.

—Por lo general, los pacientes esperan cuatro o cinco horas. A veces hasta ocho.

—Vaya, pues sí que he tenido suerte...

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

—Me duele la espalda desde ayer, y no se me pasa.

—¿Le ocurre a menudo?

—No, es la primera vez.

—¿Ha hecho algún esfuerzo?

—No, nada especial. Me vino el dolor así, de repente, ayer. Durante el almuerzo.

—¿De qué estaban hablando? ¿Hubo algo en la conversación que lo contrariara?

—No... No creo, la verdad. Todo era normal.

—¿Está usted estresado estos días?

—Un poco.

—El estrés es la primera causa del dolor de espalda. Uno se «carga» de tareas y obligaciones, y al final la espalda es la parte del cuerpo donde se acumula el estrés que todo ello genera.

—Ah...

No me costaba imaginármelo repitiendo esa estadística a todos los pacientes que sufrían de dolor de espalda. Eso permitía hacer casi normal una situación que no tenía por qué serlo. Yo era un asalariado agobiado, lo cual no tenía nada de extraño. Éramos legión los que nos dejábamos invadir por la angustia; todo parecía lógico.

—Quítese la camisa y tumbese boca abajo.

Obedecí dócilmente. La última vez que me había visto en esa postura había sido hacía tiempo, en un viaje a Tailandia con Élise. Una joven de largo cabello negro me dio un masaje con aceites esenciales. Difícilmente podía haber dos momentos más diferentes. El médico me palpó la espalda largo rato sin decir nada. Yo transformé mentalmente su silencio en sentencia. Por fin habló:

—¿Es aquí donde le duele?

—Sí... Bueno..., en esa zona.

—Vale... Vale...

¿Por qué había dicho dos veces «vale»? Repetir las cosas nunca es buena señal. Parecía que quisiera ganar tiempo antes de anunciarme el veredicto.

—Bueno..., lo mejor será hacer unas radiografías. Así sabremos un poco más, y eso nos ayudará...

—Nos ayudará ¿a qué?

—A avanzar en el diagnóstico.

—...

—Puede ir esta misma mañana a radiología, si quiere.

—Es un poco complicado, tengo una reunión importante. ¿Puede esperar a esta tarde o a mañana por la mañana?

—Sí, seguramente sí..., pero bueno, no espere mucho tampoco... —
concluyó de manera francamente preocupante, como si tratara de ocultar lo urgente de mi situación. Intenté conservar la calma, ahuyentando con valentía los miles de ideas negras que me asaltaban. Hasta le di las gracias, antes de vestirme maquinalmente. En el umbral, justo antes de irme, aguardé un momento con la esperanza de que el médico pronunciara una frase tranquilizadora. Como un perro suplicando un hueso, quería roer una palabrita reconfortante. Pero no, no dijo nada. Parecía estar ya en otra parte; su mirada estaba concentrada en otros pacientes, otras espaldas que no eran la mía. No sé por qué pero ese instante se me antojó casi humillante.

De vuelta en el mostrador de recepción, tomé cita para el día siguiente por la mañana. Varias veces la secretaria me pidió que le repitiera lo que había dicho. Las palabras se me atascaban en la boca. Me sentía tan mal... Pensaba una y otra vez en lo que acababa de ocurrir. Hubiera querido que el médico me dijera: «No es nada» o «no es más que una contractura», pero no había dicho nada. Había dejado que se instalara un largo silencio antes de anunciar que había que hacer radiografías. Ese hombre veía espaldas todo el día. Sabía más que nadie del tema, y había tomado esa decisión de seguir examinándome. Peor aún, había dicho que había que *avanzar en el diagnóstico*. Tenía que haber un problema a la fuerza, puesto que se hablaba de un inicio de diagnóstico. Era una palabra que sonaba muy negativa. No podía verlo de otra manera. No se diagnostica a una persona sana. La palabra sonaba a los preliminares de un drama.

Pugnaba por recuperarme del golpe. Estaba claro que veía las cosas más negras de lo que en realidad eran. Mi angustia había transformado la realidad, me había inventado la reserva del médico. Éste había hablado simplemente, de manera neutra y despreocupada, como puede hacerse con un paciente que no tiene nada grave. Durante unos segundos viví como en suspenso, en la ilusión de esa opción tranquilizadora, antes de arrellanarme de nuevo en la cruel verdad. Estaba seguro de que algo había dejado intranquilo al médico. Yo era lúcido, y era precisamente esa lucidez lo que me hacía temer lo que me aguardaba. De hecho, nada más terminar la consulta, el dolor volvió a hacerse notar, tan fuerte como antes. Me pareció entonces que la zona dolorida se agrandaba, se extendía como una mancha de tinta sobre una hoja de papel. El agarrotamiento alcanzaba ahora el coxis y se extendía hasta cubrir los riñones por completo.

Me reuní con Élise a la salida del hospital.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Tengo que hacerme unas radiografías mañana.

—¿Unas radiografías?

—Sí, por una simple comprobación.

—...

Me parece que luego hizo dos o tres comentarios, pero no conseguía prestarle atención. Trataba de tranquilizarme y de pensar en la reunión que tenía esa mañana. Pero era inútil; sistemáticamente, mi mente volvía a la escena con el médico. Pensaba en su interrogatorio inicial. ¿Había habido algo en el almuerzo del domingo que me hubiera afectado? ¿Una palabra, una frase, un gesto? Pensaba en nuestra conversación y no veía en ella nada que explicara mi dolor actual. Pero estaba demasiado alterado como para poder recordar todo lo que habíamos dicho el día anterior. Por la noche, ya más tranquilo, tendría que rememorar toda nuestra conversación. Tenía que llevar a cabo una investigación, no podía desdeñar ninguna pista, tenía que bucear metódicamente en el pasado hasta dar con el momento en el que había empezado todo. La aparición del dolor es una escena del crimen. Cuando estábamos en el coche, y como yo seguía callado, Élise se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Te ha sentado mal que te dejara solo?

—No, hombre..., qué va...

—Me ha angustiado esperar ahí contigo. Me ha recordado a mi madre cuando acompañaba a mi padre a sus sesiones de quimio.

—...

Me sorprendió que mi mujer pudiera relacionar el cáncer de su padre con lo que me ocurría a mí. La comparación no me tranquilizaba mucho. Pero entendía lo que sentía, y era un alivio para mí: su huida no se había debido a ninguna insensibilidad por su parte. De hecho, ¿por qué lo había pensado siquiera? Mi mujer era perfecta, sabía administrar la dosis justa de compasión y optimismo. Dado mi estado, no le hacía mucha gracia que fuera a trabajar, pero sabía lo importante que era la reunión que tenía esa mañana. Decidió acompañarme. Yo quería coger un taxi para no retrasarla más, pero ella dijo que no. Se limitó a avisar a su asistente de que llegaría más tarde. Mi mujer era su propia jefa, lo cual facilitaba la organización de sus horarios. Dirigía una guardería; sus clientes eran hombres y mujeres encantados de reencontrarse con su prole por las tardes. Todo ello se desarrollaba en un ambiente amable, un pequeño mundo que precedía al mundo adulto. Élise se sentía realizada profesionalmente, salvo por un detalle: los niños no la recordaban. A veces se los cruzaba por la calle, y la miraban como a una perfecta desconocida. Solía decir: «Cuánto siento que la memoria no empiece más pronto».

Llegamos un poco antes de las diez; iba a poder asistir a mi reunión. Justo antes de bajar del coche, Élise me acarició en la mejilla, diciéndome en voz baja: «Todo irá bien».

4

Intensidad del dolor: 6.
Estado de ánimo: angustiado.

5

Hacía más de diez años que trabajaba en MaxBacon, uno de los estudios de arquitectura más relevantes. Yo me ocupaba de la parte presupuestaria de los proyectos, lo cual no me impedía tener una opinión sensible, por no decir artística, sobre los mismos. Aunque mi trabajo no era lo que podríamos decir palpitante, pese a todo le había cogido cierto cariño a esa vida pautada por informes y balances. Había entrevisto incluso la posible sensualidad de los números. Me gustaba dar un enfoque afectivo incluso a las cosas más anodinas, como los muebles de mi despacho. Por mi armario sentía por ejemplo algo parecido a la ternura, pues chirriaba de manera conmovedora. Era la vertiente mobiliaria del síndrome de Estocolmo. De la misma manera que hay quien desarrolla sentimientos amorosos por su verdugo durante su cautiverio, a mí me producía cierto bienestar moverme en el mundo anestesiado de la vida empresarial. Había pasado años fantásticos en esa estrechez sin alma, y me entristecía tener que arruinar esa felicidad por la tontería de la maldita competitividad. Pero así eran las cosas, el mundo había cambiado: había que ser eficaz, había que ser productivo, había que ser rentable. Había que esforzarse en afrontar todo cuanto le exigían a uno. Ya oíamos llamar a nuestra puerta a la nueva generación que el paro había vuelto hambrienta, y a la que las nuevas tecnologías habían robotizado. Todo eso me generaba mucho estrés. La época en la que se quedaba los viernes por la noche en casa de unos y otros para tomar una copa parecía muy lejana. Ahora imperaba la desconfianza. Tener una relación de amistad casi podía resultar sospechoso. Tras años de despreocupación, la vida de empresa se asemejaba a un país ocupado por el enemigo, y yo no sabía si debía colaborar con él, o pasarme a la resistencia.

Al llegar al trabajo esa mañana me precipité al ascensor para subir a la séptima planta, donde se celebraba la reunión. Durante la elevación, aproveché para echarme un vistazo. Había un gran espejo que permitía peinarse, ajustarse el nudo de la corbata o los pliegues de la falda. Constaté de nuevo que la expresión de mi cara era patética, pero no era ése el detalle más importante. Me llamó la atención algo mucho más sorprendente: una gota de sudor. Era la primera vez que el sudor se manifestaba así en mí, sin la más

mínima relación con el esfuerzo físico. Observé un breve instante esa perla en mi sien antes de enjugármela. Nada más salir del ascensor me topé con Gaillard:

—Ah, ya estás aquí. Menos mal que los japoneses también llegan tarde, no te has perdido nada.

—Ah... Qué bien...

—¿Qué tal te encuentras? Porque estabas en urgencias, ¿no?

—Sí, sí, pero estoy bien, gracias. Era una falsa alarma.

—Perfecto, no es momento de dejarnos tirados. ¡Te necesitamos, tío!

Pronunció esta última frase a la vez que me daba palmaditas en la espalda. Parecíamos amigos de toda la vida, y su inquietud era a todas luces sincera. Por un instante me dije que quizá hubiera exagerado nuestra rivalidad. Parecía contento de verme allí. El motivo de la reunión era tratar de un proyecto muy amplio de reconstrucción tras la catástrofe de Fukushima. Con Osikimi y sus colegas, íbamos a centrarnos en la parte financiera del proyecto. Gaillard y yo nos habíamos repartido esa tarea de gran envergadura. Nuestro jefe, Jean-Pierre Audibert, asistía, por supuesto, a ese encuentro tan importante. Era el prototipo del jefe que trata a veces de mostrarse cercano con sus empleados cuando en realidad no es capaz de establecer una relación verdaderamente humana. Uno casi hubiera dicho que era jefe de nacimiento. Alimentado desde niño con clases particulares, había conocido las condiciones perfectas para ser admitido en una universidad cara. Tras lograr el ingreso en HEC, una prestigiosa escuela de comercio, se relajó un poco. Como no soportaba la presión permanente empezó a fumar hierba y a excederse con el alcohol. Pero no tardó en reconocer que no tenía talento para ser un bala perdida y recuperó su rigidez natural. Desde entonces se mantuvo siempre bien derecho; ni siquiera su bigote fino y gris, de aire casi inglés, se desviaba jamás de la horizontalidad más perfecta.

En los momentos cruciales Audibert sabía por supuesto mostrarse cordial. Los japoneses se sentían francamente incómodos: en su país, la impuntualidad es una de las formas supremas de descortesía. Al recibirlos trató de resultar gracioso diciéndoles que apreciaba su intento de someterse a nuestras costumbres. Veía incluso en su retraso «una suerte de homenaje a Francia». Todo el mundo reaccionó con una sonrisa un poco crispada: era un humor de empresa terriblemente clásico que tuvo la virtud de distender el ambiente en el momento de empezar la reunión. A continuación procedimos de manera metódica, exponiendo punto por punto los detalles del ambicioso proyecto.

Estaba concentrado en mi tarea, hasta se me había olvidado en ese instante mi dolor de espalda. Me sentía del todo a gusto cuando, de pronto, uno de los consejeros de Osikimi (el que hablaba francés) me cortó:

—Perdone que le interrumpa, pero no entiendo cómo pueden llegar a ese resultado.

—¿Con respecto a qué parte del proyecto?

—Con respecto al centro comercial.

—Ah.

—Sí. Está sobreevaluado. No sé cuál es su base de cálculo o su manera de proceder, pero prefiero decirle ya mismo que su propuesta no nos va a gustar nada.

—Pero...

—Si se la traslado a mi jefe, temo incluso que pueda llegar a abandonar esta reunión.

—No entiendo... Es imposible ser más competitivo... —balbucí.

Hubo entonces un silencio durante el cual todo el mundo se observó. Y, en el corazón de ese silencio, percibía sobre mí la mirada asesina de Audibert. En ese instante sentí que en mi sien se formaba una segunda perla de sudor (la primera había sido como la premonición de ésta). Había trabajado mucho en ese proyecto: nuestros márgenes eran muy reducidos, no entendía esa reacción. Repasé rápidamente en mi cabeza todos los cálculos de los últimos meses, como un moribundo que, en su última hora, ve desfilar las imágenes de su vida. No, francamente no veía dónde estaba el problema.

Sin embargo, el problema estaba ahí, sentado delante de mí. Gaillard se puso a hablar de pronto:

—Me parece que nuestro colaborador no ha integrado todos los datos, y la base de la que parte es errónea. He entendido su error, y por consiguiente la reacción de ustedes...

—...

—A decir verdad, la cosa es bien sencilla... Enseguida procedemos a reajustar las cifras... Miren este documento... Blablablá... Blablablá...

No escuché el resto de su disertación victoriosa. Me había tendido una trampa haciéndome trabajar durante semanas con documentos falsos. Y había esperado a que me equivocara delante de todo el mundo para salvar él la

situación. El pobre debía de haber tenido miedo de que yo no acudiera esa mañana a la reunión; ahora entendía su alivio al verme llegar. Ese momento se me antojaba la apoteosis de su capacidad de perjudicarme. ¿Qué podía hacer yo? ¿Gritar? ¿Destrozarlo todo? No. Para no poner en peligro el proyecto debía callarme. Y eso fue lo que hice, hasta que se marcharon los japoneses. La reunión duró una hora más: una larga tortura humillante, la versión japonesa de la tortura china.

Pese a ser la encarnación de la cortesía, al marcharse, los japoneses apenas se despidieron de mí. En la sala vacía, me quedé sentado en mi silla, sin moverme. Observé la pizarra de la reunión en la que estaban garabateadas las alentadoras perspectivas de un nuevo urbanismo post-Fukushima. Oía a Audibert gritar por los pasillos: «¡Pero ¿dónde está ese imbécil?!», y por fin me encontró. Mi jefe me pareció entonces muy alto, desmesuradamente alto; era como si su cabeza rozara el techo. Se quedó un momento sin decir nada, y yo sabía muy bien que no había nada peor que el silencio. La gente tiene un nombre para eso: la calma antes de la tormenta. Yo en esa calma veía ya la tormenta. Audibert se debatía en esa calma para estallar lo antes posible. Justo en ese momento:

—¿Qué mosca le ha picado? ¡¿Es que quiere hundirnos, o qué?!

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Menos mal que estaba su compañero. ¡No pienso volver a confiarle responsabilidades en esta empresa!

—...

—Me ha decepcionado. Me ha decepcionado tremendamente...

—...

—Hasta nueva orden, usted ya no hará nada aquí. Ya no se va a ocupar de nada, ¿entendido?

—...

—¡¡¡¿Entendido?!!!

—Sí...

Me hablaba como a un niño. No me quedaba más que aceptar esa sumisión total. Tenía ganas de llorar, pero por suerte ya no sabía cómo hacerlo; hacía mucho tiempo que no lloraba; mis ojos habían perdido el manual de instrucciones de las lágrimas. Siguió gritando un rato más, y por fin se marchó. Me sentía vaporoso, y mi espalda se solidarizaba conmigo. Mi cuerpo quería alcanzar a mi mente en su carrera hacia el desastre. Sin embargo, seguía convencido de que mi dolor de espalda no era de origen

psicosomático. Me iban a encontrar algo grave e irremediable. Casi me convenía. Mi jefe dejaría de estar enfadado conmigo si sufría una enfermedad incurable. Era la única solución que se me ocurría para que me viera con mejores ojos. Seguramente se arrepentiría de haberme gritado y de haberme apartado de todos los proyectos. Después de todo, me iba a morir.

Gaillard volvió entonces a la sala con sus andares de chulito de oficina y su cara de asalariado perverso. Su expresión irradiaba felicidad. Me preguntaba cómo se podía llegar a una voluntad tal de aplastar a los demás. Sobre todo a mí; yo no era ni mucho menos el compañero de trabajo más amenazador ni el más ambicioso. La gratuidad de su violencia debía de excitarlo aún más; desprovisto de fundamento real, el deseo de aplastarme se multiplicaba por diez. Me miró a los ojos antes de anunciar: «Aquí cada cual va a lo suyo». Era la frase más estúpida que había oído jamás; ¿por qué necesitaba ponerle palabras a su maldad? Me daba perfecta cuenta de que ahí cada cual iba a lo suyo, no necesitaba su consigna para comprender la violencia declarada entre ambos. Él sobre todo quería machacarme al máximo. Después de su frase siguió mirándome un momento más. Imaginé que estaría diciéndose: «No es posible que no reaccione, no es posible...». Mi actitud parecía sorprenderlo. Yo no me movía, pero no era por voluntad propia. No podía hacer otra cosa. Después de mi mañana en el hospital, me estaba sumiendo en la más completa perplejidad por lo que me ocurría. Sólo duraría un tiempo. No sabía ni cuándo ni cómo, pero estaba seguro: el asunto no acabaría ahí.

6

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: dispuesto a matar.

A la mañana siguiente, observando a todos los pacientes en la sala de espera del hospital, volví a pensar: «Aquí cada cual va a lo suyo». Estábamos todos ahí, los unos al lado de los otros, en la línea de salida del diagnóstico. Entre nosotros habría tumores, cánceres quizá, y gente que se salvaría. En el caso de que hubiera un cupo de sanos donde elegir, entonces pelearíamos como perros para estar del lado de los sanos. La injusticia del azar anulaba la lucha. Allí, el «cada cual va a lo suyo» quería decir: cada cual está solo frente a su destino. Me daba un miedo terrible perder mi vida de antes. Todo lo que se me había antojado tan normal (los días sin enfermedad) se me aparecía ahora con un nuevo brillo. Quería bendecir las horas en las que no había sido consciente de mi felicidad absoluta. Con dolor de espalda, paralizado de miedo, me prometí saborear para siempre la vida sana si salía con vida de ésta.

Esta vez mi mujer no había podido acompañarme, de lo cual me alegraba. Si en las radiografías me encontraban algo grave, prefería no tener que hablar. Seguramente eso era lo peor: tener que anunciar a los demás tu drama, y llevar a veces esa situación hasta el colmo de su ironía, teniendo que ser tú mismo quien tranquiliza a los demás. Esa inclinación a la discreción se la debía a mi naturaleza astrológica de escorpio. Lo mío era encerrarme en mí mismo, veneraba el secreto, me gustaba por encima de todo sentirme a la sombra y al amparo del mundo. Por ejemplo, no le había contado nada a Élise de lo que había sucedido el día anterior en el trabajo. De manera evasiva, le había dado a entender que todo había ido bien; y tampoco había sido muy difícil sustraerme así a la verdad, pues ella enseguida se había puesto a hablar de otra cosa. Había evocado su interés por mi crucial reunión con la cortesía de quienes te preguntan si has pasado un buen día sin escuchar de veras la respuesta. Nuestra relación de pareja flotaba en ese afecto cortés con el que resulta tan fácil sobrevolar las heridas del otro. Esconder mi vida no me requería ningún esfuerzo violento. En general, lo que yo vivía no estaba sometido a una atención desbordante por parte de mi entorno. En el fondo, seguramente me mentía a mí mismo un poco: me gustaba el secreto para adecuarme a la falta de atención de los demás; si daba la casualidad de que alguien me hacía la más mínima pregunta personal mostrando *un interés real*,

estaba dispuesto a contar mi vida con pelos y señales. A veces envidiaba la falta de pudor de los que hablan de sí mismos durante horas, alimentados por un cómodo egocentrismo.

Unos minutos más tarde me llamó el radiólogo. Al contrario que su colega el día anterior, se me antojó más bien distante. Me indicó con pocas palabras lo que tenía que hacer, sin dignarse siquiera mirarme. Para tranquilizarme, me convencí a mí mismo de que todo eso era normal. Él simplemente debía ocuparse de la parte técnica de mi consulta. Se había establecido el diagnóstico, y yo tenía que someterme a esa prueba radiológica, tampoco era como para extenderse durante horas sobre mi estado. Y, de hecho, casi prefería que se ejecutara el trámite de manera relativamente fría. Lo acompañaba una joven ayudante, una becaria me parecía a mí, que me dedicaba sonrisitas discretas. Eso compensaba algo la frialdad del jefe. En unos pocos segundos percibí toda la admiración que la joven sentía por él. Éste debía de exagerar su papel de autoridad médica algo distante; sin ella, quizá habría sido el hombre más cordial del mundo. La mirada fascinada de una joven sobre su trabajo modificaba su carácter, y ya nada resultaba comprensible.

Estar enfermo ya es de por sí bastante penoso, pero ahora además tenía que colocar la espalda sobre una placa fría, gélida incluso, conteniendo la respiración. La angustia paralizaba mi capacidad de comprensión, por lo que debí de parecerle subnormal profundo cuando le pedí que me repitiera las indicaciones. No alcanzaba a entender exactamente cuándo tenía que contener la respiración. Mi respiración iba siempre desfasada. Al miedo al resultado se añadía la ligera vergüenza de ser un mal paciente; todos los enfermos quieren demostrar de manera patética lo buenos pacientes que son; a veces hasta se permiten un poco de sentido del humor para lucir el brillo engañoso de su despreocupación. No era mi caso. Yo me había descompuesto enseguida y casi tenía ganas de que me anunciaran de inmediato una enfermedad incurable para que concluyera ya esa forma de tortura moderna. Sí, «tortura», el término no es exagerado. Oía las instrucciones del radiólogo sin verlo (él estaba al otro lado de un espejo sin azogue), como los torturadores que te deslumbran para no ser vistos. Me decía que me colocara a la izquierda, y luego a la derecha, exactamente como cuando se fotografía a un criminal recién detenido. Quizá se dispusieran a condenarme.

Tras una sesión intensiva, cesaron las indicaciones. Me pareció oír susurrar al radiólogo. Debía de estar analizando con su ayudante lo que veía. Pero ¿por qué no lo hacía delante de mí? Me dejaba ahí, desnudo de cintura para arriba sobre una placa fría, mientras él se hacía el interesante con una estudiante que debía de tener la edad de su hija. Me entraban ganas de preguntar «¿Va todo bien?» o cualquier otra cosa para recordarles mi presencia. Pero no lo hice. No podía creer que me hubiera tocado un radiólogo equipado con una estudiante; me sentía demasiado frágil psicológicamente para convertirme en un caso de estudio. Me parecía bien que tratara de seducirla, que le prometiera un fin de semana en Venecia o en Hamburgo, eso me traía sin cuidado siempre y cuando se acordaran de que existía. Mi sesión de radiografías empezaba a ser anormalmente larga. En la sala de espera había podido calcular el tiempo medio que tardaba un paciente, y me daba perfecta cuenta de que yo me situaba en la parte alta de la horquilla.

El médico salió por fin de su cabina:

—Voy a hacer otra serie.

—¿Otra serie? Pero ¿por qué?

—Prefiero estar seguro...

—¿Seguro de qué?

—De nada... Es sólo que..., para una de las radiografías..., necesito más precisión.

—...

—Será rápido, no se preocupe...

Se marchó enseguida, sin dejarme siquiera tiempo de reaccionar a su última frase. No hay nada más preocupante que oír que te dicen: «No se preocupe...». Intentaba conservar la calma, afrontar la situación con serenidad. Agobiarse no servía de nada. El radiólogo sólo quería comprobar algo... Pero ¿el qué?

—Respire hondo... Y ahora contenga la respiración.

—...

—Muy bien, empieza a ser un experto.

Lo había oído bien. Se había mostrado gracioso. No hay nada más preocupante que el que alguien se muestre gracioso cuando la situación no tiene la más mínima gracia. No soportaba que se hiciera el interesante así, mientras yo me encontraba cada vez peor. La situación empezaba a hacérseme insoportable. Todo allí me agobiaba. ¿Cuántos hombres y mujeres

se habían visto como yo, solos y medio desnudos, esperando el veredicto? ¿Cuántos habían entrado ahí serenos para salir completamente angustiados? No conozco a ese radiólogo. No es nada para mí, no sé nada de su vida, y sin embargo tiene mi destino en sus manos. Su vida es repartir buenas y malas noticias. Me cuesta pensar en algo más demiúrgico que eso. Yo, de verdad, no podría ejercer esa profesión. Si tuviera que hallarme ante radiografías catastróficas, si tuviera que anunciarle la muerte inminente a un paciente, escaparía corriendo. Por ahora mi radiólogo seguía ahí; aún no había decidido escapar.

Desde su cabina me anunció que podía vestirme. Algo es algo. Me alegraba de recuperar mi ropa, era como una forma de protección.

Avanzó hacia mí para anunciarme:

—Mire, en general sus radiografías parecen totalmente normales...

—¿En general?

—Es en la parte baja de la espalda donde le duele, ¿verdad?

—Sí... Sí, eso es.

—Le diré incluso que creo que no hay nada grave. Pero un poco más arriba, por encima del punto de dolor que usted me indica..., hay como una manchita...

—...

—Mire, aquí... —dijo, enseñándome la radiografía en cuestión.

—No la veo.

—Es que es de verdad mínima. Y no tiene mala pinta. ¿Seguro que no la ve, ahí?

—Ah, sí, sí, ya la veo.

—No es preocupante... Pero creo que sería mejor hacer una resonancia.

—¿Una qué?

—Una resonancia magnética... Es para tener una visión más precisa que la de las radiografías. Permite descubrir posibles tumores.

—¿Un... tumor? Pero ¿por qué me dice eso? ¿Cree que tengo un tumor?

—No, hombre... Lo digo así, en general. Lo mismo lo único que le ocurre es que se están tocando dos discos.

—No parece que crea en esa opción.

—Sí, sí...

—...

Las palabras de ese hombre, añadidas al dolor que sentía desde hacía dos días, me provocaron como un vértigo. No me encontraba bien. Avancé hacia

la pared para apoyarme, pero ésta tampoco parecía sólida. El radiólogo le pidió a la becaria que fuera a buscarme un vaso de agua y luego se acercó a mí:

—Mire, se trata de una prueba muy frecuente... Así estaremos seguros de que no tiene nada.

—...

—Que es lo más probable —dijo sin convicción, queriendo dar marcha atrás para evitar que sufriera un síncope en su consulta y le hiciera acumular retraso con sus demás pacientes y, por consiguiente, retrasara su descanso para comer, descanso que pensaba aprovechar para tirarse a la putita que tenía de ayudante. Yo no estaba loco. Ese hombre no era nada tranquilizador. Con esa manera tan angustiosa que tenía de no terminar las frases, de dejar puntos suspensivos entre las palabras; eso a la fuerza tenía que significar algo, no se dejaban silencios como éstos si no había nada que ocultar, reservas, dramas disfrazados. ¿Por qué había demostrado tener tan poco tacto? No se puede pronunciar la palabra «tumor» así como así y luego hacer como si nada. Pregunté cuándo tenía que someterme a esa prueba.

—Cuanto antes mejor. Así..., se la quita de encima.

—¿Eso lo dice así sin más, o para enmascarar el carácter urgente de la situación?

—Así sin más. Para que se quite usted antes la preocupación.

—...

—No notará nada. Es como una cabina de rayos UVA —concluyó mirando a su ayudante, que volvía en ese momento con un vaso de agua.

Me vestí en la cabina. Ese hombre no había dejado de darme una de cal y otra de arena. Por lo que decía, lo que yo tenía no era nada, pero con todo había que hacer pruebas más precisas. Él también quería *avanzar en el diagnóstico*. Además, había pronunciado la palabra «tumor». Una de las palabras de mi lengua que más me asustan^[3]. Veía como una araña dentro de mí. Tardé mucho en ponerme la camisa. Cada botón era un maratón. Al salir me crucé con la becaria. Me dedicó una gran sonrisa antes de decir:

—Le encanta hacer el símil de los rayos UVA, para relajar el ambiente.

—...

—Es normal que esté agobiado. El dolor de espalda pone muy nervioso.

—...

—Todo irá bien. Bueno, le dejo... —me dijo sonriendo.

Intenté sonreír yo también, pero tenía la mandíbula agarrotada. Sentí como vergüenza por haber pensado de ella lo que había pensado. Parecía una chica responsable, trabajadora y humana. La miré alejarse, y de pronto su espalda me pareció maravillosa.

8

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: desesperado.

9

Apenas conseguía moverme. Me sentía como si tuviera una parte del cuerpo atascada entre dos puertas. Antes de irme del hospital quise volver a ver al médico del día anterior. Por suerte me crucé con él en un pasillo. Enseguida me preguntó cómo me encontraba, lo que me fascinó. Debía de haber visto docenas de pacientes desde nuestra cita, y sin embargo uno hubiera podido pensar que acabábamos de separarnos. Le dije con un hilo de voz que el radiólogo me había aconsejado que me hiciera una resonancia. Durante un instante pareció sorprendido, pero como buen profesional que era enseguida se recobró para revestir la apariencia de la normalidad. Sí, todo era normal. Sobre todo no tenía que preocuparme. Era una prueba minuciosa que permitía establecer un diagnóstico verdaderamente preciso. Se tomó el tiempo de añadir unas palabras para describir el proceso de la prueba y tranquilizarme. En menos de un minuto disipó mi angustia. Aunque me daba vergüenza seguir importunándolo, le dije que no se me pasaba el dolor.

—Ah, sí... Le voy a recetar unos analgésicos. Son unos comprimidos con codeína. Pero por si acaso el dolor persiste, le voy a recetar también un analgésico más fuerte, a base de morfina.

—...

—También hay inyecciones de cortisona, pero no creo en sus efectos.

Yo no tenía opinión al respecto. Mi confianza en ese hombre era total. Cuando me entregó la receta, le di las gracias efusivamente por su ayuda y su amabilidad. Su actitud me había levantado un poco el ánimo, ya me sentía capaz de afrontar el día dignamente.

Una vez en la calle busqué una farmacia. Me parecía aberrante no encontrar una enseguida, delante del hospital. Al fin y al cabo, alrededor de un cementerio siempre hay un montón de floristerías. No vi una hasta doscientos metros más lejos. Me recibió una mujer sonriente pero un poco lenta. Tardó cinco minutos por lo menos en descifrar la receta y en encontrar las referencias en el ordenador; y otros cinco en coger las cajas con las medicinas. Cuando te duele algo, diez minutos suponen una eternidad. Después de una primera impresión agradable, ahora tenía ganas de matarla. En el momento de pagar me dijo:

—¿Le duele la espalda?

—Sí.

—No es usted el único. En estos días a todo el mundo le duele la espalda.

—Ah...

—Está de moda, de verdad.

—...

Francamente, no se me ocurría qué responder a eso. Así que el mío era un dolor que estaba de moda... Al menos podía tener esa pequeña satisfacción. Además, había otras ventajas: la mía no era una enfermedad huérfana, que nadie conocía; la vida médica estaba muy organizada para nosotros. Le pedí un vaso de agua para poder tomarme dos pastillas enseguida. Al salir reparé en la larga cola que se había formado detrás de mí.

Una vez en la calle no sabía qué hacer. No me sentía con fuerzas para ir al trabajo. No tenía la energía necesaria para afrontar el desastre. Y, además, ¿para qué? Me había convertido en un paria, todo el mundo me rechazaba. Había evitado el despido porque lo que había hecho no tenía consecuencias directas; mi próximo proyecto consistiría en la experimentación del significado de la expresión *quedar arrinconado*. Había evitado el despido también por mi pasado de empleado honrado, pues hasta entonces mi carrera no había tenido la más mínima mancha. E incluso me parecía que todos me apreciaban (excepto Gaillard, claro). Puedo decirlo sin jactancia: yo era un buen compañero de trabajo. Sabía trabajar en equipo, escuchar a cada uno; incluir una dosis de humanidad en la burocracia. El día anterior por la tarde, Audibert había ido a verme de nuevo. Ya no estaba furioso, ya no era pura tormenta, sino que entró en mi despacho muy calmado. Instintivamente pensé: es el prototipo del protestante. Un hombre leal y recto, sometido desde su más tierna infancia a las leyes de la justicia y la equidad, de él emanaba permanentemente una especie de *fuerza tranquila*. Aunque su reacción conmigo estaba justificada, al verlo aparecer en mi despacho adiviné que debía de sentirse pesadoso. No le gustaba salirse de los raíles de las relaciones cordiales. Era el clásico diplomático frío, el clásico gestor altivo: no cuadraba con él en absoluto haberse puesto a gritar como una verdulera. Con voz tranquila, pero bastante débil, me dijo:

—Cometer un error, un día, es algo que le puede pasar a cualquiera.

—...

—Y soy consciente de su valía. Seguramente el agotamiento le habrá jugado una mala pasada.

—Sí, será eso...

—Tiene que comprender que ya no puedo confiarle ninguna responsabilidad de aquí a un tiempo...

—...

—Pero estoy seguro de que la confianza podrá reinstaurarse entre nosotros, y entonces podremos abordar serenamente el futuro...

La súbita benevolencia de ese hombre me sorprendió hasta el punto de que me quitó la capacidad de reaccionar. Habría sido el momento idóneo para decírsele todo, para contarle la maquinación de la que había sido víctima. Pero algo me lo impedía. En el fondo, me sentía culpable. No tenía excusa. Era responsable de haber confiado en Gaillard. Debería haber comprobado los documentos que me daba. No se podía decir que hubiera actuado de manera solapada; siempre me había dejado bien clara nuestra rivalidad. Se merecía todo mi odio, pero yo había sido terriblemente ingenuo al no controlarlo todo. No podía por menos que admitir mi parte de responsabilidad en mi caída en desgracia.

Mientras caminaba penosamente por la calle, pensando en la visita de mi jefe, tuve que reconocer algo terrible: lo que me había ocurrido no me sorprendía del todo. Era como si siempre hubiera sabido que acabaría en el sótano del mundo. Algunos, pletóricos de ambición, tienen la certeza del éxito, saben que algún día recibirán su recompensa; así son los políticos. A mí en cambio me parecía que había vivido mi vida con la sensación de que en mi cuerpo aguardaba latente la cuenta atrás del fracaso. Había vivido con la certeza inconsciente del precipicio. Ese sentimiento se había agravado en los últimos años; algo en mí se había desmoronado y me había apartado definitivamente de la raza de los vencedores. El día anterior había supuesto la realización de una sensación a la que hasta entonces había sido incapaz de poner palabras: yo no vivía mi vida, la padecía.

Extrañamente, no me desesperaba la delicada situación profesional en la que me encontraba. Estaba mal, desde luego, pero mi tendencia al pesimismo me salvaba del hundimiento total. En ese punto estaba de mis reflexiones cuando recibí un mensaje de Élise en el móvil^[4]. Estaba preocupada por el resultado de las radiografías. Le contesté que todo iba bien. Me gustaba la modernidad por ese motivo: podíamos dar y recibir noticias sin necesidad de hablar. Nunca se me habían dado muy bien las conversaciones telefónicas; muchas

veces se quedaban como atascadas; y colgar siempre me resultaba violento. Al menos mi mujer no había podido percibir la angustia en mi voz. Las pastillas me habían sentado bien, pero eso no cambiaba en nada mi destino: al día siguiente me iban a hacer una resonancia. Todos se habían esforzado en tranquilizarme, era su papel, pero yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Nadie se hacía una resonancia porque sí. Todo el mundo sabía lo llenos que estaban los hospitales. Ya se había acabado el tiempo de las consultas por cualquier pretexto. La falta de medios era demasiado seria como para no ir directamente a lo esencial, a los casos más graves. Respiré hondo para contener la hemorragia de mi macabra ensoñación. Caminar, caminar tranquilamente, sólo se me ocurría eso para serenarme. Hacía mucho tiempo que no había contemplado mi ciudad un martes por la mañana. Casi había olvidado que existían los martes. La vida de empresa me había apartado de tantos días... Sin tregua, alternaba el frío y el calor en mi interior: la ciclotimia corría por mis venas. Empecé a disfrutar de mi caminar sin rumbo; era mágico poder pasear en plena semana, así, sin un destino preciso. Observaba cada detalle, maravillándome, como si fuera la primera vez que lo veía. Necesité varios minutos para reconocer lo banal que era todo eso. Mi amor repentino por los martes era patético. Te tiene que dar miedo perder las cosas para amarlas apasionadamente. Todo lo que veía a mi alrededor me parecía de una belleza irresistible. Era como el protagonista de *Muerte en Venecia*, pero sin el cólera.

Entonces pensé en Édouard. Aunque últimamente me había dado la impresión de que nos habíamos distanciado un poco, era él a quien ahora me apetecía ver. Era la clase de amigo con el que podía compartir un malestar sin tener que justificarlo, ni precisarlo siquiera. Caminé una hora larga para llegar a su consulta. La sala de espera estaba vacía. Me senté sin hacer ruido. Salió unos minutos más tarde. Sin mostrar la más mínima extrañeza, preguntó:

—¿Te duelen las muelas?

10

Intensidad del dolor: 7.
Estado de ánimo: místico.

11

No, no me dolían las muelas. Se podía ir a ver a un amigo dentista sin que le doliera a uno la boca, vamos, digo yo. Parecía francamente sorprendido; mis amigos me veían como un hombre ajeno a los imprevistos de las relaciones humanas. No era el típico quejica, pero tampoco era el típico que hace visitas *de improviso*. Era verdad; me gustaba planificar, prevenir, prever.

—Me alegro mucho de que hayas venido. Y, tío, además qué casualidad, porque *madame* Garriche acaba de anular su cita, así que eso nos deja un rato. Estoy libre hasta las tres menos cuarto.

—Ah, qué bien.

—Podemos ir al italiano de la esquina. Ya verás, hacen un tiramisú buenísimo.

—...

—A no ser que prefieras una isla flotante...

Antes de ir al restaurante se empeñó en enseñarme su última adquisición: un sillón supercómodo para sus pacientes:

—Mira, pueden poner las manos aquí, esta parte está acolchada.

—Ah...

—Eso les puede aliviar el dolor. Visto así no parece gran cosa, pero reduces como mínimo un diez por ciento la aprensión del paciente...

—Ah...

—Y mira, aquí, para las piernas... Es regulable. Como cuando viajas en avión en primera clase.

—...

—No, si ya verás, dentro de poco ir al dentista va a ser un auténtico placer...

A esa última frase no reaccioné. Él mismo parecía consciente de que estaba exagerando. Era bonito que le gustara tanto su trabajo (aunque, bueno, tampoco olvidemos que era dentista) y que pensara en sus pacientes con emoción. Si bien en un primer momento no me había interesado, ahora empezaba a enternecerme su entusiasmo profesional. Le hice incluso algunas preguntas para que me diera más detalles sobre el sillón. Eso le hizo tanta ilusión que nos tiramos un buen rato observando el objeto en cuestión, como si nos hubiera embargado una profunda emoción mobiliaria.

Camino del restaurante, Édouard se detuvo de pronto:

—Pero... ¿es que no trabajas hoy?

—Me he tomado el día libre.

—Ah... Ah... —dijo, preocupado—. ¿No será nada grave, espero?

—...

—¿Tienes algo que decirme?

—No...

—Vienes a comer conmigo sin avisar. ¿Y me quieres hacer creer que no tienes nada que decirme?

—Precisamente es eso lo que he venido a decirte: nada. Me he pasado a verte, así, sin más. Como antes.

—Pero si antes tampoco lo hacías.

—Pues entonces digamos que empiezo ahora...

Es verdad, nunca había ido a verle así, de repente. Nuestra amistad reposaba sobre instantes bien delimitados, y el descarrilamiento repentino que nos imponía a ambos nos sumía en la perplejidad siguiente: ¿podíamos ser amigos fuera de los lugares y los momentos que preveía nuestra amistad? Al igual que yo, Édouard avanzaba en la vida de manera previsible. En el restaurante reservaba siempre la misma mesa. Me fascina la gente a la que le gusta tener esos puntos de referencia. No soporto la idea de que me identifiquen, pues ello implica tener que hablar; y a mí nunca se me ocurren las palabras adecuadas. En esa manía mía de cerrarme a las costumbres nadie veía el resplandor de mi timidez. Édouard era todo lo contrario; le gustaba que lo reconocieran, que se ocuparan de él, que lo tomaran en consideración. El dueño del restaurante y él se tuteaban, se preguntaban «¿Qué tal?», para responderse «¿Y tú qué tal?». Tras los preliminares de la cortesía pasaban siempre a unas cuantas generalidades sobre política, el tiempo y el negocio, todo eso en menos de un minuto, una especie de eyaculación precoz de la conversación, antes de terminar irremediablemente con la comanda. Aunque todo pareciera inmutable, quedaba una esfera de lo imprevisto: *el plato del día*. Esa variación suscitaba todos los días una pizquita de subidón de adrenalina en el cliente habitual. Descubrí claramente la chispa en los ojos de mi amigo cuando preguntó: «¿Y hoy cuál es el plato del día?».

Podía imaginarme a Édouard viniendo solo algunos días a comer. Lo veía saborear unas albóndigas mientras leía las páginas salmón de *Le Figaro*. Ese periódico le daba una importancia burguesa, una inquietud financiera, y eso que nada le interesaba menos que los movimientos bursátiles. Seguramente miraría a hurtadillas a las tres mujeres sentadas cerca de nosotros, que

parecían también clientes habituales. Debían de tener siempre las mismas conversaciones sobre los mismos compañeros de trabajo; nada cambiaba nunca en el mundo de los tickets-restaurante. La primera estaba pensando en voz alta; pondría la mano en el fuego a que pronunciaba todos los días estas palabras: «A ver... ¿Qué pido hoy, pasta o pizza?». Un momento después, renunciaba: «No, mejor una ensalada». Sus amigas, contaminadas por su sentimiento de culpa, pedían entonces ellas también una ensalada, por lo que nunca tomaban pasta ni pizza. Cuántas veces también me había perdido yo en el laberinto de esa disyuntiva. Uno nunca sabe qué comer; elegir una opción es aniquilar todas las demás. La carta del restaurante es la metáfora absoluta de todas nuestras frustraciones. Las tres mujeres se tomaban su ensalada soñando con un escalope a la milanesa. Mucho tiempo después se divorciarían de la ensalada para intentar una nueva vida con la lasaña. Pero nunca sería sencillo; de la lasaña también se cansa uno.

Édouard miraba como yo a las tres mujeres. Un día quizá se atreviera a hablarles. Pero es tan difícil abordar así a una mujer... ¿Quién puede hacer ese tipo de cosas? ¿Quién puede encontrar las palabras adecuadas sin pasar por un ligón de poca monta? Si al menos tuvieran problemas de muelas sería más fácil, pensaba Édouard esperanzado. En ese momento me confesó que no le importaría tener una pequeña aventura extramatrimonial, porque esas cosas eran la sal de la vida.

—¿Quieren añadirle sal a la pizza? —preguntó el camarero.

—No, no, gracias... —contestó Édouard.

Nos habíamos decidido por dos pizzas de cuatro quesos. Yo no pensaba poder probar bocado, pero resultó que mi estómago vivía de manera autónoma, mi espalda apenas lo alteraba. Édouard me sorprendía. Por supuesto que podía sentir deseo por cualquier mujer con la que se cruzara por la calle, pero me estaba hablando de una relación. Aunque estaba profundamente enamorado de su mujer, pese a todo no le hubiera importado tener una aventura. Yo sobre todo creo que necesitaba formular ese deseo para que no se transformara en frustración. Hablar es un paliativo de actuar. Yo sabía que mi amigo era incapaz de vivir otra relación, y si lo mencionaba de manera tan libre era precisamente porque se sentía incapaz.

—¿Va todo bien con Sylvie? —le pregunté.

—Muy bien. Trabaja mucho. Está supervolcada en su exposición, esa tan importante. Deberías ir a verla a su taller. Seguro que le hace ilusión.

—Sí, le prometí que iría a verla.

—...

—Pero me refiero a si la cosa va bien entre vosotros.

—¿Entre nosotros?

—Sí, entre vosotros.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No lo sé. Es que a mí la convivencia me parece muy difícil..., y a vosotros se os ve siempre tan...

—¿No estáis bien Élise y tú?

—Sí, sí, estamos muy bien. Pero bueno, con el tiempo... No siempre es fácil.

—Pues mira, a nosotros eso no nos afecta. Es... ¿Cómo te diría yo...? Mágico.

Entonces se acercó a mí para decirme en voz baja:

—Vas a alucinar... Anoche hicimos el amor tres veces. ¿Te das cuenta? Llevamos juntos veinte años, y aun así es que no paramos.

—Qué bonito...

—Pero tú, desde que vuestros hijos se fueron, os debe de ir bien, ¿no?

Me parecía extraña esa frase. Como si la marcha de los hijos creara un espacio de libertad propicia al renacer erótico. Pero no, su marcha no había cambiado nada. Al contrario, hasta había empeorado las cosas. Nos había desestabilizado un cúmulo de circunstancias: se habían marchado los dos a la vez. Al final del verano, Alice nos anunció que se iba a vivir con su novio, Michel. Tenía doce años más que ella, y yo apenas lo conocía. Se habían conocido dos o tres meses antes, y lo que hubiera podido parecer una pasión incierta muy pronto había adoptado la forma de una unión estable. Yo creo que ella se había enfadado un poco conmigo por haberme mostrado tan frío cuando me anunció la noticia. Además, aún no había ido a verla a su nuevo apartamento, pese a mis vagas promesas. Me sentía incapaz. Todo había sido demasiado precipitado, demasiado brusco. Una hija no podía dejar a su padre así; la separación tenía que hacerse por etapas, de manera metódica.

Como las malas noticias nunca vienen solas, mi hijo anunció que se marchaba a Estados Unidos a proseguir allí sus estudios. Un año entero en Nueva York. Como alumno brillante que era, había conseguido una beca. No nos avisó siquiera de haber postulado a esa beca. Cualquier padre se habría alegrado de esa trayectoria tan halagüeña, pero para mí, justo después de la partida de

nuestra hija, era demasiado. Y no era el único. Compartía esa impresión con mi mujer. Casi de la noche a la mañana nos habíamos quedado los dos solos. Mi hijo ni había cumplido los dieciocho. Hace dos, aún tenía sólo quince; y tres años antes de eso, tenía justo doce. Por más vueltas que les diera a los números, nada podía frenar el ritmo loco de su crecimiento. No, la marcha de los hijos no marcaba un nuevo comienzo en nuestra vida de pareja. Era un nuevo comienzo en nuestra vida a secas, una mutación brutal, una mutación para la cual estábamos mal preparados y que, más que estimularnos, nos había asustado.

Al notar que había abordado una cuestión delicada, Édouard cambió de tema y pasó a centrarse en mi espalda. Durante unos segundos dudé si ocultarle la verdad. Pero, después de todo, necesitaba hablar de ello con una persona al menos. Y, por otro lado, ¿acaso no había ido a verlo para eso? Se lo conté todo: la extraña sesión de radiografías, anormalmente larga, seguida de la sentencia de la resonancia.

—¿En serio? ¿Una resonancia?

—Es un poco raro, ¿no?

—No... Quieren más datos... Nada más...

—¿Tú crees que es grave lo que tengo?

—No lo sé, no he visto tus radiografías. Pero no te angusties, es una prueba muy corriente.

—Debió de ver algo, si no, no me lo explico.

—Por ahora no sirve de nada que te preocupes. ¿Te sigue doliendo?

—Sí, regularmente noto como latigazos de dolor.

—Podrías hacer sesiones de acupuntura. Al parecer es muy eficaz.

—Huy, no. Prefiero morir antes que me claven esas agujas.

—Entonces vete a un osteópata. Conozco a uno bueno, si quieres.

—...

—Venga, no pongas esa cara. Sea lo que sea, mañana lo sabrás, y todo irá bien. ¿Sabes?, a veces esa gente gana pasta así: pidiendo más pruebas... Es todo una cuestión de números...

—...

—No debería contártelo, pero yo también..., cómo decirlo... Yo también les pido radiografías a mis pacientes..., cuando sé que no tienen nada... La medicina es un negocio como otro cualquiera...

—¿Crees que mi resonancia es por eso? Pues no hay derecho; jugar así con la angustia de la gente...

—No he dicho que lo fuera, pero es posible.

—Pues si es eso, tienen más cara que espalda... —dije sin pensar, sin darme cuenta del juego de palabras. Édouard se echó a reír, pero exageró un poco, se reía como un amigo preocupado que quiere ocultar su inquietud.

Durante el resto del almuerzo traté de abordar otros temas, pero no podía dejar de pensar en lo que habíamos hablado sobre la resonancia. Contestaba maquinalmente a las preguntas de Édouard. Insistió en que pidiera postre, y acabé con una isla flotante. Me sentía como si estuviera frente a un espejo; me iba a comer el equivalente dulce de mi estado de ánimo. Fue entonces cuando Édouard dijo:

—¿Sabes lo que nos sentaría bien?

—No.

—Marcharnos los dos, una escapadita de fin de semana entre amigos. Sinceramente, yo también necesito desconectar un poco.

—Sí, es una buena idea.

—Podríamos ir a Ginebra. A ti te encanta Suiza, ¿no?

—Sí, pero he ido varias veces por trabajo. Prefiero otro sitio.

—¿Barcelona entonces? ¡Barcelona es genial!

—Estuvimos en España el año pasado con los niños...

—Ah, sí, es verdad. ¿Y Rusia? Estaría bien un fin de semana en San Petersburgo. Allí están las chicas más guapas del mundo...

—...

—¡Y visitaríamos la casa de Dostoievski!

Esa última propuesta me sorprendió. Hacía años que Édouard y yo no hablábamos de literatura. Quizá fuera lo propio de una larga amistad; descansaba sobre los mitos de nuestros primeros años. Dostoievski me recordaba la época en que tenía veinte años, mi gusto desmesurado por la locura rusa y el deterioro psíquico. Al hablarme de visitar la casa del gran escritor ruso, Édouard mostraba casi dos decenios de desfase con respecto a mis pasiones. Pero, en el fondo, era bastante conmovedor. Me presentaba una imagen de mí mismo que me gustaba mucho; me había alejado tanto de las palabras... Hacía meses que no había leído una sola novela. La última debía de haber sido el último Premio Goncourt, aunque no estaba seguro siquiera. Lo compré, si mal no recuerdo, pero no leí una sola línea. Todo era confuso desde hacía algún tiempo, mientras que los libros de mi juventud atravesaban

los años con una claridad total. Todavía notaba el aliento de Raskolnikov en mi nuca. El tiempo no altera nuestros entusiasmos primeros, aunque acumulen polvo en nuestra memoria.

Tras unos segundos de vacilación, reconocí que era una idea maravillosa. Tenía razón. Me hacía ilusión esa decisión repentina. No me había concedido demasiados placeres esos últimos años; viajar con un amigo, abandonar mi vida, eso me sentaría tan bien... Ese proyecto me proporcionaba una alegría para el futuro, una motivación para aguantar el tipo, para luchar contra el dolor. Lo pasaríamos bien, beberíamos vodka, y seguro que allí también habría restaurantes italianos.

12

Intensidad del dolor: 7.
Estado de ánimo: ruso.

Ese almuerzo me sentó bien. Ni siquiera saqué el tema de mis preocupaciones profesionales. Tenía que considerar las cosas con un poco de distancia. Todo el mundo debía de pensar que estaba demasiado abatido para deambular por los pasillos de la empresa, mientras en realidad me dedicaba a pasear tranquilamente por París. Mi dolor, en ese momento, parecía soportable. En cualquier caso, no me impedía pasear (no era como un lumbago o una hernia discal). A orillas del Sena hojeé los libros de los puestos de los *bouquinistes*. Contemplé nombres que parecían surgir de un pasado muy lejano: Lautréamont, Michaux, Guérin... Compré unos cuantos, y también una guía de San Petersburgo. La idea de ese viaje me gustaba cada vez más, me hacía feliz. Salvo nuestras vacaciones familiares en España y unos cuantos viajes relámpago por motivos de trabajo, apenas me había movido de Francia esos últimos años. En verano íbamos a Bretaña, a casa de los padres de Élise. Estaba bien más que nada para los niños, que tenían amigos allí, pero ahora ya todo eso no tendría razón de ser. Seguramente nuestros hijos ya no vendrían de vacaciones con nosotros. Esos años habían pasado, tenía que hacerme a la idea.

Aunque no tuviera con ellos un verdadero vínculo afectivo, apreciaba a los padres de mi mujer. Muchas veces había alimentado la fantasía de una familia política acogedora, donde pudiera por fin sentar las bases de un universo emocional. Pese al paso de los años, nos habíamos estancado en una forma de cordialidad no muy exagerada pero sí elegante, una suerte de afecto suizo. Me apreciaban en mi justo valor, ni más ni menos de lo que me merecía. Yo quizá hubiera querido más demostraciones de cariño, pero las palabras y los gestos nunca acababan de llegar. Aunque, bueno, era mi manera de percibir las cosas. Élise me repetía: «Mis padres te quieren como me quieren a mí». Lo había hecho todo para ser el yerno perfecto. Todo ese despliegue de energía debió de parecerles patético, pues un día mi suegra le dijo a mi mujer: «A tu marido debió de faltarle amor cuando era niño». Yo perseguía algo que no existe; nunca se pueden colmar las carencias afectivas de la infancia.

Como todas las chicas a las que he querido, Élise estaba enamorada de su padre. Bueno, digo todas las chicas pero sólo hubo una importante antes de ella^[5]. Creo que me atraían las niñas de papá. Estaba lejos de verlo como una rivalidad, no, me gustaban porque veía cuál era su referencia masculina, lo que a menudo me permitía entenderlas. El padre de Élise siempre me había impresionado. Era brillante, alto, fuerte, y tenía también un gran sentido del humor. Enseñaba historia en la Universidad de Rennes, y había colaborado en numerosos libros (hasta se codeaba con Milan Kundera). Ahora que lo pienso, fue al conocerlo cuando abandoné el proyecto de escribir esa novela histórica que me había rondado durante varios años. No soportaba la idea de ser juzgado por ese hombre que tanto respeto me inspiraba. Parecía apreciarme; de modo que nunca quise poner en peligro el capital de simpatía que había acumulado. En general me quedaba en el lugar que me correspondía y me negaba a participar en polémica alguna durante las comidas familiares de los domingos. Cuando mi suegro me preguntaba, sobre un tema u otro: «¿Y usted qué opina?», me las apañaba siempre para dar una opinión ligeramente distinta a la suya para poner de manifiesto mi independencia y mi inteligencia, sin dejar de mostrarme de acuerdo con él en el fondo de la cuestión y así reforzarlo en su posición dominante. La paz familiar dependía de mi pericia para dosificar bien el peloteo y la expresión personal. Y eso tenía también la ventaja de facilitar la relación con mi mujer, la cual, por principio, estaba siempre de acuerdo con su padre.

Mi suegro había esperado la jubilación con impaciencia, clamando que por fin tendría tiempo de escribir su obra. Llevaba años trabajando en la Primavera de Praga, recopilando numerosos documentos sobre la preparación de la invasión rusa. Recuerdo haberlo visto marcharse a menudo a la antigua República Checa, con su maletita y su media sonrisa. En su rostro se leía la irresistible ascensión de su proyecto. Cuando se jubiló, organizó una fiesta en su casa de Bretaña (celebrábamos también su sesenta cumpleaños). Midiendo así su popularidad, pensé con angustia: espero que cuando yo cumpla los sesenta haya también tanta gente como aquí. Para él, los años venideros parecían insultantemente llenos de promesas. Y entonces cayó enfermo. Tal cual, sin más, justo unos meses después de jubilarse. Apenas había tenido tiempo de tomarse un respiro cuando llegó el diagnóstico, tan rápido, brutal como una ejecución: cáncer. Toda la familia se vino abajo. Mi mujer se

despertaba por la noche: «No es posible, es demasiado injusto», repetía llorando. Yo intentaba tranquilizarla, pero era complicado. Los médicos no dejaban mucho margen para la esperanza. Esa desgracia me hizo pensar en François Mitterrand. Se pasó la vida luchando como un loco para ser presidente de la República y, nada más ser elegido, le diagnosticaron un cáncer. Le daban seis meses de vida, no más. Iba a marcar la historia de la V República por la brevedad de su mandato. Pero no, no podía ser. No tenía intención de dejarse abatir, iba a luchar, con uñas y dientes, iba a sortear su destino. Lo consiguió. Aplazó la enfermedad hasta los límites de lo posible. Incluso fue reelegido para un segundo septenio en 1988, y murió unos meses después del final de ese nuevo mandato. Nunca habría podido marcharse en mitad de su presidencia. Para que tuviera esperanza, le recordé esta historia a mi mujer. Su padre tenía que escribir un libro, era como una misión, no podía desertar ahora. Su motivación era tal que lograría vencer la enfermedad; estaba convencido de ello.

Y el futuro me dio la razón. Tras meses de quimioterapia, de angustia y de sufrimiento para él y sus allegados, se libró de las garras de la muerte. Lo que le hizo aún más impresionante. Esa experiencia lo transfiguró, ya no era del todo el mismo hombre. Estaba vivo, curado, pero dejó gran parte de su vitalidad en esa lucha. Durante las comidas familiares, él, que antes monopolizaba la conversación, se quedaba a veces largo rato callado, absorto en otra parte, ausente de sí mismo. Hasta que, poco a poco, fue recuperando todas sus facultades. Eso volvió las cosas aún más alegres, más bonitas. Mi mujer abrazaba a su padre, quería disfrutar de él. Unos meses más tarde ya éramos capaces de olvidar lo que había sufrido, atónitos como estábamos ante su capacidad de implicarse en el presente.

Por eso no quise hablarle a mi mujer de la resonancia. Desde luego, oficialmente yo todavía no tenía ninguna enfermedad. Pero si al final ése era el caso, quería protegerla; o, al menos, no quería inquietarla. Por eso, cuando volvió a casa y me preguntó qué tal mi espalda, le contesté que todo iba bien. Recuerdo incluso haber añadido: «Me encuentro mejor».

14

Intensidad del dolor: 5.
Estado de ánimo: combativo.

Sin embargo, no me encontraba mejor. Durante toda la noche me atormentó el miedo. Las sombras del temor formaban centinelas en mi piel. Nunca había pensado verdaderamente en la muerte. Incluso había tenido siempre la certeza de que llegaría a viejo. Me había sentido mayor tantas veces que esperaba la vejez como un estado en el que mi mente se encontraría por fin en sintonía con mi cuerpo. Estaba hecho para ser viejo, y nada me impediría cumplir ese destino. Ahora todo era distinto. Por primera vez admitía que mi vida podía detenerse de manera brutal.

—¿No duermes? —me preguntó mi mujer con un suspiro.

—Sí, sí... Estoy dormido —murmuré de forma totalmente ilógica.

Sí, me daba miedo morir. Todo me parecía irrisorio: ¿qué había logrado yo en mi vida? Me devanaba los sesos y no encontraba nada realmente importante. Mis hijos, claro. Pero ¿qué relación me unía a ellos? Mi hijo estaba en Nueva York, y hablábamos cada tres días por Skype. Nuestro cariño se estaba haciendo virtual. A mi hijo, al que tanto había abrazado, ya sólo lo veía a través de una pantalla. Ni siquiera sabía lo que había hecho hoy, ni ayer ni anteayer. Nuestros hijos eran nuestras novelas, pero ya no las escribíamos.

Mi hija había sido mi princesa, la locura de mi reino. Las cosas no habían cambiado mucho. Nos llamábamos a menudo, nos mandábamos mensajes, todavía me decía alguna vez «papaíto mío». Pero ya no era igual desde que vivía con Michel. Ese nombre me atormentaba por las noches. Iba a morir, y ese nombre me desafiaba. No me podía creer que se llamara Michel. Era un nombre de compañero de trabajo; de hecho, yo tenía muchos que se llamaban así; mi hija no podía vivir con un tipo con nombre de compañero de trabajo.

—Pero ¿qué más da que se llame Michel! —me decía mi mujer.

—Sí da, ¡y mucho!

—Eres sectario. Nunca te había visto así. Tu hija ya es una mujer, tienes que admitirlo.

—Lo admito.

—No, ese nombre te pone nervioso, pero no es más que un pretexto: ¡el nombre es la puerta de entrada a una persona!

—La puerta de entrada a una persona...

—¡Sí! ¡Y tú no quieres entrar!

No le faltaba razón. Pero había que entender mis motivos. No había tenido tiempo de acostumbrarme a su relación. Todo había ido demasiado rápido. Si no se dispone de siglos, al menos son necesarios varios meses para admitir la partida de una hija. Bueno, por lo menos de una hija como la mía. No aceptaba su relación, y sabía que hacía mal. No lo podía evitar, y lo que nos separaba me hacía sufrir. El vínculo que nos unía, que siempre me había parecido tan fuerte, por no decir indestructible, se revelaba frágil. Apenas quedaba nada. Uno pone tanta energía en la educación de los hijos, y, a fin de cuentas, me preguntaba por qué. Unas tras otras, mis razones de vivir se desvanecían.

La marcha de mis hijos subrayaba la vacuidad de mi paso por la Tierra. Vivían su vida, y yo no estaba seguro de existir a través de ellos. ¿Qué les había transmitido? Nada. Era incapaz de citar una sola cosa. Me puse a pensar unos minutos, hasta que al final se me ocurrió algo: les había enseñado el interés por los demás. Les repetía sin cesar: «Hay que interesarse por los demás». Bueno, algo es algo. Pero ¿y yo? ¿Me interesaba yo por los demás? Cada vez menos. De nada sirve transmitir preceptos que uno mismo no aplica. ¿Qué más les había transmitido? ¿El gusto por los libros? Ya no leía. ¿El gusto por cuidar de los ancianos? Ya no soportaba a mis padres. Entonces, ¿qué? ¿Qué pensaban mis hijos de mí, de mis valores, de la manera en que había interpretado mi papel de padre? Me sumía en la nada. En el fondo, mi muerte no cambiaría en mucho el destino de los demás. Seguramente esas ideas negras venían de la falta de sueño, pero la verdad era la que era. No dejaba nada tras de mí. Había caminado por mi vida de puntillas, sin dejar huella.

Pensaba en todos esos artistas que habían cambiado la humanidad pese a haber muerto muy jóvenes. Franz Schubert y sus treinta y un años; Wolfgang Amadeus Mozart y sus treinta y cinco años; por no hablar de John Lennon. Podría haberme pasado la noche enumerándolos, mientras que me bastaban cinco minutos para mencionar los proyectos en los que yo había colaborado. La torre Lamartine, en Créteil; el museo Jacques Prévert, en Tours; el instituto Romain Gary, en Niza... Más me valía no pensar en mi vida profesional. ¿Qué me quedaba entonces? ¿Los momentos con Élise? Sí, podía hacer una lista de nuestras veladas más bonitas, de nuestros paseos más

conmovedores, escribir mentalmente la antología de nuestros instantes de felicidad. Alguna vez había corrido para alcanzarla, o la había esperado tumbado durante horas en nuestra cama o había estado sentado a su lado en el cine. Nuestra relación había conocido todas las posturas. Extrañamente, era incapaz de centrarme en un punto único. Recorría nuestro amor como se recorre el horizonte, incapaz de detenerme en algún sitio concreto. Mi mirada se perdía en la multitud de nuestros gestos, ni siquiera me venían ya a la memoria nuestras declaraciones de amor. Estaba junto a mí, y me hubiera gustado despertarla. Me hubiera gustado decirle que había sido el amor de mi vida y que la necesitaría hasta mi último aliento. Pero no hice nada; no me moví; dormía tan plácidamente, al amparo de mi tormento.

Después de los artistas pensé en otros destinos truncados por la enfermedad. Sin saber por qué, mi mente se centró en Patrick Roy^[6]. Hay acontecimientos que te marcan para siempre pese a haber caído en el olvido colectivo. Murió muy rápido, fue algo fulminante. Recuerdo una entrevista de alguien cercano a él que decía que el primer síntoma de su enfermedad había sido el dolor de espalda. Siempre me habían gustado los concursos de la tele. Mis hijos y yo veíamos siempre que podíamos «Preguntas para un campeón» o «¿Quiere ser millonario?». Al principio de la década de 1990, Patrick Roy era la estrella de TF1. Alegre, chispeante, encantador, era la clase de presentador con quien te habrías ido a cenar sin dudarlo. Tenía cara de simpático, pero siempre le bailaba una chispa de ironía en la mirada. No son muchos los hombres que gustan a tanta gente. Por aquel entonces todavía había pocos canales de televisión, y TF1 alcanzaba regularmente audiencias de más de quince millones de telespectadores. Por eso, Patrick Roy se convirtió muy rápidamente en una grandísima estrella. No sé cómo llegó a la televisión, creo que provenía de la radio. Su ascensión fue fulgurante. Sobre todo gracias al concurso «Una familia de oro». Dos familias se enfrentaban a través de las respuestas de terceras personas sobre temas variados. Había que intentar acertar lo que la gente pensaba. Había respuestas muy divertidas, malentendidos, familias que se peleaban y otras que se ponían histéricas cuando ganaban. Nunca había sido mi concurso favorito, prefería los programas basados únicamente en preguntas, pero me convertí en espectador habitual sobre todo gracias a Patrick Roy. Me sentía bien con él. Y, un buen día, lo sustituyó Philippe Risoli. Por aquel entonces Philippe Risoli presentaba «El millonario», ese concurso en el que los participantes hacían girar una rueda con la esperanza de ganar un millón, alentados por el público,

que gritaba: «¡El millón! ¡El millón!». Por supuesto, si sólo ganabas cien mil francos te llevabas un chasco, pero había que decir: «Pues oye, no está mal, es una cantidad bonita...». Risoli era muy bueno. Y era muy campechano él también, aunque en plan un poco más rockero (venía de Canal+, donde presentaba un concurso que añoro: «Starquizz»). Y, total, que de repente acabó de presentador de «Una familia de oro». Tenía que haber una razón. Empezaron entonces a circular los rumores más absurdos. Y, después, el rumor dejó paso a la verdad. Nos enteramos de que Patrick Roy estaba gravemente enfermo. En pocos meses todo acabó.

Recuerdo su entierro. Otras estrellas de TF1 llevaron a hombros su féretro. Estaba Jean-Pierre Foucault («Sacrée Soirée») y Christian Morin («La Ruleta de la fortuna»). Su muerte produjo una gran conmoción. Durante días no se hablaba de otra cosa. Queríamos saberlo todo de ese destino arrasado. Entrevistaron a su última pareja, bueno, por lo menos eso creo, ha pasado mucho tiempo. De lo que estoy seguro es de haber visto a sus padres. Los vi en la televisión, y un poco más adelante publicaron incluso un libro homenaje. Recuerdo muy bien sus rostros, y ahora, de noche, mientras mi mujer duerme, es en los padres de Patrick Roy en quienes pienso.

16

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: testamentario.

A la mañana siguiente seguí fingiendo que estaba bien. Élise no pareció reparar en la cara tan mala que tenía. Pero se llevó una sorpresa cuando anuncié:

—Voy a llamar a mis padres.

—¿Ah, sí?

—Sí, les voy a invitar a cenar, si te parece bien.

—...

—¿Estás de acuerdo?

—¿Seguro que estás bien?

—Que sí, de verdad... Lo digo porque a lo mejor les hace ilusión ver la casa, y el jardín.

Su reacción me puso de manifiesto la distancia que había entre mis padres y yo. Parecía tan insólito que los invitara... Siempre había preferido ir yo a su casa. Era una regla de oro: así me podía marchar cuando quisiera. Invitarlos era arriesgado: mi madre podía ponerse a comentarlo todo, a cotillear. Y sólo me reunía con ellos para unas cuantas comidas al año. Por lo general, en ocasión de algún cumpleaños u otras fiestas; nunca por otros motivos. Así que, claro, invitarlos así, sin ninguna razón concreta, sin el más mínimo cumpleaños en el horizonte, podía resultar extraño. Mi mujer añadió:

—Seguro que sale mal.

—¿Por qué dices eso? Por una vez que doy yo un paso hacia ellos, deberías animarme.

—Oh, hace tiempo que ya no me meto en tus historias con tus padres... Pero cada vez que vamos a su casa te pones de los nervios... Con que en nuestra casa... No me atrevo ni a imaginármelo siquiera.

—Bueno, mira, es así y punto. Me apetece verlos.

—Vale, vale, muy bien. Después de todo, son tus padres...

—...

Tenía razón, no había muchas probabilidades de que esa cena saliera bien. Si le anunciaba a mi padre mi muerte inminente, era muy capaz de contestarme: «Oh, ya estás otra vez haciéndote el interesante, como siempre».

Me precipité a la ducha. Allí podía por fin dar rienda suelta a mi dolor, hacer muecas al abrigo de las miradas de mi mujer. Incliné el chorro de agua hacia el foco del dolor, con la esperanza de que un masaje acuático me aliviara. Pero fue en vano, el dolor seguía siendo intenso. Limpio y seco, me observé la espalda en el espejo. No se veía nada especial. La tragedia se ocultaba, era un complot dentro de mi cuerpo. Me puse la camisa despacio, evitando que la tela me tocara la piel. Me sentía como quemado. Justo antes de salir de casa, Élise me dijo:

—¿No te tomas ni un café?

—No, que llego tarde. Tengo una reunión con los chinos...

—Creía que eran japoneses...

—Sí, eso, japoneses. Bueno, las dos cosas, en realidad..., son medio chinos, medio japoneses...

—...

—Hasta creo que hay también dos o tres coreanos.

Me marché sin esperar su respuesta; no quería seguir enriscándome en esa mentira asiática. Mi mujer fue hasta la ventana para decirme adiós. La vi desde la calle. Era la primera vez que lo hacía. Me hizo un gesto con la mano. Debía de estar pensando: «No está bien, le pasa algo raro esta mañana». Tenía razón. No estaba bien. Intentaba hacerme el fuerte, pero mi vida se hundía. Había intentado estar a la altura de todo, pero me estaba viniendo abajo, enfermo, solo, humillado en mi vida profesional. Traté de sonreírle, pero no estoy seguro de haberlo conseguido. Subí al coche y, como en la ducha, me alivió estar al amparo de las miradas ajenas.

Había notado en el gesto de mi mujer un poso de cariño, pero no de amor. Durante todo el trayecto hasta el hospital no se me fue de la cabeza ese gesto. Su mano se quedó anclada en mi mente. Veía en ese gesto uno de esos adioses que se le hacen a un extraño que se va de tu casa. Era más bien cordial, pero era una cordialidad mecánica, poco emotiva. Cuanto más lo pensaba, más me parecía el gesto de una desconocida. Lo veía una y otra vez en mi cabeza, la manera en que había levantado la cortina para colocar la mano y moverla de izquierda a derecha, despacio, durante unos segundos. No reconocía a mi mujer en ese gesto. No sé explicarlo, pero no era ella. En cuestión de segundos se pueden experimentar las variaciones abismales del sentimiento. El amor se oculta y deja paso a una nueva verdad del corazón.

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: esquizofrénico.

Ahí estaba yo, por tercera mañana consecutiva, en la sala de espera del hospital. Como un repetidor en el colegio, me entraban ganas de tranquilizar a los nuevos: «No hay por qué preocuparse, aquí te tratan bien». Tenía aspecto de veterano del dolor. Había evitado buscar en Internet información sobre la resonancia magnética. No quería que me traumatizara ningún testimonio de tumor. En dos minutos tenías un abanico completo de desgracias. Nadie dejaba un comentario en un foro médico para decir que estaba sano como una manzana, para presumir de una salud de hierro. Todos exponían sus quejas, como si Internet hubiera permitido eso: compartir el mal. La gente se fotografiaba las gangrenas y contaba sus agonías con todo lujo de detalles. La modernidad tecnológica debería ser lo contrario de lo que ha producido: habría que tranquilizarse unos a otros, ayudarse en la adversidad. Estaba pensando en eso cuando alguien gritó en un pasillo. Tras ese primer grito se oyó una serie de estertores. No alcanzaba a distinguir si quien sufría así era un hombre o una mujer, el grito adoptaba una forma inhumana. Como todo el mundo, volví la cabeza en dirección al ruido. Me levanté para ver. A lo lejos, una mujer sostenida por dos celadores se alejaba y desaparecía tras una puerta. De esa mujer sólo conoceré los pocos segundos en que fui testigo de su dolor. Asistimos al sufrimiento ajeno, pero pocas veces con una intensidad sonora tal. No sabía nada de ella, de su dolor; volví a sentarme, y se oyó mi nombre. Me llamaban. Avancé hacia el médico, y el dolor de la desconocida dio paso al mío.

Ahí estaba el radiólogo, me acogió con los mismos gestos que el día anterior. Parecía fijo en un molde, repitiendo al milímetro esa escena que yo ya conocía. Ya había observado en alguna otra ocasión esa rutina gestual de los médicos; esa fuerza serena de lo idéntico. Quizá fuera su manera de mostrarse tranquilizadores. Te dices que nada puede ocurrirte en manos de un hombre que no está sujeto a las variaciones del día a día. Sin embargo, me llevé una ligera decepción al constatar que no estaba su becario. Debía de tener un contrato a tiempo parcial, infiel a mi calvario.

—¿Todavía le duele? —me preguntó.

—Sí, mucho. No he pegado ojo en toda la noche.

—¿En qué postura está más cómodo?

—De pie.

—¿Anda con normalidad?

—Sí. Es más, andar me alivia.

—Bueno, pues vamos a echar un vistazo.

Mi espalda se había convertido en el tema de todas las conversaciones que trataban sobre mí. Ya sólo se hablaba de esa parte de mi cuerpo. A lo mejor mi espalda se había hartado de que nadie se interesara por ella y se había manifestado de una manera de lo más vistosa. Decía a gritos que existía, era su revolución contra mí. A veces ya no sabía muy bien qué contestar. ¿Todavía me dolía? ¿En qué momento? ¿Me sentía mejor cuando caminaba? Esperaba no haber fallado en mis respuestas. Quiero decir: esperaba no haber puesto al médico tras una falsa pista. Sabía que el dolor estaba ahí, de manera casi permanente, pero ya no era capaz de calibrar su intensidad, evaluar su grado fantasmagórico ni sopesar los pros y los contras de mis vértebras. Me desvestí, totalmente perdido.

Cuando me hube quedado en calzoncillos, el médico vino hacia mí:

—¿No se ha traído un pijama?

—Pues... No.

—¿Mi secretaria no le ha avisado?

—No, no tenía ni idea.

—Ah... La prueba puede durar media hora o más..., y la placa está fría. Es lo que siempre propongo para comodidad del paciente.

—...

—Si quiere, tenemos algunos pijamas a su disposición. Le dejo elegir.

Me señalaba un cesto de mimbre en el que debía encontrar lo mejor para mí entre los supervivientes de un cementerio textil. Era todo tan absurdo... No me veía haciéndome una resonancia con un pijama de rayas. ¿Y si se trataba de la ropa que habían dejado otros pacientes que habían muerto después de hacerse una resonancia allí? Al percibir la impaciencia del especialista, me di prisa en elegir uno. Al final me decanté por el menos malo: un pijama azul clarito, un azul de verdad muy clarito, quizá hasta puede que fuera blanco. Me tendí sobre la camilla. Reconocí la utilidad del pijama, la placa estaba francamente fría. La medicina hacía innumerables progresos, pero no en el terreno de la comodidad. Mi cuerpo se deslizó despacio. Ahora estaba en un tubo abierto, tendido boca arriba. Hacía tiempo que no había

experimentado una sensación tan agobiante. Era a la vez un ascensor, un avión y mi madre.

—Ahora ya podemos empezar. No olvide que le oigo y que podemos hablar..., si hay algún problema.

—¿Si hay algún problema?

—Sí... O sea, que estoy aquí, vamos...

Cada vez que ese hombre abría la boca me daba la sensación de que me ocultaba algo; parecía disponer de información que no quería divulgar. Yo lo sabía desde el día anterior, desde que había mencionado esa mancha. Me preguntaba cómo había podido conservar la esperanza durante más de un día, cuando todas las señales eran tan alarmantes.

—¿Me oye?

—Sí, sí... Creo que sí...

A decir verdad, no oía gran cosa. La máquina hacía un ruido ensordecedor. Supongo que otras personas debían de dejarse acunar, quizá hasta se quedaban dormidas, pero yo no. Yo experimentaba un estado de angustia absoluta. Cuando conseguía de milagro calmarme y respirar normalmente, apenas duraba un momento, y de nuevo era presa del pánico. Era una montaña rusa, mi ciclotimia me resultaba agotadora. ¿Están todos los enfermos sujetos a incesantes variaciones de humor? Yo sobre todo creo que los enfermos se sienten solos. Acompañados o no, se enfrentan a su mal, y el mundo se resume a su cuerpo. Pensaba en estas palabras de Albert Cohen: «Cada hombre está solo, a todo el mundo le trae sin cuidado todo el mundo, y nuestros dolores son una isla desierta». Conocía pocas citas, pero ésta se había quedado anclada en mi memoria, me volvía una y otra vez, como ahora, rotundamente cierta, como un eco sobrecogedor de mi propia condición. La prueba avanzaba, y ya no veía a nadie a mi alrededor. El pijama era la condición suprema de la indigencia. El pijama es el atuendo del prisionero, del esclavo, del hombre sin humanidad. Todo lo que yo había construido se volvía irrisorio. ¿Cómo había podido vivir en una arrogancia tal? En el olvido de que la vida es un viaje del polvo al polvo. Sabía por fin que yo no era nada, y estaba solo en esa certeza.

—Oh, no, no es posible —suspiró el médico.

—¿Qué?

—...

—¿Me puede decir qué pasa?

—Hay un problema.

—¿Un problema?

—Sí, sí... Ah, me tenía que pasar justo a mí.

No podía incorporarme, no sabía qué hacer. El médico vino hasta donde yo estaba, visiblemente nervioso. Se salía de su cara de todos los días.

—Lo siento mucho. Esto nunca pasa.

—...

—Tenemos una avería en el sistema. Me temo que harán falta varias horas para volver a poner en marcha la máquina.

—Ah...

—La placa ya no se desliza. ¿Puede reptar hasta mí?

—¿Reptar hasta usted?

—Sí, para salir del tubo. Lo siento de verdad. Trate de deslizarse sobre la espalda. Espero que no le duela.

Tampoco era tan complicado. En esa postura la espalda no me dolía tanto. Me sentía más bien mareado. El movimiento del tubo me había hecho perder toda referencia espacio-temporal. Una vez fuera puse un pie en el suelo, pero las piernas no me sostenían. Me agarré al médico para no caer.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, no, estoy bien. Gracias de todos modos. ¿Ha podido ver algo?

—¿Cómo dice?

—Mi espalda. ¿Le ha dado tiempo a ver si tengo algo?

—No, por desgracia no. Los primeros momentos de la prueba no son los más precisos. Además, la resonancia es una prueba larga, no puedo emitir un juicio sobre una parte ínfima de la observación.

—Ah. ¿Ni siquiera un esbozo de idea?

—... Pues... No —dijo tras una breve vacilación.

—...

—Lo siento mucho, vamos a tener que aplazar la prueba.

—...

—¿A menos que quiera hacérsela hoy en otro hospital?

—¿Hoy...? No lo sé. Le corresponde a usted decidir. Depende..., de lo urgente que sea.

—Lo decía por usted, por su aprensión. Por si no quería esperar para saber algo más.

—Ya... Pero querría conocer su opinión.

—Desde un punto de vista estrictamente médico puede esperar hasta mañana por la mañana.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—No estoy en su lugar.

—Ya lo sé. Pero ¿qué haría usted?

—Puede esperar a mañana.

En un primer momento su respuesta me pareció tranquilizadora. Luego lo pensé mejor: si me hubiera aconsejado no esperar, me habría sumido en una angustia evidente y, por lo tanto, poco constructiva. Su consejo de aplazar la prueba al día siguiente no podía considerarse una buena noticia. Iba a tener que esperar otro poco más para saber lo que me ocurría. Sólo podía pasarme a mí eso de una avería del sistema. Sentía que estaba atravesando un periodo complejo, lleno de dificultades, como si el destino quisiera ponerme a prueba. Cogí cita para el día siguiente y me fui con las manos vacías, sin diagnóstico.

Una vez fuera del hospital me di cuenta de que no había proporcionado las respuestas adecuadas, pues ahora me dolía al andar. Comprendía por qué estaba confundido. El dolor, sobre todo cuando persiste durante días, te propulsa a un estado rayano en la locura. La ciudad me parecía torcida, sujeta a nuevas asimetrías. Los coches pasaban, y habría podido arrojarme bajo cualquiera de ellos para poner fin al dolor. La muerte parece a veces la única forma decente de alivio. Me quedé inmóvil varios minutos y luego compré una botella de agua para tomarme dos analgésicos. Di unos cuantos pasos cojeando. Mi estado se degradaba. Podía ir al osteópata que me había recomendado Édouard, pero no; sentía que mi problema no tenía nada que ver con ninguna contractura, con ningún tirón muscular ni con nada que se hubiera movido de su sitio. Esa intuición se basaba en el hecho de que el dolor había aparecido de manera repentina, sin ninguna señal de aviso y sin explicación racional.

Por suerte las pastillas me sentaron bien. Quizá fuera el efecto placebo. Ese alivio momentáneo me llevó a tomar una decisión extraña: ir a trabajar.

20

Intensidad del dolor: 7.
Estado de ánimo: en espera.

21

En los pasillos me miraban como a un bicho raro. Todo el mundo debía de saber ya lo que había ocurrido durante la reunión con los japoneses. Tras años de buenas relaciones con mis compañeros de trabajo, leía en algunas miradas una pizca de compasión. ¿O quizá fuera alivio? Cometer un error profesional es algo que le pasa a todo el mundo; algunos debían de alegrarse de que me hubiera tocado a mí. Reducimos tanto nuestra ambición de ser felices que la felicidad puede venir de eso: de ver tropezar a los demás. Nadie sabía que había sido víctima de un malnacido. De hecho, por esa paradoja misma se reconoce a los cabronazos en las empresas: no se los ve. Observaba a algunos compañeros que me caían bien reírse con Gaillard delante de la máquina de café, ignorantes de su verdadera naturaleza. Yo era el único que sabía de lo que era capaz, lo cual aumentaba mi malestar. Habría podido denunciarlo, pero no servía de nada. No había ninguna prueba. ¿Cómo podía probar que me había dado tanta información falsa sobre el proyecto? Por el momento no me quedaba más remedio que callarme.

Algunos verdugos no dan tregua a sus víctimas. En cuanto me senté en mi despacho, apareció Gaillard:

—¿Te encuentras bien?

—...

—Estábamos preocupados, ¿sabes?

—¿Qué quieres?

—Me gustaría que evitáramos estar de morros durante meses. Tenemos que dejar atrás lo que ha ocurrido, pasar página.

—...

—Sé que no es fácil. Has trabajado duro, y ahora te han dejado fuera del proyecto.

—¿Puedes salir de mi despacho, por favor?

—Sí, puedo, pero volveré dentro de un rato. Lo he estado viendo con Audibert: te vamos a encargar un nuevo proyecto.

—¿Lo has estado viendo con Audibert?

—Sí, hemos reorganizado un poco el departamento, y ahora vas a depender de mí. Así será todo más sencillo.

—...

—Bueno, espero que te guste este proyecto. No vas a estar rascándote la barriga...

—...

—¿Y tu salud qué tal? —dijo, y se marchó sin esperar siquiera mi respuesta.

De modo que ahora iba a estar bajo su responsabilidad. Había trabajado tanto en esa empresa... Horas y horas currándome proyectos, y todo para terminar bajo el yugo de un ambicioso sin piedad. Gaillard gozaba con su victoria. Me había hablado con un tono serio, una expresión grave, y sin embargo alcanzaba a imaginar la sonrisa que se ocultaba bajo su máscara. Percibía la masturbación subterránea de sus pómulos. Conocía a tantos hombres como él, que disfrutaban de su pequeña parcela de poder... Cerraba los ojos y lo veía perfectamente.

* * *

Era el burdo pastiche de esos revanchistas que se desquitan de una adolescencia penosa. Había sido y seguiría siendo siempre aquel al que se señala con el dedo. Entonces, para sentirse vivo, necesitaba aplastar a los demás. La violencia le permitía, con mayor o menor sutileza, ocultar su propio miedo. Pero su bonita carrera profesional no había saciado su sed de venganza. Era de esa clase de personas a las que no les sienta bien el éxito. Seguía sintiéndose un impostor. Su relación con su propia mediocridad seguía siendo ontológica. Cuando se sentaba en la terraza de un café en París debía de seguir teniendo miedo de que le ordenaran que se largara de allí. Sabía que eso podía ocurrir en cualquier momento. Que lo echaran del terreno de los hombres. Entonces gritaba. Con las mujeres también. Alguna vez había gritado bajo la ventana de una belleza inaccesible. Se había jactado de ser romántico, de ser un loco, de ser un poeta. En el fondo, me daba cuenta de que despreciaba a las mujeres. Al cabo de unos años había logrado casarse con una. La había visto algunas veces en la oficina y la había encontrado sistemáticamente triste. Al principio de su relación debía de haberle conmovido ese hombre de gesticulación fácil, que se levantaba ambicioso y se acostaba quebrantado. Sí, debía de haber cierto encanto en toda esa cantidad de esperanza metida en un cuerpo pequeño. Él había querido brillar, mostrar sólo los mejores aspectos de su personalidad, mediante contorsiones y aproximaciones permanentes. Pero bastaba estar en primera fila de su día a día para desenmascararlo. Su mujer no tardó en verlo tal cual era. En sus ojos

él leía cada día más claro el atestado de su mediocridad. El príncipe se había transformado en sapo. Eso acentuaba en él la necesidad de brillar de la manera que fuera. El odio a los demás es una añagaza que alivia la neurosis. Habría sido un buen soldado de los años negros, el perfecto colaborador con el enemigo, pero de una clase un poco especial, su colaboración habría tenido un único origen: su fascinación por los judíos. Pero ésa es otra novela. Pese a todo lo que veía de él, me quedaba absorto en las gotas de sudor que perlaban su frente. A veces sentía ganas de enjugársela. A veces sentía ganas de someterme a él, en una absurda voluntad de aliviar su odio. Quizá yo fuera tan retorcido como él. ¿Cómo admitir si no el que hubiera podido mostrarme tan ingenuo? Él era la criatura engendrada por la pereza de mi ambición.

* * *

Esperaba el proyecto que iba a encomendarme. En mi escritorio estaban todavía todos los documentos relativos a la misión japonesa: tiré despacio cada hoja, una por una. Arrugaba mis últimos meses, todo había sido vano. Al cabo de unos minutos apareció mi secretaria; pero ¿era aún la mía? Se preocupó por mi salud. Balbucí que todo iba bien. Entonces me dijo:

—Siento mucho todo lo que ha ocurrido. No se lo merece.

—Gracias...

—Es usted una buena persona —añadió al irse.

Quizá pronunció esas palabras por compasión; pero, en cualquier caso, me conmovieron profundamente. Avancé incluso hasta el umbral de las lágrimas. Llevaba días luchando contra el dolor y los reveses, así que las palabras sencillas de Mathilde eran como una brecha de ternura. Tenía razón, yo era una buena persona, no me merecía eso. Sin embargo, iba a aceptar la nueva situación porque no tenía energía para luchar. Lo que estaba viviendo demostraba que mi naturaleza profunda era la de abandonarme a los acontecimientos, evitando a toda costa nadar a contracorriente. Era más que nunca un pez^[7].

Mi escritorio estaba ahora casi virgen. Cogí el teléfono para llamar a mis padres. A esa hora mi madre estaría seguramente en la cocina, preparando la comida. Y mi padre estaría viendo la tele, despotricando de lo estúpidas que eran las cosas que ofrecían en la teletienda: «¡Pero si eso no sirve para nada!». Veía esa escena con suma facilidad, cuando nada me costaba más que imaginar a mis padres jóvenes y enamorados, paseando de la mano y

decidiendo tener un hijo: yo. Provenimos de una ciencia ficción, la del amor de nuestros padres, su juventud y su despreocupación. Me parecía que se habían pasado la vida en su decorado actual, como actores condenados a repetir siempre la misma escena, a los que se prohíbe todo intento de improvisación. Era obvio que, en ese caso, mi llamada inhabitual los iba a desconcertar:

—Hola, mamá, quería invitaros a cenar a casa esta noche.

—...

—¿Mamá?

—¿Esta noche? ¿Quieres decir hoy?

—Sí, eso es. Esta noche.

—... ¿Tienes algo que anunciarnos?

—No, nada especial. Simplemente me gustaría que vinierais.

—Oye, si pasa algo prefiero que me lo digas ya.

—Que no, que te digo que no pasa nada.

—¿Te vas a divorciar?

—Bueno, mira, mamá, os invito porque sí y ya está, pero si no queréis venir, pues nada, no vengáis.

—Que no..., si me hace ilusión verte. Pero tengo que preguntarle a tu padre si no tenía otros planes...

—Vale... —Fingí creer que mi madre pudiera no saber si mi padre tenía otros planes para esa noche; fingí creer que mi padre pudiera tener otros planes sin contar con mi madre. No era propio de ellos hacer algo el uno sin el otro. Formaban parte de esa generación en la que la vida de pareja quería decir de verdad *la vida de pareja*. Una auténtica propaganda para el eslogan «unidos para lo bueno y para lo malo». Nadábamos en la mascarada afectiva más total. Iban a comentar en voz baja mi invitación, sopesarían rápidamente los pros y los contras. Para mi padre dependería seguramente de lo que hubiera en la tele esa noche. Me parece que, a ese respecto, la suerte estaba de mi lado: ese miércoles no había ningún partido de Liga de Campeones. La espera se prolongaba al otro lado de la línea; mi invitación debía de haberlos desconcertado de verdad.

En el pasado alguna vez mi madre me había dirigido reproches; según ella, era frío y no hablaba nunca de mí mismo. No se daba cuenta de una cosa: cada vez que había intentado acercarme a ella, ella no había manifestado la más mínima alegría, la más mínima ternura. Me reprochaba mecánicamente cosas, como para librarse del peso de su propia culpabilidad. Una vez más,

cuando los invitaba a cenar, y eso podría haber sido una alegría, o digamos una agradable sorpresa, sentía el peso de los años acumulados sin comprendernos unos a otros. Ya casi me arrepentía de haberlos llamado, olvidando que el miedo a la muerte había sido la causa de ese impulso. Esperaba algo, creo, pero no sabía exactamente el qué. Los hijos buscan siempre el amor que les falta, es así. Por más que me enfrentara regularmente a la realidad de su sequía afectiva volvía una y otra vez, armado de esa esperanza propia de los amnésicos.

—Iremos encantados —contestó mi madre tras dos o tres minutos de conciliábulo, lo que restaba credibilidad al término «encantados».

—Ah, muy bien. Pues os esperamos a las ocho entonces.

—¿Quieres que llevemos algo?

—No, no hace falta. Voy a salir antes de trabajar para prepararlo todo.

—¿Ah, sí? ¿Puedes salir antes? ¿Tienes problemas en el trabajo?

—Mamá...

—Sólo pregunto. Es que es raro, ¿no? Es la primera vez que te oigo decir que puedes salir antes...

—No, no es eso, he trabajado mucho estos últimos meses, por eso voy adelantado...

—Sí, sí... Ya me lo imagino —dijo con una sombra de recelo en la voz. Es verdad: la idea de que pudiera salir pronto del trabajo parecía poco plausible. Me había pasado años exagerando la importancia de mi actividad para no tener que verlos a menudo. Hasta me había inventado alguna que otra reunión nocturna para anular cenas de cumpleaños. De todas formas, nada de lo que ocurría tenía ya mucho que ver con nuestra lógica. Mi vida tomaba un derrotero inesperado, seguramente muy grave, y arrastraba conmigo a mis allegados.

Como había anunciado, Gaillard volvió a mi despacho para presentarme una nueva misión^[8]. Se trataba de la construcción de un aparcamiento en una zona previamente ocupada por un edificio con amianto que acababan de demoler. El terreno seguía siendo frágil, por lo que, por precaución, las autoridades municipales habían decidido construir sólo un aparcamiento. Pronto habría que fijar una reunión con los principales socios. Gaillard me aconsejó que fuera a dar una vuelta por allí para *palpar el ambiente*. Sí, ésa fue la expresión que empleó, antes de añadir:

—No es complicado llegar. Tienes un tren de cercanías directo desde la estación del Norte, y luego un autobús.

—...

—Sólo tienes que averiguar los horarios de los autobuses. Pasan cada hora, creo. Bueno, tenme al corriente.

En cuanto se fue, hojeé los elementos del proyecto. Veinte años de experiencia para acabar con una misión que habría podido llevar a buen puerto un simple becario. Era el proyecto menos importante del mundo de los proyectos. Podría haberlo dejado todo y haberme marchado. Estaba claro que querían llevarme al límite. Era acoso moral, pero no podía derrumbarme. No tenía opción. Había una hipoteca que pagar, por no hablar de los estudios de mis hijos y de mi jubilación. Y si padecía una enfermedad grave, era mejor morir asalariado que parado.

Intensidad del dolor: 7.
Estado de ánimo: familiar.

Por la tarde le mandé un mensaje a mi hija para proponerle que viniera a cenar a casa ella también. Aceptó, preguntándome como todo el mundo si tenía algo que anunciar. Salí pronto del trabajo, justo después de tomarme el octavo analgésico del día. Poco a poco, las pastillas me iban haciendo menos efecto. Me pasé una hora buscando una buena postura para mitigar el dolor, y acabé con medio trasero sobre la silla y el otro medio en el aire. Varias veces, durante los picos de dolor, acaricié la idea de anular la cena: había cometido la locura de llamar a mis padres durante un momento de tregua. Pero gracias a esa velada seguramente podría pensar en otra cosa, agobiarme por otros temas. Quizá fuera una buena estrategia: cuando lo estás pasando mal, la solución es enfrentarte a algo aún más desagradable, pues sólo el mal puede distraerte del mal. Por fin iba a prestar atención a otra cosa.

Me hubiera gustado pasar por el mercado para comprar verdura y preparar un pisto. Pero eso me habría supuesto demasiado esfuerzo. Élise no volvería hasta las siete, y esa cena era idea mía, así que tenía que organizarla yo. Pensé que lo más sencillo sería encargar algo de comer. Había un *catering* libanés que llevaba meses inundando mi buzón con folletos y bonos con descuentos; hasta entonces había hecho caso omiso de esa publicidad, quejándome incluso de su proliferación. Pero está visto que el tesón tiene su recompensa, pues esa noche me vino a la memoria la opción libanesa. Hacía años que no había probado la comida libanesa y temía perderme en el laberinto de sus posibilidades culinarias. Quería algo sencillo, algo organizado, en plan menú.

—¿Diga?

—Buenas tardes, quería hacer un encargo para esta noche.

—¿Esta noche? Es imposible.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Tenemos un problema.

—Ah... Ya... ¿Un problema?

—En esta misma zona también hay un marroquí...

—Ah, sí... Bueno, por qué no...

—¿Tiene para apuntar?

La chica del teléfono logró la pequeña proeza de mostrarse relativamente educada pese a encontrarse, supuestamente, en una situación de emergencia. Era extraño que me diera así el número del *catering* marroquí, un probable competidor. Aprecié esa solidaridad comercial. Pero me costaba entender cómo se podía emplear tanta energía en publicidad para luego no estar preparado el día D, el día en que el cliente más inesperado (yo) abdica por fin ante la propaganda de sus albóndigas. Unos días más tarde, ya no recuerdo por qué casualidad, me enteré de que habían sido víctimas de una inspección sanitaria fatal. Nos libramos de milagro de una intoxicación alimentaria, lo que habría provocado un drama familiar. Mis padres, a los que invitaba por primera vez, por supuesto habrían sacado la conclusión de que se había tratado de un intento de envenenamiento por mi parte. Nos libramos de una buena.

Me conformé gustoso con los marroquíes, cuyos folletos publicitarios también había visto alguna que otra vez. Me parecía incluso haber sonreído al ver su nombre comercial: «Tele Cuscús». Sobre todo me gustaba la idea de que me resultaría muy sencillo elegir el menú. Me bastaría pedir un cuscús *royal* para cinco personas. «Muy bien, señor», contestó la joven al teléfono, antes de añadir:

—Permítanos ofrecerle junto con su pedido unas delicias marroquíes...

—Se lo permito... se lo permito...

Qué amabilidad, qué sencillez, qué sol. En mi opinión se aprovechaban de los problemillas de su principal competidor. Era el momento de asegurarse la clientela. En la euforia provocada por el sentimiento de haber cumplido mi misión, pensé por un momento que íbamos a pasar una velada agradable. Hasta entonces tenía que descansar un poco. No había parado desde que me había despertado por la mañana. Por no hablar del insomnio que sufría desde hacía tres días y que me dejaba fuera de combate. Una vez en mi habitación, no tardé ni dos minutos en sumirme en un profundo sueño.

Qué placer dormir por fin, sin soñar, sólo dormir, anestesiado de tu propia conciencia. Quería vivir en mi cama, al amparo definitivo de mi dolor. Convencido de que como mucho descansaría media horita, no programé mi despertar. Un timbre me sacó de mi torpor. Un timbre que al principio parecía pertenecer a un sueño, ya no sé cuál, antes de identificarse paulatinamente como perteneciente a la realidad. Tardé unos segundos más en comprender: el

timbre sonaba de verdad en mi casa. Debía de ser el cuscús. Bajé rápidamente a abrir la puerta y me encontré cara a cara con mis padres. Estaban ahí los dos, uno al lado del otro, increíblemente rígidos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre—. Llevamos cinco minutos llamando a la puerta.

—...

—¿E... Estabas durmiendo? —tartamudeó mi madre.

Eran ya las ocho; había dormido casi tres horas. Me eché un rápido vistazo en el espejo del vestíbulo. Con el pelo revuelto, parecía exactamente lo que era: un hombre que acaba de despertarse. Mis padres estaban inmóviles en la puerta, como hipnotizados. Tardé aún unos segundos antes de reaccionar e invitarles a entrar. Se sentaron en el sofá del salón, sin decir nada. Les pregunté qué querían beber de aperitivo.

—¿Tienes...? —empezó a decir mi padre.

—Sírvenos lo que tengas..., lo que tengas está bien... —le interrumpió mi madre.

Pronunció esa frase articulando bien cada sílaba, como si hablara con una persona corta de luces. «Voy a abrir una botella de vino tinto», dije yo no sin cierta vacilación, pues no estaba seguro de tener ninguna. Había previsto la comida, pero no la bebida. Por suerte me quedaba una buena botella de médoc, que descorché aliviado. En ese momento recuperé por completo la conciencia del presente al reparar en dos cosas: me seguía doliendo la espalda, y Élise no había vuelto todavía.

Entonces mi madre se reunió conmigo en la cocina, me observó un instante y preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—No, no, no hace falta. Vuelve al salón, que yo voy enseguida.

—...

—...

—Bueno..., si has perdido el trabajo, puedes decírnoslo ya. Francamente, tampoco es tan grave. Son cosas que pasan. Y tu padre y yo podemos ayudarte si lo necesitas. Lo he hablado con él, y está de acuerdo.

—¿Lo has hablado con él? Pero ¿cuándo?

—Ahora mismo, de camino hacia tu casa.

—Pero ¡que no he perdido el trabajo! Dejad ya eso de una vez.

Sonó el timbre, lo que me permitió poner fin a esa conversación. Era el de Tele Cuscús, un joven con una sonrisa que pedía a gritos una propina. Todos

los ingredientes de la velada parecían reunirse, de una manera algo caótica desde luego, pero todo saldría bien. Volví a la cocina con la comida, seguido de nuevo por mi madre. Parecía muy desconcertada.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo? —le pregunté.

—¿Has pedido... un cuscús?

—Sí.

—...

—¿Ocurre algo?

—No... No... —dijo medio ahogándose.

Siempre se podía leer todo en el rostro de mi madre. El cuscús parecía ser un nuevo elemento perturbador. Por supuesto, mi madre no podía expresarlo. Ya había constatado en mis padres una tendencia progresiva a la xenofobia, pero pensaba que concernía a los individuos y no a los alimentos. ¿Había acaso un gen racista que se desarrollaba automáticamente al llegar la vejez? Por supuesto era impensable que reconocieran ese sentimiento. Entonces mi madre se enmendó:

—Tu padre se va a poner muy contento. Le encanta la sémola.

—Pues qué bien. Quiero que estéis contentos y a gusto.

—Sí, sí... Vamos a estar muy a gusto, seguro —concluyó, sin lograr ocultar una angustia creciente.

24

*Intensidad del dolor: 7.
Estado de ánimo: marroquí.*

Eran casi las ocho y media, y Élise aún no había llegado. En el momento en que quise llamarla me di cuenta de que me había dejado un mensaje para avisarme de que se iba a retrasar. El padre de un alumno quería verla a toda costa, por lo que se disculpaba de no poder ayudarme con los preparativos. En cuanto terminé de escuchar el mensaje apareció, acompañada de nuestra hija. Alice se había reunido con ella en la guardería, y habían venido juntas desde allí. Hacía casi dos semanas que no veía a mi hija, y habían pasado muchas cosas en ese tiempo. Me daba la impresión de que nos separaba un siglo. Estaba cada vez más guapa, la suya era esa clase de belleza que el hecho de que una hija se va alejando de su padre acentúa. Yo siempre la miraba con un embeleso dócil; era capaz de ver un rasgo de genialidad en sus gestos más anodinos. Al verla me volvieron a la mente todas las ideas negras que me habían atormentado desde el domingo anterior. No podía ser, no podía morirme. Mis hijos serían mi antídoto. De ninguna manera pensaba quedarme sin saber qué iba a ser de ellos. Y tenía que estar ahí para protegerlos hasta mucho después de que alcanzaran la mayoría de edad. Abracé a mi hija, largo rato y con fuerza, con una intensidad inédita. Ella se quedó estupefacta y me preguntó:

—Pero ¿qué te pasa?

—Me pasa que te quiero mucho, nada más.

Todo el mundo me miraba sin decir nada.

Entonces anuncié:

—Esta noche cenamos cuscús.

Unos minutos después estábamos sentados a la mesa, inmersos, sin sorpresa por parte de nadie, en un monólogo de mi padre. Siempre le había gustado ser el centro de todas las conversaciones, adornaba sus relatos con algunas ocurrencias que juzgaba (equivocadamente) cómicas. Mi relación con él era más que complicada, lo cual seguramente sea un pleonismo cuando uno habla de su padre, o de sus padres. Alternaba sin cesar, hasta el punto de sentir vértigo, momentos en que le veía cierto encanto, e incluso carisma, con otros en que lo encontraba insoportable al máximo. A veces ese sentimiento iba asociado a una tercera persona: podía apreciar a mi padre, pero en cuanto

alguien hablaba bien de él automáticamente pasaba a hacer inventario exhaustivo de sus defectos, a la cabeza de los cuales estaba esa manera que tenía de rebajarme todo el tiempo. Durante años la había considerado una forma de torpeza afectiva. Pero ahora ya me resultaba imposible dudar de sus intenciones. Nunca podía dirigirse a mí de forma positiva, era incapaz de ensalzar nada que tuviera que ver conmigo. Un ejemplo: mis hijos. Por supuesto que los quería, eso era obvio, pero cuando hablaba de ellos conmigo sistemáticamente lo hacía para subrayar algo malo. «No entiendo cómo dejas que Alice se vista así...». O: «Es insoportable, Paul se pasa el tiempo mandando mensajes con el móvil». Nunca le había oído decir: «Tus hijos son fantásticos», pues ello habría sido como decirme que había hecho algo bien en la vida.

Pero su tema preferido seguía siendo por supuesto mi vida profesional. Desde que trabajaba en un estudio de arquitectura, mi padre había desarrollado pasión por ese sector. Bueno, cuando digo sector, me refiero sobre todo a nuestros competidores. Mi padre era seguramente la única persona del mundo que seguía con tanto interés los éxitos del rival principal de nuestra empresa. Si yo hubiera formado parte de los Beatles se habría pasado el tiempo hablándome de los Rolling Stones. Nunca omitía tenerme al tanto de todo:

—Pues es una pena que no hayáis conseguido el contrato de la Facultad de Jussieu. Era un proyecto muy bueno.

—Sí, seguramente.

—Qué bien trabajan los de Xenox and Co. Me pasé por Chaillot para ver las obras de ampliación de la nueva ala del museo, es algo grandioso. Qué pena que no trabajes para ellos...

Ése era el problema de mi padre. Podía parecer que se interesaba por mi trabajo, que seguía con cariño la vida de su hijo, pero la verdad era muy distinta: se pasaba el tiempo subrayando todo aquello en lo que mi empresa o yo fracasábamos. Y, en el panteón de su sistema insidioso, estaba un proyecto del que me había ocupado hacía ocho años. Fue probablemente el momento más difícil de mi vida profesional (hasta hoy). Había estado trabajando meses en una obra apasionante que nuestro estudio había conseguido peleando con estilo. Todo pintaba maravillosamente bien hasta el día que nos enteramos de que una parte del edificio pertenecía a unos herederos. O más exactamente a una sola persona que vivía en Estados Unidos: un hombre extremadamente acaudalado que rechazó nuestras ofertas y dejó el proyecto en un callejón sin salida. Nuestro servicio jurídico cometió un error imposible de subsanar.

Meses y meses de trabajo para nada. Fue tan frustrante como ridículo. Pero bueno, era así y no se podía hacer nada, la situación estaba bloqueada. En la empresa ya nadie hablaba de ese fracaso; yo debía de ser el único que aún pensaba en ese proyecto, gracias a mi padre, que me preguntaba sistemáticamente:

—¿Tienes noticias del heredero?

—No.

—Qué tontería, de verdad. Podrían haberse asegurado antes de lanzarse así a ese proyecto.

—Sí, lo sé. Ya me lo has dicho.

—Han demostrado ser unos meros aficionados...

Vamos, que mi padre era el archivero de mis fracasos. Me hablaba sin parar de las mismas cosas, era el estribillo de mis peores momentos. Mi mujer y mi hija intercambiaban entonces una mirada, no necesitaban palabras para entenderse. Era siempre la misma escena: podían ahorrarse la energía de las explicaciones. Por supuesto, yo participaba en esa complicidad de las miradas, y podíamos reírnos de todo ello. ¿O ya no podíamos? Élise parecía harta de esa rutina familiar de la desaprobación. Sí, esa noche percibí como un grado más en su irritación. Se habla a menudo de la gota que colma el vaso; esa gota puede materializarse en una ligera modificación en la mirada. Esa noche, algo ínfimo desbordó el vaso de su expresión. Pasó de la tierna complicidad a una especie de desprecio ácido. ¿Era posible? Basta algo insignificante para delimitar dos mundos, como si una frontera porosa separara los sentimientos más opuestos; una frontera muy fácil de cruzar. Era la segunda vez que notaba esa sensación, después del *gesto de la ventana*.

Hacía tiempo que ya no me sorprendían las torpezas de mi padre, o sus maldades. Las esperaba como espera un pasajero su tren. Estaba sentado en el andén de nuestra relación, seguro de que iba a oír frases hechas, llenas de savia negativa. Para ser sincero, esto no es del todo exacto. Aunque las esperaba, no obstante me seguían sorprendiendo un poco. Inconscientemente, como el niño ridículo que era, supongo que albergaba la esperanza de que quizá hoy todo pudiera ser diferente. Uno cree extrañamente que las cosas pueden cambiar, cuando sus padres son estatuas emocionales. Mi madre tampoco se salía de su papel. Como de costumbre, trataba de limar asperezas:

—Está exquisito este cuscús...

—Gracias. Pensé que sería un plato cómodo y socorrido.

—Sí, es verdad que está bueno —dijo Alice antes de añadir una sugerencia que quedó sin respuesta—: Tendríamos que hacer esto más a menudo.

Como ocurre a menudo en las familias que se ven poco, acabamos hablando de cosas generales y de política. Era el tema que siempre se debe evitar, pero era inútil, mi padre nos sumía en la angustia de un mundo negro y sin futuro. Mi hija lo interrumpió con humor, lo cual hizo que sonriera. A su nieta se lo perdonaba todo, incluso su insolencia. Mi madre también lo interrumpió, para cambiar de tema. Nos contó que tenían pensado hacer un viaje, un crucero por el Mediterráneo.

—Sí, aunque bueno, ahora nos lo estamos pensando un poco..., con todos los accidentes que hay... —dijo mi padre.

—De todas maneras son muy poco frecuentes —dijo mi mujer, que siempre buscaba tranquilizar a todo el mundo.

—¿Habéis visto a ese cabronazo que se largó de su barco dejando morir a toda esa gente? ¡Es asqueroso, de verdad!

Ya estábamos otra vez, como siempre. Podríamos haber hablado de las maravillas de Capri, de las costas croatas o del Stromboli, pero no, flotábamos a la deriva en un monólogo sobre el cobarde capitán de un crucero que había naufragado junto a la costa italiana. Me preguntaba por qué había organizado esa cena. Me había sentido tan mal después de la resonancia que había querido ver a mis padres y a mis hijos (también echaba muchísimo de menos a Paul). Con frecuencia había hecho lo contrario de lo que debería haber hecho; a menudo me había faltado lucidez con respecto a las decisiones que debía tomar. Siempre tenía que cometer primero el error para darme cuenta de que mi intuición había sido equivocada. Pero esta vez tenía una disculpa: mi miedo a morir. ¿Debía decírselo? ¿Debía compartir mi angustia con ellos? La sequedad de mi padre me lo impedía. Seguramente era mejor así. No era propio de mí eso de protagonizar una salida del armario del dolor. Yo nunca había sido dramático. Simplemente me había dejado llevar por un arrebató, y no tenía tanta importancia que hubiera salido mal. Estábamos juntos, y a veces hasta podía disfrutar de la locura familiar, como se acostumbra uno a las drogas blandas. Me conformaba con ese decorado porque era el de mi vida, y no se podía cambiar. Por eso no dije nada de mi dolor, para no poner trabas a la dinámica bien engrasada de nuestro naufragio.

Pese a mi intención de controlar la situación, llegó un momento en que ya no pude luchar más contra la evidencia de mi dolor. Espasmos nerviosos recorrían mi rostro de manera anárquica, imponiéndole a mi expresión súbitas irrupciones de muecas. Las conversaciones con mi padre, sus sempiternas preguntas sobre el proyecto fallido habían contribuido a despertar de manera muy clara los latigazos de dolor en mi espalda. Tanto es así que ya no pude seguir ocultándolo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mi madre—. Estás muy pálido.

—Sí, es verdad... ¿Qué te pasa? —se preocupó Alice.

—¿Te sigue doliendo la espalda? —inquirió Élise.

Hice un gesto con la cabeza. Mi madre preguntó qué me pasaba en la espalda, y antes de que me diera tiempo a contestar mi padre anunció:

—A mí también me pasó una vez. Cuando tenía tu edad... Recuerdo esos terribles dolores... La espalda es una zona sensible de verdad... Eso sí que es dolor... Pero bueno, como había hecho bastante natación, tenía los dorsales muy desarrollados...

Ahí lo teníamos, otra vez hablando de sí mismo. Me resultó curioso que él también hubiera padecido de la espalda a mi edad; teníamos tan poco en común... Bueno, era poco probable que hubiera sentido exactamente lo mismo que yo. Lo suyo probablemente fuera lumbago; el cáncer seguro que me lo había dejado a mí.

Me tumbé en el sofá, y mi mujer me siguió.

—Pensaba que estabas mejor... —dijo.

—Sí, sí, si estoy mejor... Pero ahora de pronto me ha vuelto a doler.

—Tienes que ir a un osteópata.

—Voy a ir, sí. Édouard me ha recomendado uno.

—Tienes que hacerlo. Dices las cosas, pero luego no las haces.

—Voy a ir...

Mi madre se reunió con nosotros:

—¿Te encuentras bien? Me tienes preocupada.

—Sí, está bien —contestó Élise—. Se ha hecho unas radiografías y no tiene nada. Va a ir a un osteópata.

—Ah, pues sí..., tienes que ir..., porque de verdad que tienes mala cara...

—Se me pasará, tengo analgésicos. No te preocupes, mamá.

—Bueno... Bueno... Nosotros nos vamos a marchar ya. Tienes que descansar...

No insistí. Me dolía demasiado como para seguir hablando. Sólo mencioné las delicias previstas para después del cuscús; tenían que probarlas. Antes de subir a mi habitación, fui a darle un beso a mi padre. Creí leer desprecio en su mirada, como si juzgara con severidad el final caótico de esa cena. Después de todo, le había robado unos cuantos monólogos y su probable parrafada final durante el postre. Pero no, se levantó y me dijo:

—Sí, hijo, ve a descansar. Mañana te encontrarás mejor.

Pronunció esas palabras con mucha ternura, lo cual me dejó perplejo.

26

Intensidad del dolor: 8,5.
Estado de ánimo: al borde del abismo.

Llevaba dos días ocultándole a mi mujer la persistencia de mi dolor de espalda, pero la presencia de mis padres me había impedido mantener esa ficción. Poco después de que se fueran, Alice subió a verme. Se quedó un momento sin decir nada, mirándome preocupada.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Dice mamá que te duele desde hace varios días.

—Ya sabes cómo es tu madre, siempre exagera. Aquí tumbado estoy bien.

—...

—Siento haber estropeado la cena.

—No pasa nada. De todas formas yo ya estaba agotada. Le he dicho a Michel que esta noche me quedo a dormir aquí...

—A Michel... ¿Qué tal le va?

—Muy bien, gracias.

—¿Por qué no ha venido esta noche?

—Porque no le has invitado.

Tenía razón. Ni siquiera me había planteado que viniera. Cuando pensé en mi hija, pensé: una persona. Ella vivía con él. Compartían un mismo techo, y yo permanecía anclado en una visión de mi hija en el pasado. No conseguía avanzar hacia su presente.

—Sí, es verdad. Te lo tendría que haber dicho...

—Dices lo mismo cada vez..., pero luego no lo haces.

—¿En serio?

—Sí, dijiste que vendrías a ver nuestra casa, pero nunca has venido.

—Sí, ya lo sé... Es que he tenido mucho trabajo últimamente.

—...

—Iré pronto, te lo prometo.

Es verdad que le había dicho eso, y varias veces había estado a punto de cumplir mi promesa. Pero no era capaz de ir a ver esa casa en la que mi hija vivía como mujer con ese hombre mayor que ella. Alice, como su madre, de hecho, siempre hablaba sin alterarse. No hacía reproches, pero ello no me impedía notar su amargura. Mi actitud la entristecía. Yo tenía que conocer a ese hombre, interesarme por él y quizá hasta apreciarlo (todo es posible). Me había cruzado una sola vez con él, deprisa y corriendo, y él había intentado

mostrarse cortés: me había sorprendido verme de pronto en el papel de suegro, yo que llevaba tanto tiempo en el de yerno. En esos momentos es cuando la vida se acelera, y te encuentras frente a aquel que eras. Aunque ya no era nieto, porque mis abuelos ya no estaban, seguramente pronto sería a mi vez abuelo y vestiría ese traje que siempre había visto desde el otro lado desde el escenario. Se invertían los papeles.

Alice me dio un beso en la frente, como se hace con los moribundos, y se fue a la cama. Justo antes de salir de la habitación se volvió brevemente para mirarme. Su mirada me espantó, y no exagero. Me espantó pues vi en ella por primera vez el esbozo de una grieta. Ella que había querido mostrarse cariñosa con las palabras concluía ese momento con la verdad de lo que sentía. Su mirada traicionaba lo que nos separaba. Con los amigos se podían arreglar muchas cosas con palabras; pero con los hijos es distinto. Es una relación superior, la más fuerte, y por lo tanto la más peligrosa en términos afectivos. Tenía miedo de no poder regresar de una grieta como ésta. Tenía miedo de no lograr arreglar lo que había roto a base de mostrarme torpe continuamente. Su mirada me decía que nuestra situación era mucho más grave de lo que parecía.

Unos segundos más tarde vino mi mujer.

—He terminado de recoger... Qué noche...

—...

—Parece que te encuentras mejor.

—Sí, sí... Estoy bien... No sé por qué de repente me ha dolido tanto...

—¡Tu padre! Te ha crispado tu padre.

—Sí, pero bueno, estoy acostumbrado, y no acabo así cada vez...

—Debes de estar realmente harto. Ya no te quedan ganas de aceptar su actitud... Ni a mí tampoco, de hecho.

—¿A ti? Pero si mi padre te adora.

—Hablo de su actitud contigo. Ya no soporto más oírle decir siempre las mismas cosas. Pero no soy yo quien tiene que reaccionar, eres tú. Y no lo haces. No lo haces nunca. Siempre me digo que esta vez sí lo vas a hacer... Pero no, siempre te dejas pisotear...

—No es verdad. Lo que pasa es que me da igual, nada más.

—¿Cómo puedes decir eso? Mírate.

—Precisamente... ¿Te importa que hablemos de esto más tarde?

—Sí, sí que me importa. Siempre dejamos nuestras conversaciones para más tarde. Pero ese más tarde no llega nunca.

—Bueno... Bueno...

Pocas veces había visto a Élise tan agitada. Desde luego, todo se juntaba: después de la resonancia fallida, la humillación del proyecto que me habían encomendado en el trabajo, mis padres, los reproches de mi hija, ahora encima resultaba que mi mujer quería hablar, pero hablar ¿de qué? Élise sabía cómo era mi relación con mis padres, sobre todo con mi padre. Durante mucho tiempo hasta le había parecido cómica esa manía sistemática que tenía mi padre de rebajarme. Su previsibilidad se le antojaba risible. Hay que admitir pues que, en la vida en pareja, las cosas divertidas dejan de serlo llegado un momento. Por mi parte, creía que me seguían gustando los defectos y las aproximaciones conductuales de mi mujer.

—Nunca te he visto así —prosiguió.

—Así ¿cómo?

—No lo sé. Es como si te esforzaras por mostrarme lo que menos me gusta de ti.

—...

—Esta noche de verdad parecías una víctima. Sufres el comportamiento de tus padres sin decir nada. Y terminas la cena agonizando...

—No es culpa mía si me duele la espalda, digo yo.

—Pues mira, ahora que lo dices, yo no lo tengo tan claro.

No contesté. Se oyen tan a menudo historias sobre enfermos responsables de su propio cáncer... Me parecía atroz; ¿es que no bastaba con la enfermedad, también había que añadirle la culpabilidad? No sabía si tenía cáncer, pero si era el caso, sería horrible pensar que la culpa era mía. No quería ser el patrocinador de mi muerte. Todo lo que vivimos es materia potencial de agobio, de angustia, todo puede hacernos daño. ¿Tal vez tuviera razón mi mujer? Era posible que yo fuera responsable de mi dolor. ¿Mis padres? ¿Mi relación de pareja? ¿Mi trabajo? Mis hijos... ¿Cuál era el problema? La respuesta tal vez fuera mi vida entera.

Cuando mi mujer se puso a hablar de nuevo, un pico de dolor me hizo soltar un grito agudo. Élise se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? ¿Te parece divertido?

—Claro que no. Era una reacción nerviosa, perdona. ¿Tanto te duele?

—No tanto... Sólo ha sido un espasmo.

—Perdóname.

—Hacía tiempo que no te veía reír así —le dije.

—¿De verdad?

—Sí, desde hace más de un año. Recuerdo exactamente la última vez.

—¿Ah, sí?

—Habíamos bebido, y tú me contaste una anécdota que había pasado en la guardería. Había una secretaria que estaba sustituyendo a otra, y que era tartamuda...

—Efectivamente, de eso hace ya mucho tiempo...

—Sí, mucho tiempo. Ya no te ríes. Seguramente será culpa mía. He perdido el sentido del humor.

—Nunca has sido muy divertido.

—¿Ah, no? Creía que te hacía reír.

—Sí, pero por lo general me haces reír sin tú quererlo.

—Ah...

—Desde que los niños se fueron de casa me siento menos alegre —reconoció con voz seria.

—...

—...

—Este verano deberíamos irnos todos juntos de vacaciones...

—Sí, por qué no... —suspiró, sin creerlo de verdad.

Irnos los cuatro juntos, como antes. El primer antídoto a lo que nos agobia es zambullirnos en el pasado. Nuestras vacaciones me parecían de repente excepcionales. Adornaba en mi recuerdo nuestros julios y nuestros agostos. En la época de nuestros veranos, no pensé ni un solo segundo que serían efímeros. Nunca creí que mis hijos crecerían *de verdad*. Me asombraba cada uno de sus cumpleaños. De modo que era cierto, acabarían convirtiéndose en adultos. Y habría una vida sin ellos. Una vida que empiezo ahora, aturdido por la rapidez con la que se ha producido el cambio. Mi mujer estaba menos alegre, y yo también. Ya no sabía muy bien lo que quería, lo que tenía que hacer para recuperar la ligereza. Había vuelto a pensar varias veces en el proyecto de viajar a San Petersburgo con Édouard, y eso me había puesto de buen humor. Quizá fuera lo que me haría feliz, salirme del camino trillado de mi día a día, vivir de manera concreta esa expresión que tanto me gusta: *cambiar de aires*. Tenía ganas de ver los monasterios y las mujeres más bellas del mundo, tenía ganas de comer blinis y de beber vodka...

—¿Quieres una infusión? —me preguntó Élise, como para traerme de vuelta a una realidad más sobria.

—Sí, gracias.

Bajó a la cocina. Me sorprendió que eligiera un momento en el que yo me encontraba mal para hablar de nuestra relación. Había necesitado hablar, hablar enseguida. Esa cena había estado en las antípodas de su objetivo inicial, como solía ocurrir con todo lo que yo emprendía. Por miedo, había querido reunir a mis allegados, tratar de unirlos, de consolidarlos a todos en torno a mí, pero mi intención había provocado un desmoronamiento. Élise reapareció, silenciosa, con la infusión en la mano. Me la sirvió sin decir nada. Antes de beber, la miré. ¿Qué iba a ser de nosotros? Por primera vez sentí como temor por mi mujer y por mí.

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: impreciso.

Mi vida se parecía al protagonista de la película de Harold Ramis *Atrapado en el tiempo*. Yo era la versión «dolor de espalda» de Bill Murray. Cada mañana vivía la misma escena: iba al hospital. Mi destino seguía a la espera de un veredicto médico. Me dolía todavía, cada vez me costaba más encontrar refugios al dolor; las pastillas ya no me aliviaban, y había probado todas las posturas del mundo para llegar a la conclusión de que ninguna era eficaz. Casi prefería estar de pie, apoyado en una pared. Los demás enfermos me miraban con desconfianza, como si no sentarse en una sala de espera fuera un atentado a todos los principios. Mientras aguardaba, pensé que había olvidado traerme un pijama. Eso me contrarió: me daba vergüenza no ser un enfermo modelo. Otra vez iba a tener que ponerme ese de rayas. Tardé en oír al médico llamarme; tuvo que repetir mi nombre tres o cuatro veces para hacerme volver a la realidad.

—Perdone, estaba pensando en otra cosa —le dije.

—Eso es buena señal. Quiere decir que no está usted angustiado.

—...

—Siento muchísimo lo de ayer. Es algo que no ocurre nunca. Tardamos dos horas en volver a poner en marcha el sistema.

—Ah, vaya —dije, fingiendo interés.

—Ya conoce el procedimiento. No necesito repetírselo.

—No, no hace falta. Gracias.

—¿Tiene un pijama?

—Se me ha olvidado traerlo.

—No importa, le dejo elegir uno.

Ante la cesta de mimbre, me sorprendió no encontrar el pijama de rayas del día anterior. Supuse entonces que sí que los lavaban. Esa mañana había muy poco donde elegir. Sólo quedaban dos posibilidades: uno amarillo desleído, por no decir depresivo, y otro de cuadritos. Me decanté por el segundo, que me confería la apariencia de un gran burgués en un sanatorio de principios del siglo xx. Me lo puse rápidamente y me tendí sobre la placa. Quería que el suplicio acabara cuanto antes.

De nuevo la placa se desplazó hasta colocarse en el interior del tubo. El ruido me parecía más fuerte que el día anterior, como si la reparación hubiera devuelto brío al mecanismo. Daba la impresión de rugir, preparado para revelar el más mínimo microtumor escondido. Tendido ahí, te sentías espiado como nunca antes. Tu cuerpo era un miembro de la resistencia descubierto por las fuerzas enemigas. Te plantaban la linterna en plena cara, para cegarte, para que salieras de las sombras con las manos en alto y la cabeza gacha, condenado a lo peor. Era una guerra lo que se tramaba ahí, una guerra que yo libraba por mi supervivencia, una guerra que perdía contra el miedo. El tiempo se estiraba, y yo oía a lo lejos las palabras del médico, sin alcanzar a distinguirlas. Estaba en una burbuja cada vez más algodonosa, veía a mi mujer y a mis hijos desfilar ante mí como ángeles, otros rostros incongruentes me cruzaban también el pensamiento, conocidos del pasado, un profesor de literatura, y el frutero del barrio. Era como una avalancha anárquica del destroz: todo se mezclaba en una desbandada de la conciencia, a un tiempo devastadora y maravillosa, y me abandonaba a la muerte sin resistencia, sumergiéndome en lo más profundo del océano, dejando atrás el azul límpido para abrazar la oscuridad de la nada.

—No veo nada anormal —oí entonces. La voz procedía de la realidad.

—...

—Su dolor no está vinculado a nada grave.

—¿Y la mancha? —pregunté, cayendo entonces en la cuenta de que ya no estaba bajo la cúpula; la prueba había terminado, y la placa se había deslizado hasta su punto inicial sin que hubiera reparado en ello.

—¿Qué mancha?

—La mancha que vio en las radiografías...

—Ah, sí, era una sombra que quería comprobar, pero no es nada.

—Entonces no me voy a morir...

—Siempre puede ocurrir que lo atropelle un coche al salir de aquí, pero en lo que a mí respecta, no está previsto.

Pronunció esa frase con una sonrisa de oreja a oreja, y decidí sin el menor asomo de duda que no me gustaba el sentido del humor de los médicos. Me levanté y le di las gracias con un hilo de voz, como si él fuera responsable del milagro. Mientras avanzaba hacia la cabina para cambiarme pensé que no podía ser. Tenía que haberse equivocado. No había visto mi mal. Era típico de mí tener un tumor vicioso, que se oculta maliciosamente detrás de órganos cómplices. Di media vuelta y me acerqué al médico:

—¿Está seguro?

—Sí. Sus radiografías están limpias por completo.

—¿Puede ocurrir que no se descubra nada en una resonancia pero en realidad sí haya algo?

—No. La prueba puede suscitar otras profundizaciones, pero no puede no revelar lo esencial.

—Entonces, ¿cómo explica mi dolor?

—Puede haber muchas causas. El estrés principalmente. Tiene que relajarse. Al ver su reacción, pienso que es muy probable que se trate de eso.

—...

—...

—Pero entonces, ¿qué? ¿Tengo que descansar, tengo que quedarme en mi casa?

—No, no es lo indicado. Muchos cometen ese error. El reposo prolongado está contraindicado. No disminuye el dolor y provoca un deterioro muscular progresivo.

—...

—Bueno, que tenga un buen día. Para el papeleo haga el favor de pasar por secretaría antes de irse.

Se alejó hacia otras aventuras, otras resonancias, otras espaldas. Tenía razón, estaba estresadísimo, sobre todo desde hacía unos días. La angustia se abría paso en mí, y no entendía por qué lo que acababa de anunciarme no me producía un inmenso alivio. ¿Acaso hubiera querido estar enfermo? Es extraño, pero en el momento en que me había imaginado moribundo, había pensado que toda mi vida se iba a simplificar por ello. Mis hijos volverían junto a mí, en el trabajo me tratarían bien, mis padres se mostrarían por fin cariñosos, y qué sé yo qué más; inconscientemente había fantaseado sobre el torrente de compasión que suscitaría el anuncio de mi muerte inminente. Y ahí estaba ahora, renqueando y quebrantado, pero no agonizando. Quizá por esa razón salí casi deprimido del hospital. A decir verdad, había pasado por un torbellino tal de emociones en los últimos días que no sabía muy bien qué sentir. No tenía nada, eso era lo esencial; no tenía nada. De no haber sido porque me dolía tanto la espalda, habría podido ponerme a dar saltos de alegría.

*Intensidad del dolor: 6.
Estado de ánimo: en éxtasis.*

Poco a poco, la felicidad se fue abriendo paso en mi interior. Iba a saborear el aire con la boca bien abierta, como un resucitado. Vivía la insolencia pasajera de las buenas noticias, sin sospechar que nada ocurriría como yo preveía.

Al llegar al trabajo abracé a mi secretaria de manera algo exagerada; de una manera que me habría costado un juicio por acoso en Estados Unidos. Por suerte, aquí uno podía dar rienda suelta a sus sentimientos en un abrazo espontáneo sin exponerse al Tribunal Supremo.

—Me alegra verle así —me dijo ella.

—Gracias, Mathilde. ¿Y usted, se encuentra bien?

—¿Yo?

—Pues sí, usted. ¿O es que hay alguien más aquí?

—No... No...

—Entonces, ¿se encuentra bien?

—Pues... Sí, estoy bien... Gracias.

—Si tiene algún problema algún día, no dude en decírmelo. Estoy a su disposición.

—Muy bien, es muy amable por su parte.

—No es amable, es normal.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Sí, sí, muy bien, gracias.

Me pareció que a Mathilde le incomodaba mucho mi amabilidad. Yo estaba muy cerca del cliché del salvado, que, de pronto, al haber sobrevivido, ama a la humanidad entera. Siempre me había comportado de manera cortés y respetuosa con mi secretaria pero, en el fondo, ¿qué sabía de ella? Nada, o apenas nada. Podía entender su sorpresa. Formaba parte de mi vida profesional, intercambiábamos expedientes y algunas sonrisas, en esa vida milimetrada en la que nada afectivo se sale de su cauce. Con los años me había ido volviendo más y más incapaz de establecer relaciones con nuevas personas. Como si mi vida no hubiera sido más que una máquina que progresivamente me iba insensibilizando. Parecía que había tenido que presentárseme la muerte para entender que no basta *estar vivo* para que seamos *seres vivos*. Por desgracia, volvió el dolor e interrumpió esos

pensamientos. Aparqué de inmediato mis grandes reflexiones sobre la vida y sus perspectivas para encerrarme de nuevo en un presente incómodo. Frente a mí estaba mi nuevo proyecto. El proyecto menos interesante de toda la historia de los proyectos. Mi vida retomaba su curso siniestro. Debía familiarizarme con el escenario de mi nueva misión. Siempre era mejor que quedarme ahí dándole vueltas en la cabeza al callejón sin salida en que se había convertido mi vida profesional.

Pasar por casa para coger el coche me haría perder demasiado tiempo. Una hora más tarde estaba, pues, en el tren. Cruzaba una campiña sorprendente por su proximidad con la capital. Yo vivía en la periferia, no muy lejos del centro, bastante feliz con mi jardincito, sin pensar que unos pocos kilómetros me separaban de las grandes llanuras agrícolas. En el trayecto vi incluso un par de vacas cerca de los raíles^[9]. Pese a todo me mantenía atento al desfilar de las estaciones, pues no quería agravar un camino ya de por sí complicado saltándome la mía. A esa hora, y en ese trayecto, estaba solo en el vagón. Mi desplazamiento justificaba el mantenimiento diurno de esa línea. No era frecuente encontrarse así, desposeído de los demás. Le daban a uno ganas de hacer el loco, de ponerse de pie en los asientos, de ser una pseudoestrella de rock durante un segundo. Pero me estuve quietecito, sentado en mi asiento. El trayecto continuó, y yo tenía una extraña sensación, como si flotara. Siempre hay un momento cuando viaja (sobre todo en tren) en que ya no sé adónde voy.

Cuando me apeé del vagón, respiré a pleno pulmón el aire del campo. No tardé en encontrar la parada del autobús que llevaba a la ciudad a la que tenía que ir. Acababa de perderlo. No entendía por qué esa línea no se adecuaba a los horarios del tren; como si toda su intención fuera que le cogieras asco a ese autobús y te vieras obligado a apañarte de otra manera. Pero yo no tenía otra opción. No me quedaba más remedio que esperar ahí, en mitad de la nada. Pensé de pronto que ni siquiera había avisado de mi visita a las autoridades locales concernidas. Llegaba de manera inopinada. Estaba en el cruce de dos carreteras, un poco como Cary Grant en *Con la muerte en los talones*, pero no creía que viniera un avión a perseguirme. Mi vida se desarrollaba en el decorado de una película de acción, pero carecía de intriga.

Sentado en un banco, me puse a sonreír, y luego a reír, una risa nerviosa. Era grotesco. ¿Por qué aceptaba esa situación? Tenía que conservar mi puesto de trabajo, ésa era la razón. No tenía elección. Pero no, ésa no era la verdad. Bajo el miedo al desempleo afloraba mi carácter dócil. Aceptaba la

humillación por falta de energía, por pura cobardía. ¿Qué tenía que perder presentando mi dimisión? Estaba casi seguro de poder encontrar otro trabajo. En mi ámbito, las competencias de los séniors están muy valoradas. Entonces, ¿por qué no tenía fuerzas para luchar? Y si no encontraba un trabajo enseguida siempre podía establecerme como consultor, hacer lo que fuera para ganar lo suficiente para devolver nuestro crédito. Al fin y al cabo, no tenía tantos gastos que asumir. Élisée se ganaba la vida, y mis hijos empezaban a arreglárselas solos. Lo que yo consideraba una obligación quizá no lo fuera. Había utilizado como coartada el miedo a no tener suficiente dinero. Mi vida entera reposaba sobre mentiras que me llevaban a no cambiar nada, ya podían pisotearme o ridiculizarme, que yo siempre encontraba razones para no salirme de mi angosto destino.

Y así, esperando el autobús, me puse a pensar en mi vida de otra manera. La primera cosa que me vino a la mente fue ese vago proyecto de escribir una novela, abandonado más de veinte años atrás. ¿Nos esperan las ideas tanto tiempo? Era poco probable. Las ideas esperan un poco, y luego se cansan y se van en busca de un imaginario más acogedor. Mis borradores debían de haber agonizado en algún rincón, cubiertos de polvo. Por primera vez pensé en esa libertad: dejarlo todo y ponerme a escribir de nuevo. En lo más hondo de mí sabía que era incapaz de tomar una decisión así. Sin embargo, observando el paisaje acaricié esa opción. Allí estaba lejos de todo, en el paréntesis del mundo. Nadie iba a venir a preguntarme nada. La nada me sentaba muy bien. En el fondo, me gustaba la idea de trabajar en un proyecto sin verdadera importancia, quizá eso estuviera más en consonancia con mi personalidad. Había vivido demasiados años de estrés, ahora podía disfrutar de un trabajo sin presiones de ningún tipo.

* * *

El tiempo pasó, un poco más despacio incluso que en las grandes ciudades. Al cabo de media hora más o menos, una forma avanzó hacia mí. Una forma que, en un primer momento, no era más que un punto minúsculo. Después distinguí un hombre en bicicleta. Un hombre calvo en bicicleta. Al irse acercando a mi marquesina, empezó a reducir la velocidad, como fascinado. Una vez delante de mí se detuvo del todo un instante:

—...

—...

Y luego se fue, zigzagueando ligeramente. Lo seguí con la mirada cuanto pude, antes de perderlo en el momento en que desapareció en un bosque cercano.

* * *

Un mensaje de Édouard apareció en la pantalla de mi móvil. Me maravillaba que allí hubiera cobertura (seguía viviendo mi día de alegrías sencillas). La modernidad todavía podía conmoverme. «He encontrado una oferta para San Petersburgo. Arréglatelas, nos vamos dentro de cuatro días. Te llamo esta noche para el visado. ¡Va a ser genial!». Estaba francamente sorprendido. Conocía a Édouard desde hacía el tiempo suficiente para saber que no era propio de él tomar decisiones apresuradas, ni organizar el más mínimo desplazamiento sin sopesar cien veces los pros y los contras. Como yo, era cualquier cosa menos impulsivo. Había planificado esa escapada con gran rapidez. Debía de haber buscado en Internet en cada intervalo entre pacientes, motivado como pocas veces en su vida. Y prueba de ello era que había empleado la palabra «genial». E incluso «¡genial!», con signos de exclamación. Ese viaje era una pura regresión, una vuelta a las fuentes de la juventud. Por supuesto me daba cierto reparo el vuelo, las visitas turísticas y los interminables paseos a pie, aunque me decía que me sentaría bien cambiar de aires. Sí, allí todo iría bien. Estaba impaciente por marcharme; era mi felicidad al final del calvario. Mientras esperaba a estar en la Rusia eterna, por ahora seguía en mitad de la nada. En el sentido literal del término, había dado en el blanco con esa expresión de «estar en mitad de la nada». «La nada» estaba ahí, sólo podía estar ahí. Reconocía todos los detalles que demostraban la localización de esa nada.

Apareció el autobús. Lo vi desde lejos, y tardó varios minutos en llegar hasta mí. Igual que al ciclista, al conductor parecía asombrarle profundamente mi presencia allí. Su autobús estaba vacío, iba a ser el único pasajero: era la versión desproporcionada de una carrera de taxi.

—¿Se ha perdido?

—No, me envía mi empresa. Tengo que ir a ver un solar donde quieren construir un aparcamiento.

—Un aparcamiento aquí... Pero ¿por qué? La gente aparca donde quiere. Además, aquí no hay nadie.

—Sí, ya lo veo.

—Todo es por ese cabrón de Mickey.

—¿Mickey?

—Sí, por culpa del parque... De Disneyland. Es francamente desleal. Todo el mundo se va a Seine-et-Marne... y aquí, ni un alma... No hay derecho, ¿no le parece?

—No, no, desde luego.

—Seine-et-Marne, encima... No hay departamento más feo y soso que Seine-et-Marne, ¿no le parece?

—Pues la verdad es que no tengo una opinión sobre el tema.

Sinceramente, estaba dispuesto a hacer un esfuerzo por interesarme por las cosas del mundo, pero de ahí a tener que opinar sobre Seine-et-Marne..., ni hablar. Durante todo el trayecto tuve que escuchar sus diatribas. Parecía disgustarle todo, pasaba de un tema a otro, a cuál más diferente^[10]. Sus palabras habían tomado a mis oídos como rehén. Pero no podía pedirle que se callara. Era un tipo muy exaltado, lo veía capaz de echarme del autobús. Como toda persona que quiere alcanzar su objetivo, traté de hacerle comprender que estaba de acuerdo con él mediante muecas expresivas y pequeños «ajás» de complicidad. Mi ardid dio sus frutos. Al llegar a mi destino me dedicó una gran sonrisa: tenía la peor dentadura posible (sobre todo debería haber despotricado de su dentista).

—Bueno, ha sido muy agradable poder hablar con alguien.

—Ah...

—¡Que pase un buen día! —gritó cerrando la puerta.

Quizá lo hubiera juzgado mal. Tampoco era tan agresivo, simplemente se había alegrado de encontrar a alguien sobre quien verter todas las palabras que se le habían quedado atascadas en la garganta desde por la mañana.

Intensidad del dolor: 6.
Estado de ánimo: en mitad de la nada.

La plaza del ayuntamiento estaba vacía. Parecía un plató de cine, por la noche, después del rodaje. Al otro lado había un pequeño terreno en el que se distinguían los cimientos del edificio derruido. No veía la necesidad de recurrir a un estudio de arquitectos para construir ese aparcamiento, que sería una simple capa de hormigón en el suelo con las plazas dibujadas. Lo mejor sería conocer a los responsables. Una vez en el vestíbulo del ayuntamiento, no sabía muy bien a quién dirigirme. No había ningún mostrador de recepción, y el lugar parecía desierto. Subí unas escaleras y me encontré ante una puerta entornada. Vi a un hombre.

—¿Hay alguien ahí?

—Vengo a ver al alcalde —contesté, entrando en el despacho.

—Soy yo.

—Vengo por lo del aparcamiento. Soy el arquitecto. Bueno, trabajo para el estudio que se supone que va a ocuparse de la construcción.

—¿Usted?... ¿Usted... trabaja... para MaxBacon?

—Sí, sí, eso es...

—Pero... Pero... Gracias, muchísimas gracias por desplazarse hasta aquí.

—No hay de qué.

—¿Le ha costado mucho encontrarnos? ¿Tiene un GPS?

—No, he venido en tren y luego en autobús.

—¿Qué? ¿Ha venido...? ¿Lo dice en serio? ¿No será una broma? ¿Trabaja de verdad para...?

—Para MaxBacon..., sí.

El hombre, de unos cuarenta años, parecía totalmente desconcertado. Me explicó que admiraba el trabajo de nuestra empresa^[11]. En particular nuestra propuesta para el aparcamiento de la plaza de la Bastilla.

—Sobre todo la planta menos dos —precisó, tartamudeando casi de emoción—. Al principio, era como una broma... Se habló de ponernos en contacto con ustedes para nuestra mísera obrita...

—Ninguna obra es mísera...

—Y va y se presenta usted en persona... No doy crédito... Es maravilloso...

—Por favor...

—Y además no podría haber venido en mejor momento. Están a punto de llegar mis consejeros municipales. Hoy tenemos nuestra reunión semanal...

Diez minutos más tarde entraron en el despacho dos hombres más. Me vi entonces ante esos tres cargos electos que parecían increíblemente felices de mi presencia allí. Hacía tiempo que nadie me observaba así, con tanta benevolencia. Expliqué mi visión de las cosas, y se bebían mis palabras. Me sentía amo y señor de mi reino.

Después de la reunión, y de la copita para celebrar nuestra colaboración (reparé en su entusiasmo por tener una buena razón para descorchar una botella), llegó la hora de irse. El alcalde se ofreció a llevarme en coche a París, y yo acepté encantado. No me veía regresando en transporte público. Patrick (puesto que me había dicho «llámeme Patrick») parecía feliz de disfrutar de mi compañía. Aprovechó para hacerme numerosas preguntas sobre mi trabajo. Veía en el gesto de haberme desplazado hasta allí una suerte de profesionalidad de primer orden; mi visita demostraba hasta qué punto MaxBacon no dejaba nada al azar. No se le pasó por la cabeza ni un solo instante que mi presencia pudiera deberse al fracaso absoluto de una carrera profesional. Me sentaba bien hallarme frente a alguien que me valoraba. Era un bienestar moral, pero no físico; al contrario, las vibraciones del coche acentuaban mi dolor. Patrick se dio cuenta y no tardó en manifestarme su preocupación. No sabía qué hacer, se ofreció a ir más despacio, a tomar sólo carreteras secundarias, a detenerse del todo y a abrir o cerrar la ventana. Todas esas opciones me marearon; casi me angustiaba su afán por ayudarme a toda costa. Su empatía tomaba un cariz contraproducente. Tenía ganas de que condujera sin decir nada, como si sólo el silencio pudiera calmar el dolor.

Era posible que el médico no lo hubiera visto todo, pensé una vez más. La ciencia no podía ser infalible. Había que rendirse a la evidencia: mi problema no estaba resuelto. Había pedido cita con el osteópata que me había recomendado Édouard. Patrick me dejó delante de su consulta. La situación lo había desconcertado. Tras un momento festivo, el trayecto había sido una larga agonía. Le di las gracias efusivamente por su amabilidad.

—Espero que se mejore —me dijo muy convencido.

—Sí, si no es nada... Un simple dolor de espalda, se me pasará...

—Necesita reposo. Debería haberse quedado en la cama, en lugar de venir a vernos. Bueno, lo digo por su espalda... ¡No por nosotros! —añadió en un

intento por mostrarse gracioso.

—Ah...

—Para nosotros ha sido fantástico que viniera.

Le hice un gesto amistoso con la cabeza antes de alejarme cojeando. En su lugar yo no le habría confiado la más mínima obra a alguien como yo, capaz de ir en autobús en mitad de semana a su pueblucho perdido para luego acabar renqueante en la puerta de la consulta de un osteópata.

Intensidad del dolor: 8,5.
Estado de ánimo: montañas rusas.

Una vez más me hallaba en una sala de espera. Estar enfermo era, pues, eso: esperar. Esperar, esperar y seguir esperando. En esas salas ocurría siempre lo mismo. Nos mirábamos unos a otros, y al final cada cual acababa bajando la vista y concentrándose en revistas atrasadas. Yo siempre fingía hojear una para darme cierto aplomo, sin ser consciente siquiera de que debía de parecer ridículo con un ejemplar de *Glamour*. Pasaba las hojas, y mi mente viajaba no sé dónde. El día empezaba a hacérseme largo, con esa agotadora sucesión de sensaciones. Había pasado por tantas fases contradictorias que a veces ya no sabía muy bien qué pintaba ahí. De hecho, mi falta de lucidez no me había permitido reparar en que otras tres personas aguardaban también como yo. ¿Cómo era posible? Esperaba que ese médico no hiciera *overbooking* de citas, como las compañías aéreas. Cada sesión duraba como mínimo treinta minutos. Esperaba no tener que aguardar tres horas. Si era el caso, prefería volver a mi casa, darme un baño y tratar de dormir un poco.

Me llevó varios minutos comprender que se trataba de una consulta colectiva. Al final mi osteópata llegó sin hacerse esperar demasiado. Extremadamente sonriente, parecía más un abogado o uno de esos tipos siempre nerviosos del mundo de las finanzas. No tenía para nada la cara de un hombre que se gana la vida con las manos.

—Viene de parte de Édouard, ¿verdad?

—Sí.

—Es mi dentista. Un dentista muy bueno.

Siempre me resulta extraño imaginar a un médico yendo a otro médico. Es tan raro: un osteópata en el dentista. Pero bueno, tiene derecho como todo el mundo a que le duelan las muelas. Me abandonaba a azarosas digresiones con el único objetivo de eludir lo esencial. Pero era inútil: una vez más tenía que hablar de mi espalda. Por suerte, la acogida del osteópata fue particularmente afable. Yo debía de ser su enésimo paciente del día, y sin embargo me sonrió como si fuera el primero de la mañana. Debía de gustarle profundamente su trabajo, se veía en todos los detalles de su consulta: por ejemplo, el marco de su diploma. Se intuía que lo había buscado y rebuscado, que no era un simple marco comprado en Ikea. Era la clase de hombre que no me costaba imaginar

diciéndole a su mujer: «No te preocupes, cariño, déjalo en mis manos». Debía de gustarle pronunciar esas palabras, se podía contar con él *incontestablemente*. Sin duda ella le preparaba de cena guisos de ternera, en su cocina siempre debía de haber una olla hirviendo a fuego lento. Después de cenar se sentaba en el sofá suspirando: «Qué día más largo...»; entonces ella le daba un masaje en los muslos, como invitándolo al erotismo. Su vida perfecta me exasperaba. Era casi humillante avanzar a trompicones, cojeando, ante la mirada de ese hombre feliz y erguido como un siglo.

—Cuéntemelo todo.

—Me duele mucho la espalda desde hace varios días.

—¿Le ocurre a menudo?

—Nunca, por así decirlo. En todo caso, un dolor tan intenso como éste es la primera vez que me da.

—¿Ha sufrido alguna impresión fuerte, o algo en particular que le haya llamado la atención?

—No, nada. El dolor empezó el domingo pasado. Me he hecho unas radiografías, una resonancia magnética... Pero los médicos no me han encontrado nada.

—¿Le han hecho una resonancia magnética?

—Sí.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Pues que todo parece estar bien.

—¿Tiene tendencia a la ansiedad?

—No especialmente.

—...

—¿Le parece raro que me mandaran una resonancia magnética?

—No, en absoluto... —concluyó con una mirada un poco extraña.

Me pidió que me desvistiera y me quedara en calzoncillos. Era la segunda vez ese día que me desnudaba; y encima delante de un hombre: empezaba a ser siniestro. Avancé hacia la camilla sin sentir el más mínimo dolor. Una vez más, el contexto de la consulta hacía desaparecer todo síntoma. Pero en el mismo instante en que me tocó suspiré.

—¿Es aquí donde le duele?

—Sí.

—Efectivamente. Le debe de doler mucho.

—¿Lo nota?

—Sí. ¿Y aquí no le duele?

—No, ahí no... Es justo en la zona en la que me ha tocado.

—Es bastante extraño.

—¿El qué?

—No, nada.

—Pero ha dicho que era extraño.

—Es una zona más bien protegida. No es frecuente ver contracturas tan fuertes en esa parte de la espalda. ¿Está seguro de no haber hecho un mal movimiento?

—Estaba sentado cuando empezó el dolor.

—Sí, pero ¿y los días anteriores? A veces puede ocurrir que un dolor esté ligado a una acción anterior pero que se noten los efectos varios días después.

—Estoy seguro. No he levantado nada de peso, no he hecho deporte, no ha ocurrido nada especial.

—Piénselo bien.

—...

—...

—No. De verdad, no se me ocurre nada.

—Bueno, bueno... Ahora lo vemos...

Contrariamente a lo que había sentido al entrar, ese hombre no era tranquilizador. Como el radiólogo, parecía como si buscara ocultarme algo. ¿Me estaba volviendo paranoico? No, me daba perfecta cuenta de que había visto algo extraño. Los resultados de la resonancia no querían decir obligatoriamente que no tuviera nada. El mal que me corroía no podía tener una lógica benigna. El osteópata, cuya afabilidad y capacidad para crear una dinámica simpática basada en el diálogo ya había tenido tiempo de constatar, no dijo nada más. Me palpaba sin la más mínima regularidad, de manera dispersa, como un hombre perdido en un bosque que trata de ir primero a la derecha y luego a la izquierda antes de reconocerse vencido por la incertidumbre.

—Trate de relajarse —dijo en voz baja.

—Pero ¡si estoy relajado!

—No, está tenso. Muy tenso.

—Debe de ser mi estado natural... —dije para hacerle sonreír, pero como estaba detrás de mí no pude observar su reacción.

Me pidió que me tendiera de lado, luego de espaldas, antes de volver a colocarme boca abajo. Yo obedecí dócilmente. Tardé un poco en reconocer que, pese a todas esas manipulaciones prometedoras, el dolor estaba lejos de

disminuir; al contrario, aumentaba incluso. Trataba de aguantarlo, de que no se me notara nada; quería ser un paciente ejemplar; un poco como si existiera una rivalidad entre los enfermos y hubiera que demostrar que uno era mejor que los demás para afrontar las dificultades; hay muchas ocasiones en la vida en las que uno actúa como un alumno aplicado que busca sacar nota. Pero ya no me era posible. No podía seguir fingiendo. La sesión se estaba convirtiendo en una tortura. De repente grité.

—¿No se encuentra bien?

—No, no me encuentro bien. Me duele muchísimo.

—Es normal. Cuando se manipula una zona sensible, se la despierta... — balbució.

Puede que fuera cierto. Ya me había ocurrido en el pasado que me doliera al salir de la consulta de un osteópata. Pero ahí había un grado más, una graduación dentro de lo malo. Tenía la impresión de que ese hombre empeoraba mi problema.

—Prefiero que interrumpamos aquí la sesión —declaré bajando de la camilla sin esperar siquiera su respuesta.

—¿Está usted seguro?

—Sí, me duele mucho...

—Es normal... Tiene una contractura tremenda...

—...

—Lo que le he hecho le aliviará.

—¿Cuándo? —le pregunté con bastante sequedad, cogiendo mi ropa.

No contestó. El dolor me había vuelto agresivo. ¿Y quizá hubiera que añadir una pizca de decepción? Al llegar allí esperaba mucho de ese hombre, pero me había decepcionado. Me había dado la sensación de que palpaba mi espalda sin tener mucha idea de lo que hacía, en busca de una solución milagrosa.

—De aquí a una hora se sentirá mejor. De verdad que tiene que descansar y evitarse disgustos —se aventuró a decir.

—Va a ser complicado.

—Tiene usted un nudo de tensión bastante difícil de relajar.

—Sí, ya lo he visto... ¿Qué tengo que hacer entonces?

—Descansar... Y, si puede, vuelva dentro de dos o tres días, trataré de aliviarle el dolor, si es que persiste...

De ninguna manera pensaba volver a ver a ese hombre. Me había hecho demasiado daño. Me marché deprisa, como un ladrón. Ya no sabía qué hacer para encontrarme mejor. Cada vez había menos pistas de posibles soluciones

a mi problema. Esperaba que no fuera a pasarme el resto de mi vida así... Fuera ya había anochecido. Cogí un taxi para volver a casa. Abrí la ventana para respirar el aire de la ciudad. El coche avanzaba, y el dolor no disminuía; en cada semáforo me decía: «Tienes que aguantar». Tenía que aguantar hasta mi casa, donde podría tomarme unos analgésicos y no moverme más. Aún no sabía que eso no iba a ser posible.

Intensidad del dolor: 9.
Estado de ánimo: lleno de odio.

Tardé un poco en darme cuenta de que ocurría algo inhabitual. Aunque me fijé en que el coche de mi mujer estaba aparcado en la calle, no me pareció anormal que todas las luces de la casa estuvieran apagadas. Seguramente habría salido a hacer alguna compra o a ver a alguna vecina. Dejé mis llaves en la consola del vestíbulo antes de avanzar hacia la escalera. Tan sólo me separaban unos peldaños de mi cama y mis pastillas. Por fin terminaba ese día infinito. Cada paso contaba. El más mínimo esfuerzo tomaba proporciones desmesuradas. Al cabo de tres escalones, hice una pausa. En ese preciso momento me pareció oír un ruido que venía del salón. Como un suspiro ahogado.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie contestó. Era inquietante. El ruido seguía oyéndose: estaba claro que sí había alguien. Enseguida pensé en un ladrón, pero esa hipótesis se me antojaba más bien extraña pues el ruido parecía provenir de una persona inmóvil. Volví a preguntar si había alguien. Tampoco entonces hubo respuesta. A pocos metros de mi cama y del descanso tenía que dar media vuelta para ir a ver lo que ocurría. Avancé lentamente hacia el vestíbulo (no podía desplazarme deprisa, desde luego, pero en ese caso mi lentitud se debía a la prudencia). Una vez en la entrada, incliné el busto hacia delante para tratar de observar el salón sin ser visto. Distinguí como una sombra.

—Élise... ¿Eres tú?

—...

—¿Élise?

—Sí... —dijo muy bajito.

Estuve a punto de encender la luz pero me contuve a tiempo. Si mi mujer había querido estar a oscuras seguramente había un motivo. Me acerqué, ahora ya podía identificar el ruido que había oído desde la escalera: Élise estaba llorando.

—¿Qué pasa?

—...

—Dime lo que pasa...

—... Mi padre...

—...

—Ha muerto.

Había temido tanto este momento, sobre todo durante los largos meses de su enfermedad. Siempre había sabido que, cuando ocurriera, Élise se derrumbaría. Conocía su amor desmedido por su padre; sabía hasta qué punto no había dejado de ser una niña. Estaba profundamente desconcertado. Traté de consolarla, pero ella estaba inmóvil por completo. Con los brazos rígidos y el cuerpo como una piedra. Le acaricié el pelo, sin saber qué decir. ¿Qué se dice en esos casos? Sólo hay que estar ahí. La noticia era particularmente brutal pues llegaba en un momento en el que no la esperábamos en absoluto. En la época del cáncer, en los meses valientes de su padre, Élise se había preparado para lo peor. Había admitido la posibilidad concreta de su muerte. Pero después ese periodo quedó atrás y dejó paso al alivio. Y ahora se había muerto de repente, después de haber luchado tanto, después de una curación que a todos nos había parecido impresionante.

—Se ha caído...

—¿Qué?

—Ha resbalado en una escalera... Y se ha roto las cervicales...

No podía ser. Su padre no. Me parecía un final completamente absurdo. Él no solía caer; era un hombre de pie. Siempre había tenido el aplomo de un hombre de pie. Aun enfermo, aun moribundo, había seguido en pie. Y hete aquí que la primera caída de su vida le había sido fatal. Era irrisorio. Siempre había visto a ese hombre lleno de vida, desbordante de carisma, y de pronto todo terminaba con un resbalón.

—Tenemos que irnos —murmuró Élise.

—...

—Mi madre nos espera.

Pronunció esas palabras pero parecía incapaz de moverse. Nos quedamos así largo rato, a oscuras. En ese momento mi dolor de espalda había desaparecido. El giro dramático de los acontecimientos había ahuyentado el dolor. Mi cuerpo se ocultaba tras otro sufrimiento. Me dediqué por completo a mi mujer. Aunque, si he de ser sincero, esto no es del todo así. Me avergonzaba reconocerlo, pero otra cosa se había abierto paso en mi mente; algo inconfesable. Mi mujer estaba hundida, y yo pensaba en mi viaje a San Petersburgo. ¿Cómo era posible? Era un monstruo. Iban a enterrar a su padre dentro de tres o cuatro días, y yo tendría que anular mi escapada. Me había alegrado tanto la perspectiva de ese paréntesis... Pero ¿qué importaba? ¿Por qué mi pequeño placer egoísta acaparaba así mi mente? Sabía muy bien que podríamos aplazar nuestro proyecto. La anulación no tenía ninguna importancia comparada con el drama de la situación presente. Sí, estaba claro

y, sin embargo, mientras acariciaba a Élise, mientras asistía a la intensidad de su dolor, sólo pensaba en eso. En mi cabeza se agolpaban un montón de cálculos despreciables. Me decía que si lo enterraban sin tardar entonces quizá sí pudiera marcharme. Eso también era vergonzoso. ¿Qué hombre puede dejar sola a su mujer cuando acaba de enterrar a su padre? Toda la compasión del mundo no me impedía pensar sólo en mí y en mis planes.

Por fin se levantó y encendió la luz. Entonces me miró *a los ojos*. Y puedo decirlo sin atisbo de duda: me leyó el pensamiento. Percibió una atroz decepción, esa decepción vergonzosa que no conseguía ahuyentar de mi pensamiento. Yo mismo no entendía esa manifestación de insensibilidad, pero era así. Uno no puede controlar sus pensamientos. Y eso que yo quería a su padre; su muerte me afectaba, me afectaba de verdad. Pero aparentemente era un sentimiento menos crucial que mi viaje truncado.

Intensidad del dolor: 5.
Estado de ánimo: terriblemente culpable.

Tras unos minutos de trajín en casa para reunir tres o cuatro cosas que llevarnos, nos marchamos.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? —preguntó Élise.

—Sí.

—¿No estás demasiado cansado?

—No, estoy bien. No te preocupes.

Lo que estábamos viviendo en ese momento nos propulsaba mucho más allá de la noción de cansancio. Si conducíamos a buena velocidad, podríamos tardar cuatro horas. No hablamos mucho durante el trayecto. Había a veces retazos de conversación, pero sería incapaz de recomponer una frase entera. Al cabo de una hora, Élise me preguntó de repente:

—¿Y qué tal tu espalda, estás mejor?

—Sí, estoy bien... Hoy he ido al osteópata...

—Ah... ¿El de Édouard?

—Sí...

—¿Y es bueno?

—Sí... Es muy bueno... Me encuentro mucho mejor.

Élise se quedó pensativa un momento antes de decir:

—A lo mejor era eso lo de tu espalda...

—¿El qué?

—La muerte de papá.

—¿A qué te refieres?

—El cuerpo a veces va por delante de la mente. El tuyo ha notado que iba a ocurrir algo grave..., y lo ha manifestado por medio de tu espalda.

—...

No sabía qué pensar. Mi dolor podía estar relacionado con esa forma de presentimiento. Yo era un mensajero del futuro; un poco como esa gente a la que le duelen las rodillas justo antes de que llueva. Pero ¿por qué lo había vivido precisamente yo y no ella? Después de todo, había demostrado por el egoísmo de mi reacción tras el anuncio de su muerte que no estaba del todo en conexión sensible con mi suegro. Élise quería agarrarse a hipótesis extrañas que revestía con un atuendo concreto. Luchaba como podía contra la brutalidad del hecho. Yo no tenía inconveniente en creer, como ella, en las manifestaciones anticipatorias del cuerpo.

No había nadie en la autopista. Nadie iba a Bretaña a esas horas. Por no hablar de las estaciones de servicio o las áreas de descanso, verdaderos desiertos humanos. La muerte nos propulsaba a un mundo vacío, donde ninguna persona feliz se atrevería a aventurarse.

—A lo mejor deberías parar para descansar un poco —me sugirió Élise.

—Como tú quieras. Yo puedo seguir conduciendo.

—Entonces vamos a parar.

Hacía ya un rato que quería parar, pero tras el momento de postración en el salón, había notado en mi mujer como un sentimiento de urgencia. Quería reunirse con su madre lo antes posible.

En la estación de servicio siguiente fui a pedirle cambio al cajero para la máquina de bebidas. Me lo dio sin decir una palabra. Mi mujer se acodó de pie a una mesa clavada en el suelo (en esos sitios no te puedes sentar). Le pregunté qué tipo de café quería. «Un café sin más», contestó. No era momento de hacerle preguntas. Grande, largo, corto, con azúcar, con leche... Me sentía un poco perdido ante la multitud de posibilidades. Al final me decanté por dos cafés cortos sin azúcar, una elección que me pareció la versión más austera del café. Al coger el vasito, Élise me dijo «gracias». Pronunció la palabra de manera muy clara, como se dan las gracias a un amigo o a un conocido.

Ese instante tenía algo de triste. Naturalmente, el contexto lo era. Pero había algo más, algo que no alcanzaba a definir. Algunos dramas unen a la gente: las personas se abrazan unas a otras, como promesas silenciosas de un amor aún más fuerte. Pero otros desembocan en momentos carentes de emoción: estábamos ahí, mirándonos, y compartíamos tan poca cosa... Estábamos en una suerte de convivencia de la nada. Bebiendo un café que parecía sopa, lo cual era bastante simbólico de lo que éramos, pues nosotros mismos éramos incapaces de definirnos. Mi mujer parecía no ver en mí a un hombre capaz de protegerla, trataba de afrontar el golpe en solitario. Y yo veía en mi incapacidad de consolarla los límites de lo que siempre había considerado con optimismo como nuestra ternura.

40

*Intensidad del dolor: 3.
Estado de ánimo: más allá del cansancio.*

Llegamos en mitad de la noche. Rodeada de sus allegados, la madre de Élise nos esperaba. Estaban exactamente en el mismo estado; quiero decir, *de verdad* en el mismo estado. Llamaba la atención ver en cada detalle de ambos rostros ecos semejantes de tristeza, una manera idéntica de experimentar el dolor. Se sentaron la una al lado de la otra en el sofá. Cada persona presente se acercaba a verlas y les dirigía palabras de compasión. También venían hacia mí, me incluían en los pésames. Curiosamente, fueron esas manifestaciones las que me hicieron darme cuenta de hasta qué punto ese fallecimiento me concernía. Estaba en primera línea. Todo ello creó por fin en mí las condiciones de la emoción. Hasta ese momento había tratado de comportarme de la mejor manera, de estar ahí para mi mujer. Pero ahora por fin relajé la tensión acumulada y me puse a pensar en mi suegro.

Lo conocía desde el principio de mi vida adulta. A mi memoria acudieron varios recuerdos de forma muy caótica, retazos que formaban la entidad extraña de mi relación con él. Siempre es curioso lo que se conserva de una relación. No tiene por qué tratarse de grandes conversaciones; nuestra memoria elige arbitrariamente lo que quiere conservar. La mía se centró en un primer momento en su manera de fumar en un rincón del jardín, a escondidas de su mujer. Me encantaba la idea de ese profesor carismático transformado en niño que se avergüenza de su vicio y lo oculta. Luego lo recordé viendo el Tour de Francia. Fascinado por los ciclistas reyes de la montaña, se podía pasar toda una tarde de pie delante del televisor exaltándose con las etapas del Alpe-d'Huez o del Tourmalet. Por último, se me apareció emocionado hasta las lágrimas ante los primeros pasos de Alice. Mi pensamiento tomaba por multitud de caminos donde surgían imágenes de él que me conmovían. Inconscientemente, borraba los primeros años de nuestra relación, durante los cuales no había movido un dedo para hacer que me sintiera cómodo. Allí, en esa habitación, cada cual componía en silencio su propia visión del difunto. Éste se convertía así en todos los hombres posibles.

Mi suegra estaba rodeada por muchos amigos. Se notaba hasta qué punto su marido había sido una persona querida. Veía a algunos de sus alumnos, algunos compañeros de trabajo, todos congregados allí de manera espontánea, como una manifestación silenciosa para protestar contra ese viraje del destino. Les escuchaba hablar de él, y estaba de acuerdo con la mayoría de las palabras que decían. Élise lloraba, y yo estaba a su lado, cogiéndole la mano.

—Debes de estar agotado... Vete a descansar —me dijo.

Me dio la impresión de que mi presencia le molestaba y que me instaba a que me fuera a acostar no por amabilidad sino por ganas de compartir ese momento a solas con su madre. Sin embargo, no estaban solas; era incluso probable que numerosos visitantes pasaran la noche allí, que aquello se convirtiera en un velatorio improvisado. Quizá hubiera interpretado mal la intención de sus palabras, pero me parecía que quería excluirme de ese momento. ¿Pensaba acaso que no había querido a su padre lo suficiente para quedarme? ¿O se trataba de lo que había percibido en mi mirada cuando me anunció su muerte? No conseguía quitarme de la cabeza la idea de que había visto San Petersburgo en mis ojos.

—Sí, es verdad —contesté al cabo de un largo momento.

—Puedes dormir en el despacho, hay un sofá cama —me dijo la madre de Élise.

—Muchas gracias.

Seguramente mi agradecimiento fue algo exagerado, pero sentía mucha pena por ella. Me parecía imposible imaginar el espanto que debía de sentir. Desde hacía cuarenta años no había pasado prácticamente un solo día sin su marido. Como mis padres, formaban parte de esa generación que se tomaba al pie de la letra la expresión *la vida en pareja*. La vida de uno era la del otro. Incluso cuando se marchaba a investigar a Praga, ella lo acompañaba siempre, y eso que el tema no parecía apasionarla. ¿Cómo sobrevivir a esa muerte que era una amputación de sí misma? Iba a errar sola en su vida común como en un país que de pronto se había vuelto el doble de vasto.

Al salir del salón le murmuré a mi mujer que la quería. Añadí: «Ven a despertarme en cualquier momento si me necesitas...». Me rozó la mano sin decir una palabra, sin decir que ella también me quería. Subí a la habitación, desestabilizado. Puedo decirlo: mi única utilidad desde el anuncio del drama había sido la de ser titular de un carné de conducir. Es muy violento sentirse

excluido del dolor del otro cuando uno lo que quiere es compartirlo. No debía pensar en ello. Después de todo, no tenía ningún derecho emocional esa noche; el golpe que acababa de vivir mi mujer le otorgaba el derecho de experimentar todos los sentimientos, fueran como fueran, y yo no podía ni apreciarlos ni condenarlos. Sólo me quedaba la posibilidad de comentarlos silenciosamente, lo cual hacía, sumido en un estruendo interior.

Intensidad del dolor: 3.
Estado de ánimo: alterado.

Aunque pensaba que iba a caer rendido enseguida, sin ni siquiera abrir el sofá cama, unas hojas esparcidas sobre la mesa atrajeron poderosamente mi atención. De la misma manera que se habla de un cadáver aún caliente, parecía que las palabras escritas en ese papel provinieran de un bolígrafo que la mano de un hombre sostuviera todavía. Esas palabras eran, pues, las últimas que había escrito. Muchas veces había hablado con pasión de su proyecto, imaginando ya que lo entrevistaban o que era objeto de estudio en una clase de historia. Había pasado su vida profesional esperando la jubilación, esperando ese momento en que por fin tendría todo el tiempo del mundo para concentrarse en su ensayo. Al abrir los cajones descubrí centenares de hojas anotadas, garabateadas, mezcladas con toda clase de documentos y de recortes de prensa. Me senté en una silla, desconcertado por la visión de esa cantidad de trabajo que no desembocaría en ninguna publicación. Me hallaba frente a lo *inacabado*. Ello me pareció entonces casi más brutal que la muerte en sí.

Sin querer comparar nuestros destinos, ese descubrimiento me hizo pensar de nuevo en el abandono de mi proyecto de novela. Había redactado varias decenas de páginas, páginas que también pertenecían al mundo de lo *inacabado*. Era la segunda vez ese mismo día que pensaba en mi antigua tentativa literaria. Ante esas páginas huérfanas, me encontraba frente a lo que yo mismo no había realizado. No se trataba siquiera de saber si tenía o no talento, sino de pensar en ese destino que podría haber sido el mío. Quizá no hubiera tomado las decisiones adecuadas en mi vida. Me quedé un buen rato leyendo las notas de mi suegro, y aunque no siempre las entendía, el contexto las volvía apasionantes para mí.

Me quedé dormido así, sentado en su mesa, con la cabeza apoyada sobre lo que era su manuscrito. Varias veces durante esas horas de descanso tuve sueños que poseían la apariencia de la realidad. Cuando desperté fui al cuarto de baño para lavarme la cara, y entonces reparé en lo enrojecidos que tenía los ojos. Bajé tratando de hacer el menor ruido posible. Ya no quedaba nadie en el salón. Una calma asombrosa reinaba en esa habitación, ocupada unas horas antes por toda clase de gente. Me sorprendió constatar que todo estaba

ordenado. No se veía un solo vaso, y hasta los cojines del sofá parecían alineados como en una tienda. ¿Quién había hecho todo ese trabajo en ese contexto? Mi mujer, seguramente. Podía imaginarla distrayéndose con tareas domésticas, aplazando lo más posible ese momento en el que tendría que tenderse en su cama en la oscuridad y tratar de conciliar el sueño. Mientras me dirigía a la cocina estaba a punto de descubrir que mi mujer no había dormido ni un minuto. Estaba ahí, sentada en un taburete, apoyada en la mesa. No volvió la cabeza cuando entré en la habitación. Parecía inmóvil, exactamente como la víspera por la noche, cuando la descubrí en nuestro salón. Por segunda vez observé hasta qué punto esa actitud se asemejaba a la de su madre; ella también estaba ahí, en la cocina, inmóvil ante la cafetera. Parecía esperar a que estuviera listo el café, sin darse cuenta de que ya hacía rato que lo estaba. Me quedé un instante observándolas sin que se dieran cuenta de mi presencia. Cosa extraña, volvieron ambas la cabeza hacia mí en el mismo momento, para decirme las dos lo mismo: «¿Quieres un café?».

Tras tomarme una taza, insistí en que fueran a descansar un poco. Mientras tanto yo podría ocuparme de los primeros trámites administrativos. Aceptaron mi ofrecimiento y fueron a tumbarse un rato. Antes de nada, debía avisar en el trabajo de mi ausencia. Al teléfono, Mathilde dio muestras de cierta compasión. Pero unos minutos más tarde recibí un mensaje lacónico de Gaillard: «Envíanos por favor lo antes posible el certificado de defunción». No había, pues, tregua posible en su ensañamiento conmigo. Esa nueva señal de agresividad no me sorprendía, pues ahora conocía su verdadera naturaleza. En realidad prefería que el odio quedara expuesto a plena luz. Me apresuré a concentrarme en otra cosa. Antes de subir a su habitación, mi suegra me había entregado una carpeta en la que se leía una sobria palabra: «Exequias». Seguramente habrían iniciado ya los siniestros trámites en el momento del cáncer. Y esa carpeta surgía ahora, llena de detalles mortuorios. Todo estaba pagado ya, todo estaba elegido ya. Pensé que ese día me llegaría a mí también, no el de morir sino el de tomar la decisión de ir a elegir mi ataúd.

Tres días más tarde estábamos todos reunidos alrededor de la tumba. Mi hija había llegado el día anterior. Pese al contexto, me atrevía a reconocer que me alegraba de pasar dos días seguidos con ella, sin interrupción. A mi hijo le había dado una pena terrible no poder venir, pero estaba en plenos exámenes. Se sentía lejos de nosotros y no podía compartir su tristeza con nadie.

Pensamos en él; le habría conmovido ver la emoción real que se palpaba en esa ceremonia de adiós. Mi mujer y mi hija estaban muy cerca la una de la otra, como si buscaran sostenerse para no caer. Enterrábamos a un hombre que había muerto demasiado joven, desbordante de vida y de proyectos. Uno de sus amigos trató de hablar de él y logró hacernos sonreír recordando un par de anécdotas. Alguien dijo: «Le habría gustado que hablaran de él así». Siempre es difícil saber qué le habría gustado o dejado de gustar a un muerto. En cualquier caso, era un hombre al que le gustaba la alegría, puedo dar fe de ello. Al principio a mí me había encontrado soso. Simplemente me sentía intimidado por él. De todas formas —y en eso se parecía a mi padre— nunca se le había dado muy bien dejar protagonismo a los demás. Tenía que ser él el centro del mundo. Así que, sí, seguramente habría estado contento hoy.

Hacía varios días que me dolía la espalda y no había pensado en otra cosa. Nada más contaba. Tenía motivos para estar preocupado, pero ¿no había exagerado un poco? Mi dolor, mi propio dolor y nada más que mi dolor. Siempre es así: basta enfrentarse a los dramas de la vida para sentirse ridículo por haber hecho una montaña de un grano de arena. De nuestro grano de arena. Frente a los dramas de los demás, solemos tomar grandes decisiones. Nos decimos que lo vamos a *relativizar todo*. Pero nunca dura mucho. Muy pronto volvemos a hacernos mala sangre por naderías, a enfadarnos por cualquier cosa. Yo seguía ahí, de pie, vivo. Mi resonancia magnética no había desvelado nada, no tenía problemas graves, mis hijos estaban sanos; y en ese momento asistía a la inhumación de un hombre bajo tierra, pronto se mezclaría con el polvo, como lo haríamos todos, y, por primera vez en mucho tiempo, una especie de sonrisa se abrió camino en mi rostro.

SEGUNDA PARTE

1

Consulté el plano varias veces. Nunca había oído hablar de esa calle, y tampoco conocía el barrio. Tenía miedo de llegar tarde: lo que demuestra que nuestra relación con el mundo médico es de las más desiguales que existen. Los médicos tienen salas de espera y el derecho de hacernos esperar. Pero siempre está muy mal visto que el paciente se permita llegar a una consulta con más de dos minutos de retraso. Por no hablar de esta extraña maldición: cuando se llega puntual, hay que esperar; pero en cuanto uno se retrasa lo más mínimo, entonces el médico es milagrosamente puntual.

A través de Alexia, la hermana de Élise, había conseguido el contacto de una magnetoterapeuta. Se acercó a hablarme durante la copita que siguió al entierro:

—Tengo entendido que te duele la espalda.

—Esto... Sí... —contesté, incómodo por el contexto.

—Conozco a una magnetoterapeuta muy buena. Deberías ir a verla. Te abrirá los chacras, y ya verás cómo luego te encuentras mucho mejor.

—Ah... Ya...

—No, de verdad, confía en mí... Ve...

Me apetecía seguir su consejo. Para eso tenía que olvidar los constantes comentarios de Élise sobre ella: «¡Mi hermana está chalada! ¿Sabes la última?». No, no sabía la última. Siempre había una última peripecia que superaba a la anterior. Lo último que había sabido de ella era que, convencida de ser una prima de Ramsés, quería marcharse a Egipto. A mí me hacía gracia Alexia. Lo que mi mujer consideraba demencia a mí me parecían excentricidades más bien cómicas. A lo largo de los años había desarrollado una especie de teoría sobre la relación que las unía. Como Élise era la preferida de su padre, su hermana pequeña trataba de llamar la atención como podía. No debía de andar tan desencaminado, pues la muerte de su padre les privó de pronto del terreno de su rivalidad. A partir de ahora, Alexia se calmaría un poco; huérfana de su público predilecto, su sentimiento de no existir lo suficiente disminuiría mucho. Y ello tendría una triste consecuencia: el alejamiento progresivo de las dos hermanas. Su relación, caótica ya de por sí, no sabría adaptarse a esa nueva situación: la ausencia del padre. El carisma

de un hombre puede provocar la desintegración de los vínculos entre los súbditos de su reino. Nunca había entendido la actitud de Élise con su hermana. Mi mujer, que era de naturaleza más bien abierta y generosa, se cerraba en banda en cuanto se mencionaba a Alexia. Yo la encontraba a menudo injusta, no comprendía que exagerara así ni se enfadara tanto con su hermana, pero había terminado por admitir que nunca se puede entender del todo la intimidad de una familia. A nosotros los yernos, los cuñados, se nos llama *familia política*; y nunca llegamos a ser de la familia de verdad, nunca llegamos a ser piezas realmente integradas de esos extraños engranajes que constituyen las relaciones familiares. El calificativo mismo de «*político*» en ciertos casos da fe, por su valor peyorativo, del carácter no natural de esa unión.

Yo le tenía mucho cariño a Alexia y le agradecí su consejo. Me había emocionado que me hablara de mi espalda, y puede que hasta me sorprendiera un poco. De modo que Élise y ella compartían algunas cosas, e incluso hablaban de mí. En el momento del entierro, y desde el anuncio de la muerte de su padre, mi espalda, precisamente, persistía en no manifestarse. El dolor respetaba también una suerte de tregua ligada al duelo. Fue ya volviendo a París, en el coche, silenciosamente, cuando se hizo notar de nuevo. Los últimos kilómetros fueron durísimos, sobre todo porque trataba de disimular mi sufrimiento. No tenía ganas de infligirle mi propio malestar a mi mujer, que ya estaba profundamente afectada por lo inesperado.

2

Intensidad del dolor: 7.

Estado de ánimo: tentado por lo paranormal.

3

Dos días después llegué con retraso a la consulta de esa mujer, sin saber lo que había que entender por «magnetoterapeuta». En mi imaginación era sinónimo de «curandera». Me figuraba que iba a ponerme las manos en el cuerpo y a tratar de librarme de mi mal mediante oraciones místicas y fluidos paranormales. Había puesto en esa sesión imprecisa una esperanza tremenda, como esos desesperados que se hacen adeptos de la primera secta que pillan. El dolor me había puesto en una situación en la que estaba dispuesto a creer lo que fuera y a quien fuera que pudiera aportarme un poco de alivio. Las radiografías no habían arrojado ningún resultado, la resonancia tampoco, el osteópata había empeorado mi dolor, de modo que ¿por qué no probar suerte con las posibles rarezas de esa mujer? De camino hacia allí me había hecho esta pregunta: ¿cómo se hace uno magnetoterapeuta? ¿Tiene uno un buen día la revelación de ese don? ¿Es algo que se aprende? ¿Quizá exista una escuela, como la de los magos de las novelas de Harry Potter? Debía de ser algo increíble ser magnetoterapeuta; no dejaba de ser un poder mágico. Ese don quizá permitiera encontrar fácilmente huecos para aparcar en París. Me abandonaba a consideraciones de todo tipo con la esperanza de distraerme, pues tengo que reconocerlo: me daba un poco de miedo esa consulta.

La sala de espera estaba vacía. ¿Eso era buena o mala señal? Unos minutos más tarde una mujer salió de la consulta. Cruzó la sala despacio, sin mirarme. En una película podría haber sido una escena rodada a cámara lenta; pero no estábamos en una película. Algo en los andares de esa desconocida me gustó, pero no sabía qué exactamente. ¿Sus rodillas tal vez? Sí, sus rodillas. Era como una rapsodia de las rótulas. Su súbita aparición irradiaba una gracia extraña. ¿Qué edad tendría? Era difícil saberlo. Parecía perdida entre los treinta y dos y los cuarenta y siete años. Cuando pensaba que no se había fijado en mí, justo antes de salir me dijo:

- Ya verá, es fantástica.
- Usted sí que es fantástica.
- ¿Perdón?
- Esto... No, nada.

Esbozó una sonrisa y salió de la habitación. Debí de tomarme por un seductor de sala de espera. Ese hombre no era yo en absoluto. Por lo general era incapaz de dar con la réplica adecuada. Muchas veces lo que salía de mi boca eran tres puntitos suspensivos. Pero ahí, extrañamente, de mi boca salieron palabras, sin que mi conciencia les diera el visto bueno: eran una pura manifestación de un golpe de Estado del cuerpo sobre la mente. Tenía que haber una razón. La sala de espera debía de estar magnetizada. Allí todos éramos distintos. Éramos la versión liberada de nosotros mismos. No veía otra explicación a mi réplica: «Usted sí que es fantástica». En ese momento apareció la magnetoterapeuta.

Como un cantante con una sola canción en su repertorio, expliqué de nuevo lo que me pasaba. Repetí que no se me ocurría ningún origen preciso para mi dolor. Desde hacía más de una semana era como un representante comercial de mi dolor. Me paseaba de consulta médica en consulta médica, tratando de dilucidar cuáles eran aquellas que supuestamente podrían paliar mi sufrimiento. La magnetoterapeuta me escuchó atentamente, tomando apuntes en una libreta. Parecía totalmente normal. Me la había imaginado vestida de manera atípica, con prendas hechas con pieles de animales, y collares de crustáceos al cuello. Supongo que la imaginaba como una especie de *hippy* trasnochada que me recibiría en una penumbra saturada de incienso con aroma a manzanilla. Pero nada de eso. El lugar era neutro; y la magnetoterapeuta parecía más bien una consejera de orientación para chavales con problemas.

Al menos ésa fue mi primera impresión. Pero no tardé mucho en encontrarla extraña. Tras mis frases de introducción, se quedó mirándome en silencio. Eso duró un buen rato. ¿Por qué me observaba así? ¿Sería su forma de concentrarse? Me resultaba especialmente desestabilizador hallarme frente a alguien que me miraba sin decir nada. Me sentía como si fuera culpable de algo. Al cabo de un rato, me aventuré a decir:

—¿Tal vez quiera que me tumbe?

—No... No se mueva.

De modo que era eso ser «magnetoterapeuta». Mirar al paciente. Agotarlo mediante los iris. Extraño método que, lejos de relajarme, me producía una gran incomodidad. Quizá fuera algo deliberado. Quería provocar un malestar que incitara a mi cuerpo a reaccionar. Bueno, era una teoría como otra

cualquiera. Pues, a decir verdad, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Entonces me dijo muy despacio:

—Desnúdese de cintura para arriba y tumbese.

—De acuerdo —contesté dócilmente.

Sin embargo, empezaba a darme miedo. Todo ese paripé no era para mí. Mi inclinación por lo paranormal se limitaba a consultar de vez en cuando mi horóscopo en los periódicos. Con los ojos cerrados, pasaba la mano por encima de mi cuerpo. Parecía implorar interiormente al dios de la curación. En ese momento ya no me dolía. Mi mente se centraba por completo en lo descabellado de la situación. ¿Qué iba a hacer conmigo esa mujer? Sentía algo, pero no sabía el qué. Ese momento, breve en realidad, se me antojó sin embargo una novela rusa.

La magnetoterapeuta retrocedió entonces dos pasos. De nuevo me miró sin decir nada, antes de enunciar de repente el veredicto:

—Su mal es de naturaleza psicológica.

—...

—No tiene nada que ver con la medicina —concluyó abandonándome.

Entonces me dio la espalda y se alejó de mí, como una actriz trágica. Me encontré solo, tumbado allí.

—¿Eso qué significa? —pregunté en voz baja, incorporándome.

—No tengo mucho más que decirle. Su mal no se inscribe dentro del ámbito de la medicina.

—...

—Hay problemas en su vida. Cosas que tiene que solucionar.

—...

—Vaya mejor a un psicólogo.

—...

—Son ciento cincuenta euros —zanjó.

Me quedé sin habla. Me di perfecta cuenta de que la mujer ya había pasado a otra cosa. No quería malgastar su fluido con un cliente como yo. No tenía nada que hacer allí. No me gustaba su actitud. Tampoco era culpa mía que mi problema no fuera objeto de sus competencias. Me miraba como si le hubiera hecho perder el tiempo. Teniendo en cuenta el precio de la consulta, era más que injusto. Cuando saqué el talonario hizo una mueca que daba a entender: «¿Y encima me quiere pagar con un cheque?». Por suerte llevaba algo de dinero en metálico. Era obvio que era lo que estaba esperando, un intercambio de metales.

4

Intensidad del dolor: 4.
Estado de ánimo: entre perplejo y confuso.

5

Dos minutos más tarde estaba en la calle, estupefacto por el giro que habían dado los acontecimientos. Caminé unos metros sin rumbo fijo. Hacía bueno esa mañana; era más bien extraño, se veía el sol por primera vez desde hacía mucho tiempo. Pasé delante de un café, en la terraza había varias personas disfrutando de los primeros rayos del año.

—¿Ya? —me preguntó una mujer.

—...

Me llevó varios segundos reconocer a la mujer con la que me había cruzado en la sala de espera.

—Pues... Sí, sí...

—...

—...

—¿Tiene tiempo de tomar un café? —propuso, para salvarnos de un momento algo incómodo.

—Sí...

Me instalé entonces enfrente de ella y de espaldas al sol. Esperaba que ella supiera llevar el peso de una conversación, pues no me sentía capaz de ser un buen compañero de terraza. Pedí un café levantando ostensiblemente el brazo, necesitaba hacer un gesto para darme un poco de aplomo. Ya no tenía costumbre de tomar un café con una desconocida, así como así, al capricho del azar. Apenas me atrevía a mirarla, todavía me sentía azorado por mi primera réplica. En cierto sentido era una tontería, pues si me había propuesto que me sentara con ella seguramente era por mi respuesta en la sala de espera. A las mujeres les debe de gustar oír que son fantásticas. Acababa de hacer ese descubrimiento capital después de pasarme más de cuarenta años errando por la incompreensión femenina^[12].

Volvió a preguntarme por qué había sido tan corta mi sesión. Mi explicación le suscitó una carcajada. Ni se me había pasado por la cabeza que toda esa escena pudiera resultar cómica. Solía ir rezagado con respecto a la comprensión de lo que vivía. Ella añadió:

—Bueno, y entonces, ¿va a seguir sus consejos?

—Aún no lo he pensado.

—Pues debería. Ella rara vez se equivoca.

Me había sorprendido tanto la forma que aún no me había tomado el tiempo de reflexionar sobre el fondo. ¿Qué debía pensar? Sentía deseos de creer que el origen de mi mal era psicológico. Después de todo, era una opción muy tranquilizadora: de eso no se moría nadie. Aún no había tumores de complejo de Edipo ni cánceres de transferencia amorosa. Según la terapeuta, mi dolor persistiría mientras siguiera sin comprender mi problema. Mi cuerpo pasaba a ser un enigma que sólo mi mente podía resolver. Iba a tener que investigar los bajos fondos de mis pensamientos. Últimamente había acariciado esa posibilidad varias veces. Primero me había perturbado que uno mismo pudiera ser el creador de su propia enfermedad. Después mi mujer había expuesto la hipótesis de que mis dolores estaban ligados a mis angustias profesionales. Era posible, pero no era el único ámbito problemático de mi vida. ¿Dónde se escondía pues el verdadero problema? Tenía que haber una solución. Tenía que haberla a la fuerza. Para encontrar el remedio debía tenderme en un diván y no en una camilla. Todo parecía concordar con una extraña lógica, la de un cuerpo sometido no al capricho de la salud sino más bien a las decisiones de la conciencia.

La desconocida tuvo la delicadeza de no interrumpir mi monólogo interior. Me había enfrascado en mis pensamientos, olvidando del todo nuestra conversación. Decididamente, me había vuelto incompetente en materia de relaciones humanas. Me tocaba a mí hablar, pero ¿qué decir? ¿Por qué me intimidaba tanto esa mujer? Era absurdo. Se trataba de una situación sencilla. Era evidente que no nos juzgábamos. El hecho de no conocernos era un elemento positivo, éramos dos desconocidos que se descubren sin aprensión, en la gratuidad total del instante.

—¿Y usted para qué va a esta terapeuta?

—Me mordió un perro cuando era niña... Y...

—...

—En fin, no hay ninguna razón médica para que todavía me duela... Es un poco como si el mordisco continuara pese al paso de los años.

—Entiendo...

—Las sesiones me sientan bien. Siento que por fin estoy llegando al final de este dolor que ya no es racional.

Me contó entonces con detalle las circunstancias de su agresión canina. Tenía ocho años, y de no ser por la intervención de un viandante sus heridas podrían haber sido aún más graves. Sin mucha originalidad, le pregunté:

—Supongo que ahora le darán miedo los perros, ¿no?

—No, qué va, me encantan. Hasta tengo uno. En mi cabeza, el perro que me mordió no es representativo de todos los perros en general.

—Entiendo... —contesté de manera algo evasiva, pues no estaba seguro de haberlo entendido del todo. Poco importaba, podía hablarme de perros (que seguramente era el tema que menos me interesaba del mundo)^[13] durante horas. Me sentía bien con ella. Me había gustado esa mujer nada más verla de pie (con esas rodillas suyas) en la sala de espera; y ahora que estaba sentada (y que la mesa le ocultaba las rodillas), me sentía igual de bien. Mi afecto por ella no estaba, pues, condicionado por su postura. Y me gustaba su rostro; viajaba por una inmensa extensión de expresiones. Podía parecer formal, increíblemente formal, como una muchacha dócil de internado suizo, y luego de repente se adivinaba un destello de locura en su mirada, de comicidad incluso, y pasaba a convertirse en una mujer rusa. Hablamos de unas cosas y otras, y el tiempo se nos pasó volando. Sin embargo, tenía la sensación de que no nos habíamos contado nada. Quizá sea eso sentirse bien con alguien. No estábamos sujetos a rentabilidad ninguna ni al sentimiento de tener que decirnos *de verdad* algo. Cambiamos unas cuantas palabras flotantes, retazos de ideas, y todo eso formó la hora indolora más hermosa.

Al cabo de un rato nos separamos sin intercambiar datos personales, sin saber siquiera cómo nos llamábamos. Ese momento no tendría réplica. No volveríamos a vernos.

6

Intensidad del dolor: 2.

Estado de ánimo: medio suizo, medio ruso.

Hacía varios días que tenía la sensación de vivir mi vida hora a hora. Yo que siempre lo había planificado todo, iba de cita en cita según mi estado y mi humor. Una vez pasada la dulce euforia del momento hermoso con la desconocida, volvió el dolor. Tenía que encontrar un psicoterapeuta. Alguna vez en el pasado había pensado en recibir terapia, como tanta otra gente, sin saber de verdad por qué, simplemente sometiéndome a la idea que impera en el entorno semiburgués según la cual todo el mundo debe psicoanalizarse en algún momento de su vida. Pero al final siempre había renunciado. Tal vez por miedo. Los psicólogos me angustian. De hecho, nadie pronuncia su nombre. La gente no dice jamás que va a un psicólogo, se limita a decir que está viendo a *alguien*. En nuestro vocabulario, *alguien* designa a un psicólogo. Pues bien, yo aún no había visto a ese alguien que me diría quién soy.

Fiel a la montaña rusa en la que se había convertido mi vida emocional, volví a sumirme en la angustia. Uno tras otro, los medios de curación se alejaban de mí. Por necesidad de aferrarme a algo concreto para no seguir a la deriva, volví a pensar en mi proyecto. Me agarré a ese aparcamiento como a mi balsa de la Medusa. No era sin embargo un proyecto urgente en absoluto. Además, a nadie en la oficina le interesaba conocer la evolución de mi misión. Como se suele decir, me habían «arrinconado» profesionalmente. Algunas imágenes son tan precisas, tan adecuadas... Estaba clarísimo, por no decir transparente. Confinado en mi rincón, iba a esperar a que se dignaran sacarme de ahí para continuar mi vida profesional de la manera más digna posible.

Llegué a la oficina sumido en un silencio consternado. Mis antiguos compañeros ya no me dirigían la palabra, como si trajera mala suerte, o el fracaso social fuera una enfermedad contagiosa. A mis espaldas seguro que Gaillard había seguido empañando mi imagen de manera metódica. Debía de considerar que aún podía acentuar el grado de mi humillación. Desde la famosa reunión, había ascendido en el escalafón. La gente le tenía miedo. La única que se comportaba conmigo igual que siempre era Mathilde.

Desprovista de toda ambición, se otorgaba el derecho de seguir viviendo en la lucidez. Como la otra vez, se acercó a saludarme en cuanto llegué:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. Gracias, Mathilde.

—Y su mujer... ¿Qué tal lo lleva ella?

—¿Mi mujer?

—Pues... Sí..., su mujer...

—...

—...

—No le he contado nada.

—¿No? Pero... ¿Cómo es posible? En fin...

—No quiero agobiarla.

—Pero... ¿Está... seguro?

Mathilde parecía asustada. Yo no entendía qué tenía de grave no decirle nada a Élise. Sobre todo porque la situación no era positiva para mí; me había humillado un compañero de trabajo. Mi secretaria terminó por sacar a la luz el malentendido:

—Pero se trata de su... padre..., al fin y al cabo...

—...

—...

—Ah, se refiere al entierro. Oh, perdón, me he hecho un lío. Por supuesto que está al corriente... Pensaba... que me preguntaba por mi mujer... con respecto a... Oh, lo siento de verdad, Mathilde.

—...

—Sí... Está bien. Lo lleva más o menos bien. Bueno, es duro, claro. Ella veneraba a su padre... Pero es una mujer fuerte.

—Bueno... Le dejo trabajar... Si me necesita..., ya sabe dónde estoy.

—Sí, gracias otra vez, Mathilde. Gracias por ser tan atenta conmigo.

—...

Salió de mi despacho, no sin antes hacer una mueca rara. Ella, que me apoyaba en contra de todos, debía de empezar a pensar: «Un poco raro sí que es este hombre...». No era culpa mía. Tenía tantas cosas que afrontar que, al llegar al trabajo, era como si se me hubiera olvidado la muerte de mi suegro. Acabé por sonreír al pensar en nuestro diálogo. Era bastante cómico a fin de cuentas. Sobre todo mi respuesta: «No le he dicho nada». Veía de nuevo la expresión de Mathilde, que me había creído capaz de ocultarle a mi mujer la muerte de su propio padre.

Unos minutos más tarde volví a la triste condición de mi aburrimiento. Encendí el ordenador para consultar mi correo electrónico. Para seguir hundiendo el dedo en la llaga, continuaba recibiendo copia de todos los mensajes sobre Japón. Leía los detalles de un próximo viaje a Tokio; tenía acceso al panorama de una vida que ya no era la mía. Tengo que reconocer que no me molestaba demasiado. Esa ausencia de acritud me hizo reflexionar sobre mi naturaleza profunda. Si bien era obvio que sentía un odio claro por Gaillard, no era de esa clase de gente que se pasa el rato dándole vueltas a su fracaso. ¿Era yo asombrosamente plácido? Me decía sencillamente que iba a echar de menos ir con los compañeros a esos karaokes llenos de japonesas hábilmente maquilladas. Soñaba vagamente con una *geisha* vestida con un kimono de satén con la que me emborracharía de sake. Mis pensamientos traicionaban así mi gusto desmedido por los clichés. Seguí un instante más en ese viaje inmóvil, antes de volver a una realidad brutal.

Gaillard entró sin llamar en mi despacho y me preguntó secamente:

—¿Y el certificado?

—Lo recibirás. No te preocupes.

—Porque todos sabemos cómo es la gente como tú, capaz de inventarse muertes para poder rascarse la barriga...

No contesté. Su agresividad no me hacía mella. Sin embargo, estaba yendo muy lejos. Pensé en las lágrimas de mi mujer, en su dolor. Algo crecía en mí, algo poco común e incluso inédito quizá. Por primera vez me puse a pensar que quizá no fuera un cobarde, sino que simplemente había contenido mi rabia. Esa rabia que seguía avanzando, como una ola que nunca dejaría de crecer. Me quedé callado, sentado en mi silla, con una sonrisita que ocultaba el nacimiento de la violencia.

Se marchó sin decir nada más, claramente decepcionado de no tener adversario. Suponía que se aburriría de jugar conmigo, y pronto tendría que encontrar otro hueso que roer, otro compañero sobre el que descargar su mal genio. Sin embargo, nuestra conversación no había terminado. Debía hablarle de mi proyecto, puesto que se suponía que tenía que supervisar mi trabajo. Grité su nombre. Podría haberme levantado, haberle perseguido corriendo, pero no, así es como ocurrieron las cosas: grité su nombre, y él volvió a mi despacho, escandalizado por mi osadía.

—¿Es a mí a quien llamas así?

—Sí.

—Si quieres verme, llamas a mi secretaria. La próxima vez que grites mi nombre así te abro un expediente disciplinario.

—Muy bien, jefe.

—¿Qué querías?

—Necesito hablar contigo sobre el aparcamiento.

—¿Qué aparcamiento?

—Pues..., el aparcamiento... El de Val-d'Oise. Fui a ver el solar.

—¿Que hiciste qué? ¿Me tomas el pelo? ¿De verdad te fuiste hasta allí?

—Pues claro...

—Joder, macho, yo alucino. Será gilipollas el tío... ¡Será gilipollas!

Estalló en una carcajada y se puso muy rojo, como si se estuviera ahogando.

—¡Pero si te lo dije de coña!

—...

—Recibimos su carta, donde nos decían que su sueño era trabajar con nosotros... Y te la pasé de broma... Nunca pensé que fueras a ir... Joder, tío, en serio, cada vez me sorprendes más...

—...

—¿Crees de verdad que una birria de ciudad como ésa tiene presupuesto para pagarnos? ¡Joder! Habrán flipado al verte aparecer por allí.

—...

—Ya me imaginaba yo que eras gilipollas, pero no tanto. He hecho bien jugándotela con los japoneses, y tanto que he hecho bien...

Salió de mi despacho, sin dejar de reír. Oía como sus pasos se alejaban, pero su risa seguía pegada a mis oídos, agarrada a mis tímpanos. Si no actuaba ahora temía tener que vivir para siempre con esa risa, como el eslogan eterno de mi debilidad. De pronto mi pensamiento dejó de paralizar los impulsos de mi cuerpo. Esa rabia que tenía dentro de mí, contenida por mi sociabilidad, podía por fin despertar. Gaillard había ido demasiado lejos. Me levanté con calma y avancé unos pasos muy tranquilo antes de acelerar de repente. Lo alcancé en pocos metros y lo agarré del cuello de la camisa. Él cayó hacia atrás. Una vez en el suelo, volvió la cabeza y gritó: «Pero ¡de qué vas!». No le dio tiempo a decir nada más porque le pegué una patada en la mandíbula con todas mis fuerzas. Me pareció oír el ruido de un diente roto, pero no estoy seguro. Ese primer golpe lo dejó totalmente aturdido, y podría muy bien haberme quedado ahí. Pero mi explosión de odio no se había

calmado. Era más fuerte que yo, me superaba. Me arrodillé y lo agarré para incorporarlo. Se zafó de mí violentamente, lo que demostraba que no estaba tan grogui. Mi puño salió entonces disparado hacia su nariz. Al contrario que con los dientes, que no tenía claro si le había roto alguno, ahí no tuve duda de haberle roto la nariz. Se puso a chillar de dolor. Veía la sangre rodar por su rostro y gotear sobre su cuello. Quería seguir machacándolo, pero dos compañeros se precipitaron para impedírmelo. Me sujetaron los brazos y tiraron de mí hacia atrás agarrándome por la cintura. Gaillard yacía en el suelo, cubierto de sangre. Otros muchos empleados se acercaron a él. Deberían haberlo socorrido, pero se quedaron inmóviles, estupefactos.

8

Intensidad del dolor: 1.
Estado de ánimo: aliviado.

9

Caminé despacio hacia mi mesa, volviendo progresivamente en mí. Durante la agresión había dejado que otro hablara en mi lugar, aquel que había contabilizado con precisión la cantidad de provocaciones sufridas. Cerré la puerta y me senté en mi silla. Enseguida constaté una cosa: ya no me dolía la espalda. Por primera vez desde hacía diez días, el dolor había desaparecido por completo. Era como un milagro. Durante mi estancia en Bretaña había disminuido claramente, poniéndose entre paréntesis, pero en ese momento ya no lo notaba en absoluto. Qué delicia. No sentir ya un dolor es la mayor felicidad que existe. De pronto tenía ganas de vivir y de amar. Esa sensación me hizo olvidar durante unos segundos lo que acababa de hacer. Los dos acontecimientos tenían que estar relacionados a la fuerza. Gaillard había sido el responsable de mi dolor de espalda, y acababa de arreglarlo todo arremetiendo contra él. En el fondo, toda la preparación de esa reunión fatal se había desarrollado en un ambiente tenso, y no había querido reconocer antes el comportamiento turbio de Gaillard. Mi cuerpo había percibido antes que yo los indicios de la traición. Me había hecho unas radiografías y una resonancia, buscando desesperadamente una razón a mi dolor, cuando vivía día tras día con el responsable de ese dolor. Cuando se sufre, basta a veces abrir los ojos y mirar alrededor.

No sé cuánto tiempo estuve así hasta que vinieron a verme a mi despacho. ¿Diez minutos, veinte, una hora? La desaparición del dolor me había sumido en un tiempo indefinido en el que los minutos flotaban de manera anárquica. Percibía murmullos en el pasillo, un incesante ir y venir, como vacilaciones ante mi puerta. Empezaba a admitir que había hecho algo grave. Por fin llamaron. Yo dije «Adelante», y Audibert se presentó ante mí. Al verme, pareció muy extrañado:

—Pero... Está usted sonriendo...

—No... Bueno, no tiene nada que ver. Es sólo que ya no me duele la espalda.

—¿Es usted consciente de la gravedad de lo que acaba de hacer?

—Sí, señor.

—¿Se arrepiente? ¿Tiene remordimientos?

—...

—Sepa usted que las razones de su gesto no cambiarán en nada las consecuencias del mismo. Va a ser despedido.

—Lo entiendo.

—¿Y eso no le afecta?

—Sí... Claro que sí.

—...

—...

—Estoy muy afligido por todo lo que acaba de ocurrir. Está en nuestra empresa desde hace más de diez años, y apreciaba su rigor y su seriedad. Nunca hubiera imaginado que fuera usted capaz de una cosa así.

—Yo tampoco.

—Pues, entonces, ¿por qué lo ha hecho?

—Yo... No lo sé.

—Bueno, no quiere usted decir nada, puedo entenderlo. Debo precisarle que será despedido por falta grave. Y, por lo tanto, no recibirá indemnización.

—...

—Pero, antes, hay un procedimiento que debemos respetar. No digo que éste vaya a cambiar las condiciones de su salida de la empresa, pero es imperativo en este tipo de situación.

—¿Cuál es ese procedimiento?

—Va a tener que ver a un psicólogo.

—¿Un psicólogo?

—Sí, un psicólogo.

10

Intensidad del dolor: 0.

Estado de ánimo: preocupado por el futuro pero todavía aliviado.

Tras mi conversación con Audibert, recogí mis efectos personales (apenas llenaban una caja de cartón). Mi vida allí había generado muy pocos recuerdos. Podía guardar en menos de una hora más de diez años. Me había pasado mi vida profesional sin levantar revuelo, siempre había preferido el trabajo de fondo a la fanfarronería de fachada, y sin embargo ahora todo terminaba brutalmente. Mi arrebató era tanto una manifestación de odio hacia un hombre que me había exasperado hasta el extremo como una forma de suicidio salarial. Acababa de saquearlo todo, de ponerlo todo patas arriba. Era la otra manera de entender mi gesto. Ahora ya no tendría elección: iba a tener que encontrarme un nuevo camino, y me sentía con valor para hacerlo. Por desgracia, una terrible noticia socavó ese pensamiento positivo. Apenas me había dado tiempo a instalarme en la esperanza del bienestar definitivo cuando volvió el dolor. Había sido un error pensar que la violencia me había liberado de él. Mi espalda volvía a llamar mi atención a la manera de un parásito del que cree uno haberse librado y que vuelve sin descanso a provocarnos. No me encontraba mejor. Peor aún, después de ese momento de sosiego, el dolor se había redoblado. Su intensidad era mayor, pues la vuelta del dolor viene acompañada de un terrible sentimiento: el de que uno nunca saldrá de ésa.

Abandoné mi despacho ante la mirada estupefacta de algunos compañeros (al menos me miraban). La gente que me veía abatido y encorvado debía de pensar que me doblaba bajo el peso de la culpa. Pero no, en ese momento tenía ganas de morirme porque no sabía cómo aliviar mi interminable mal. Avanzaba por un callejón sin salida, y no tenía muchas esperanzas de que pudiera salvarme el psicoanálisis. Además, no soportaba estar tumbado; el diván no me sentaría bien. Crucé el vestíbulo de recepción y le dejé al vigilante mi tarjeta de acceso. Se había acabado para siempre. Fuera aún hacía bueno, y el sol trató de cegarme. Pronto quedaría oculto por las nubes y se parecería a un niño castigado.

En circunstancias normales habría llamado a mi mujer para contárselo todo. Pero, dado el contexto, preferí esperar a verla. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que fuera a hablar con ella. Debía respetar su duelo. Lo esencial seguía siendo su propio bienestar. Esperaba que no lo estuviera pasando demasiado mal hoy en su trabajo. Dos o tres veces durante el día le había enviado mensajes, pero habían quedado sin respuesta. Comprendía su silencio; y mis palabras de apoyo no requerían forzosamente una respuesta. Le decía que pensaba en ella y que estaba impaciente por verla por la noche. Había enviado esos mensajes de manera mecánica, sin estar del todo seguro de sentir cada palabra que había escrito. Con el tiempo, a veces hasta la ternura se convierte en rutina. ¿De verdad pensaba en ella? ¿Tantas ganas tenía de verla esa noche, para quererla y reconfortarla? Al fin y al cabo había sido capaz de olvidar la muerte de su padre cuando mi secretaria me había preguntado cómo me encontraba.

Una vez en casa, agotado por los acontecimientos de los últimos días, me quedé dormido en el sofá del salón. Me desperté antes de que volviera Élise. Estuve un buen rato ante nuestra biblioteca, hojeando algunos libros. Pensé que por fin tendría tiempo de leer, y quizá incluso de retomar mi proyecto de escribir una novela. El horizonte que se presentaba ante mí empezaba por un viaje al pasado. Pensaba en todo lo que me había gustado cuando era joven, en mis pasiones, en todo lo que había ido dejando de lado con el paso de los años para llevar una vida de adulto responsable. Tenía ganas de escuchar mis viejos discos de vinilo y de fumar tabaco de liar. Adornaba mi adolescencia, dibujándola como un periodo de loca libertad, cuando la verdad era muy distinta. Exceptuando algunas visitas a galerías de arte con Sylvie, nunca me había salido del camino trillado de la juventud. Por mucho que quisiera reescribir mi historia, nadie se la creería. La única realidad seguía siendo mi amor por las palabras. Un amor que había dejado aparcado y que ahora volvía a mí, en la ociosidad de una tarde repentinamente libre. Me quedé un momento flotando entre las épocas de mi vida, y era como un espacio temporal que me protegía de la inquietud. No pensaba en todos los problemas prácticos que me aguardaban: todas esas historias de créditos hipotecarios, alquileres y facturas. Estaba lejos de todo eso, la realidad ya no me interesaba.

12

Intensidad del dolor: 8.
Estado de ánimo: nostálgico.

13

Mi mujer volvió por fin. Dejó el bolso antes de reparar en mi presencia en el salón. Avancé hacia ella.

—¿Qué tal estás?

—...

—¿Ha sido un día muy duro?

Se volvió hacia mí, todavía callada, como si fuera incapaz de emitir el más mínimo sonido. En sus ojos vi que había llorado mucho. Al cabo de un rato logró pronunciar:

—Quiero que nos divorciemos.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho?

—Quiero que nos divorciemos.

Me quedé un instante en suspenso, atónito. Luego me aventuré a decir:

—Oye... ¿No quieres que hablemos de esto mañana por la mañana?

—No... No hay mucho que decir...

—...

—Y preferiría que te fueras a dormir a otro sitio esta noche. Tengo ganas de estar sola, por favor.

—...

—Por favor.

—Es normal, con lo que ha ocurrido, que... Bueno... Pero ¿no crees que...?

—...

Subió a nuestra habitación sin escucharme. Pero, en el fondo, ¿qué tenía yo que decir? Conocía a Élise desde hacía tiempo suficiente para saber que no era típico de ella pronunciar esas palabras sin haberlo pensado bien antes. Por supuesto parecía algo impulsivo, pero desde el primer momento me tomé sus palabras en serio. Sabía por otra parte que era mejor hacerle caso e irme esa noche. Tendríamos tiempo de hablar más adelante; era evidente que por ahora quería estar sola. Es una de las cosas que más respeto: la necesidad de soledad. Así que me fui. Así, sin más. Sin llevarme nada. Como un ladrón de mi vida.

Me dirigí a mi coche. Sentado al volante, dudé si poner la radio. Era estúpido; algunos momentos no pueden tener más banda sonora que el silencio. ¿Qué podía hacer? Miré un instante el asiento de atrás: quizá pudiera dormir ahí. Pero eso me recordó un reportaje que había visto hacía poco. Trataba sobre esos hombres y mujeres que lo perdían todo y acababan durmiendo en su coche. Algunos incluso tenían un trabajo, pero los alquileres se habían vuelto demasiado caros. La miseria parecía más que nunca al alcance de la mano. En pocos días, una vida podía cambiar radicalmente a peor. Cuando te cruzas con un sin techo en la calle ya ni te preguntas siquiera cómo ha podido llegar a eso. La caída es algo inherente a todos nosotros. Siempre caminas por el borde del precipicio, y basta una nadería para caer.

Podía irme a un hotel. Una especie de lugar anónimo en la periferia de París. Podría cenar con los típicos comerciales que se alojan en esa clase de hoteles, esos que visten camisas de manga corta; cada uno por nuestro lado, tomaríamos el menú del día. Nadie me haría preguntas. No era eso lo que me apetecía. Quería estar entre amigos. El día había sido demasiado complicado para terminar así, con esa soledad. Empecé a conducir muy despacio en la noche. Me daba miedo sufrir un accidente. Hay días en que uno está deseando irse a la cama para sentirse por fin a salvo. Mientras no estuviera en mi cama, tenía la sensación de que toda una serie de catástrofes podía aún abatirse sobre mí. Estaba muy atento a cada cruce. Conducía como un principiante, de una manera que se me antojaba bastante simbólica. Para mi gran sorpresa, no tardé en encontrar un hueco para aparcar. Pensaba que lo lógico después de un día como ése era que diera vueltas durante horas. Me quedé un momento delante de la puerta de la casa antes de llamar. Ni siquiera se me había ocurrido avisar de mi visita. ¿Qué iba a decir? ¿Tal vez llegaba en mal momento?

Llamé a la puerta. Unos segundos más tarde, Édouard abrió. No parecía sorprendido, era como si esperara esa escena desde siempre.

—¿Qué haces aquí?

—No estoy muy bien.

—¿Ah, no? Nada grave, espero.

—No... No... Es sólo que he perdido el trabajo... Que Élise quiere divorciarse... Y que todavía me duele horrores la espalda.

—...

—¿Puedo dormir aquí esta noche?

14

Intensidad del dolor: 8.

Estado de ánimo:

*soy incapaz de encontrar un adjetivo
para describir mi estado de ánimo.*

Había anunciado demasiadas noticias como para que la cosa pudiera quedar ahí. Querían que hablara. Estábamos los tres en el salón, sin saber muy bien por dónde empezar. ¿Qué es lo más importante? ¿El amor, el trabajo o la salud? Son las tres grandes secciones del horóscopo. Édouard había seguido desde el principio mis problemas de espalda y parecía preocupado de que mi estado no mejorase. Alabé a su osteópata (en el terreno de la amistad, como en todos los demás, rara vez se puede decir la verdad), pero avancé la idea de que mi problema no se podía solucionar con las manos, por muy bueno que fuera el profesional. Narrando los últimos episodios de mi búsqueda, balbuceé que la próxima etapa sería de orden psicológico. Pero a Sylvie no le interesaba mi espalda. Prefirió preguntarme:

—Pero ¿y qué ha pasado con Élise?

—Es un periodo complicado. La muerte de su padre la ha desestabilizado profundamente...

—Ya, si lo entiendo... Pero ¿qué tiene eso que ver con vosotros?

—Pues que ahora se lo cuestiona todo. Me parece normal. Todo irá mejor dentro de unos días —dije, en absoluto convencido.

A decir verdad, no intentaba proyectarme hacia el futuro. Mañana será otro día, dice el refrán. Visto el día que acababa de vivir, estaba deseando creerlo. Mañana me parecía incluso otro mundo. Quería cerrar los ojos sobre las horas que acababan de pasar. Era como si el destino me propusiera recuperar todos esos años sosos que había vivido al amparo de las peripecias humanas. De golpe tenía que llenar de acontecimientos una vida demasiado poco palpitante. Había pasado a ser una criatura sometida a los torrentes de los cambios bruscos e inesperados. Hasta el punto de que ya no era capaz de reaccionar normalmente. Habrían podido anunciarme cualquier cosa esa noche que no me habría afectado en absoluto, pues las capas sucesivas de golpes me habían dejado la piel dura de los insensibles. Quería dormir y nada más. Mis amigos me acompañaron a mi habitación. Me tomé dos analgésicos, a los que a Sylvie se le ocurrió añadir un somnífero. Entonces me quedé profundamente dormido, y me sentó de maravilla.

Me desperté en mitad de la noche. Necesité varios segundos para recordar el lugar donde me encontraba. Encendí la luz y observé la habitación. Tenía todo el aspecto de una habitación de invitados, con esa mezcla extraña de lugar a la vez impersonal y acogedor. Sólo un detalle indicaba que pertenecía a mis anfitriones: había una pequeña biblioteca que contenía numerosos libros de medicina, y más concretamente de estomatología. Me sorprendía ver tantos manuales sobre los dientes; aunque bueno, más me sorprendía que hubiera alguien capaz de leerlos. Durante unos instantes estuve dudando si levantarme para hojear alguno. Tenía ganas de posar la mente sobre cualquier tema, preferentemente el más alejado posible de mi vida. Al final me quedé tumbado, reconociendo por primera vez que me había mostrado demasiado dócil con Élise. Había querido respetar su petición, y su confusión, que esperaba fuera momentánea. Pero ¿por qué me había marchado enseguida sin decir nada? ¿No habría preferido ella que me alzara contra su voluntad? Habría podido decirle que de ninguna manera íbamos a divorciarnos, que la amaba de una forma intangible e insumisa a la separación. Tenía muchas palabras inusitadas en mí, todas esas palabras del cariño. Había optado por la sumisión a su decisión, ateniéndome a mi sentido del respeto al otro. Pero ahora me daba cuenta de que ese respeto era una versión suave de la cobardía. Había querido marcharme porque ya no soportaba sufrir el más mínimo conflicto. Quería que me rodearan de gestos de cariño, en silencio; quería que me quisieran, sin ausencia. Lo afrontaba todo en soledad. Mis hijos no estaban: había soñado muchas veces con abrazarlos, pues el cuerpo de los hijos es el único punto de amnesia posible. En caso de dificultad, se convierte en la única muralla que te protege de la realidad. Pensaba en todo eso, en las personas a las que quería, arrastrado por un diluvio emocional algo patético, y la noche se me antojó aún larga.

Por la mañana temprano, una Sylvie sonriente vino a verme para acabar de extenuarme a preguntas: «¿Has dormido bien? ¿Y qué tal la espalda, te encuentras mejor? Para desayunar ¿eres más de café o de té? ¿Qué planes tienes para hoy? Tendrías que ir a ver a Élise, ¿no crees? Espero no haberte despertado esta noche. Me levanté para pintar. ¿Quieres ver mis últimos cuadros?». Etcétera. Debía de pensar que es indispensable hablar sin parar con toda persona que se encuentra mal. Hay que evitar a toda costa que pueda pensar por sí misma, para que no se haga mala sangre. Con mayor o menor

éxito, traté de contestar a sus preguntas. Pero se sucedían tan deprisa que mis respuestas se solapaban, y me parece haber contestado «Café..., con un poco de leche» cuando ella me preguntaba si iba a ver hoy a mi mujer.

Por el momento estaba agradablemente sorprendido por una cosa: la espalda no me dolía tanto. Seguía habiendo dolor, claro, pero bajo su forma más conciliadora. Pensé que la cama tendría algo que ver en ello. Justo entonces llegó Édouard.

—Esta cama tuya está bien... —le dije.

—Toma, claro, como que el colchón es sueco.

—A lo mejor necesitaría uno así en mi casa.

—Pues sí, seguro. Tienen doble acolchado, y son de fibra de bambú comprimida...

Añadió varias frases más sobre su colchón, con evidente orgullo. Édouard y Sylvie no tenían hijos, por lo que a veces se explayaban en temas sin interés con la misma intensidad que si se hubiera tratado de una proeza de su benjamín. Por desgracia, a partir de la mañana siguiente, en que habría de despertarme con un fuerte dolor, comprendería que no existía colchón milagro. Pero no le diría nada a Édouard para no afectar su felicidad material. Los intentos de mi pareja de amigos por ayudarme a pasar esos momentos difíciles me conmovían. Estaban contentos de tenerme con ellos, como si les sentara bien unirse por una causa común. Esa mañana los sentía profundamente unidos el uno al otro, como pocas veces lo habían estado. No andaba lejos de pensar que no hay nada como un amigo depresivo para reforzar los lazos conyugales.

Su actitud traicionaba también su preocupación. En el fondo tenían razón. Había descrito mi situación, y tenía toda la apariencia del desastre. Pero no era ésa mi impresión. Me sentía preparado para afrontar los días venideros sin verdadera angustia. Esa nueva forma de seguridad tenía que ver con lo que le había hecho a Gaillard. Esa locura pasajera me había liberado de un inmenso peso. Muchas veces había soñado, sin reconocérmelo a mí mismo, con mandarlo todo a la mierda. Por fin lo había hecho. Si era capaz de hacer algo tan fuerte, entonces ya nada podía ocurrirme. Por supuesto, no era más que una ilusión.

16

Intensidad del dolor: 5.
Estado de ánimo: adoptado.

Unas horas más tarde estaba frente al psicólogo. Debía tener una sesión con él, como preámbulo de mi despido. Me había convertido en un tema de cuestionamiento para otras personas. Ahora entendía el placer que experimentan los psicópatas al ser analizados así. A la pregunta «¿Lamenta usted lo que hizo ayer?», contesté inmediatamente: «No». El hombre, que tendría unos cuarenta años, se me quedó mirando sin lograr disimular su extrañeza. Debía de estar acostumbrado a que le vinieran con el clásico numerito del arrepentimiento pseudosincero, con la simple esperanza de percibir alguna indemnización. De una forma bastante amigable, tengo que decirlo, para evitar que me hundiera yo solito del todo, trató de reformular su pregunta:

—¿Considera que estaba usted en un estado normal ayer?

—Sí.

—¿Era usted lúcido en el momento de la agresión?

—Más que nunca.

—Mire, quisiera ser claro con usted. Su empleador parece tenerlo en cierta estima, y me parece que busca atribuirle circunstancias atenuantes para ayudarle a que pueda beneficiarse de alguna retribución en contrapartida de su despido por falta grave.

—Qué amable por su parte.

—¿Es usted rentista?

—¿Perdón, cómo dice?

—¿No le preocupa el dinero?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no hace un esfuerzo?

—¿Qué esfuerzo? Usted me hace preguntas, y yo simplemente quiero decir la verdad. De la misma manera que he expresado lo que tenía en mi interior al golpear a mi compañero de trabajo.

—¿Qué sintió al hacerlo?

—Alivio. Una suerte de liberación. Y una disminución de mi dolor de espalda, durante unos minutos.

—¿Le duele la espalda?

—Sí... Y, de hecho, quería hablar con usted de eso. ¿Cree que podríamos volver a vernos en otro contexto?

El psicólogo, ligeramente desconcertado por el nuevo giro en nuestra conversación, me dio su tarjeta. Fijamos cita para el día siguiente. Parecía intrigado por mi actitud, cuando yo nunca había sido más sincero y natural. Como la conversación se había desarrollado en el seno de la empresa, decidí ir a ver a mi jefe (no corría el riesgo de cruzarme con Gaillard, pues estaría de baja varias semanas). Su secretaria me dejó pasar sin decir nada, un poco asustada, como si me hubiera convertido en una bestia sanguinaria. Cuando entré, Audibert levantó la cabeza. Empecé diciendo:

—Perdone si le molesto.

—... No, no... No me molesta.

—Quisiera decirle un par de cosas, si me lo permite.

—Sí...

—La primera es que quiero disculparme con usted. Siento mucho haberme comportado así en su empresa. No sabe cómo lo respeto, y lamento haber actuado mal... Pero así son las cosas... No podía evitarlo.

—¿Y la segunda?

—Quería darle las gracias por intentar que pudiera conseguir una indemnización. Su actitud me conmueve profundamente.

—No me dé las gracias. ¿Sabe?, seguramente soy un viejo imbécil fuera de onda, pero sé muy bien lo que ocurre en esta empresa. No debería haber reaccionado así. Deberíamos haber hablado de ello. Pero bueno, lo hecho, hecho está, y tengo que despedirle.

—Sí, naturalmente.

—Ayer tarde me metieron una carta por debajo de la puerta, una carta anónima que describía el carácter de Gaillard. Bueno, es una especie de testimonio en su favor. Así que seamos claros: ¿ha sido usted víctima de acoso?

—...

—¿No quiere decir nada? Lo conozco desde hace tiempo, ¿sabe? Sé que no es usted una persona violenta, que incluso es usted un poco... En fin... Así que puede hablar conmigo...

—Ya he dejado atrás todo eso. Quedo a la espera de mi carta de despido.

—Muy bien...

Me dirigí entonces hacia la puerta pero, en el último momento, me di la vuelta y volví a hablar:

—¿Puedo preguntarle otra cosa?

—Me dijo que serían sólo dos.

—Pues entonces con ésta serán tres.

—De acuerdo, le escucho.

—Justo antes de lo que hice estaba trabajando en un proyecto..., el de la construcción de un pequeño aparcamiento en Val-d'Oise.

—No me suena de nada...

—Es normal, no hemos firmado nada. Es un proyecto sin interés alguno para nosotros. Pero aun así, me gustaría que se ocupara usted de ello. Envíe a quien sea, serán como mucho dos días de trabajo. Por favor, es lo último que le pido.

—Bueno, bueno... Después de todo, tal vez esté usted un poco loco... — concluyó con una sonrisa. Era un final asombroso. En diez años enteros nunca había hablado tanto con él. Me dije que toda mi vida podría haber sido distinta si tan sólo hubiera sido capaz antes de ir a hablar así con él. Uno debería vivir su vida al revés para no fracasar.

Unos días después de esa fugaz conversación, Audibert logró convencer a Gaillard de que no interpusiera una denuncia contra mí. Se lo pidió como un favor, para no levantar revuelo con ese tema y no perjudicar la imagen de la empresa. Gaillard no entendió que era una manera velada de quitarle la razón y de hacerle ver que probablemente se merecía lo que le había ocurrido. Eso fue de hecho lo que pensó la mayoría de los empleados de la empresa. Gaillard había querido ir de víctima, pero todos sabían que yo había trabajado diez años allí de forma del todo pacífica. «Donde hay humo, hay fuego», dijeron algunos. Y al final acabaron considerándolo sospechoso de ser el responsable de mi explosión de agresividad. Progresivamente la gente iría cuestionando algunas de sus acciones, y Gaillard terminaría por ver bloqueada su ascensión en la empresa. Esa justicia retrospectiva habría podido complacerme, pero no. La vida de ese hombre no me interesaba.

*Intensidad del dolor: 3.
Estado de ánimo: liberado.*

No sabía si iba a cobrar alguna indemnización, no sabía cómo iba a vivir en los próximos meses, cómo devolvería mi crédito, y no me apetecía lo más mínimo ponerme en la cola del paro; no, de verdad no quería hacer nada por ahora, sólo vivir sin más, saborear la vida no asalariada. La tarde estaba empezando, y me parecía que tenía un siglo por delante ese día. El tiempo se estiraba como un gato al despertar. Liberado de mi trabajo, iba a poder solucionar mis problemas. Esperaba también que mi espalda se beneficiara del aligeramiento de esa parte de mi vida. Envié un mensaje a mi mujer, al que ella contestó enseguida. Después de tantos años, se me hacía muy extraño escribirle sopesando cada palabra, como si de pronto nuestro amor avanzara sobre una superficie muy frágil. Quedamos en vernos esa misma noche en un restaurante. ¿Qué íbamos a decir? ¿Hablaríamos del pasado o del futuro? No tenía ni idea. Nos encontrábamos en esa encrucijada de la que todo el mundo habla: la de las posibilidades. Después de esa cena podríamos decidir no vernos más o no separarnos nunca. Todo era posible. En el fondo, ya no sabíamos muy bien qué queríamos. Estábamos en esa edad entre edades, éramos incapaces de saber si éramos jóvenes o viejos, felices o desgraciados, por lo que lo esperábamos todo de esa cena. O al menos yo lo esperaba todo.

Volví a casa de mis amigos. Sylvie trabajaba en una amplia habitación del piso. Édouard la quería y la admiraba hasta el punto de hacer lo que fuera para que disfrutara de las mejores condiciones de trabajo posibles. Se pasaba la vida asomado a las bocas ajenas, como un verdadero mecenas de su mujer. Al llegar le pregunté a Sylvie si mi presencia la importunaba. Sobre todo no quería molestarla.

—Huy, no, al contrario. Me gusta que estés aquí...

—Ah... —contesté yo, oliéndome la trampa.

A Sylvie, como a todos los artistas que no exponen, le gustaba más que nada en el mundo tener un par de ojos a mano. Se alegraba de mi presencia porque le permitía pasar revista a todo lo que había hecho en los últimos meses y que yo no había visto todavía. Muy al principio de conocernos, la había admirado profundamente. E incluso, como ya he dicho, había estado enamorado de ella. Para mí representaba lo más excitante del mundo: la

autoridad artística. Qué lejos estaba ya nuestro deambular por las galerías, pero seguíamos hablando de ello con una emoción fresca. Algunos recuerdos no están sometidos a la fatiga de la memoria. Seguíamos estando muy cerca el uno del otro, pero la vida nos había separado, sobre todo por los hijos. Eso nos había propulsado hacia dos vidas relativamente distintas. Año tras año, nuestra complicidad se había ido desvaneciendo. Para mí eso no era nada negativo. Aunque habíamos cambiado, seguíamos unidos por el pasado.

Le conté mi conversación y el final de mi carrera en mi empresa. Pareció preocupada:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Deberías volver a escribir.

—¿Qué?

—Escribir. ¿Recuerdas que escribías?

—Sí... Sí... Pero me sorprende que tú lo recuerdes. Al fin y al cabo, me aconsejaste que lo dejara.

—No... Yo te advertí sobre lo difícil que era esa vida. Fuiste tú quien interpretó así lo que te dije.

—...

—Te seré sincera, tampoco tuve que insistirte mucho para que renunciaras. Estabas muy asustado.

—¿Por qué me dices todo eso ahora?

—Para ayudarte a que veas claro quién eras de verdad. Ese joven sensato al que yo adoraba.

—Ah... Sí, yo también te adoraba...

—¡Ya lo sé! Bueno, ya hemos hablado bastante de ti. ¡Pasemos a las cosas importantes! ¡Te voy a enseñar mis cuadros!

Sylvie se manejaba bien con esos sobreentendidos que permiten ocultar un poco la verdad: le gustaba ser el centro del universo. Siempre he pensado que hace falta una tremenda dosis de egocentrismo para crear así durante años, con la certeza inquebrantable de tu talento. Me enseñaba sus últimas obras, y yo sentía en ella un convencimiento total, que superaba todo entendimiento. Al escucharla, parecía una artista decidiendo qué cuadros elegir para su próxima exposición en el Centro Pompidou. Parecía haber olvidado por completo que estábamos en el salón de su casa y que vivía a expensas de un marido dentista. El suyo era un mundo mágico, el de la conspiración de lo que no se dice. Nunca era una artista expuesta al juicio

ajeno; no conocía el peligro; se paseaba entre sus obras como un humano en un zoo, en un entorno perfectamente seguro. Desde hacía veinte años, todo el mundo le decía que tenía un talento tremendo. Pero ¿quién lo decía? Su marido, sus amigos, su familia y sus vecinos. Cada cinco años exponía en una galería parisina medianamente buena. Cada vez, al leer la invitación y su reseña biográfica, tenía una la impresión de que Sylvie había revolucionado el arte del *gouache*. O, también, que Jeff Koons se lo debía todo a ella. En estas exposiciones le comprábamos cuadros (tendría en mi casa al menos diez). Nos sentíamos condicionados, por no decir obligados, por el *lobbying* fanático de su marido. Sabía que Édouard era capaz de recurrir a la tortura; es fácil conseguir que compre un cuadro alguien que está con la boca abierta bajo la amenaza de un atroz instrumento injustamente llamado «fresa». Por eso, en las fiestas de inauguración, nadaba entre halagos, nadie se atrevía jamás a oponer la más mínima objeción, nadie podía rozar la verdad ni lo más mínimo siquiera, y eso la asentaba cómodamente en la certeza de su genio.

¿Por qué era tan duro con ella? No me gustaba lo que pintaba, me parecía incluso de una fealdad pasmosa, pero no tenía por qué juzgar así su vida. La veía caminar entre sus cuadros, y aunque me agotaba con sus comentarios, no por ello dejaba de parecerme adorable en su esperanza. Debería ensalzar su naturaleza, en lugar de criticarla así. ¿Quién soy yo para mostrarme tan despreciativo, yo que toda mi vida he sido un simple lacayo? Después de todo, había abandonado cobardemente la idea de escribir. ¿Por debilidad o por conciencia de mi mediocridad? Lo único que nos distinguía era el pudor. Estaba seguro de ser incapaz de mostrarle a nadie mi trabajo, y menos aún de atreverme a molestar a la gente, de hacerla venir a una galería y quedarme parado a su lado, esperando su opinión. No le había enseñado nunca a nadie la más mínima línea de lo que escribía. Era sencillamente incapaz de afrontar el juicio de los demás. Tenía muchísimo miedo de que mi trabajo fuera malo. Y, de hecho, ¿qué había escrito yo? Un largo borrador de novela, un tostón lleno de páginas y páginas de notas. Si me ponía a escribir de nuevo una vez más me sometería al riesgo de lo inacabado. Tenía que aceptar esa idea de tomar un camino que quizá terminara en un callejón sin salida. Pero me habían faltado las palabras. Me daba cuenta ahora más que nunca. No sabía cómo había hecho para vivir así al margen de mi pasión. Me había apartado de lo esencial, instalándome lo más lejos posible de la fuente. Si me había resecado había sido por eso, estaba seguro. Mi sequía y mis dolores. Para encontrarme

mejor, tenía que desplazar mi vida y llevarla allí donde debía estar. Mi verdadera vida llevaba veinte años esperándome.

Al cabo de una hora durante la cual mi mente divagó a menudo por otros derroteros, Sylvie me enseñó su cuadro más reciente. No veía en qué se diferenciaba de los demás, pero al respecto dijo que se trataba de *un verdadero cambio* en su trabajo. No tenía reparos en creerla, sobre todo si con ello conseguía abreviar el momento. Parecía tan feliz por mi presencia, su energía me hacía sonreír. Cuando terminó de enseñarme todos sus cuadros se colocó delante de mí y, tras respirar hondo, me preguntó:

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

—¿El qué?

—Pues, los cuadros... Todo lo que has visto.

—¿Que qué me ha parecido?

—Sí, ¿qué te ha parecido?

—¿Sinceramente?

—Sí... Sinceramente...

—Sinceramente, me han encantado.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Los he encontrado magníficos.

Intensidad del dolor: 2.

Estado de ánimo: en plena confusión de sentimientos.

Acudía a la cena con Élise como si fuera una primera cita. Esa mujer a la que conocía tan bien, esa mujer a la que conocía de memoria, desde lo más hondo de mi corazón, se me apareció con los gestos de una extraña. No recuerdo en qué libro leí esa historia: los dos miembros de una pareja despiertan tras años juntos y se miran como extraños. El simbolismo es obvio: la vida cotidiana es una máquina temible, una máquina que te lleva a dejar de observar al otro. Hacía ya algún tiempo que mi mujer y yo vivíamos como autómatas de la ternura. Temía que nuestra conversación desembocara en una constatación terrible. Y tenía que reconocerlo: yo tampoco sabía lo que quería. Tenía la impresión de quererla, pero había sido capaz de pensar en un viaje cuando me estaba anunciando la peor noticia para ella. Además, no había luchado inmediatamente cuando había pronunciado la palabra «divorcio». Camino de casa de mis amigos esa noche, había llegado incluso a imaginar una vida sin ella. Eso no me había asustado. Por supuesto, y siempre ocurre así con las cosas del corazón, no había dejado ni un momento de cambiar de opinión. Dos minutos después, estaba seguro de que Élise y yo estábamos hechos para pasar nuestra vida juntos. Era impensable que nuestra relación terminara; y menos aún en el decorado espantoso de esa pizzería en la que me esperaba ya desde hacía diez minutos cuando yo llegué.

La encontré particularmente guapa. No sé por qué, pero pensé: «Quizá tenga un amante». En ese punto de nuestra relación todo era posible. Mientras me acomodaba seguí mirándola, y sí, su belleza me sorprendía casi. Su belleza me atrapaba por el cuello. Era lúcido con respecto a una cosa: lo que había cambiado era mi mirada. Yo era el representante patético del cliché según el cual hay que perder a las personas para miraras por fin. Cuando llegué, me dirigió una sonrisa, a la que yo contesté con otra sonrisa, y nada parecía haber cambiado entre nosotros. Salvo un detalle muy importante: no la besé al llegar, pues no sabía dónde colocar mi beso. No soportaba la idea de que pudiera apartar la cabeza si intentaba besarla en la boca. En cuanto a la mejilla, no. No podía contentarme con la mejilla de mi mujer. Era una parte de su cuerpo que no conocía, aquella reservada a los demás, y que quizá pronto llegara a ser también la mía. Quizá fuera a vivir ahora en el mismo

saco que los demás, iba a pertenecer al club de los que besaban a mi mujer en la mejilla.

Al principio sopesamos las palabras, hablamos de cosas sin importancia, eludiendo el obstáculo. Pero nuestra reserva de temas superficiales no tardó en agotarse. Habría podido anunciarle mi despido, y estaba seguro de que eso habría supuesto una buena distracción; pero quería que habláramos primero de nosotros, que me dijera lo que sentía. Y fue lo que hizo:

—Ya sé lo que quiero.

—...

Sé que parecerá absurdo, pero es la verdad: en un primer momento pensé que se refería al menú, que ya sabía lo que quería tomar. Miré la carta, antes de entender de pronto el sentido de su frase. Entonces añadió:

—Voy a contratar a un abogado.

—¿Un abogado?

—Sí. Quiero que hagamos las cosas como es debido. Tú también tienes que contratar a uno. O, si estamos de acuerdo en todo, entonces podemos tener los dos el mismo.

—...

¿Era mi mujer la que hablaba? ¿Cómo había podido meterse así en su cuerpo tamaño monstruo pragmático? Cuando pronunció la palabra «divorcio» la noche anterior pensé que quería hablar de una separación. E incluso: de una separación temporal. Si teníamos que separarnos, me parecía que debíamos proceder por etapas en la idea de no vivir ya toda nuestra vida juntos. Quería algo progresivo, pues era la solución que se me antojaba menos dolorosa. Pero ella quería zanjar la cuestión, cortar de un golpe seco nuestra vida en común. Debía de pensar que así dolería menos. Nos oponíamos en la estrategia de nuestra desintegración. También hay dos escuelas en el arranque de una venda: de golpe, o despacito. Las mujeres deben de ser así. Van más adelantadas que los hombres, siempre entran las primeras en la era de lo concreto.

—¿No te parece que las cosas van demasiado deprisa?

—Precisamente, necesito avanzar deprisa.

—Es el contexto...

—No, bueno, sí... Claro: la muerte de mi padre ha tenido algo que ver... Pero es algo que siento hace tiempo... Y tú también lo sientes... No finjas...

—Pero si no somos desgraciados...

—La felicidad no es eso. Mira, nos adoramos, compartimos muchas cosas..., pero entre nosotros todo es mecánico.

—¿Y qué? Podemos cambiar las cosas...

—Podríamos, sí. Pero no me apetece. Y a ti tampoco. Creo que ya hemos dejado atrás la etapa de esforzarnos...

—Pero eras tan cariñosa..., hace poco...

—Sí, creo que hace tan sólo unos días aún te quería... Dejé de hacerlo así de pronto, en el momento en que formulé las cosas... Pero ya hace tiempo que todo había terminado...

—...

—Tú tampoco eres feliz. Si parezco dura contigo es porque te conozco de memoria... No eres un hombre realizado, salta a la vista. Y todo es aún peor desde que se fueron los niños.

—...

Élise siguió hablando sola. Parecía que hubiera preparado su monólogo hace tiempo. Yo la escuchaba hablarme de nosotros, y a veces me daba la impresión de que se trataba de una novela. Hablaba de nuestros hijos: «Nuestra relación de pareja funcionaba mientras estuviera asociada a una familia», eso fue lo que dijo, o algo así. No hemos sabido ubicarnos desde la marcha de nuestros hijos. A mi juicio, bastaba con esperar un poco; la felicidad nos aguardaba aún, pensaba yo sin estar ya seguro de nada. ¿Tal vez tuviera razón Élise? La quería, pero a mi amor le faltaba vida. Era átono, como mi reacción. Debería haber llorado, haberme desesperado, pero no. Estaba mal, pero no era ninguna tragedia. Paradójicamente, era eso lo que me entristecía: no sentir un dolor más fuerte en ese instante.

Éramos incapaces de comer; nuestros platos quedaron intactos. El camarero, con un enorme sentido de la psicología romántica, nos dijo: «Ustedes sí que deben de estar enamorados». Entonces nos echamos a reír los dos, nos entró la risa floja. Ahora, con un poco de distancia, me digo que tenía razón. El flechazo o la separación no son cosas muy distintas. Estábamos ahí, mirándonos sin hablar, incapaces de comer. Tras unos minutos de silencio, volví a mencionar lo de la felicidad. Había dicho: «No somos desgraciados», y ella había contestado: «La felicidad no es eso». No sé por qué me obcecaba en ese diálogo. Me parecía que era el centro de todo. Es muy difícil constatar la falta de felicidad cuando no se es desgraciado. Quizá mi cuerpo hubiera

hablado porque mi mente no reaccionaba. Al manifestarse, mi espalda había resaltado cierta tristeza en mi felicidad. En cuanto a Élise, la espoleaban las ganas de vivir, originadas quizá por la muerte de su padre.

—Es triste —dije.

—Sí, es triste.

—Tengo que decirte algo...

—¿El qué?

—Bueno, es importante que lo hablemos ahora.

—Dime.

—He perdido mi trabajo. Y, bueno, hay que hablarlo..., porque puede ser un poco complicado ahora para el crédito de la casa...

—Precisamente yo también quería decirte una cosa. Mi padre me hizo una transferencia, hace un año, cuando estaba enfermo.

—...

—Nunca he querido tocar ese dinero. Pero ahora es diferente. Vamos a poder devolver el crédito por completo. Y también podré ayudarte si lo necesitas. No te preocupes...

—...

Me sorprendió bastante que Élise no me hiciera más preguntas sobre cómo había perdido el trabajo. Quizá no fuera el momento. Los problemas hay que afrontarlos de uno en uno. Era raro que todo se solucionara así. Su padre iba a pagar nuestras deudas. De alguna manera, liberaba a su hija de mí mediante su dinero. No quería complicar las cosas. Había que aceptar la situación tal y como era ahora. Habría podido insistir en seguir pagando la mitad de la casa, pero a fin de cuentas era ella quien iba a habitarla. Además, teníamos que abordar otra cuestión, mucho más importante:

—¿Y los niños?

—Son mayores. Lo entenderán. Lo esencial para ellos es ver que sus padres estén bien.

—¿Y crees que estamos bien?

—No lo sé, pero vamos a intentar estar mejor... —dijo Élise bajito.

—...

—...

—Sí...

—¿Y qué tal te encuentras de la espalda?

—Mejor, gracias.

—Estaba segura. Tu problema era yo. Nuestra separación te va a relajar.

—No digas eso nunca.

—Era una broma. Todavía podemos reírnos, ¿no?

Sí, podíamos. Y todavía podíamos ser tiernos el uno con el otro. Una vez fuera, estuvimos largo rato abrazados. Era agradable y a la vez dolía. Luego Élise se marchó. Me quedé quieto, mirándola alejarse, hasta que se convirtió en un puntito en la noche. Tenía un nudo en el estómago. En menos de un día todo en mi vida había cambiado radicalmente. Ya no tenía mujer ni trabajo, pero me seguía doliendo la espalda.

TERCERA PARTE

1

Al despertar esa mañana examiné mi nueva vida con espanto. No entendía por qué las conversaciones con Élise habían sido tan calmadas, tan desapasionadas. Habíamos sido víctimas, en la más discreta progresión, de una anestesia afectiva. Mi futuro volvía a una esfera más realista, poblada por la incertidumbre, desestabilizada por lo imprevisto. El dolor de espalda había tenido un papel importante, me parecía ahora *a posteriori*, en mi letargia reactiva. No se puede reaccionar de una manera normal cuando tu cuerpo grita permanentemente para llamar la atención sobre sí mismo. Siguiendo el consejo de la magnetoterapeuta, esa mañana tenía cita con un psicólogo —el mismo que había estudiado mi caso de bestia sanguinaria—. No estaba seguro de que fuera muy serio empezar una terapia con esa imagen pegada a la piel. Pero bueno, trataba de creer en esa opción. ¿Tal vez el manual de instrucciones de mi curación se ocultara en lo más hondo de mí mismo? Si así era, esperaba al menos que estuviera escrito en mi idioma.

Al entrar en su consulta, me dedicó una gran sonrisa. No parecía perturbarle el hecho de que me hubiera desfogado con Gaillard: parecía ver en mi gesto no odio sino una reacción humana a una situación que se había vuelto intolerable^[14].

—Me ha sorprendido un poco que quisiera usted verme —empezó diciendo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por lo general, a los empleados con los que me entrevisto antes del despido no les suele apetecer prolongar el trato.

—No me lo he planteado. Me habían aconsejado ir a un psicólogo, y usted llegó a mi vida en ese momento.

—¿Se lo habían aconsejado? ¿Quién?

—Una magnetoterapeuta.

—Ah... ¿Y por qué?

—Porque me duele la espalda.

—...

—...

—Quizá sea mejor que se tumbe... —concluyó de manera solemne, en un esfuerzo por disimular su sorpresa. Yo obedecí. Al contrario de lo que siempre había imaginado, no estaba asustado. Hasta me sentía estimulado en cierta manera. La situación me divertía. Bueno, no, no es ésa la palabra adecuada. Digamos más bien que me gustaba. La primera vez que te tumbas en la consulta de un psicólogo seguramente sientes eso. Casi te alegras de tener problemas. Las cosas se complican después, cuando te quedas atascado en tus neurosis. Abrió un cajón, y moví la cabeza a tiempo para verle sacar una libreta. Pensé que ese gesto no era anodino. Podría haberla dejado en su escritorio, pero no, había en ese momento de apertura de cajón como un ritual de acceso a la conciencia. Seguramente reflexionaba demasiado, pero en esa sesión no dejé de distinguir los detalles de una puesta en escena que supuestamente debía propulsarme a las condiciones de la comprensión de mí mismo. Cada símbolo tenía su importancia. Por ejemplo, había leído no sé dónde que Freud preconizaba pagar en metálico, para materializar bien la transferencia de dinero. Había preparado billetes pequeños, pensando que cuantos más billetes llevara, mejor sería para mí. Podíamos empezar a trabajar, estaba tumbado cómodamente. Por una vez, no me dolía la espalda en esa postura. Quizá fuera eso lo que me había recomendado la magnetoterapeuta: no la sesión con el psicólogo sino la comodidad de su diván.

Un hombre al que no veía iba a escucharme. Me preguntaba por qué el psicoanálisis estaba fundado en esa ausencia de intercambio de miradas. Seguramente los ojos impiden la confesión; eso también vale para los católicos. Ante la mirada del otro no puedes abandonarte. Todo eso tenía una ventaja: él podía hacer otra cosa mientras yo hablaba. Podía dormir, enviar mensajes de texto con el móvil, o qué sé yo. No tenía ni idea de si era un profesional serio, ni de si era competente. A lo mejor los psicólogos de empresa no eran los mejores; no me imaginaba a Lacan estableciendo el grado de responsabilidad de un empleado con vistas a un despido.

—¿De qué quiere hablar? —empezó.

—No lo sé. Eso le corresponde a usted decírmelo.

—No, le corresponde a usted. ¿Por qué está aquí?

—Por mi espalda. Me duele la espalda. Ya no puedo más.

—Entiendo. Es que la espalda... duele mucho.

No supe qué contestar, atónito por la pertinencia de lo que acababa de decir. Por suerte él añadió enseguida:

—¿Desde cuándo le duele?

—Desde hace casi diez días.

—¿Le ocurre a menudo?

—No, es la primera vez.

—¿Ha habido algún elemento que originara ese dolor?

—No. Ya me lo han preguntado. He reflexionado sobre ello. No hay ninguno, al menos yo no veo ninguno. El dolor empezó así, sin razón.

—Eso ya lo veremos. Tiene que haber una razón a la fuerza. No es la primera vez que alguien viene a verme por un problema físico. Muchos de nuestros males físicos tienen un origen psicológico.

—...

—Podemos empezar simplemente por hacer una lista de todo lo que le agobia.

—¿Lo que me agobia? No sé, ahora no caigo...

—Mire, caballero... Ha golpeado usted gravemente a uno de sus compañeros de trabajo..., cuando todo el mundo dice que es usted la encarnación de la calma. Así que no me diga que no le agobia nada.

—...

—Reflexione tranquilamente sobre todo lo que no funciona bien en su vida. Es la única manera de aclarar las cosas, de desentrañarlas, de desanudarlas...

—...

—Porque ése es su problema: tiene que deshacer los nudos de su vida.

—No, de verdad... No caigo... Excepto... Sí, es cierto... He tenido algunas preocupaciones en el trabajo... Hay que decir que es un hombre... Bueno, un hombre... Una mala bestia más bien... Un tirano..., perverso... He llegado a imaginarme su infancia... O sea, quiero decir... Uno no puede convertirse en un cabronazo así como así... Es basura, de verdad... Había trabajado durante meses en un proyecto... Y me engañó, se burló de mí... Nunca he vivido nada tan humillante... Hasta ahora, siempre he tenido relaciones cordiales con mis compañeros de trabajo... Algunos hasta faltó poco para que llegaran a ser mis amigos... No era excesivo..., pero siempre ha habido un ambiente aceptable... Y ahora, ese..., bueno, no merece ni nombre... Desde que está ahí... Pero, francamente, no hay nada que desentrañar, ningún nudo que desatar... Lo he hecho partiéndole la cara... Me encuentro muchísimo mejor..., liberado de todo lo que reprimía... Y me alegro de no trabajar ya... Me daba miedo el dinero, eso sí, el dinero me agobiaba... Pero bueno, mi mujer me ha dicho que ha recibido algo parecido

a una herencia... Así que estamos un poco tranquilos por ese lado... Bueno, digo «mi mujer»... Pero pronto tendré que decir «mi exmujer»... Porque no se lo he dicho todavía, pero nos vamos a divorciar... Bueno, seguramente... Hoy ya no estoy seguro al cien por cien... Pero ella parece muy decidida... Mi problema, tengo que decirle... Es que no consigo saber lo que pienso de ello... ¿Me duele nuestra separación o me siento aliviado...? ¿Eso ocurre a menudo? Me refiero a si es frecuente que uno no sepa lo que siente... Estoy como flotando... Tengo sentimientos encontrados... Una parte de mí, no puedo negarlo, se alegra de todo esto... El matrimonio me asfixiaba... La vida en común... Pero, sin embargo, éramos felices... Bueno, no sé... Hay que desatar los nudos, dice usted... No sé si la separación es un nuevo nudo en mi vida, o si al contrario me voy a encontrar mejor... No lo sé... Bueno, sólo sé que el matrimonio implica responsabilidades... Sobre todo cuando se tienen hijos... Es una presión permanente... La necesidad de estar a la altura, para encargarse de todo... Hay que ganar dinero, aferrarse al trabajo... Toda esa vida me pesaba en cierto modo... Me doy cuenta ahora... Es terrible, pero ahora me digo que tampoco había tantos momentos felices... Nuestra vida de familia era bonita, pero tan a menudo la aplastaba el día a día..., la logística... Todo estaba tan medido... Y además esa vida llegó tan rápido... Demasiado, seguramente... No me dio tiempo a acostumbrarme a la idea de ser un adulto, creo... Tuve a mis hijos muy joven... Acababa de empezar a trabajar..., acababa de renunciar a ciertos sueños... Yo escribía... Bueno, no creo que hubiera podido dedicarme a escribir..., era sólo un pasatiempo... Pero fui propulsado directamente a la realidad, a la vida normal... Por eso lo que vivo ahora me asusta, claro... Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que lo he querido siempre... He echado en falta conocer el sabor de lo incierto..., el sabor del avanzar sin rumbo..., de vivir al día, como suele decirse..., que es un poco lo que estoy haciendo ahora, precisamente... Lástima que todo este periodo que podría ser agradable esté arruinado..., estropeado por este dolor que me atormenta..., y que me agota... Lo que he hecho en el trabajo es en gran parte por culpa de mi espalda... Me desquició ese dolor... Ese dolor me empuja allí donde nunca he llegado... Creí que me iba a volver loco... Y sigo sin saber lo que tengo... Tiene que haber a la fuerza un motivo..., porque si no, no es posible... Tiene que haber a la fuerza un diagnóstico esperándome en alguna parte... Todos mis estados de ánimo varían en función de eso... Y ahora, hoy, me encuentro bien... En el momento en que le hablo, me duele menos la espalda... Se diría casi que ya no me duele... Bueno, no debería decir eso..., porque cada vez que me he

alegrado, que he creído que el dolor disminuía, volvió a empezar... Y de qué manera... Pero bueno, ahora, digamos que estoy bastante bien... El dolor marca una pausa... Quizá porque le hablo, y porque me sienta bien hablar... Ya no tengo ganas de callar... Siento como si tuviera que expulsar todas las palabras que tengo dentro de mí... Para encontrarme mejor... Verterme para respirar... Es verdad que me sienta bien... hablar..., liberarme... Al final hace usted un buen trabajo... Está usted ahí, con su libreta..., y le hace bien a la gente sin hacer nada... Es tremendo... Basta tener dos oídos... Bueno... Ya me imagino que es más complejo... Hacen falta años de estudio para aprender a escuchar... Y es una profesión respetable..., fascinante incluso... Al menos, su padre seguro que no se mete con usted... Porque el mío, ni se lo imagina... Está siempre encima de mí, como una carga a la espalda... Anda... ¿Es un lapsus...? ¡Hay que apuntarlo! Bueno, no, no es un lapsus..., pero seguro que tiene usted una palabra para ello...

—No se preocupe por la teoría. Continúe.

—Vale... Bueno, tiene que tener una palabra para describir el hecho de que nuestra mente nos indique algo... Pero bueno, no era lo más difícil de desentrañar en mi caso... No se imagina hasta qué punto mi padre supone un peso para mí... Digo que me trae sin cuidado..., que me he acostumbrado a su manía permanente de rebajarme... Pero no, eso no se podrá recuperar nunca, todo el amor que a uno le ha faltado... Acabas persiguiéndolo siempre... Por más que de vez en cuando se interese por mí, por más que juegue dos minutos a ser un padre cariñoso..., no puede funcionar... Hay decenios de sequía que recuperar... Así que, sí, sé lo que va a decir... conozco las bases de sus teorías... Va a decir que reproduce... Es verdad que él tampoco conoció en su juventud toneladas de cariño... Pero ¿acaso es una razón? Yo veo muy bien cómo soy con mis hijos... Me paso el rato abrazándolos y besándolos, diciéndoles que son maravillosos, que les quiero... ¿Tan difícil es eso? El amor por los hijos es algo que se lleva dentro, ¿no? El amor desmedido por los hijos, ¿no? No sé cómo es no sentir ese amor... Así que a veces me gustaría gritarle a mi padre... Bueno, a mis padres, a los dos a fin de cuentas... Porque su cariño es mera buena educación... Y no basta... Es un peso para mí, todo lo que no nos decimos... Debería ser arrasador, el amor de los padres... No asfixiante, sino arrasador... Es lo que yo siento... Siento que me desborda... A veces demasiado... Me crea angustias... Cuando pienso en mi hijo, que vive ahora en Nueva York, estoy orgulloso de él, claro... Pero tengo como palpitaciones por todo el cuerpo... Me paso el tiempo esperando que no le pase nada... No creo ser un

padre opresivo, nada más lejos... Pero le quiero... Mi amor es de esos que lo vuelven a uno inquieto, así que sí, hay que desatar nudos... A lo mejor tal vez venga de eso también, no lo sé... Desde que mi hijo se fue..., me siento desposeído... Todo ha pasado tan deprisa... El cuerpo acepta los cambios progresivos, pero no las decisiones precipitadas... Puede que sea eso mi dolor de espalda: una reacción súbita a su partida... Claro que nuestros hijos tienen su propia vida... Pero no está bien poner un océano de por medio... Si quiero verlo, no puedo hacerlo... Tengo la impresión de que era ayer cuando iba a buscarlo al colegio... Ayer se subía a mis hombros... No sabía la suerte que tenía de vivir esos momentos... Todo eso me asusta... Sí, ya lo sé, es de lo más banal... Pero uno tiene derecho a sufrir por las cosas más banales, ¿no?... Y mi hija... Es distinto... Pero está claro que me ha costado aceptar la situación... De hecho, ella me lo reprocha... Todavía no he ido a verla a su casa... Apenas conozco al hombre con el que vive... No sé por qué me cuesta tanto afrontar las cosas nuevas... Será porque me faltó amor, ¿no?

—...

—¿No dice usted nada?

—Bueno... Bueno, muy bien. Llegamos al final de la sesión.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Y qué le parece?

—La sesión ha terminado.

—Ah... Ah... ¿Me puedo levantar entonces?

—Sí, puede levantarse.

—En cualquier caso... Gracias, doctor. Gracias por todo... Me ha sentado de maravilla hablar de todo esto.

—...

—Es usted fantástico.

Pareció sorprenderle mi última frase. No debían de hacerle cumplidos a menudo. Quería que fijáramos otra cita, pero le dije que no llevaba encima mi agenda. Fingió creerse ese pretexto ridículo. Simplemente no me apetecía concertar otra cita enseguida. De pronto había liberado meses y meses de palabras contenidas, era suficiente. Además me había dicho lo esencial: tenía que desentrañar las cosas, desatar los nudos. Tenía que solucionar los problemas de mi vida para encontrarme mejor. Sin la menor duda, supe que tenía que empezar por lo esencial: mis padres.

2

Intensidad del dolor: 1.
Estado de ánimo: combativo.

3

El cuscús de la última vez había sido como un preliminar. Mis padres no se sorprendieron al verme aparecer sin avisar. Debían de imaginarse que mis nuevas rarezas conductuales tendrían réplicas. Hasta pude ver a mi padre lanzarle una mirada a mi madre, que parecía decir: «¿Ves?, te lo dije». Pues, en nuestra mitología familiar, *aparecer de improviso* era casi merecedor de una condena a cadena perpetua. Nunca se había hecho. Para verse era obligatorio avisar. Con varios días de antelación preferiblemente: el afecto iba de la mano de la planificación.

Habitualmente yo era un ejecutivo con corbata. Ese día llegué en mitad de la semana, en mitad del día, sin el más mínimo traje, sin el más mínimo detalle de mi vida de antes.

—Ah, eres tú... —dijo mi madre.

—Sí, soy yo.

—¿Estás mejor de la espalda? —preguntó enseguida mi padre.

Esa entrada en materia me sorprendió. Mi padre era, pues, capaz de conservar en la memoria algo que tuviera que ver conmigo. Aunque es cierto que recordaba sobre todo los momentos en que yo flaqueaba. Seguía dándosele bien desconcertarme, pedirme noticias mías cuando yo ya no quería saber nada de él. Tenía un sentido bastante espectacular del *timing* emocional. Era la clase de persona con la que nunca se podía romper. A veces se dan en la vida afectiva lastres así, capaces de dosificar su insoportabilidad^[15]. Consiguen no rebasar nunca el límite de nuestra tolerancia. Mi padre dominaba el arte de desactivar justo a tiempo mi agresividad, lo que impedía todo enfrentamiento. Dicho de otra forma, mi padre nunca me dejaba ocasión de desatar los nudos.

—Sí... sí, estoy mejor, gracias.

—Ah, pues qué bien.

—Le he dado una paliza brutal a uno de mis compañeros de trabajo, y es verdad que desde entonces me encuentro mejor.

—...

—Pero por culpa de eso me han echado.

Mi madre se cayó sobre una silla que, por suerte, esperaba su caída, justo detrás de ella.

—Pero ¡cómo se te ocurre decirle esas cosas a tu madre! ¡Mira en qué estado la estás poniendo! —se irritó mi padre.

—Ah, pero ¿te interesa lo que la gente siente? Qué novedad.

—¿Por qué dices eso?!

—Porque sólo piensas en ti. Te traen sin cuidado los demás. Te trae sin cuidado lo que piensen o lo que sientan. Lo esencial en tu vida... ¡Eres tú, tú y nada más que tú!

—¡Calla! —suplicó mi madre.

Mi padre me miró a los ojos sin decir nada. No alcanzaba a saber si estaba profundamente escandalizado o si le gustaba que por fin me saliera de mis casillas. Sí, no estaba en absoluto seguro, pero algo en el fondo de su pupila me turbaba. Parecía casi feliz. Era algo muy lejano dentro de su ojo, y puede que me equivocara al interpretar esa expresión que no le había visto nunca, pero durante un instante eso me desestabilizó. Por suerte, se recuperó enseguida.

—¿A santo de qué nos hablas así? ¿Qué te hemos hecho nosotros?

—¿Que qué me habéis hecho? ¿Es eso lo que me preguntas? ¿Es que tú nunca te cuestionas nada? Lo que me has hecho..., lo que me has hecho... Pues nada..., nada, precisamente... Si ni siquiera te das cuenta...

—Pero ¿de qué estás hablando? Te has vuelto loco, de eso sí me doy cuenta.

—Estoy hablando de que siempre me rebajas. Nunca has sido capaz de decir una sola cosa positiva sobre mí en tu vida. ¡Jamás!

—...

—¡Venga! ¡A ver, inténtalo! Di algo bueno de mí.

—...

—¡Vamos!

—... Me gusta mucho tu corte de pelo —dijo entonces en voz baja mi padre.

Di varias vueltas a la cocina, mascullando: «Mi corte de pelo... Mi corte de pelo...». Mientras andaba, sentía que una gran fuerza recorría mi cuerpo. Por fin lo iba a liberar todo, y mi espalda me lo agradecería. Al cabo de un rato me detuve delante de mi madre. Le tocaba a ella.

—Y tú, tú nunca dices nada. Estás seca, seca hasta el tuétano. No es una madre lo que tengo, es Arizona.

—¡Bueno, ya basta! —gritó mi padre—. Si no estás contento con tus padres, ¡entonces, vete! ¿Crees que nosotros estamos contentos contigo, eh? ¿Qué sabes tú? Y nosotros nunca hemos montado un numerito como éste.

—No monto ningún numerito. Simplemente os digo lo que llevo dentro desde siempre. No me queréis. Sobre todo tú, no me quieres. ¿Por qué no lo reconoces, de una vez por todas? Al menos así todo estará dicho.

—...

—¡Venga, dilo!

—No... No es verdad... no puedo decir eso... —balbució mi padre.

—Tu padre te quiere... —dijo mi madre, poniéndose de pie—. Seguramente estás viviendo un momento difícil. Te duele la espalda, tienes preocupaciones en el trabajo... Pero no creas que somos responsables de todo eso.

—Deja de intentar engatusarme. Siempre haces lo mismo. Limar las asperezas. Pero eso hoy no va a funcionar...

Mi madre había tomado el relevo de mi padre en el arte permanente de la desactivación. Pero no me iba a dejar engañar, hoy no; no, tenía que aguantar, tenía que seguir aguantando, no estaba loco, no era violento, no me querían, me repetía eso, no me querían, si no, nunca habría actuado así. Me miraban los dos con ojos de cordero degollado, sin agresividad. Se los veía sinceramente dolidos por lo que acababa de decir. Parecía que el malo de la película era yo. Seguramente lo peor es eso: durante años te lo guardas todo para ti y, el día que estallas, el cabrón eres tú. Sentí ganas de disculparme. Mi padre dijo entonces:

—¿Y tú, tú nunca te cuestionas nada?

—...

—¿Te crees que es fácil tener un hijo como tú? Dices que te rebajamos todo el tiempo, pero es como si siempre tuvieras una tragedia pintada en la cara. Siempre pareces una víctima. No me extraña que te duela la espalda. Es muy propio de ti acabar doblado en dos... Y eso te hace feliz... Porque así pueden compadecerte... Y eso es lo que quieres: que te compadezcan.

—...

—Querrías que te admirásemos, pero ¡dime una sola cosa admirable que hayas hecho en tu vida!

Estaba atónito. Pensaba que sería mi momento de liberación, ese momento tan esperado en que podría cantarles las cuarenta a mis padres (más todavía, porque cuarenta no eran suficientes para ellos), pero de repente la situación se invertía. Una vez más, la culpa sería mía. De modo que uno mismo era responsable de no ser querido. Intentaba resistir. Hay que querer a un hijo a toda costa, ¿no? Es el amor de sus padres lo que hace a un hijo maravilloso.

—Tienes razón —dije por fin—. Tienes razón. Soy un mierda. Siento mucho haberos hecho perder el tiempo. Ya no me veréis más.

—Ah, qué dramático eres... ¡Desde luego ésa es una virtud que tienes! —me espetó mi padre—. ¡Sí, qué dramático! Dices que no te gusta ser el centro de atención, pero no es verdad. Te encanta. ¡Podrías hablar durante horas de tu vida, de tu espalda, de nosotros! ¡Serías capaz de escribir una novela!

—...

—¡Sí, una novela!

Entonces mi madre se acercó a mí, muy despacito, murmurando: «No digas eso... No digas que no nos veremos más...». Era como si mis palabras la hubieran debilitado de verdad. Su progresión hacia mí no era lineal; pugnaba por no tambalearse. Me senté a mi vez en la silla que había quedado vacía. Mis padres permanecieron de pie los dos, cerca de mí. Yo tampoco tenía ya fuerzas. No sabía qué decir. ¿Acaso lo había soñado todo? ¿Era culpa mía? Ya no sabía nada. Un minuto después, balbuceé:

—Me voy a divorciar.

—...

—Acabamos de decidirlo Élise y yo. Por ahora estoy viviendo en casa de Édouard.

—¿Por qué en casa de Édouard? Deberías habernos llamado y haberte venido aquí... A casa... —dijo mi madre con dulzura. Sobre todo, no parecía en absoluto sorprendida. Me daba la sensación de que mis padres habían anticipado el desastre que yo estaba viviendo ahora. Mis fracasos eran la cosa menos sorprendente, eran algo tan previsible como que al día le sigue la noche.

—Sí, deberías haber venido aquí —repitió.

—No se me ocurrió...

—Deberías haberlo hecho —dijo mi padre—. Nos criticas, y estoy dispuesto a reconocer que no todo es perfecto... Pero la familia sigue siendo

la familia. Tal vez sea normal odiarla cuando uno está mal... Pero somos solidarios...

—Sí, somos solidarios... —repitió mi madre.

Estaban ahora a mi lado los dos, como para consolarme de una pena. Ya no tenía la edad que tenía; era un niño que se despierta en plena noche tras una pesadilla. Para terminar de sentirme perdido, mi madre añadió:

—No deberías haber dicho lo que has dicho... Te queremos.

Había oído bien. Mi madre había dicho: «Te queremos». Acababa de insultarlos, de despreciarlos, de gritarles mi odio, y así terminaba la escena: con una palabra de amor. Una palabra que oía por primera vez. No acertaba a decidir si habían tenido miedo de perderme o si eran capaces de una gran perversidad. Si me querían ahora, entonces su nuevo amor me importunaba. Esa declaración se producía tras años de sequía. ¿Cómo creerla? Me perturbaba más de lo que pensaba. Tenía ganas de una ruptura brutal y total, pero ellos no me lo permitían. Éramos una familia, decían. Éramos solidarios, añadían. Su reacción no se podía clasificar como ninguna reacción humanamente lógica. Me iba a dejar la vida tratando de tener una relación normal con ellos, o de conseguir que cambiaran su forma de comportarse conmigo. Las palabras de mi madre marcaron una suerte de pausa en esa carrera inhumana a la que me entregaba desde que era niño, la que consistía en tratar de comprenderlos. Tenía que admitirlo de una vez por todas: mis padres estaban locos, y no podía cambiarlos. Modificar a tu familia es imposible, por absurda, agotadora, injusta e insoportable que ésta sea.

Estaba como paralizado. En otros momentos de mi vida quizá me hubiera echado a reír. Pero ahí era imposible. Nos observamos sin decir nada hasta que mi madre rompió el silencio:

—Espero que te haya hecho bien decir todo lo que te habías guardado tanto tiempo. Tu dolor de espalda seguro que es por eso. Te guardas demasiado las cosas, cariño. Deberías ir a ver a todas las personas con las que has tenido problemas y solucionarlos de una vez para siempre...

—Tu madre tiene razón. Hay que hablar en la vida.

—...

—Mira, nosotros, por ejemplo, hicimos una terapia de pareja durante más de diez años —añadió mi padre—. Y por eso funciona nuestra relación. Si nos

hubieras dicho antes lo de Élise y tú, te habríamos dado el número de nuestro consejero...

—Vosotros... ¿Seguís una terapia de pareja? ¿Lo decís en serio?

—Pues sí... Y funciona muy bien... Nos reprochas cosas, pero tu madre y yo nos queremos. Y lo más importante es nuestra relación de pareja...

—Oh... —murmuró mi madre, enternecida.

Entonces, ante mi mirada estupefacta, mis padres se besaron con gran intensidad. Era una escena casi inédita. Una vez más, me sorprendían. Su beso duró un rato, y me pareció que eran muy felices. Lo único que encontraba hermoso es que yo era el fruto de su amor. Un fruto seco seguramente, o un fruto que empezaba a pudrirse, pero me gustaba ser un fruto. Su beso, que yo seguía observando, parecía algo surrealista. No había palabras para traducir lo que estaba viendo. Mis sentidos se desconectaban los unos de los otros, florecían en el nacimiento de una anarquía emotiva. Mis padres me miraban ahora sonriendo. Salí de la habitación, sin mirar atrás. Acababa de vivir una de las escenas más extrañas de mi vida, pero a fin de cuentas bastante característica de mi forma de actuar: al buscar la claridad, a menudo me topaba de bruces con la confusión.

4

Intensidad del dolor: 5.
Estado de ánimo: perdido.

5

La visita a mis padres no me había tranquilizado. Al contrario, estaba más perturbado que nunca. Lo único positivo es que estaba dispuesto a admitir definitivamente que no entendía en absoluto su comportamiento. Eran dos ovnis, y tal vez de su inestabilidad emocional hubiera surgido mi predilección por las cosas estables. Había hecho estudios serios, me había casado joven y había fundado un hogar como es debido; tomaba por fin conciencia de que la creación de una vida basada en comportamientos racionales había sido mi motor. Mis padres tenían una patología difícil de identificar, era rara, y sobre todo imposible de captar. Debía aceptarlos tal cual eran, ¿o quizá incluso aprendiera algún día a reírme de su moderada locura? Sentía nacer la posibilidad de un apaciguamiento en nuestra relación. Ésa era seguramente una de las pistas más importantes para mi tarea de desanudar^[16].

Mientras tanto, me seguía doliendo la espalda. Peor aún, al salir de casa de mis padres sentí un dolor intenso. La tensión acumulada durante nuestra conversación se traducía ahora en terribles espasmos. No me esperaba que el dolor volviera así, armado de una violencia tal. Al cabo de unos segundos el suelo se hundió bajo mis pies. Traté de aferrarme a algo para no caer. Por suerte había una farola. Ya no veía bien, pero me pareció distinguir una silueta. Traté de alzar el brazo, un gesto que se me antojó terriblemente difícil, me costó un esfuerzo sobrehumano. Nadie venía en mi auxilio, la forma borrosa era fruto de mi imaginación. Seguí buscando con la mirada a alguien que pudiera ayudarme, pero no había nadie. Mis padres vivían en una zona residencial de chalés, es decir, el equivalente de una eutanasia social. El tiempo se descomponía, y yo me dejaba invadir por una multitud de pensamientos, como el personaje que interpreta Michel Piccoli en el momento del accidente en la película *Las cosas de la vida*. Balbuceé palabras incomprensibles en el umbral de una forma luminosa. Lo podríamos llamar un túnel de luz. Me sumergí en un amarillo pálido pero cegador mezclado con el azul soñado de los mares cálidos. Y luego caí de golpe, desvanecido bajo el efecto de la crisis que se propagaba por todo mi cuerpo: mi espalda había abandonado su punto central del dolor para convertirse en el epicentro de una contaminación total. Me desplomé en el suelo, inconsciente.

Un poco más tarde abrí los ojos en una ambulancia. Respiraba con la ayuda de una mascarilla. De hecho, fue el sonido perfectamente regular de la bomba de oxígeno lo que me devolvió la conciencia, y no el caos o el desorden que debió de preceder a ese momento. Un joven me dedicó una gran sonrisa:

—Todo va a ir bien. No se preocupe —dijo.

—...

—Ha sufrido un desmayo. Le estamos llevando al hospital más cercano.

—...

—¿Puede decirme su nombre?

—...

—¿Su nombre? ¿Lo recuerda?

—Me duele la espalda... —murmuré entonces.

El rostro de ese joven parecía de verdad tranquilizador. Me aferré a él como se aferra uno a las sonrisas de las azafatas cuando el avión atraviesa una zona de turbulencias. Con qué facilidad admitimos que nuestra supervivencia depende de la expresión de un rostro. Si ese joven sonreía, quería decir que estaba salvado. Debía de estar contento de verme volver a la vida. Contento y sobre todo aliviado. Al llegar al hospital me puso una mano en el hombro para decirme adiós. Me dejaba en otras manos. Él debía de encargarse sólo de los traslados. Se me hacía muy raro no volver a ver nunca más a ese testigo privilegiado de mi resurrección. Había asistido en primera fila a uno de los instantes cruciales de mi vida, y ahora se iba a compartir otro momento tan intenso con un nuevo desconocido. No había conseguido decirle mi nombre, pues no estaba seguro de ese dato en el momento de despertar. De la inconsciencia se vuelve siempre de manera anónima. Él tampoco me había dicho su nombre; quedaría en mi memoria como un rostro que me rondaría mucho tiempo.

Unas horas después estaba tendido en una cama, en una habitación compartida con un señor mayor que no se movía prácticamente nada. Ni siquiera la llegada del nuevo vecino que era yo originó en él el más mínimo movimiento. Tenía una barba sorprendente, negra, tupida, bien cuidada, sedosa, desfasada con respecto a su aspecto general. Había tratado de entablar conversación con él sin conseguirlo. Después del joven de la ambulancia, era el segundo figurante de ese día. Su sola presencia, como la de todas aquellas personas con las que me cruzaría ese día, le haría entrar de manera prioritaria en mi memoria. Aunque nadamos permanentemente en la amnesia, algunos

días se convierten en una sucesión de imágenes indelebles. Cada detalle, cada nadería, cada persona que pasa por el pasillo, todo componía el relleno hipermnésico de esas horas. En ese sentido, desde luego es nuestra memoria quien decide el grado de importancia de lo que vivimos. Y, por supuesto, nunca olvidaría al médico que entró en ese momento en la habitación:

—¿Cómo se siente?

—Bien.

—¿Es la primera vez que le ocurre?

—Sí. No sé lo que ha pasado. Tengo dolores frecuentes últimamente...

—Es posible que una serie de crisis soportables provoque de repente un desmayo grave. Lo que ha sentido ha sido como la gota que colma el vaso...

—...

—He tenido acceso a su historial médico... Y he podido ver los informes de sus radiografías y de su reciente resonancia magnética...

—¿Y?

—No tiene usted nada.

—Pero no es posible. Me duele muchísimo. Tengo que tener a la fuerza algo grave. Los médicos se habrán equivocado. Uno no se cae en la calle así como así.

—Si el dolor es demasiado fuerte, es posible...

—No puedo más...

—Lo sé... Pero a algunas personas les duele la espalda toda la vida...

—...

—Mire: la reacción de su cuerpo ha sido seria... No quiero alarmarle..., pues para mí los resultados de la resonancia están muy claros...

—...

—No obstante, le voy a tener unos días en observación.

No contesté. Su frase: «A algunas personas les duele la espalda toda la vida» me había dejado K. O. Y también su incoherencia: decía que no tenía nada, pero quería *tenerme en observación*. No había nada más angustioso que esa expresión. No somos insectos. No estoy en un frasco. Que me atiendan, que me auscultan, vale, pero me niego a que me observen. En ese momento vinieron dos celadores a llevarse a mi compañero de habitación. No me enteré bien de si tenía que someterse a una operación o cambiar de centro, pero una cosa es segura: no volví a verlo. La cama junto a la mía quedó vacía. Los días siguientes volví la cabeza hacia ese lugar más de una vez, preguntándome si de verdad había habido un hombre ahí nada más llegar yo al hospital. Después de todo, había tenido la apariencia de una aparición.

Un poco más tarde (no sé bien cuándo) llegó mi mujer. Bueno, mi futura exmujer. Bueno, Élise, digamos.

—He venido en cuanto me he enterado.

—Te lo agradezco.

—¿Cómo te encuentras?

—Regular... Es la espalda... Una crisis un poco más fuerte... Y me he desmayado... Nada muy grave.

—Pero ¿por qué no me has dicho que te seguía doliendo?

—Pensaba que me encontraba mejor.

—Pensabas, pensabas... Joder, qué pesado eres, de verdad. No dices nada, y mira luego lo que pasa.

—Estoy bien, de veras...

Élise se sentó en el borde de la cama. Era consciente de lo mucho que debía de haberse preocupado. Hacía tiempo que no la había visto tan inquieta por mí. Durante un instante me dije: esta situación nos va a volver a unir. Era plausible. Me caigo en la calle, y hay que ser dos para levantarse. Mi recaída había sido como una llamada del cuerpo. Nos llevaba a pensar bien en lo que debíamos hacer. Me parecía ver amor en su manera de estar ahí, junto a mí, pero me equivocaba. Lo que veía era la manifestación de su cariño, pero no de su amor. Las transiciones afectivas son a veces tan ínfimas, casi péfidas, caminamos por una frontera sin saber si nuestra relación está en Suiza o en Francia. Algunos viven años así, en la ausencia de claridad, en la incertidumbre del corazón. Si bien yo tenía una aptitud evidente para lo borroso, sabía que con Élise las cosas serían siempre definidas. Con ella las palabras encontrarían siempre su casa, mientras que conmigo podrían errar durante años junto al diccionario.

Algo más tarde, cuando le estaba contando con detalle lo que había ocurrido, se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Pues de que ha ocurrido justo después de ir a ver a tus padres. ¡Anda que no hace tiempo que esperaba eso! Que les hablaras por fin con franqueza.

—¿Ah, sí?

—Siempre te he incitado a reaccionar.

—Están locos, me parece. En cualquier caso, he decidido que a partir de ahora voy a achacar su actitud a la locura.

—Tú también estás un poco loco. Nunca haces nada como el resto de la gente.

—¿Yo?

—Sí, tú; mírate. Cuando te duele la espalda, es a lo grande.

—Y eso que no lo sabes todo.

—¿Ah, no?

—Bueno, no, nada. Cuánto me gustaría que dejara de dolerme...

—Pobrecito...

—Me van a tener en observación.

—¿Ah, sí?

—Sí. El médico no estuvo muy tranquilizador. No parecía muy seguro.

—Yo puedo ayudarle. Seguramente soy la persona que más te ha observado...

—Muy graciosa...

Hablamos un rato más, olvidando casi el contexto del hospital. Charlábamos sencillamente, como una pareja sólida, la clase de pareja que ha superado una crisis. No era nuestro caso. No habíamos pasado ninguna crisis, y no habíamos superado nada. Élise era guapa, y pensé: a quien hay que observar aquí es a ella. A ella, y no a mí. De pronto, lo que me había parecido una conversación ligera entre dos personas que se van a separar se me antojó preñado de gravedad. En nuestra unión incluso algo me parecía triste. Y, a fin de cuentas, no me gustaba esa unión. No sé por qué pregunté de repente:

—¿Has conocido a alguien?

—¿Qué?

—¿Hay alguien más en tu vida?

—No... No... Pues claro que no...

Al rato se levantó diciendo que volvería para traerme algunas cosas. Todavía nos ayudábamos. Conservábamos nuestras costumbres. Ingenuamente había creído que nuestra separación me iba a sentar bien. Que formaba parte de aquello que estaba viviendo actualmente: un cuestionamiento total, de todo. Con un objetivo: el de encontrarme mejor. Me había equivocado. La vida sin ella me asustaba, sobre todo en ese momento, cuando me dejó solo en la habitación.

Pasé varios días en el hospital. Como siempre cuando estaba en un contexto médico, ya no me dolía la espalda. Me hicieron radiografías, análisis de sangre y no sé qué pruebas más que me cubría el seguro, pero no había ninguna novedad. Mi espalda se hacía olvidar, y todo lo demás también, de

hecho: el hospital era un mundo entre paréntesis en el que los momentos más importantes eran las comidas. Comía papillas viendo programas estúpidos en la televisión y reconocía que tampoco estaba tan mal.

6

Intensidad del dolor: 1.
Estado de ánimo: drogado.

El día que salí del hospital, Édouard y Sylvie vinieron a recogerme. Nos acomodamos en el coche, ellos dos delante y yo detrás, como una pareja con un hijo. Me lanzaban miraditas por el retrovisor para asegurarse de que estaba bien. Sentado en el asiento trasero, me dejaba llevar dócilmente, sujeto a su amabilidad. Parecían satisfechos de su día, felices como hacía tiempo que no lo estaban. Édouard casi habría podido ponerse a silbar. Sylvie casi habría podido sonrojarse. Casi habríamos podido irnos los tres al campo, pasar un domingo junto a un lago en el que habría sido agradable comer, al aire libre. Se miraban de reojo, y ése es siempre el mejor ángulo para la ternura. Era cada vez más evidente: consolidaban su relación de pareja sobre la base de mi espalda. Por eso yo de vez en cuando ponía mala cara para regalarles el hermoso brillo de su utilidad.

En su casa, mi habitación estaba limpia y preparada. Y llegaba hasta mí el olor de la lasaña (mi plato preferido) que había preparado Sylvie.

—Nos has dado un buen susto... —reconoció Édouard.

—No es nada. Me han hecho más pruebas. Todo confirma que no tengo nada. Bueno, desde un punto de vista médico.

—¿Te sigue doliendo?

—Un poco.

—Tiene que haber una solución. Si no, es imposible.

—Espero que sí. Pero, francamente, ya no se me ocurre cuál.

—Mira, puede que tenga una idea...

—¿Ah, sí?

Édouard pareció entonces algo incómodo. Se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Sí, creo que sé lo que necesitas...

—¿En serio?

En ese momento Sylvie gritó de manera autoritaria: «¡A comer!». No podíamos hacerla esperar.

—Bueno, luego te lo explico... —murmuró Édouard, rascándose la mejilla.

—No, no, dímelo ahora. Rápidamente.

—No, más tarde. Esto no te lo puedo contar deprisa y corriendo...

—...

Durante toda la comida, Sylvie no dejó de hacerme preguntas: «¿Qué, está rico? ¿Te gusta la besamel? Está más rica que en el italiano ese que os gusta, ¿eh? ¿Estás contento?», etc. «Sí, sí», contestaba yo entre bocado y bocado. Édouard también trataba de mostrar que estaba disfrutando de esa comida, pero a su mujer le interesaba mucho menos su felicidad culinaria que la mía. Así, tan sonrientes los tres, parecíamos tres actores en un anuncio publicitario. Édouard quiso descorchar una de sus mejores botellas para «celebrar dignamente» mi vuelta, pero a mí no me apetecía nada beber. Pareció decepcionado y trató de insistir un poco.

—¡Te ha dicho que no quiere! —le cortó Sylvie.

—Vale, muy bien... Ya beberemos más tarde... —Édouard renunció.

Parecía que participaran en una competición por la medalla de oro de mi bienestar. Aunque su solicitud me conmovía, tengo que reconocer que también me sorprendía. Los descubría desde un ángulo nuevo. Hay una diferencia abismal entre conocer a tus amigos y vivir con ellos. Éramos muy buenos amigos desde hacía más de veinte años, pero nunca nos habíamos ido de vacaciones juntos, por ejemplo. Nos veíamos para cenar, para ir a algún espectáculo, a una exposición o a pasear. Nos veíamos para momentos de vida que excluían las situaciones básicas de la vida cotidiana. Siempre había visto a Sylvie como una artista, muy subvencionada desde luego, pero una artista al fin y cabo, una persona exigente y con buen gusto; ahora en cambio la veía como una maniaca de los horarios, por no decir una tirana doméstica. En cuanto a Édouard, al que conocía como un hombre dominador y divertido, ahora me parecía un animal asustado, midiendo sus palabras y sus gestos, atemorizado ante la idea de salirse mínimamente de lo que se esperaba de él.

Agobiado por tanta amabilidad, había llegado al punto de tener incluso que reprimir este extraño impulso: uno puede sentir ganas de matar a quien le quiere bien. Quería estar solo, no tener que hablar ya más, no tener que comentar ya más el grado de mi dolor. Me agotaba observar en todo momento la preocupación en su mirada. Esa noche cerré mi habitación con llave. Era una señal inequívoca. Tenía miedo de que vinieran a comprobar si me encontraba bien durante la noche. Su amistad no tenía tregua, ni vacaciones su amor. Aunque había dormido bastante mal en mi estancia en el hospital, la inmovilidad forzosa me había recargado las pilas por completo. No tenía nada de sueño. Cogí el móvil. Durante años había sido adicto a ese objeto, al

acecho siempre de recibir algún mensaje, en detrimento a veces de la realidad. En mi vida social el mensaje escrito predominaba. El teléfono era un lazo permanente con mi empresa. En cualquier momento podían avisarme de algo. Y cuando fingía que me resultaba insoportable tener que estar siempre localizable, huelga decir que mentía. Me encantaba: era mi fiebre, y la posibilidad de sustraerme siempre al presente. Consultaba mis correos electrónicos sin la más mínima interrupción temporal, contestaba a clientes en domingo, esperando que se dieran cuenta así del alcance de mi profesionalidad. Mi mujer se irritaba a veces al verme teclear sin parar sobre esa máquina, y yo le explicaba cada vez hasta qué punto el asunto que tenía que tratar era de la *mayor importancia*. Pero desde hacía unos días todo había cambiado. No había utilizado el móvil en toda mi estancia en el hospital. Ese objeto, que había sido tan importante en mi vida, de pronto había perdido todo su interés. Me preguntaba por qué me había dejado contaminar así. Desde hacía años no había vivido un solo día sin estar atado al mundo virtual. Ahora entendía que todo eso también había tenido una influencia negativa sobre mis nervios y mi cuerpo.

Me esperaban varios mensajes en el buzón de voz. Eran de compañeros de trabajo, de amigos, y hasta había uno de mis padres. Esto es lo que decían, en resumen: «Espero que te encuentres bien... Hemos pensado mucho en todo lo que nos dijiste... No hacía falta ponerse así...». Había varias frases por el estilo y también un amago de ternura al final. Se trataba quizá de un «te mandamos un beso», pero no estaba seguro. Era sintomático: la cobertura había funcionado peor en el momento de la expresión del cariño. No captaba bien los besos de mis padres. Borré el mensaje y pasé al siguiente. Me sorprendía de verdad ser el objeto de esas muestras de simpatía. Oía la voz de mi secretaria y de la mejor amiga de Élise. Por primera vez desde hacía tiempo, es tonto decirlo, tenía la sensación de que la gente me quería. Me había equivocado al exaltar mi soledad. Tenía amigos que me ayudaban y otros que se preocupaban por mí. Era incapaz de relacionar lo que pensaba de mi situación (tomaba decisiones para tratar de encontrarme mejor) y lo que de ella percibía mi entorno (estaba en el paro, en trámites de divorcio e ingresado en el hospital). Desde su punto de vista, todo eso merecía desde luego una llamada de apoyo.

Por fin reconocí la voz de mi jefe. Audibert, con un tono extremadamente calmado (el de las reuniones decisivas con los japoneses), me pedía que le devolviera la llamada: «Tengo algo importante que decirle». Añadía incluso: «Es bastante urgente». Me preguntaba qué tendría que decirme. Sin embargo, no estaba bien devolver la llamada un domingo por la noche, ni aunque hubiera pronunciado la palabra «urgente». Esa regla de cortesía me venía bien, pues no tenía muchas ganas de hablar con él. Para mí mi jefe ya no tenía el más mínimo interés. Mi vida en la empresa, lo que tenía que decirme, todo lo que había pasado después de lo que yo había hecho, nada de eso me importaba ya. Sólo quería dormir un poco. Pero ¿cómo lograrlo? Nunca había intentado contar ovejas; siempre me había parecido totalmente absurdo hacer inventario de bolas de pelo para quedarse dormido^[17]. Las imaginaba ahora saltando sobre mi cuerpo, ridículas todas a más no poder. Y yo también me veía ridículo, ahí en la cama, observándolas en mi imaginación. Al final hasta me entró la risa. Estaba muy lejos de quedarme dormido, pero al menos ya casi no me dolía la espalda. Las ovejas me habían distraído. A fin de cuentas había hecho bien pensando en ellas.

8

Intensidad del dolor: 1.
Estado de ánimo: ultravegetativo.

Hacía tiempo que no había dormido tan bien. La manera en que me apartaba de lo material me parecía una buena vía. Al abandonar mi postura de hombre atento al mundo había encontrado un nuevo sosiego. La vida moderna es incompatible con el sueño. Ya no sabemos ponernos en pausa. Antes siempre estaba viendo las noticias; era el primero en enterarme de cada atentado, de cada declaración política, de cada resultado deportivo. Vivía mi vida al mismo tiempo que la de millones de individuos; era normal sentirse agotado. Pero todo eso había quedado atrás. El mundo podía venirse abajo si quería, que a mí ya no me interesaba. Consulté mi reloj una vez más: eran casi las diez. No daba crédito. ¿Cuánto hacía que no dormía hasta tan tarde por la mañana? El día se me antojó aún más dulce, amputado así de sus primeras horas.

Entonces reparé en una notita debajo de la puerta. Me levanté despacio para recogerla. Reconocí enseguida la letra de Édouard^[18]. Me proponía almorzar con él. Había añadido abajo, en muy pequeñito: «Así podremos hablar...». Todo estaba en los puntos suspensivos. Se oía en ellos un murmullo a pleno volumen. El día anterior había querido hablarme de una idea que se le había ocurrido para mi dolor de espalda, pero no habíamos tenido ocasión de estar a solas. Le contestaría un poco más tarde; no me apetecía decidir mis planes nada más despertarme. Además, había pasado todo el domingo con ellos; necesitaba un descanso en su amistad. Vivía los minutos uno a uno. Como si hubiera estado acechando mi despertar, apareció Sylvie:

—¿Por fin te has despertado?

—Sí, ahora mismo.

—He hecho café. ¿Quieres que te lo lleve?

—No, no hace falta. Me voy a levantar, y voy a ir a la cocina...

Después de ese tipo de frase, todo anfitrión normalmente constituido abandona la habitación del huésped. Mi última frase no suscitaba el más mínimo comentario. Sin embargo, Sylvie no se movió del umbral. Me miraba fijamente sin decir nada, tanto es así que al cabo de un momento tuve que añadir: «Ahora nos vemos en la cocina...».

Sin escuchar mi propuesta se acercó a mí, como hipnotizada. Parecía obedecer a un extraño impulso. Se sentó entonces en la cama, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. En ese momento su expresión me pareció inédita. Nunca la había visto así. No había nada en su rostro, ni sonrisa ni preocupación. Sus manos iniciaron un movimiento. O más bien su mano derecha. Se puso a acariciar la sábana, con suavidad, con mucha suavidad. Me rozaba la pierna, pero no estaba totalmente seguro de ello. No me atrevía a decir nada. No entendía lo que estaba haciendo. O mejor dicho sí, lo entendía, pero no quería reconocerme a mí mismo que lo entendía. Sin embargo, ya no había duda, porque su mano estaba ahora en mi muslo. Su mano subía y bajaba por mi pierna, acercándose cada vez más a mi sexo. Hice ademán de retroceder, de alejarme, pero ella acentuó la presión.

Sylvie intentó entonces besarme de una manera total, con los labios hacia delante, como arrancados del rostro. Pese a la posición de su boca, logró proferir unas cuantas palabras crudas que no me atrevo a repetir. Era como si estallaran de pronto años de ninfomanía reprimida.

—Pero ¿qué haces?

—No puedo más. Con la de tiempo que hace que te deseo...

—Pero ¿estás loca? ¡No podemos hacer esto! ¡Y no podemos hacerle esto a Édouard!

—¡Oh, qué coño importa Édouard! ¡Hace meses que ni me toca!

No sabía cómo esquivar los ataques de Sylvie. Estaba atrapado en un rincón de la cama. Apartaba la cabeza como podía. No parecía darse cuenta de que había algo así como una ligera falta de reciprocidad en el deseo. Y no sólo en el deseo. Pensaba también en el aspecto moral. Édouard era mi amigo, y me parecía que no estaba bien acostarse con las mujeres de los amigos. De hecho seguramente ésa es la definición de la amistad: ser amigo de alguien es no acostarse con su mujer. Así que no, francamente no. Dicho esto, también pensé de pasada que Édouard me había mentido. Aún tenía en la memoria su parrafada sobre la vitalidad sexual de su relación de pareja. El que le escuchara pensaría que su mujer y él habían encontrado el antídoto a la desgana. Lo había admirado por eso, y acto seguido me había sentido culpable por no vivir yo también ese frenesí del deseo inmutable con mi mujer. Me sentía culpable no de desear a otras mujeres sino de desear menos a la mía. Nada se me antojaba más dramático que avanzar juntos, compartiendo cosas hermosas (hijos, recuerdos, ternura) y perdiendo a la vez

progresivamente la pasión sensual. La vida me parecía mal hecha, y los relatos de Édouard acentuaban mi malestar por el declive erótico.

Y ahora me enteraba de que todo era mentira. Estaba seguro de que Sylvie decía la verdad: el cuerpo no miente. Hacer creer que la vida de uno era mejor que la de los demás no era digno de un amigo. Bueno, me daba perfecta cuenta de que, ante todo, Édouard se mentía a sí mismo. Debía de hacerle bien inventarse una vida tórrida para mis oídos. Mientras todas esas reflexiones se me agolpaban en la cabeza, Sylvie seguía batallando contra mi resistencia.

—Pero para, que no quiero... —repetía yo.

—¡Anda, pues eso no es lo que decías! ¡Pero si soñabas con esto!

—Eso era hace veinte años...

—Pues bien, me entrego a ti... Por fin...

—...

Me era imposible negar que eso hubiera sido cierto. Sylvie había sido una fantasía total para mí las primeras veces que nos habíamos visto. Mayor que yo, más libre, era el sueño de todo joven que acabara de dejar atrás la adolescencia. Pero, como ya he dicho, esa fantasía se había esfumado con la llegada de Édouard. El mejor antídoto para acabar con una pasión es que la mujer amada se case con un dentista. Tras esa clase de noticia, el deseo se expatria directamente a la otra punta del mundo erótico. Y ahora ella intentaba reavivar mi llama, tan lejana ya, soplando desesperadamente sobre las brasas frías. Para no ofenderla avancé un argumento moral de envergadura; un argumento que me evitaba reconocer mi ausencia total de deseo. Repetía: «No le podemos hacer esto a Édouard». Al cabo de un momento, como si la realidad la hubiera atrapado, o quizá el pudor, Sylvie se incorporó. Pienso que dudó si marcharse sin decir nada, pero al final balbuceó:

—Lo siento mucho, no sé qué me ha pasado.

—No te preocupes.

—Espero que sabrás olvidar este momento de confusión por mi parte.

—Sí, sí, claro...

Se levantó despacio pero salió muy deprisa de la habitación.

* * *

Así pues, optó por la enajenación transitoria, un arrebató imposible de dominar y, por lo tanto, disculpable. No era culpa suya. Su cuerpo había reaccionado de forma inapropiada. Yo tenía la sensación de que se había abalanzado sobre mí por despecho, como una llamada de socorro. Algunas personas tienen impulsos suicidas, otras, impulsos eróticos. No digo que querer acostarse conmigo equivalga a una suerte de renuncia a vivir, no, no es lo que quiero decir. Pero parecía que su ataque había sido el de un ser a la deriva. Una mujer perdida en la duda. Estaba en esa edad del medio. Era demasiado joven para ser vieja, pero demasiado vieja ya para ser joven. Su cuerpo había expresado a gritos una angustia que iba más allá de la simple frustración. Lo que acababa de hacer conmigo sería un detonante para ella. A todos nos sorprenderían las decisiones que no tardaría en tomar.

* * *

Unos minutos más tarde me reuní con Sylvie en la cocina. Estaba sentada en un pequeño taburete rojo, inmóvil. Me acerqué a ella y la cogí de las manos para obligarla a levantarse. Frente a frente, nos miramos un momento antes de sonreír. La abracé. Nuestros veinte años de amistad podían resumirse en ese gesto. Nos quedamos así un momento. Nada era grave.

10

*Intensidad del dolor: 0,5.
Estado de ánimo: en plena huida.*

Al irme para almorzar con Édouard me llevé todas mis cosas. Sylvie entendió que no iba a volver. Necesitaba vivir en otro sitio. Aún no sabía dónde, y a fin de cuentas me gustaba esa sensación. Era bastante infrecuente en una vida como la mía no saber dónde iba a dormir esa noche. Era un nómada en mi ciudad. Seguramente me iría a un hotel, no me preocupaba gran cosa. Los acontecimientos resbalaban sobre mí, y mi espalda me lo agradecía. La manera en que enfocaba las cosas, con una despreocupación tan sorprendente, me llevaba a reconocer más que nunca que mi mal era de carácter psicosomático. Relajándome, solucionando mis problemas, aniquilaría mis dolores.

Pero, por supuesto, eran más perversos de lo que pensaba. Bastaba que enunciara la más mínima certeza con respecto a mi curación para que volviera a sentir un hormigueo en la parte baja de la espalda. Mi cuerpo se me manifestaba de nuevo, murmurándome: «No, esto no ha acabado». Mi espalda actuaba como el sentimiento de culpa con Raskolnikov. Debía *tomarme mi mal con paciencia*, una expresión cuyo significado entendía ahora mejor que nunca. Debía esperar a que llegara mi hora de la felicidad. Sin embargo, cada vez que volvía el dolor me sentía más y más abatido. No hay nada peor que una recaída (la palabra en sí es aterradora); no hay nada peor que la vuelta del dolor cuando uno cree haberse librado de él. Me senté en un banco, y podía ver mi sosiego de hacía unos minutos escapar como un desconocido entre una multitud. El bienestar me rehuía. Mi estado de ánimo cambiaba brutalmente. Estaba sometido a las variaciones de mi cuerpo, era víctima de la ciclotimia típica de los débiles. Una detrás de otra, las ideas negras empezaron a abrirse paso en mi interior. Cuando apenas acababa de ensalzar mi alegría ante esa vida intrépida (había sonreído de no saber dónde iba a dormir esa noche), de pronto me atenazaban múltiples interrogantes: ¿qué hacer con mi vida? ¿Cómo ganarme el sustento? ¿Acabaría en una silla de ruedas? Para ilustrar mis angustias, de pronto vi no muy lejos a un sin techo. Era un hombre de unos cincuenta años, quizá menos, ¿quizá tuviera incluso mi edad exactamente? ¿Qué sabía yo? Vivir en la calle debe de hacerte envejecer. Cada año en la calle debe de ser como diez. ¿Cómo no ver en ello una señal?

Ese hombre era yo. Era aquello hacia lo que yo avanzaba. Ya no cabía la menor duda. ¿Cómo había podido no reconocer la evidencia de la condición que me aguardaba? Ya no tenía trabajo, ni mujer, ni dinero, no tenía nada, mis hijos vivían ya su propia vida sin mí, y poco a poco me irían rechazando. ¿Cómo no avergonzarse de un padre como yo? ¿De un padre cojitranco, mal de salud, un paria afectivo y profesional? Cuanto más lo pensaba, más me reconocía en ese hombre. Ya no podía apartar los ojos de él. Una mujer se acercó entonces para darle una moneda de diez céntimos. Bueno, no pude ver la cantidad, pero me pareció que era irrisoria. Era un gesto pequeño, seguramente mejor que nada, pero era una mota de polvo en su derrumbe. Diez céntimos, no más... Y se lo agradeció con una gran sonrisa, una inmensa sonrisa, una sonrisa de siglo. Alcancé a ver que casi no le quedaban dientes; ya no podía curarse; se iba a morir. Entonces sí, en esos casos sonrías como un caniche a una mujer que te arroja diez céntimos. Quería seguir a esa mujer, para darle las gracias a mi vez: tenía la sensación de que era a mí a quien acababa de darle una moneda. Quería bendecirla pues ya nadie me miraba, ya nadie me miraría nunca más.

Entonces ocurrió algo increíble.

La vida, en su pura patología bipolar, me regaló una noticia que me permitió interrumpir la fantasía desenfundada de mi declive. Acababa de divagar en un mar negro, con una inclinación real por la dramatización de mi estado, he de reconocerlo. Sienta bien derivar hacia la versión catástrofe de tu vida, abandonarte al peor escenario posible. A veces los adultos necesitan eso porque ya no consiguen llorar como niños. Ya no consiguen evacuar mediante las lágrimas sus incertidumbres y sus tristezas. Estaba sentado en ese banco cuando la realidad se me manifestó de nuevo bajo la forma de un timbre de teléfono. Miré el nombre que aparecía en la pantalla: Audibert. Con la agresión matinal de Sylvie se me había olvidado por completo llamarle. Y eso que había pronunciado la palabra «urgente». Contesté.

—¿Diga?

—Esto... Buenos días... ¿le pillo en mal momento?

—No, no... En absoluto.

—¿Ha recibido mi mensaje?

—Sí, sí... Perdona... No he podido llamarle antes... Es que he tenido algunos problemillas de salud...

—Ah... Espero que ya esté mejor.

—Sí, gracias. Supongo que sí.

—Me alegro. Porque la salud es lo más importante.

—Sí, tiene razón, seguramente.

—Quería hablarle de su despido.

—...

—Tengo muy buenas noticias.

—¿Ah, sí?

—Le ahorro los detalles, pero su colega no le va a denunciar. Y nos las hemos arreglado para evitarle el despido por falta grave...

—Ah... Gracias...

—Por consiguiente, dada su antigüedad en la empresa, cobrará un cheque... Vamos, que podrá recuperar un poco el fuelle...

—¿Recuperar el fuelle?

—Sí, bueno, es una manera de hablar..., no se va a quedar a verlas venir...

—¿A verlas venir?

—Sí, bueno... Es una buena noticia, ¿no?!

—Sí, y tanto... Muy buena... Se lo agradezco, señor Audibert... Le agradezco mucho todo lo que ha hecho...

—De nada, de nada.

—...

—Le vamos a echar de menos —añadió antes de colgar.

Me quedé inmóvil un momento. Esa conversación había sido sorprendente. Aunque me había dado a entender que iba a hacer lo que estuviera en su mano por resolver así mi despido, me sorprendió su tono alegre. E, incluso, no tenía reparos en decirlo, su afecto. No daba crédito a que me hubiera dicho: «Le vamos a echar de menos». Había trabajado más de diez años con ese hombre, y si bien no se había mostrado nunca distante ni desagradable, no se podía decir que fuera afable. Siempre había mantenido con sus empleados una distancia necesaria, evitando tejer lazos de amistad con nadie. Me daba cuenta ahora de que se trataba de una estrategia profesional; su verdadera naturaleza era muy distinta. Por la mañana, al llegar al trabajo, guardaba su personalidad real en su maletín. La empresa era un mundo dentro del mundo. Un mundo con sus falsedades y sus apariencias, en el que cada uno interpretaba un papel en función de su puesto. Por fin entendía las reglas, justo en el momento de abandonar el juego. Seguramente es el rasgo más importante de mi carácter: el hecho de que siempre voy retrasado con respecto a la realidad^[19]. Mi problema consistía en no haber entendido esa realidad en el momento en el

que me movía en la empresa, entre las posibles jugarretas. Naturalmente que era consciente de ciertas perversidades, pero mi incapacidad para avanzar ocultando mi verdadera naturaleza me había vuelto ciego a las rivalidades. No lamentaba nada porque no tenía las capacidades necesarias para llegar más alto en el escalafón. No era lo bastante político, ni lo bastante actor, no tenía el don de ser otra persona. Me sentía retenido permanentemente en una suerte de sentido literal de la realidad, condenado a ser yo mismo.

Me llevó unos minutos más entender las implicaciones concretas de esa conversación: al parecer, iba a cobrar una indemnización importante. Y también podría beneficiarme del subsidio por desempleo. Unos días después de enterarme de la herencia de mi mujer, seguía flotando en la anulación pura y simple de mis apuros económicos. Iba a poder vivir dos o tres años por lo menos sin hacer nada. Lo cual no era lo que yo quería, pero tenía tiempo de tomarme las cosas con calma. Me puse a pensar en todo lo que podría hacer con ese dinero pero no se me ocurría nada. No tenía ninguna apetencia, ningún deseo. ¿Un viaje? Ni siquiera. La idea de desplazarme en mi estado me agotaba de entrada. No tenía ganas de nada. No suponía un gran cambio con respecto al pasado. Nunca había sido gastoso, no por avaricia sino por desinterés total por las compras. Nunca hubiera pensado que viviría un periodo así: sin mujer, sin hijos, sin trabajo y sin preocupaciones económicas. ¿Cuántas veces en la vida se puede estar sin la menor obligación? No me había ocurrido nunca. Estaba viviendo una vida inédita.

Había pasado años sintiéndome agobiado por el dinero, los impuestos, todo lo que había que pagar. Muchas veces me había despertado en plena noche pues mi inconsciente hacía cuentas a mi pesar. Pensaba en los intereses de mis préstamos, dudaba entre distintas opciones financieras, calculaba mi nuevo impuesto sobre la renta con el reciente cambio de gobierno, pensaba con espanto en lo mucho que había subido la cuota de mi seguro médico, y entonces me volvía a la memoria la factura del gas, el seguro del coche, los gastos de escolaridad de mi hijo, los cumpleaños de todo el mundo todo el tiempo, y Élise que me preguntaba regularmente: «¿Cuándo vamos a pintar el cuarto de baño?». Pensaba sin cesar en todas esas cuestiones, pero de manera difusa, sin saberlo siquiera, como si los senderos de la angustia recorrieran nuestro cuerpo todo el rato de manera autónoma. Curiosamente, fue al enterarme de mi liberación financiera cuando reconocí hasta qué punto había

vivido durante años en ese sometimiento asustado. Lo sentía en mi cuerpo, algo se liberaba de golpe, y me encontraba mejor. Sí, podía decirlo. Mi espalda también había sufrido mi angustia por el dinero. No era la razón principal de mis dolores, por supuesto, pero sentía alivio. Me apetecía entrar en cualquier tienda y comprar lo que fuera. Normalmente sopesaba tanto los pros y los contras de cada compra que a menudo acababa por convencerme de que no me apetecía nada. Entendía que era mentira. Te pasas el tiempo mintiéndote para que tus deseos se adecuen a tus posibilidades. Es el único antídoto contra la frustración. De pronto, nacían deseos dentro de mí, libremente; deseos no sometidos a las incesantes imposiciones de lo concreto. Me puse a caminar pensando en todo lo que podría comprar. Me detuve ante un cajero y saqué un billete de cincuenta euros. Me lo coloqué delante de la cara, a la altura de los ojos, y lo miré un momento. Entonces, obedeciendo a un impulso, volví sobre mis pasos. Regresé al lugar en el que había recibido la llamada de Audibert. El sin techo seguía ahí sentado, y era probable que se pasara allí todo el día. Me acerqué y le tendí el billete. Me dedicó una sonrisa, exactamente la misma que a la señora de antes. En el fondo, la cantidad no parecía importarle mucho. Lo único importante era el gesto. No cuento esta anécdota para parecer generoso o altruista, aunque a menudo uno se vanaglorie de una buena acción y ésta le produzca una satisfacción que vicia el simple gesto de ayudar al otro; no, no cuento esto para jactarme, pues la verdad es muy distinta: seguía convencido de que ese hombre era yo.

12

*Intensidad del dolor: 2.
Estado de ánimo: reflatado.*

Hay gente que no cambia nunca. Es fascinante. Édouard es la persona más idéntica que conozco. Los días no lo modifican. Es una cualidad tranquilizadora para un amigo. Su temperamento es siempre el mismo. Me pregunto si esa manera de ser no es inherente a su profesión. Hay que tener algo así como un desapego, una distancia con respecto a las cosas para estar siempre en bocas ajenas. Ser dentista seguramente te vuelve un poco budista. Así pues, Édouard me recibió con su cara de todos los días, inmutable como un dios de lo cotidiano. En cuanto a mí, no dejaba de pensar en el ataque erótico de su mujer. Tenía ganas de mostrarme aún más amigable con él. Me interesé en exceso por su vida, le hice un montón de preguntas, tanto es así que suscité su recelo:

—¿Te encuentras bien? ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Sí, sí.

—Tu actitud me preocupa...

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Te interesas por mí... Quieres saber cómo estoy..., me pides detalles..., precisiones...

—¿Y qué pasa? Soy... tu amigo.

—Si eres mi amigo entonces dime la verdad.

—¿Qué... verdad? —balbuceé yo.

—La verdad sobre tu estado. Has tenido noticias del hospital, ¿es eso?

—No...

—¿Estás seguro?

—Que sí, ya te lo he dicho.

—Ah, menos mal, qué alivio. Joder, tío, me has deprimido con todas tus preguntas. De verdad parecía como si quisieras despedirte...

—...

Debía de haberme pasado un poco de sentimental. Pero es difícil estar a gusto con un amigo cuya mujer acaba de intentar violarte. En lugar de imaginarse la situación, Édouard había creído que yo había recibido noticias desesperantes del hospital. Eso dice mucho de las relaciones humanas: si te interesas por los demás es que tienes algo que esconder. En el fondo, no tenía de qué

preocuparme. Édouard nunca había sido muy perspicaz; era un rasgo de su carácter que siempre me había gustado. A veces parecía totalmente desconectado de la realidad. Era como si hubiera conseguido llevarse una parte de infancia a su vida adulta. Era de hecho una de las cosas que teníamos en común. Pese a nuestras vidas profesionales y a nuestras responsabilidades, nuestra amistad descansaba sobre la incredulidad con respecto a nuestra edad. Nunca habíamos logrado subirnos de verdad al tren de la seriedad. Por ejemplo, ambos formábamos parte de esa categoría poco numerosa de hombres que siempre parecen ridículos cuando llevan corbata.

Pero vayamos a lo esencial de nuestro encuentro. Desde el día anterior, Édouard quería hablarme de una idea que había tenido.

—Tiene relación con tu espalda —empezó diciendo.

—...

—Mira... Creo que has intentado muchas cosas... Pero te falta lo esencial.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo esencial según tú?

—Lo más importante en la vida de un hombre es liberarse de las tensiones sexuales.

—...

—No me lo has dicho a las claras, pero me ha parecido entender que a Élise y a ti, en la cama, ya no os iba como para tirar cohetes.

—Sí... Bueno, tampoco nos iba tan mal.

—Y ahora que os habéis separado, hay que reflexionar de verdad sobre el tema.

—¿Es decir?

—Has probado a ir al médico, al psicólogo, a una magnetoterapeuta y qué sé yo qué más. Y nada funciona. Lo que necesitas es una profesional.

—Una profesional ¿de qué?

—Del... sexo —dijo en voz muy baja ladeando la cabeza hacia mí, y eso que el restaurante estaba casi vacío.

—Pero ¡qué dices! Eso no me apetece nada.

—La cuestión no es saber si quieres o no. Te digo que es por tu salud. Necesitas hacer el amor completamente, totalmente... Bestialmente.

—...

—No me irás a decir que no piensas nunca en ello...

—Pues no, te confieso que tampoco lo pienso tanto. Era feliz con mi mujer. Y ahora tengo otras cosas que solucionar antes de meterme en otra

relación.

—Pero si es que no se trata de meterte en una relación, precisamente. Es una cuestión de una simple horita. Pagas, y listo.

—¿Tú lo has probado?

—...

—...

—¿Yo? ¿Me preguntas si yo lo he probado?

—Sí, tú.

—No, hombre, pero si te he dicho que Sylvie y yo no paramos, es una cosa tremenda.

—Sí, sí... Ya lo sé... —dije para no hacerle un feo a su mentira. Veía en su mirada que ya no dudaba de la verdad de lo que me decía. Es la fuerza de persuasión de la mentira sobre la verdad; al cabo de un tiempo se vuelve verdad.

Me estuvo hablando de su idea durante toda la comida. Empecé a hacerme preguntas. ¿De verdad estaba tan satisfecho? ¿Tenía razón en considerar mi vida sexual como honrosa? ¿Hacer el amor no se había convertido en un acto desprovisto de esa locura que libera los sentidos? Me gustaba dormir después de hacer el amor. Tenía una sensación de bienestar físico, de descanso salvador. ¿Acaso no era suficiente? Mi conversación con Édouard me había hecho dudar. Después de todo, la causa de mi malestar quizá viniera de una suerte de frustración invisible. Si bien el deseo había sido menos tenaz con mi mujer, tenía la impresión de no tener carencias. Me gustaban las mujeres, las miraba, pero no buscaba ninguna relación. Me disponía de hecho a vivir sin sexualidad, hasta mi próxima relación amorosa, sin que ello supusiera para mí ningún problema. Tenía otras preocupaciones. La permanencia del dolor me había apartado de las esferas del placer. Lo que Édouard decía tal vez fuera cierto. Mediante los besos, las caricias, el placer, se podía escapar de las atroces tenazas del sufrimiento. ¿Y si la sanación del dolor se encontrara en un cuerpo ajeno?

Basta inclinarse un poco sobre la historia para darse cuenta de hasta qué punto la libertad sexual sigue siendo el paliativo absoluto de las dificultades. Es muy sencillo: en cada crisis se avanza un paso más en la liberalización de las costumbres sexuales. Una crisis petrolífera permitió la legalización del aborto (1974). Una cura de austeridad tras una devaluación se aligeró con las

primeras películas porno en la televisión (1984). Y así sucesivamente, hasta nuestra época, asolada por una crisis tan violenta. ¿Qué se hace entonces? Se vuelve a los valores del amor. La gente se casa más que nunca. En la calle, desconocidos ofrecen gestos de cariño, lo que llaman *free hugs*. Hace falta de verdad que una sociedad vaya mal para quererse así. Me parecía que todo guardaba relación. Necesitaba amor, necesitaba liberar lo que retenía pasivamente en mi interior. Sí, Édouard tenía razón: mi espalda había llorado de hambre sensual. Pese a todo, no entraba en mis planes mantener una relación con una profesional. Pero mi amigo insistía: «El mal es demasiado grave, necesitas una mujer que sepa lo que se hace...». Me habló de una página web en la que se podían encontrar anuncios, con comentarios de los pacientes anteriores... Bueno, de los clientes.

—Se evalúa a las chicas. Sobre lo que hacen bien y lo que hacen mal. Su actitud general. Con respecto al tiempo también. Y tantas cosas...

—...

No parecía escandalizarse de que se pudiera evaluar así a un ser humano. Ante mis reticencias, añadió:

—Pasa así con todo el mundo. También se evalúa a los profesores. Y hasta a los dentistas.

—¿En serio?

—Sí, hay una página web en la que cada paciente da su opinión. De todas formas, ahora nuestra sociedad se basa en las opiniones de cada uno. Si vas al teatro, al cine o a un hotel, antes miras lo que han opinado otros consumidores.

—...

—Pues con las prostitutas pasa igual.

¿Era consciente Édouard de que parecía un asiduo de esas prácticas? Fingí no darme cuenta de las implicaciones de su total conocimiento del tema. Al final de la comida, cuando salimos del restaurante le dije que me iba a ir a un hotel.

—Pero ¿por qué? Puedes quedarte en nuestra casa el tiempo que quieras.

—Necesito estar un poco solo. Nunca he estado solo antes.

—Ah... Bueno, pero puedes volver cuando quieras. Estamos ahí, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—Sylvie se va a llevar un chasco.

—...

—He visto que le gustaba ocuparse de ti, cocinar para ti... Bueno, ya la conoces... Es muy cariñosa...

—...

Caminé un rato buscando un hotel. Era un turista en mi ciudad. Para huir de las continuas preocupaciones de la vida diaria, a veces había soñado con dejarlo todo. Todo el mundo lo piensa tarde o temprano. Cambiar de vida, volver a empezar de cero. En el fondo, habría sido incapaz. Por eso el destino lo había decidido por mí. Ya no tenía el más mínimo punto de referencia. A veces incluso ni siquiera sabía lo que sentía. No era ni feliz ni desgraciado. Estaba descubriendo una zona extraña, bastante indolora debo decir, de la existencia. Tenía miedo de haberme vuelto insensible, pero no, era otra cosa. Era ser pasajero de tus propios días. Ya no pilotas, simplemente estás ahí, flotando en la sucesión de acontecimientos. Notaba que mi espalda apreciaba mi nuevo letargo. ¿Por qué había pasado tantos años agobiándome por tonterías?

Me encontraba ahora delante de un hotel. Un establecimiento muy pequeñito que se llamaba Las Pirámides. Al entrar no vi a nadie en la recepción. Como no había timbre, carraspeé bien fuerte, pues fue lo primero que se me ocurrió para manifestar mi presencia. Apareció entonces un hombre de unos cincuenta años. De piel mate, con un gran bigote y una nariz en forma de triángulo isósceles, tenía todo el aspecto de ser egipcio. Lo cual sin duda explicaba el nombre del hotel.

—Perdone, estaba ocupado con la contabilidad —dijo al llegar.

—No se preocupe.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Quería una habitación.

—¿Para una noche?

—Sí, y puede que más.

—Ah, vale, muy bien... —dijo, con un aire un poco sorprendido de que alguien pudiera querer quedarse varias noches allí. Me enseñó mi habitación. Me pareció que tenía mucho encanto. No era lujosa, y más bien pequeña, pero la ventana daba a un pequeño patio interior que tenía todo el aspecto de ser muy tranquilo. Parecía uno de esos hoteles parisinos en vías de desaparición, uno de esos que salen en las películas de los años setenta. Había una cama, una mesa y una butaca: lo suficiente para hacer feliz a un hombre sin ambición. El cuarto de baño era a imagen y semejanza de la habitación: funcional. No había en él nada superfluo. Dije que me parecía perfecta. El

gerente me indicó los horarios del desayuno y se marchó, no sin antes decirme: «Descanse». Qué pinta de cansado debía de tener... Llevaba una pequeña bolsa de viaje y estaba sin afeitarse: debía de parecer un hombre que huye de algo.

Me tumbé en la cama. El colchón era un poco blando para mi gusto. Temía por mi espalda. Sobre todo porque notaba que estaba volviendo el dolor; seguramente mi cuerpo se resentía de aquel día tan largo y de mi deambular. Aparte de eso me sentía más bien en forma, pero todavía tenía mucho que afrontar. Esa habitación era una tregua en la tormenta de mis peripecias. Me había mentido un poco a mí mismo al hablar de un momento de vida que podía ser excitante. Me asustaba lo que me aguardaba.

14

*Intensidad del dolor: 3.
Estado de ánimo: turístico.*

La noche fue mejor de lo que esperaba. Durante el desayuno intercambié unas frases de cortesía con el dueño. No era egipcio sino griego. De manera bastante extraña, se quedó sentado a mi lado sin decir nada. Como si quisiera comprobar que me tomaba todo el café. Al cabo de un rato no tuve más remedio que fingir interesarme por él:

—¿Por qué ha llamado a su hotel «Las Pirámides»?

—Porque tengo ambición. Ahora mismo estoy muy al principio de la pirámide.

—...

—Pero pronto tendré un hotel como el Ritz.

No me enteré muy bien de eso de la pirámide, pero parecía que la cosa iba muy en serio. Siempre me fascina un poco la gente que tiene tanta fe en su porvenir. Sonó el teléfono, y se levantó, dirigiéndome un gesto de disculpa. Estaba aliviado de no tener que proseguir nuestra conversación. Odiaba hablar por las mañanas, sobre todo con un hombre, y más aún si era bigotudo. En un momento dado entró en la sala una pareja de turistas alemanes. Nos saludamos cordialmente, con la complicidad de quienes comparten un secreto. Dormir en el mismo lugar crea vínculos. Me marché, lamentando no saber una sola palabra de alemán; sin embargo, siempre me había parecido que era la lengua más bonita del mundo. Y la más erótica incluso.

Pasé por mi casa, bueno, por la que había sido mi casa. Siempre resulta difícil definir tu relación con los lugares y las personas cuando las rupturas son aún recientes. Cogí algo de ropa, unos libros y mi ordenador. Al final de la mañana ya estaba de vuelta en el hotel. Ahora tenía que llenar los días como podía. Nos quejamos tan a menudo de nuestra vida profesional, pero qué descanso no tener que encargarse del contenido de nuestros días. Mis horas se habían convertido en páginas en blanco. Sentado a la mesa de mi habitación, encendí mi ordenador. Abrí un documento de Word. Todas las frases eran posibles. Repetía sin cesar que había abandonado el proyecto de escribir. ¿Estaba seguro? Hacía tanto tiempo... Tal vez había soñado esa parte de mi vida. Tal vez me había inventado ese traje de artista frustrado. Me había hecho creer a mí mismo que lo había abandonado todo por la vida concreta.

Pero, en el fondo, cuando uno quiere escribir de verdad, lo hace. Así pasa con todas las obsesiones, artísticas o de cualquier otro tipo. No se puede abandonar así, a la primera duda que surja. Esa novela con la Segunda Guerra Mundial de telón de fondo, ¿la había empezado siquiera? No recordaba nada de lo que había escrito. Sólo recordaba la postura del joven que tiene un proyecto literario. Me parecía estimulante jugar a ser escritor.

Ahora se reunían las condiciones para reanudar esa fantasía incumplida. Estaba ante un ordenador, en el lugar perfecto para escribir (una habitación de hotel), tenía tiempo y dinero... ¿Entonces? Entonces nada. No se me ocurría ninguna frase. Por la sencilla razón de que quería escribir por ociosidad. Uno no escribe porque la vida le deje tiempo libre. Uno tiene que organizar su vida alrededor de las palabras, y no al revés. No tenía vocación alguna, ni ninguna idea siquiera. Me daba cuenta ahora de que, durante todos esos años, no había dejado de mentirme. Esos años en los que me decía que mi vida adulta (el trabajo, la pareja, los hijos) me impedía escribir mi novela. Todo era falso. No había novela; nunca la había habido.

Desamparado, me puse a navegar sin rumbo por Internet. Me levanté de la mesa para tumbarme en la cama pues me dolía la espalda (ya no podía seguir sentado en esa silla de madera). Empleé tiempo en perder el tiempo. Por fin me decidí a echar un vistazo a la página web que me había recomendado Édouard. Mujeres de todo tipo proponían todo tipo de cosas. Reconocí enseguida que mi sexualidad había sido de un clasicismo total, una amable epopeya por un camino bien delimitado. Qué poco había experimentado... Mi excitación aumentaba a medida que veía desfilar las imágenes, y mi dolor había desaparecido. Ello no me impedía conservar una distancia crítica y la capacidad de escandalizarme ante el despliegue de comentarios sobre las prestaciones de cada una de esas mujeres. Leí a propósito de una ucraniana a la que un cliente tildaba de «funcionaria del sexo»: «Convierte el sexo anal en pura rutina, puro tedio». Se me abrió un mundo. Me llamó la atención una africana apodada «Carmen de las Islas». Su apodo se completaba así: «95 D de ensueño». Debajo de su foto se podían leer con todo lujo de detalles sus prestaciones, lo que hacía y lo que no. Seguí consultando otras fichas, pero mi excitación declinaba. Al cabo de un rato los cuerpos expuestos se vuelven inmateriales, desprovistos de sensualidad.

En diez años debía de haber visitado dos o tres veces páginas porno, más bien por casualidad, para ver imágenes o algún que otro vídeo. Nunca había sido verdaderamente sensible a la pornografía. De más joven había comprado algunas películas y me había agotado viéndolas muchas veces. Y bueno, el caso es que, aunque pueda parecer extraño, todo eso lo estaba descubriendo ahora, a los cuarenta años. Para aliviarme la espalda tenía que explorar la pista erótica. Mi espalda pagaba el pato de mi situación. Me daba perfecta cuenta de que una parte de mí quería vivir una experiencia con una mujer experimentada. Llamé, pues, a «Carmen de las Islas». Incómodo, balbuceé bajito unas preguntas. Estaba libre dentro de una hora. Justo el tiempo que yo necesitaba para prepararme y llegar hasta su casa. Vivía en Château-Rouge, en el distrito XVIII de París. Me dio todos sus datos por teléfono. Una vez delante de su edificio entré deprisa en el portal. Esperaba no cruzarme con nadie, pero no tuve suerte, había muchísima gente. Tenía la impresión de que todo el mundo sabía adónde iba. La forma en que me miraban no dejaba lugar a dudas: tenía todo el aspecto de un cliente. Una vez delante del telefonillo, pulsé el botón «C». Me abrieron la puerta sin contestarme. Carmen me había dado el número del apartamento y el piso. Era el cuarto, pero preferí subir a pie. Apenas me atrevo a precisar que, en ese momento, no estaba en absoluto excitado. Ya no tenía la más mínima gana de hacer el amor con nadie.

Llamé a la puerta, sintiéndome cada vez más incómodo. Me abrió una mujer y, sin hablar, me indicó con un gesto que entrara. Carmen parecía muy distinta de lo que había leído sobre ella y sobre su hospitalidad.

—Ven... —dijo.

La seguí por un pasillo, y me indicó una habitación.

—Espérame ahí —suspiró.

Me dejó solo en ese cuartucho miserable. Numerosas ideas negras, y no las que esperaba, me asaltaron entonces. Tenía miedo de haber ido a parar a un sitio peligroso, miedo de que me mataran, me robaran o me hicieran pedacitos. Nadie sabía que estaba ahí. Había sido un insensato. Por suerte Carmen no tardó en volver. Seguía sin sonreír.

—Paga primero.

—Sí... —dije sacando ciento cincuenta euros del bolsillo.

—Dame doscientos, ya verás, será mejor.

—Está bien, señora...

Tardé varios segundos en darme cuenta de que la mujer que tenía delante no era en absoluto la de la foto.

—¿No es usted Carmen?

—No, soy Jessica. Su prima. Pero vas a ver, es igual.

—Ah... —suspiré yo, pensando que no servía de nada comentar las prestaciones si al final te tocaba con una prima.

Jessica cerró la puerta de la habitación y me indicó que me tumbara en la cama.

—Tú no eres cliente habitual.

—No... Es la primera vez... Es porque me duele la espalda.

—Ah... Vale. Cada cual su rollo. Yo respeto.

No entendí nada de lo que me dijo. Con su jersey de cuello vuelto puesto, no tenía pinta de querer trabajar. Yo no me movía, no hacía nada, me limitaba a mirar la pared. Entonces me cogió la mano y la llevó a su pecho izquierdo. No sentí nada. Era como si no hubiera ninguna conexión entre mi mano y mi cerebro. También hay que decir que su jersey era rasposo.

—Estoy resfriada. Así que no me quito el jersey, ¿vale?

—Pues... Sí... Si quiere...

—...

—...

—Te puedo azotar si quieres. Tienes pinta de que te guste que te azoten, ¿a que sí?

—No sé...

Pensaba sobre todo en mi espalda. No estaba muy convencido de que mis frágiles lumbares apreciaran ser azotadas. No estaba en contra de un poco de acción en el sexo, pero de ahí a que me gustara la barbarie, pues no.

—Bueno, desnúdate... —ordenó.

No me sentía preparado en absoluto para un acto sexual. Pero, a la vez, había ido hasta allí, así que quería vivir esa experiencia hasta el final. Quizá bajo ese jersey y ese aspecto indolente encontrara mi billete para el nirvana erótico, ese lugar que esperaba alcanzar para darle esquinazo a mi dolor por el camino. Pero todo eso era demasiado mecánico, demasiado frío. Necesitaba añadirle un toque de humanidad. Le pregunté:

—¿No quiere que hablemos un poco antes?

—Ah, eres de los que hablan.

—No lo sé.

—Te costará más caro.

—¿Hablar? ¿Cuesta más caro hablar?

—Pues claro... ¿O qué creías? ¡Yo no me expongo así como así!

—...

Al ver mi expresión de incredulidad, se echó a reír.

—¿No tienes sentido del humor?

—Ah... era una broma...

—Hará tiempo que no...

—No lo sé.

—No sabes nada, tú. Bueno ¿y qué quieres saber entonces?

—No sé. Sólo quiero hablar... Y ya está... De nada en concreto...

—Ah, eres un tipo raro, tú, ya me lo imaginaba...

—¿De dónde es, por ejemplo...?

—Del Este.

—¿De África del Este?

—No, hombre, de Estrasburgo. Soy alsaciana. ¿Es que no se ve?

—Ah... Sí, sí que se ve...

—No, hombre, no se ve... No sé de dónde vengo... Me adoptaron... Mi padre adoptivo me violó cuando tenía quince años... Y me quedé embarazada... Entonces me ocultaron... Y me obligaron a abandonar al niño... Entonces decidí escaparme... Llegué a París así..., sin nada..., sin familia..., sin dinero..., y ni siquiera sé dónde está mi hija... Por suerte conocí a un tío... Pero bueno, me obliga a trabajar de puta... Si no lo hago, me pega... ¿Ves esta marca?

—...

—Es de ayer.

—...

—Así que nada... Ya lo sabes todo.

—...

—Bueno ¿qué, lo hacemos ya? ¿Te desnudas?

Huelga decir que me marché después de esa conversación. Le dejé todo el dinero que llevaba. No sabía si se había burlado de mí o si toda su historia era verdad. Parecía que sí. A varios centenares de metros del edificio empecé a sentirme aliviado. No había previsto esa clase de alivio, pero después de un momento tan agobiante como ése, volvía a respirar. Escapar de una trampa es como hacer el amor. Ya no me dolía la espalda. Así que Édouard tenía razón, al fin y al cabo. Volví a pie a mi hotel. El sol empezaba a ponerse cuando cerré la puerta de mi habitación, feliz de haber salido indemne de mi tentativa de libertinaje.

*Intensidad del dolor: 3.
Estado de ánimo: aliviado.*

Por la mañana me desperté todo arrugado por dentro. Me sentía como si hubiera dormido en una maleta. Me dolía todo. Me costó mucho, pero encontré fuerzas para bajar a desayunar. Una vez instalado en mi mesa, el dueño se acercó a hablarme:

—¿Qué tal? ¿Se encuentra a gusto en mi hotel?

—Sí, sí, estoy muy bien.

—¿Piensa quedarse un poco más?

—Sí, creo que sí.

—¿Cuántos días?

—No lo sé. Ya veremos.

—...

—...

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí...

—¿Huye usted de algo?

—¿Qué?

—¿Ha cometido algún delito? ¿Se está escondiendo aquí? Si es el caso, puedo garantizarle discreción.

—No, no, en absoluto.

—Ah, perdón. Discúlpeme. Creí que... Bueno, discúlpeme.

—...

—Aunque bueno, si fuera el caso, no me lo diría.

—¿El qué?

—Que está usted huyendo.

—Pero si es que no estoy huyendo de nada. ¿Qué le hace pensar eso?

—Es usted un cliente un poco atípico. Aquí por lo general vienen trotamundos, ya sabe. O turistas con pocos medios. Pero usted no se sabe quién es.

—...

—¿Quién es usted?

—Pues yo... Nada... Estoy atravesando una crisis. Eso no es delito, ¿no?

—No, claro que no. Siento mucho ser tan indiscreto.

—...

—¿Y a qué se dedica?

—En este momento, a nada. Pero he trabajado en un estudio de arquitectura.

—¿En serio? Es increíble.

—¿Por qué?

—Precisamente buscaba ayuda. Quiero reformar esto un poco. Para agrandar algunas habitaciones. Pero no sé cómo se podría organizar.

—...

—Si tiene un momento, tal vez...

—Sí, está bien. Pensaré en ello...

—¿En serio? ¿Haría eso por mí?

—Sí. Ya veremos.

—De acuerdo, ya veremos. Ya no le molesto más. Es de verdad muy amable por su parte pensar en ello.

—...

—Por cierto, me llamo Vassilis —dijo estrechándome la mano.

Se marchó sonriendo. No sabía por qué no me había presentado, y menos aún por qué había aceptado ayudarlo. Nada me interesaba menos que volver a trabajar. Mi vida profesional en un estudio de arquitectura pertenecía al pasado. Todavía no sabía cómo iba a ocupar mis días, pero me parecía que tenía que pensar en algo opuesto a todo lo que había hecho hasta entonces. Lo que sobre todo no debía hacer era tomar mi pasado como referencia. Había pensado escribir, pero el intento no había sido nada concluyente. Al llegar a ese hotel, por reflejo profesional había observado el lugar, había reparado en todas sus incoherencias y en cómo desperdiciaba por completo su potencial. Ya sabía lo que se podía hacer para mejorarlo. Había elegido ese lugar para estar al abrigo del mundo. En cierto sentido, ese hombre estaba en lo cierto. Yo estaba huyendo. Me escondía de mi pasado. Había cometido el simple delito de ser yo hasta ahora. De vivir mi vida apartándome de los grandes interrogantes, de las decisiones importantes. Era responsable del estado de mis relaciones con los demás; ya no podía seguir huyendo de mis responsabilidades. Llega un tiempo en la vida de un hombre en que su cuerpo, si no lo hace su razón, le pide cuentas. Lo entendía ahora más que nunca, pero estaba decepcionado de que esa revelación se produjera en el sótano de un hotel decrepito, en una sala sujeta a la ciclotimia de un fluorescente agónico.

El dueño volvió hacia mí con un gran tazón de café y una sonrisa de oreja a oreja. Todo ello se me antojó casi burlesco. Cuando me levantaba para coger el tazón, reparó en mi mueca.

—¿Se encuentra bien?

—Me duele la espalda.

—Huy, la espalda duele una barbaridad. Sin duda es lo peor. A mí también me dolió mucho en un momento de mi vida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se solucionó?

—No lo sé. Algo pasó. Una mañana me levanté y ya no me dolía. Mi cuerpo debió de decidirlo.

De vuelta en mi habitación me paré a pensar en lo que me había dicho Vassilis. ¿Cuándo decidiría mi cuerpo encontrarse mejor? Estaba de acuerdo con la idea de que sufría su tiranía y su dictadura. Todos estábamos sometidos a nuestro cuerpo. Pero ¿qué hacer? ¿Esperar pasivamente a que se decidiera a dejarme en paz? No. Estaba seguro de que debía seguir buscando las causas de mi dolor. Ese dolor que no se me iba y que me obligó a pasar el día en la cama.

Durante horas intercambié docenas de mensajes con mi hija. Hacía bastante tiempo que no la veía. No quise que viniera al hospital, que asistiera a mi degradación. Cuando era pequeña, quería casarse conmigo. Yo era su príncipe azul. Año tras año, había ido viendo en su mirada que el mito se había dispersado en los abismos de la realidad. Me había caído del pedestal, y aunque no buscaba mentir sobre quién era, siempre había querido que ella me viera en plena forma. En el fondo, podía decir que nunca habíamos tenido verdaderamente una relación sana. Y prueba de ello era mi incapacidad física de ir a ver su apartamento, ese lugar en el que vivía como una mujer hecha y derecha. Necesitaríamos siglos para admitir que nuestros hijos se han hecho adultos. Se suele decir que es difícil envejecer; yo podría envejecer indefinidamente siempre y cuando mis hijos no crecieran. No sé por qué me resultaba tan difícil vivir esa transición que todos los padres conocen. No me parecía que a la gente que me rodeaba también se lo resultara. Peor aún, oía que algunos padres se sentían aliviados cuando sus hijos se marchaban de casa. Por fin iban a recuperar su libertad, decían. Había una película en que un hijo, Tanguy, se eternizaba en casa de sus padres, prolongando sin cesar sus estudios. El mío se había marchado a la otra punta del mundo nada más

cumplir los dieciocho. Siempre es así: a los que se quieren librar de sus hijos les tocan hijos que no se marchan ni a tiros, mientras que a los que quieren proteger en el nido a su prole todo lo que necesitan y más, les tocan hijos precozmente autónomos. Echaba horriblemente de menos a mi hijo. Y ya no soportaba intercambiar mensajes con él a través de Skype o del correo electrónico. De hecho, esos mensajes y esos momentos virtuales eran cada vez más cortos. No teníamos nada que decirnos. El amor entre padres e hijos no está en las palabras, no está en las conversaciones. Lo que me gustaba era simplemente que mi hijo estuviera ahí, en casa. Podíamos no hablarnos en todo el día, no importaba, yo sentía su presencia, y eso me bastaba. ¿Tan raro era yo? No lo sé. Sólo puedo tratar de poner palabras a mis sentimientos. Y puedo afirmar ahora lo que sé desde el principio: llevo mal estar separado de mis hijos. Esa separación me parece normal, justificada, humana, biológica, todo lo que se quiera, y sin embargo me hace daño.

Esperaba que me doliera menos la espalda al día siguiente pues precisamente había quedado con mi hija. Iba a invitarla a su restaurante preferido, un indio donde la comida era demasiado picante para mi gusto. Dudé si decirle que viniera acompañada, pero aún no me sentía preparado. Durante un buen rato pensé en todos los reproches que me había hecho esas últimas semanas. La había decepcionado mucho, y sin embargo nunca se había apartado del todo de mí. Seguía cariñosa. Me sentía avergonzado. Había juzgado su historia de amor sin saber nada sobre ella. Me había horrorizado la diferencia de edad entre Michel y ella, cuando apenas se llevaban diez años. Ni que fuera la primera vez que una joven se sentía atraída por un hombre maduro. ¿Cómo había podido ser tan estrecho de miras? Había avanzado por la vida con anteojeras, obnubilado por reuniones sin importancia con japoneses psicológicamente rígidos, drogado de informaciones políticas, económicas y prácticas, y nada de todo eso tenía ya la más mínima importancia. Avanzaba progresivamente hacia lo esencial, y quizá en ese camino me doliera menos la espalda.

Me tomé dos calmantes, y otros dos más. No podía hacer nada más ese día. Vi la televisión, todos esos programas estúpidos que a uno le gusta ver cuando está enfermo. Y dormí también a ratos. Por la noche vi una película de guerra muy conocida, que no había vuelto a ver desde que era adolescente. En la habitación de al lado una pareja hacía el amor con una resistencia

impresionante. Para disimular el sonido de su actividad, subí un poco el volumen de la televisión. Nuestro tabique delimitaba así el amor y la guerra. Debía de ser medianoche cuando me volví a quedar dormido. Y las dos de la mañana cuando me desperté ante una evidencia: ¿por qué esperar hasta el día siguiente para decirle a mi hija todo lo que quería decirle? Ya no podía esperar más. Tenía que actuar cuanto antes.

Intensidad del dolor: 5,5.
Estado de ánimo: determinado.

Un día que prometí que visitaría su apartamento apunté la dirección en un trozo de papel. Releí esa dirección, y al final no fui nunca. Hasta memoricé el código de apertura de la puerta de entrada. Mientras conducía en la noche, me sentí feliz de vivir ese arrebató. Hacía tanto tiempo que no actuaba sin premeditación... Siempre había vivido bajo el yugo de la reflexión. Mis actos sólo existían una vez que los había apuntado en mi agenda, una vez que los había integrado en mi *empleo del tiempo*. Ya no soportaba esa expresión. El tiempo no se empleaba. El tiempo debía ser incierto, conforme a su inmaterialidad. Qué felicidad salirse así de lo trillado... Ya no me soportaba a mí mismo en mi papel de adulto demasiado formal y horriblemente previsible. Eran casi las tres de la mañana cuando llegué ante su puerta. Pese a mi impulso de inspiración lírica interior sobre la belleza de mi arrebató nocturno, vacilé un momento. Después de todo, quería apaciguar las cosas, pero ¿era ésa la mejor manera de actuar? Ocurre con frecuencia que una acción demasiado espontánea resulta contraproducente. No importaba, tenía que seguir mi intuición. Llamé a la puerta. Muy bajito al principio, como si no quisiera despertarlos (paradoja). Al cabo de un rato, llamé un poco más fuerte. Oí pasos y una voz inquieta. La de mi hija:

—¿Quién anda ahí?

—Soy papá.

Alice abrió la puerta, arrebuja en una bata rosa (la primera vez en mi vida que la veía así). Tras una breve pausa me preguntó:

—Pero... ¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—No... No, todo está bien.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Pues... Nada. ¿Puedo entrar?

—Sí...

La seguí hasta el salón. No se veía gran cosa. Como es natural, todas las luces estaban apagadas.

—Papá, si hay algún problema tienes que decírmelo.

—No, cariño. Es sólo que te he prometido un montón de veces que iba a venir, y nunca lo he hecho. Así que nada, hoy me ha dado por ahí, y aquí estoy.

—...

Se quedó callada. Supongo que no alcanzaba a distinguir si me había vuelto loco por completo o si sólo se trataba de una simple crisis pasajera. En ese momento, Michel emergió del dormitorio. Lo vi al final del pasillo, en calzoncillos, con el pelo revuelto (más que revuelto, revolucionado). Mi hija se precipitó hacia él para murmurarle algo. No lo entendí todo, pero la cosa olía a un intento de desactivación de conflicto. Debía de estar diciéndole: «Es mi padre... No está muy bien en este momento... Con lo del divorcio... Y el despido...», pero no estoy seguro. Al cabo de un momento, Michel avanzó hacia mí y me dijo:

—Por fin se ha decidido a venir a vernos. Qué agradable sorpresa. ¿Quiere un café?

—Esto... Sí —balbuceé.

Unos minutos más tarde estábamos los tres sentados alrededor de la mesita de la cocina. Había un hule; lo preciso porque me encantan los manteles de hule. Me recuerdan a mi infancia, a mis abuelos, son un acceso nostálgico a los días felices. Te puede gustar un sitio entero gracias a un solo detalle. Su apartamento me cautivó enseguida sólo con ver ese hule. Ya nadie tenía hules. Las jóvenes generaciones no deben de saber siquiera lo que es. No sé por qué me centraba con tanta intensidad en ese detalle. Me decía que debían de ser felices, con ese hule. Me evocaba la idea de una felicidad estable, ligada a los años del pasado, cuando todo era más fácil. Un hule te daba ganas de escuchar la radio bebiéndote una limonada. Te daba ganas de tomar café en un vasito pequeño con un número escrito en el fondo. Su actitud era muy coherente con el hule; los que poseen un hule son gente tolerante; gente capaz de aceptar una visita nocturna imprevista. Michel preparaba el café, y nadie hubiera podido creer en ese momento que estábamos en mitad de la noche.

La ciudad no emitía ningún ruido. Los demás padres de familia dormían tranquilamente. Nos quedamos callados, sin más, escuchando el ronroneo de la cafetera. Lo importante es que sea el momento adecuado. Había esperado a estar preparado para ir allí, y mi cuerpo había elegido esa noche para decir: ahora. Seguíamos sin pronunciar palabra. Miraba a izquierda y derecha detalles de su vida cotidiana, y muchas cosas me conmovían. Me gustó el pequeño calendario que había en la nevera, con una frase para cada día. Leí la de hoy: «No tienes ninguna oportunidad. Aprovechalo». Era una cita de Arthur Schopenhauer. Se trataba de un compendio de las frases más

deprimientes del mundo. Había aforismos de Cioran y de multitud de pesimistas^[20]. Me encantó esa idea, mucho más original que todas esas recopilaciones de frases tontorronas sobre la vida. Nada deprime más que los pensamientos positivos. Tiene su humor desgranar cada mañana una frasecita bien siniestra, que ensalce hasta qué punto todo va fatal.

Es tan conmovedor cuando dos personas se van a vivir juntas... Eso me llevó a recordar mis primeros meses con Élise. Tener hijos es revivir a través de ellos lo que uno mismo ya ha vivido. Me había parecido aterrador que mi hija viviera lo que se asemejaría a uno de mis más hermosos recuerdos: el inicio autónomo de la vida amorosa. Estaban ahí los dos, sonriéndome, en absoluto molestos con mi irrupción. Michel parecía incluso no guardarme rencor por todas esas veces que lo había rechazado. Eso agravaba mi malestar. Había pensado tanto en el momento de conocerlo... Había imaginado todas las preguntas que le haría. Para merecer a mi hija, esperaba que tuviera un currículo de oro. Quería conocer sus antecedentes sentimentales, sus películas y sus libros preferidos (a mi juicio, se podía saber mucho de alguien a través de sus gustos) y su relación con su familia. Iba a ser una parodia de padre insoportable. Además me di cuenta de que sería ridículo. Era mejor no decir nada y estar ahí juntos, tranquilamente.

Después del café nos levantamos, y me enseñaron su pequeño apartamento. Deambulamos por la penumbra, bostezando. Éramos como una familia de sonámbulos. No quería molestarlos más tiempo. Al irme le estreché la mano a Michel. Él entonces me dijo: «Gracias por venir». Y encima es educado, pensé. Acababa de estropearle la noche. Al día siguiente estaría hecho polvo en el trabajo, pero así y todo me daba las gracias. No sabía si hablando nos entenderíamos bien, pero me parecía que, en una relación, lo más difícil es compartir silencios. Y eso ya lo habíamos hecho. Me dejó a solas con mi hija. La abracé, pidiéndole perdón por haber sido tan estúpido. Fingió no oírme. En el rellano añadí:

—Si te parece bien, voy a sacar billetes para Nueva York. Me gustaría darle una sorpresa a tu hermano.

—Es una idea muy buena. Le va a encantar.

Me marché en la noche. Caminé largo rato por París. El sol empezó a levantarse, y con él también la gente. Hacía años que no había visto despertar

a mi ciudad. Parecía de buen humor, apenas cansada. Esperé a que abriera un café cerca de mi hotel y me instalé en la terraza.

CUARTA PARTE

1

Vivía en un hotel de dos estrellas, aunque a mi juicio la segunda estrella la habían conseguido de milagro, y mi porvenir seguía siendo incierto. Mi espalda insistía en su comportamiento caprichoso; no conseguía liberarme del todo de las ideas negras. Tenía ganas de volver a someterme a una resonancia magnética, tenía como la intuición de que esta vez me iban a descubrir el tumor que me corroía por dentro. Pero al rato me serenaba. Reconsideraba los elementos de que disponía, uno a uno, tratando de razonar con lógica. Me habían llevado a pensar que mi dolor era de origen psicológico. Mi madre había dicho (por una vez le había oído algo inteligente): «Te guardas demasiado las cosas. Deberías ir a ver a todas las personas con las que has tenido problemas y solucionarlos de una vez para siempre...». Tenía razón. Mi dolor de espalda debía de ser la suma de todos los nudos que nunca había desatado. Por supuesto, estaba el núcleo de mi vida: mi mujer, mis hijos, mis padres y mi trabajo. Pero quizá había desdeñado la multitud de puntos de tensión que habían marcado mi recorrido. Debía hacer una lista de todos los conflictos que había vivido, de todo lo que me había contrariado, frustrado y bloqueado. Pensando sobre todo en lo que no pareciera decisivo. La solución se encontraba tal vez en lo más ínfimo.

Al azar de la memoria recordé entonces multitud de detalles:

*Una acusación infundada de robo de un libro
en la mediateca de Perpiñán.*

* * *

*No haber sido invitado
al octavo cumpleaños de Sophie Castellet.*

* * *

*La nota de inglés terriblemente injusta que me pusieron en sexto, porque
perdí una hoja del examen.*

* * *

*El asesinato de John Lennon (la frustración total
de no saber nunca lo que habría compuesto después de 1980).*

* * *

Un corte de pelo horriblemente fallido en 1995.

* * *

*No ser nunca capaz de criticar una película
cuando todo el mundo la ensalza.*

* * *

*Mi injusta derrota en la primera manga del torneo de ping-pong del Club de
Vacaciones Eldorado en Turquía en 1984.*

* * *

*La aceptación pasiva
de una factura astronómica en el taller.*

* * *

*La agonía de Albert, el hámster de mi infancia,
muerto ante mis ojos en 1979.*

* * *

*La caída de la bicicleta de mi hijo
el día que le quité los ruedines.*

* * *

*Haber embestido a un coche parado
y marcharme sin dejar una nota.*

* * *

*La imposibilidad de encontrar una entrada para el concierto de Miles Davis
en La Villette el 10 de julio de 1991.*

* * *

No haberle dicho a Claude Jade, con la que me crucé en la rue de la Gaieté, en marzo de 1987, lo mucho que la admiraba^[21].

* * *

Etcétera.

Y aún podría continuar la lista de las heridas anodinas... ¿Docenas de pequeñas contrariedades formaban quizá un mal? Nuestro dolor podría ser la suma de las naderías en las que hemos fracasado. Si arreglaba todo eso, ya no me dolería la espalda. Para algunos de esos anhelos ya era demasiado tarde; pero, para otros, todo era posible todavía. Nuestras frustraciones no prescriben. Pensamos que es demasiado tarde, pero no: nada nos impide ir a ver a alguien diez o veinte años más tarde para proseguir una conversación mal terminada. Por ejemplo, lo del corte de pelo. No podía olvidar con qué negligencia me pusieron en manos de un aprendiz que me hizo un destrozo. Ese día me transformé en cobaya. Después del drama, me quedé inmóvil ante el espejo. Me voy a pasar el verano escondiéndome, pensé. Anticipando mi reacción, todos los peluqueros del establecimiento se acercaron. Con asombrosa mala fe ensalzaron el genio creativo del aprendiz. Nadie reconoció que yo había sido víctima de una Hiroshima de la tijera. Todavía veo sus sonrisas solidarias. Pero en ese recuerdo lo que odio por encima de todo es mi propia reacción. Yo también me puse a sonreír. Pensar en ello aún me produce escalofríos. ¿Y si mi dolor de espalda hubiera nacido ahí, en ese momento? Me marché sin decir nada, educadamente, después de pagar la cuenta. Desde entonces nunca pude volver al peluquero sin pensar en el fracaso de 1995. Cada vez que tenía que cortarme el pelo, ocurría lo mismo: una gran tensión se iba apoderando de todo mi cuerpo. Sobre todo me daba rabia no haber dicho nada. Esa vez, como tantas otras, me guardé muchas palabras, demasiadas. ¿Por pudor? ¿Por timidez? Para que no duela la espalda, hay que evitar guardarse las cosas dentro. Pues bien, más de quince años después, iba a volver a esa peluquería a dejar que estallara mi rabia. Sin duda ésa era la solución.

En mi lista estaba también el hecho de ser incapaz de criticar una película que todo el mundo alababa. ¿Por cobardía? No lo creía. Siempre había estado muy mal armado para afrontar la vida social. Mi espalda pagaba también por esa incapacidad. Quería hablar mal por fin de todas esas películas. Si confesaba

haber detestado *Magnolia*, *Gomorra* o *Melancolía*, ¿tal vez me encontrara mejor^[22]? Tendría que desahogarme durante horas para decir todo lo que pienso, sin la menor contención. Mi cuerpo expulsaría así centenares de opiniones reprimidas, en una suerte de exaltación jubilosa de la verdad. La cortesía me corroía, me extenuaba. Ya no soportaba vivir así, transigiendo siempre con mi conciencia, esforzándome por no armar escándalo, por no dar la nota. Abrirme y contarles mi malestar a mis padres me había sentado bien. Bueno, o eso creía por lo menos. Ya no estaba tan seguro. Te liberas en el momento. Es un alivio pasajero. Pero ¿acaso dura? ¿No es preferible vivir tranquilamente sin expresar tus opiniones? En el fondo, la mentira social protege de las tensiones y los desacuerdos, y a mí eso me convenía. No soportaba los conflictos. Desde siempre, limar asperezas había sido la consigna de mi neurosis. Por lo que la verdad sin cortapisas tal vez fuera una falsa pista.

Mi razonamiento estaba en un callejón sin salida, bloqueado por opiniones contradictorias. Quizá fuera ésa la causa de mi mal: una batalla insensata e incesante que se libraba en el interior de mi cuerpo. Yo era el escenario de la indecisión contemporánea. Estábamos perdidos en todos los ámbitos, éramos incapaces de definirnos. Estaba seguro de que ninguna otra época había producido jamás tantas enfermedades psicosomáticas. Recordaba lo que había dicho aquella farmacéutica: «El dolor de espalda está de moda». Hasta en mi sufrimiento yo no era nada original. Eso era pues nuestra modernidad. Sufríamos por no saber muy bien qué hacer y qué pensar. Ya no nos animaban grandes ideales. La política se había convertido en el servicio de comunicación de los movimientos bursátiles, y en Europa no se perfilaba ninguna guerra. Entonces, ¿para qué luchar? Nuestra época estaba vacía de todo compromiso. Estaba seguro de que ni a Sartre ni a Camus les había dolido nunca la espalda.

Al releer de nuevo mi lista me detuve en el nombre de Sophie Castellet. Hacía años que no había vuelto a pensar en ella, pero lo curioso era que su nombre había surgido nada más enunciar mis frustraciones. Inmediatamente *exfiltrada* de mi inconsciente, se había presentado a mi memoria con la sonrisa inmortal que lucía a los ocho años. Ahí había un trauma. Eso era un trauma. Uno de verdad. Había vivido un drama con Sophie Castellet. Su nombre mismo era la evocación de un terremoto personal. Supuso un golpe dolorosísimo para mí

enterarme de que no me había invitado a su cumpleaños. Sophie iba a cumplir ocho años, y los cumpliría sin mí. Lo peor era que sí había invitado a Rodolphe Boulmi. Atroz herida de tercero de primaria. Quizá todo empezara ahí. Había que remontarse al origen de todas las flaquezas. ¿Cómo era ahora Sophie? A lo mejor estaba casada y tenía un hijo; no, seguramente se habría divorciado. Podría localizarla y preguntarle por qué no me había invitado a su cumpleaños. Necesitaba una respuesta. Por aquel entonces, siendo como era ya tan dócil con respecto a las decisiones de los demás, no dije nada. Fingí que no me importaba, y más tarde lloré en mi habitación.

Me había apetecido hacer una lista de todos esos acontecimientos para elegir al representante de mis frustraciones. No era mi intención arreglarlo todo, elegiría un solo acto que llevar a cabo; el que simbolizara la cicatrización de todos esos arañazos del pasado. Lo había intentado todo, incluso la magnetoterapia, de modo que esa idea no me parecía más descabellada que las demás. De mi lista, la opción Sophie Castellet era la más obvia. La intuición me había guiado hacia ella. Ahora que volvía a pensar en ello, la herida que me había provocado esa historia había sido mi primera gran herida de amor propio. El dolor de espalda quizá sea la consecuencia tardía de nuestra primera pena de amores. En cualquier caso, una cosa era segura: Sophie iba a tener que darme una explicación. ¿Por qué no me había invitado a su cumpleaños?

2

Intensidad del dolor: 3.

Estado de ánimo: medio combativo, medio nostálgico.

3

A veces uno querría llevar a cabo grandes investigaciones a la antigua. Contratar a un detective, tomarse por Antoine Doinel en *Besos robados* o qué sé yo. Pero qué triste época la nuestra: somos muy fáciles de encontrar. Es desesperadamente fácil contactar con nosotros. Sophie Castelot estaba ahí, al alcance de mis dedos. En pocos segundos descubrí su perfil en Internet, y hasta podía enviarle un mensaje. Había conocido a esa niña en una época en la que la palabra «ordenador» evocaba el control de una gran máquina conectada a un cohete, con astronautas dentro para ir a ver a los extraterrestres. Y, a fin de cuentas, todo eso más que nada había servido para conectar a los hombres entre sí. Conectarlos de la manera más rápida, inmediata y total, como nunca antes en la historia de la humanidad. Estábamos todos muy cerca unos de otros, pero por lo general de manera virtual. Ello cambiaba sobre todo lo que pensábamos de la soledad; podíamos creer que no estábamos solos, cuando en realidad seguíamos estándolo; simplemente nos llevaba un poco más de tiempo reconocerlo. Nos acurrucábamos un tiempo en la ilusión de compartir *realmente* el mundo.

Di con ella tan rápido que no me dio tiempo a pensar en lo que podía decirle. ¿Qué se le escribe a una persona después de más de treinta años? Se opta enseguida por la complicidad, como si el tiempo nunca nos hubiera separado: «¿Qué tal?». O si no, se intenta darle al mensaje un tono medio relajado, medio intrusivo: «¿Qué es de tu vida?». También está la opción insegura: «No sé si te acuerdas de mí...». Al final le mandé un mensaje bastante neutro: «Espero que estés bien, después de todos estos años...». Evité mostrarme afectuoso o sentimental, pues me parecía siempre un poco patético escribir así a una antigua conocida. Quedaba muy en plan hombre depresivo de unos cuarenta años en pleno divorcio que busca retomar contacto con todas las mujeres a las que ha conocido en su vida. Remontarse hasta una relación de tercero de primaria agravaba la posibilidad de que mi gesto pudiera darle mala espina.

Aparentemente no fue así pues me contestó ese mismo día, y lo hizo con entusiasmo. Reconoció que ella también había buscado a algunos antiguos amigos en las redes sociales (de paso podía concluir de sus palabras que yo no había formado parte de sus búsquedas). Se extasió sobre el hecho de que *hiciera tanto tiempo, era increíble que pudiéramos reencontrarnos así*. Me sorprendió bastante el tono de sus mensajes. Para ser sincero, me daba la impresión de que no había cambiado. Al leerlos oía su voz de niña. Esa sensación perduró hasta que le pregunté a qué se dedicaba: «Soy sexóloga». Sophie Castelot, sexóloga. Sophie Castelot, esa niña a la que amé a los ocho años y que no me invitó a su cumpleaños, se había hecho sexóloga. Me quedé unos minutos desconcertado. De pronto mi gesto me pareció ridículo. Evocarle una herida en mi amor propio (no me invitó a su cumpleaños) a una mujer que lidiaba con el mundo anárquico de los orgasmos. En el fondo era bastante simbólico de muchas cosas en mi vida.

Quedamos en almorzar juntos al día siguiente. Hacía mucho tiempo que no tenía una cita con una mujer, una desconocida casi. Me pasé una hora entera en el baño (lo cual era una verdadera proeza considerando lo exiguo del lugar), peinándome, despeinándome y peinándome otra vez. Era sobre todo su profesión lo que me angustiaba. Nunca me había codeado con ningún sexólogo. Me impresionaba la cantidad de cosas que debía de saber. Me había pasado la vida en una honesta monogamia, saliéndome bastante poco del terreno clásico de la sexualidad. Habría como un mundo entre nosotros. De pronto pensé que seguramente sabría de dolores de espalda. Después de todo, Freud decía que «todo es sexo». Mi mal era de naturaleza sexual, estaba seguro. Pero me había equivocado al ir a ver a una prostituta; lo que yo necesitaba no era tanto una relación erótica como un análisis que me permitiera sacar a la luz todo lo que me bloqueaba. Padecía una patología medio psicológica, medio sexual. Así es la vida; esa cita no tenía nada que ver con el azar. El deseo de solucionar un trauma de la infancia había sido una exhortación de mi inconsciente para que contactara con la persona que había de salvarme. A menudo uno comprende las verdaderas razones de sus actos *a posteriori*. Los guía ese famoso sexto sentido. Después de haber probado tantas pistas para curarme, era ese sentido el que tenía que explorar. Mi curación, de manera muy incierta, se basaría entonces en aquello de lo que peor dotado estaba yo: la intuición.

En su perfil de Facebook, Sophie Castellet no había puesto ninguna foto suya. Por lo general eso era más bien mala señal. ¿Encontraría en su rostro lo que tanto me había gustado de niño? Ya me había pasado toparme por la calle con personas del pasado; todas las veces había sido catastrófico. Al verlas, tenía que reconocer que yo también había envejecido, es en el rostro de los demás donde podemos leer el propio. ¿Qué leería en el de Sophie? Me daba miedo nuestra edad. Durante un instante quise dar marcha atrás. Se suele hablar del miedo al futuro, pero el pasado me parecía aún más aterrador. Iba a tener una visión de lo que ya no existía, de lo que ya nunca podría existir. Tenía que dejar de pensar y limitarme a vivir ese momento. Y también tenía que evitar hablarle de mi espalda. Había sido una estupidez considerar esa cita desde esa perspectiva. No era una sexóloga a quien iba a ver, sino a la versión adulta de una niña.

Llegó diez minutos tarde^[23]. La reconocí inmediatamente. Era pasmoso. Al verla, nos vi a los dos con ocho años. Ella en cambio barrió el restaurante con la mirada, señal de que la evidencia no era recíproca. Tuve que hacerle un pequeño gesto, y sólo entonces se dirigió a mí con una gran sonrisa. Nos dimos dos besos como viejos amigos. De manera espontánea, nos pusimos a hablar. Exactamente como en los mensajes escritos, las palabras fluían con sencillez. Sophie Castellet tenía un sentido innato de la conversación. Con ella no había nunca ningún silencio. Lo cual me incomodaba: siempre me ha costado mucho hablar y mirar a una mujer al mismo tiempo. Y me apetecía mirarla, de verdad. Me apetecía mirarla fijamente, observar los detalles de su feminidad. Mi análisis de la ausencia de foto en su perfil había sido totalmente erróneo. Sophie era guapa. Tanto que no podía por menos que preguntarme por qué había pasado treinta años sin verla. Me dejé encandilar un buen rato, antes de que la realidad me atrapara de nuevo: volví a pensar en el motivo de nuestro reencuentro. No me había invitado a su cumpleaños. Era ella la que me había excluido de su vida. Cuando dos personas se pierden de vista, una de las dos es siempre más responsable que la otra.

Debía tener cuidado porque la cosa podía volver a empezar. Era típico de ella encandilarte para luego no invitarte a su cumpleaños. Entonces dijo:

—Tiene gracia que nos hayamos reencontrado. El sábado por la noche doy una gran fiesta por mi cumpleaños. Estaría bien que vinieras.

—...

—¿Estás aquí el sábado?

—Pues... No..., no, por desgracia el sábado no estoy aquí... Me voy a Estados Unidos con mi hija...

Entonces se puso a hablar de su hijo. Era hijo único, y eso la entristecía. Le hubiera gustado tener otro. Pero bueno, se había divorciado, y por el momento no tenía pareja. Era exactamente lo que me había imaginado de su vida, pensé de paso. Siguió hablándome de su hijo, pero yo no la escuchaba de verdad. Me había quedado en el acontecimiento de su cumpleaños. Me parecía alucinante. Había buscado a esa chica para curar una herida de infancia, y hete aquí que, sin saberlo, ella misma me proponía, mediante un increíble capricho de la vida, reparar esa injusticia. Ya no tenía ganas de preguntarle por qué no me había invitado. ¿Quizá lo hiciera cuando nos volviéramos a ver otra vez? Pues no albergaba ninguna duda al respecto, ese momento marcaba el inicio de una nueva era entre nosotros. Había, pues, que seguir las propias intuiciones, incluso las más descabelladas. Sophie seguía hablando, sin imaginar siquiera por qué estábamos ahí. La herida estaba curada.

Durante la comida hablamos de temas muy personales. Ocurre a menudo que uno se sincere así, sobre cosas esenciales, con gente a la que conoce poco o no ve a menudo. Le hablé a grandes rasgos de mi vida, mi trabajo y mi reciente separación.

—Nada de lo que me cuentas me sorprende —me dijo.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Porque has querido volver a verme.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Estás en un momento de cambio en tu vida. Entonces vuelves a pensar en el pasado. Es normal.

—No sé...

—Los dos estamos en la misma situación. Tenemos cuarenta años, nos hemos divorciado y no sabemos verdaderamente lo que va a pasar.

—...

Me quedé sin respuesta. Nuestra conversación se volvió entonces más triste, lo cual me sorprendió. Uno suele querer mostrar lo mejor de sí mismo, y quizá más aún con los testigos del pasado. Mostrar hasta qué punto ha sabido encauzar su vida y su destino. Se quiera o no, volver a ver al fantasma del antes supone hacer balance de la persona en la que uno se ha convertido.

La repentina intimidad de nuestra conversación nos metió de lleno en otro ambiente, más real, desprovisto de esa superficialidad que debería haber caracterizado nuestro reencuentro. Teníamos muchos puntos en común pero, a fin de cuentas, qué tiene eso de extraño: vivimos todos las mismas vidas.

Superponía su rostro al de su infancia. Me parecía que ahora era más morena, pero no tenía que ver sólo con su cabello. Sus rasgos y demás parecían más propios de un tipo determinado, como si progresivamente se hubiera vuelto española. Su apariencia había viajado. Estaba pensando en eso cuando me dijo:

—No has cambiado nada.

—¿En serio?

—Bueno, sí, has envejecido. Pero sigues teniendo el mismo aire.

—¿Qué aire?

—Es una mezcla rara. Contigo uno nunca llega a saber del todo si estás feliz o angustiado.

—...

Era la primera vez que oía de manera concreta algo que yo siempre había sentido. Estábamos conectados. Sophie leía en mí. Pensaba en su rostro, y ella me hablaba del mío. Pensaba en la herida del cumpleaños, y ella me invitaba al suyo. Tenía un gran sentido de la intuición. Lo cual tampoco me sorprendía tanto. Yo siempre había pensado que la comprensión de una persona pasa por el cuerpo.

—Te encuentro muy perspicaz. Seguramente es porque eres sexóloga.

—Quizá. Al descubrir los problemas de cada uno puedo comprender mejor las personalidades. Y, mira tú por dónde, también me ocurre a la inversa.

—¿Cómo que a la inversa?

—Pues que..., si hablo con alguien más de cinco minutos, puedo saberlo todo sobre su sexualidad.

—¿En serio?

—Sí.

—Y conmigo... ¿También lo has hecho?

—Claro. Veo muy bien qué tipo de paciente serías.

—Pues cuenta, cuenta...

—Ah... Te interesa, ¿eh...? Pues tendrá que ser en otra ocasión, porque ya me tengo que ir, tengo mucha prisa. Me espera un paciente, precisamente.

—...

—Lleva desde 1989 sin tener una erección.

—Qué duro...

Se rió, y eso que no había sido mi intención mostrarme gracioso. Luego se levantó muy deprisa, de la misma manera en que había entrado en el restaurante. A algunas personas no se les dan bien las transiciones, y Sophie era una de ellas. Por poco no se levantó en mitad de la frase. Al besarme me dijo:

—Me ha gustado volver a verte. De verdad.

—Sí, a mí también...

Una vez a solas, me quedé un rato más en nuestra mesa. Los demás clientes se marcharon del restaurante, y al final tuve que marcharme yo también.

4

Intensidad del dolor: 2.

Estado de ánimo: medio angustiado, medio feliz.

5

En el avión volví a pensar en Sophie Castelot. Le conté a mi hija nuestro reencuentro, y le pareció *de locos*. A su vez, Alice se puso a pensar en todas las pequeñas cosas que habían podido hacerle daño. Empecé a lamentar haberle hablado de mi propia lista, pues en la suya estaba mi actitud reciente con respecto a su novio. Así que le propuse que mejor viéramos las películas disponibles. Había tanto donde elegir... Hace tan sólo unos años, sólo se podía ver una película en el avión. Según donde te hubiera tocado sentarte, veías mejor o peor el programa único. Recuerdo haber visto *Los puentes de Madison* con la pantalla justo encima de mi cabeza^[24]. Alice y yo vimos juntos trocitos de películas, compartiendo los auriculares, cada uno en una oreja. Hacía tiempo que no habíamos estado así los dos, lejos de casa, lejos del escenario de nuestra rutina afectiva. Volábamos por encima del Atlántico, y estábamos bien.

Al llegar, Alice envió un mensaje a su hermano para saber cómo estaba. Le contestó que bien y que se disponía a estudiar toda la tarde en la biblioteca. Cogimos un taxi amarillo para ir directamente a Columbia. Era mágico cruzar esa ciudad, la única ciudad del mundo cuya cacofonía es melodiosa.

—¿Te das cuenta? ¡Estamos en Nueva York! —se extasió Alice.

—Sí, me doy cuenta...

—¿Qué cara crees que pondrá cuando nos vea?

—No sé, seguro que se lleva una gran sorpresa.

—Sí, sobre todo contigo. Tú no sueles dar sorpresas...

—...

Quise replicar, pero Alice tenía razón; mi terreno era la premeditación.

Una vez allí, teníamos que evitar a toda costa cruzarnos con Paul. En la entrada de la sala de estudio una mujer nos dijo algo. No entendí nada de lo que dijo. En un inglés más que aproximado traté de explicarle que había ido a ver a mi hijo. Ella tampoco me entendió a mí. Por pereza seguramente nos dejó pasar. A veces, la mejor manera de obtener algo es que no te entiendan. Una vez dentro de la biblioteca nos pusimos a andar en silencio,

escabulléndonos detrás de las estanterías. Los estudiantes nos miraban con indiferencia, como si el mero hecho de vivir en Estados Unidos implicara cierta tolerancia hacia los comportamientos más insólitos. No tardamos mucho en dar con él. Estábamos detrás de Paul, a su espalda. Él estaba ahí, a unos metros, totalmente ajeno a la sorpresa que se estaba preparando. Alice daba saltitos como una niña. Era de lo más extraño sentir ese frenesí en ese templo del silencio y la concentración.

Nos acercamos despacito, sin hacer ruido. Durante unos segundos nos quedamos inmóviles, como dos ángeles encaramados a sus hombros. Sintiendo una presencia, Paul entonces se volvió y soltó un grito. Ese grito era tan incongruente en la biblioteca que nadie protestó. Paul se levantó, incrédulo. Parecía un calvo al que de repente dotaran de pelo. Alice repetía:

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa!

—¡Pero bueno! ¡¿Qué hacéis aquí?!

—Te echábamos de menos... —le dije yo sin más.

Olvidamos el contexto. Los demás estudiantes empezaron a refunfuñar. Paul explicó en inglés que habíamos venido desde Francia para darle una sorpresa. Emotiva como es, Alice se puso a llorar. Y eso a los americanos les encantó. Se abandonaron a toda una serie de superlativos cuyo secreto sólo ellos poseen. Les estábamos tocando la fibra sensible en plan Hollywood. Pero bueno, el entusiasmo fue efímero. Era mejor salir de allí sin tardar. Una vez fuera, le contamos a Paul el origen de esa ventolera.

—Pero ¿y te has podido marchar del trabajo así como así?

—Ya no tengo trabajo.

—...

Se quedó sin habla; tenía la impresión de reconocerse en él. Los dos nos guardábamos las palabras dentro. Teníamos una especie de estreñimiento oral hereditario. Lo tranquilicé, diciéndole que todo iba maravillosamente bien. Fuimos a su apartamento a dejar nuestras cosas. Lo compartía con otro estudiante parisino, en Williamsburg, un barrio de Brooklyn animado y a la moda. «Os vais a sentir casi como en casa. Aquí hay muchos franceses», nos anunció Paul. Era verdad, por todas partes oíamos nuestra lengua. Se me hacía raro irme lejos para estar como en mi casa. Pero a Paul le gustaba esa sensación. A menudo ocurre que uno ame su país fuera de él. Durante nuestra estancia al final lo entendí. Cruzarte con franceses por la calle, tejer lazos con gente cuyos orígenes compartes disminuye en mucho el vértigo del extranjero. Y, en términos de vértigo, Nueva York se lleva la palma.

El apartamento de Paul me había parecido más grande en las fotos. Había pensado que podríamos dormir en su casa durante nuestra estancia, pero al descubrir el sitio parecía complicado.

—Que no, que nos apañamos —dijo—. Te dejo a ti mi cama, y nosotros dormiremos en el pequeño sofá del salón.

—Sí, muy bien —dijo Alice.

La comodidad, a fin de cuentas, no tenía ninguna importancia. Entonces llegó el compañero de piso de mi hijo; no parecía que nuestra presencia lo molestara, ni siquiera cuando se enteró de que nos quedábamos varios días. Parecía encaramado a una dimensión inaccesible a las preocupaciones del día a día. Hector, un genio de la informática, era uno de esos estudiantes cuyo talento matemático es inversamente proporcional a su madurez. Según mi hijo, no hablaba más que de algoritmos o fracciones. De pronto ocurrió algo en su mirada. Era como si hubiera iniciado una pugna física por parecer sociable. Con una sonrisa forzada, enunció una serie de banalidades sobre la ciudad. Nos llevó varios minutos comprender que la razón de esa mutación total y repentina no era otra que Alice. Al hablar, lanzaba regularmente vivas miraditas hacia ella, realzadas por sonrisas crispadas. El estrés acabó por generar unas cuantas gotas de sudor, un detalle que me suscitó una ternura inmediata por él. Con la sensación de haber cumplido una suerte de misión espacial (una situación social que implicaba hablar con una chica), volvió a su habitación, a la dulce comodidad de los números.

Esa noche, Alice y yo no estábamos cansados. Sin embargo, con el desfase horario ya era muy tarde en Francia, y por lo general me encantaba acostarme temprano. Éramos extranjeros, incluso con respecto a nuestro propio funcionamiento corporal. Paul nos propuso ir a cenar a un pequeño restaurante paquistaní cerca de su casa. Nos pareció una idea excelente. En cuanto nos sentamos a la mesa, reparé en un extraño olor, como a carne en mal estado. De hecho, la noche siguiente me dolió la tripa, pero tal vez fuera porque la comida era picante, cada plato que pedimos era un incendio en la boca. Pero eso cuadraba con el ambiente pues hacía un calor asfixiante. El dueño del restaurante nos explicó que el aire acondicionado estaba estropeado, y que acababan de robarle el ventilador. Por desgracia, con la crisis no podía permitirse comprarse otro. Por supuesto, mi hijo nos lo iba traduciendo todo, pues yo no entendía bien su inglés. Además en la mesa de

al lado había una pareja que no paraba de discutir, apenas podíamos oírnos unos a otros. Parecía un problema serio, a lo mejor Sophie Castellet lo habría solucionado. Gritaban fuerte de verdad, pero no les veía las caras pues me lo impedía una bola de cristal que enviaba ondas de luz sobre los clientes. Era un poco como en una discoteca, pero no entendía la necesidad de instalar algo así en un restaurante; te atravesaban unos reflejos amarillos y naranja, y los chorros de luz iluminaban también las paredes amarillas del restaurante, unas paredes adornadas con unos bodrios de cuadros monumentales. Francamente, la decoración era un homenaje a lo *kitsch*, una especie de jubileo de lo *kitsch*, cuadros con vacas o gallinas, cuadros con bigotudos y chicas con un solo pecho. A mi juicio, el artista, o bueno, el tío que había pintado esas cosas, debía de ser un primo del dueño, la clase de lastre artístico que hay en cada familia o en cada comunidad. Debía de ser el artista paquistaní de Brooklyn. Al cabo de un rato empecé a encontrar que había como una belleza en toda esa fealdad. Pero después tuve que concentrarme en la espalda, pues me volvió el dolor de una manera difusa. Era sobre todo por la silla, una silla inaudita cuyo asiento ni siquiera estaba derecho, era imposible asentar las dos nalgas de manera simultánea. Tenía la sensación de estar esquiando sentado... Era horrible. En fin, todo esto para decir que estaba con mis hijos en un restaurante en Nueva York; todo esto para decir que estaba pasando una de las veladas más bonitas de mi vida.

6

Intensidad del dolor: 4.
Estado de ánimo: mágico.

Fue una de esas noches extrañas en las que cuesta distinguir entre sueño y vigilia. Más que nunca, la frontera entre conciencia e inconsciencia fue porosa. Un solo elemento era seguro: soñé con una mujer. Pero era imposible saber quién era. Sin embargo, creo que su rostro me resultaba familiar. Aunque tal vez fuera una actriz que me gustaba o simplemente una desconocida con la que me había cruzado por la calle. O también la mezcla excéntrica de varias mujeres. Ese sueño no representaba nada especial. La mujer estaba ahí, sentada junto a mí, y me daba la mano. Sentí una calma increíblemente real.

Al despertar seguí sintiendo esa plenitud, aunque a la vez lamentaba que esa felicidad esbozada no fuera de verdad. Nunca se deberían soñar cosas hermosas. En la cama seguí pensando un buen rato en esa mujer, tratando de reconstituir el enigma de su rostro. Durante la noche, Alice vino a verme.

—¿Estás dormido? —susurró.

—No.

—¿Puedo dormir en tu habitación? En el suelo mismo, sobre la moqueta. Estaré muy bien.

—¿Seguro? ¿No estás bien en el sofá? ¿Qué pasa, es que tu hermano se mueve mucho?

—No, no es eso. Es su compañero de piso, ese psicópata. No para de abrir la puerta de su habitación, y me da la sensación de que me mira dormir.

—...

—¡Me da miedo!

Contuve una carcajada. Me imaginaba a Hector pasando la noche levantándose para observar a Alice. La diferencia esencial conmigo era que él tenía acceso a su sueño. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que conocía a esa mujer, ya la había visto antes en alguna parte. Pero ¿dónde? Hay palabras, nombres, que se nos escapan. Se dice entonces que se los tiene *en la punta de la lengua* (me encanta esa expresión). En la punta de mi lengua había un rostro que no era de nadie.

Pasamos dos días maravillosos paseando por parques con ardillas casi rojas, comiendo perritos calientes en la calle y visitando galerías modernas con instalaciones incomprensibles. Lo comentábamos todo, desde lo más fútil hasta lo más profundo. ¿Desde cuándo no había hablado así con mis hijos? Lamentaba no haberlo hecho antes. ¿Qué me había impedido llevarlos un fin de semana a Berlín o a Madrid? Nada. Seguramente nada. Había abdicado enseguida de la idea de organizar nuestra relación. Antes me pasaba el tiempo atento a los espectáculos, las películas y las exposiciones que podían gustarles. Y luego llega una edad en la que te das cuenta de que prefieren pasar el tiempo con otras personas. Pero quizá no fuera cierto. Había huido de los momentos sencillos pensando que ya no existían. Ahora casi nos extrañaba estar juntos, como si la relación espaciada se hubiera convertido en la norma. Hasta pude hablar de su madre. Nuestra separación les afectaba más de lo que hubiera pensado. En un sentido eso me reconfortaba. Ya no soportaba la insensibilidad general que parecía caracterizar nuestra época. Todo se nos antojaba normal, tanto la felicidad como la brutalidad. Nadábamos en una anestesia emocional, tanto es así que los anuncios de nuestros dramas personales ya no levantaban el más mínimo revuelo. Mis hijos estaban tristes, y sobre todo no entendían. Quise decirles: yo tampoco. Quizá fuera cierto. No siempre hay razón para una separación.

Desde nuestra llegada, cada vez que pensaba en ello me esforzaba por criticar a Estados Unidos. No lo hacía por convicción, sino en un burdo intento de quitarle a mi hijo las ganas de quedarse allí. Una vez en el aeropuerto, sin embargo, me dijo:

—Cómo se ve que te gusta este país.

—¿Ah, sí?

—No sabes decir nada malo de él. Estaba claro que no hablabas en serio.

—Pero ¿no te irás a quedar aquí, no?

—No. Vuelvo a Francia este verano. Pero el año que viene a lo mejor me voy a Alemania.

—¿Qué?

—No te pongas así, no está tan lejos. Vendréis a verme a menudo...

—Muy buena idea... —aprobó Alice.

Nos abrazamos largo rato. Al subir al avión, volví a pensar en Alemania. Le pregunté a mi hija:

—¿Crees que los padres cuyos hijos viven en el extranjero son un poco responsables de ello?

—Bueno, será mejor que duermas. Este viaje te ha dejado reventado. Aparentas cuarenta y cuatro años por lo menos.

—Ah...

Ella se durmió la primera. Volábamos de noche. No puedo dormir en los aviones. De hecho, no puedo dormir en ningún sitio que no sea una cama. Me fascina la gente que puede dormir sentada. Me parece tan raro como andar tumbado. Sin embargo, acabé por quedarme dormido un momento. Y hasta me parece que soñé. Y ocurrió algo increíble: en el sueño conseguí la clave del otro sueño. Sí, volví a soñar con la mujer y, esta vez, vi su rostro. Me encontraba tan bien como en el otro sueño, sentía de nuevo esa dulzura y ese bienestar. Sabía quién era. Me alegraba de no tener ya su rostro en la punta de la lengua. Los sueños son a veces el disfraz de nuestras decisiones. Era obvio que una de las primeras cosas que haría al llegar a París sería ir a verla.

8

Intensidad del dolor: 2.
Estado de ánimo: en las nubes.

9

Cuando volví al hotel, Vassilis pareció alegrarse de verdad. Se me hizo raro. No tenía costumbre de que me esperaran en algún lugar con tanto entusiasmo.

—Tenía miedo de que no volviera...

—Pero si he dejado aquí mis cosas...

—Nunca se sabe... Bueno, el caso es que me alegro...

—...

—¡Lo necesito!

Al principio le dije que podía ayudarlo pero, en fin, lo dije por pura cortesía más que otra cosa. Hay que tener cuidado, pues, con la cortesía. Siempre habrá gente que se tome al pie de la letra lo que digas. Su hotel, por decrépito que fuera, era toda su vida. Me conmovía ver que se podía querer con tanta pasión un lugar del que otros habrían salido corriendo. Ya me había entregado los planos de cada habitación, pero no había pensado en ello ni una sola vez durante mi estancia.

—¿Ha tenido ocasión de echar un vistazo..., a los planos?

—Esto... Sí...

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—¿Tienes una idea de cómo podemos hacerlo?

—Ah, pero ¿nos tuteamos?

—Hombre, si vamos a trabajar juntos, es mejor.

—De acuerdo. Bueno, mire... O sea, mira... Lo mejor es que les vuelva a echar un vistazo y que prepare también un presupuesto provisional de las obras de reforma...

—Ah... ¿Tú crees que va a ser caro?

—Depende de lo que quieras hacer. Ya lo hablaremos.

—...

—...

—¿No quieres invertir en el hotel? —me soltó de pronto tras una corta vacilación.

—¿Qué? ¿Yo?

—Pues sí, a ti este hotel te gusta. Si no, no vivirías aquí. Así que a lo mejor podrías comprar una parte...

—...

No me conocía quien pensara que yo me quedaba en un sitio por gusto. Había llegado ahí por la más completa casualidad y, una vez instalado, no era propio de mí moverme. Era el prototipo del sedentario. En un primer momento me pareció que su propuesta no tenía ni pies ni cabeza. Pero, una vez en mi habitación, me dije: «¿Y por qué no?». Después de todo, tenía un poco de dinero y tiempo libre, y ese hombre me inspiraba confianza. Siempre había trabajado por cuenta ajena. ¿Y qué me quedaba de ello? ¿Qué huellas memorables había dejado yo en tal o cual edificio? Mi pasado se me antojaba una sucesión de sombras. Si aceptaba, por fin podría considerarme responsable de un edificio. Era incapaz de escribir, pero eso no quería decir que fuera incapaz de crear. Necesitaba una base concreta para dar rienda suelta a mi imaginación. Pertenecía a esa raza bastante poco frecuente de los soñadores pragmáticos.

En mis primeras noches en ese hotel, cuando me dolía la espalda por la mala calidad del colchón, cuando dormía mal por la mala calidad de la insonorización, cuando pasaba demasiado frío o demasiado calor por el temperamento ciclotímico del aire acondicionado, me pregunté: «¿Qué hago aquí?». Ahora quizá tuviera la respuesta a esa pregunta. ¿Y si nada ocurriera por casualidad? Había aterrizado ahí para que me hicieran esa propuesta. Ese hotel sería quizá el inicio de mi nueva aventura. Me iba a convertir en arquitecto de hoteles cutres. Qué bonita tarjeta de visita. En el fondo, siempre me habían enternecido las misiones desesperadas, siempre me habían gustado los sitios feos, los edificios mal hechos, los museos asfixiantes. Había que encontrar soluciones para paliar los desvíos de la creación inicial. Me gustaba restañar, reparar, curar. En ese hotel, ante todo había que optimizar la estrechez. Había que dejar que las habitaciones respiraran. En resumen, había que desatar los nudos de tensión del lugar. No estaba lejos de pensar que ese hotel era yo mismo.

Aunque el proyecto me interesaba, no le dejé las cosas claras al dueño enseguida. Por ahora no quería anunciarle nada. Esa actitud, sin yo calcularlo, resultó ser una excelente táctica de negociación. El primer día me ofreció: «Te dejo el quince por ciento del hotel». Mi silencio aumentó la puja hasta el treinta por ciento. Al día siguiente volvió a mí, excitadísimo:

—Bueno, eres terrible...

—...

—¡A un cuarenta por ciento no te puedes negar! ¡Es mi última palabra!

—...

No hay mejor argumento que el silencio. Por fin nos pusimos de acuerdo en dejarlo en el cincuenta por ciento, a cambio de lo cual asumía yo la casi totalidad de los costes de reforma. De todas maneras no le quedaban muchas opciones. El hotel se iba a pique, y ningún banco quería prestarle dinero. Invirtiendo en las reformas, le salvaba el negocio. Yo cada vez tenía más ideas. Estaba contento de poder por fin participar en la elaboración de un proyecto de cabo a rabo, sin verme confinado en la parte financiera. El emplazamiento era ideal. Podíamos pasar de ser una fonda de trotamundos a un refugio para escapadas románticas. Para empezar, había que poner tabiques dobles. Aparte, como propietario que era, me iba a reservar un amplio espacio para vivir. Me gustaba la idea de tener un apartamento en medio de las habitaciones de un hotel.

Durante los días de la negociación silenciosa volví a ver a la magnetoterapeuta. Me parecía que mi primera consulta se remontaba a una época muy lejana. Me sentía como si hubiera vivido años en varios días. Me senté en un rincón de la sala de espera, pese a no haber concertado cita. Había allí una mujer, parecía estar mal; me lanzó una mirada un poco desencantada. Para tranquilizarla, le dije bajito:

—No tengo cita.

—Ya, ¿y?

—No, lo digo porque parece preocupada de tener que esperar mucho...

Por mi culpa.

—En absoluto, sé muy bien que luego me toca a mí.

—Ah, vale...

—Va a salir dentro de cuatro minutos y diecisiete segundos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe?

—Soy omnisciente.

—¿Omnisciente? ¿Quiere decir que...?

—Sí, quiero decir que lo sé todo. Lo veo todo.

—Es increíble... O es terrible... Bueno, no sé...

—Sí, a veces puede ser difícil. Por eso vengo aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí. El magnetismo me permite controlar mi omnisciencia. Consigo canalizar mejor mis *flashes*.

—Ah, me alegro... —dije consultando mi reloj.

—Sólo quedan dos minutos y cinco segundos —anunció ella entonces.

—Eso es...

Durante un instante me pregunté si no estaba siendo víctima de una broma. Pero no, la mujer parecía hablar en serio. Su tono, su manera de expresarse, todo denotaba mucha seguridad. Entonces, para ponerla a prueba, le pregunté:

—Si lo sabe todo..., tiene que saber qué hago yo aquí...

—Claro.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—¿Qué hago aquí?

—Lo sabe usted muy bien.

—¡Sí, pero dígamelo usted!

—Ah, quiere ponerme a prueba...

—No... Bueno... Sí...

—Pues bien, es muy sencillo: está usted aquí porque quiere volver a ver a una mujer. ¿Es eso?

—...

—¿Es eso?

—Sí...

—Hace diez días vino usted porque tenía problemas de espalda. Después de someterse a numerosas pruebas médicas, había decidido intentar algo un poco distinto. Vino aquí aconsejado por su cuñada. Bueno, su excuñada. Me parece que se va a divorciar, ¿no?

—...

—Se va a divorciar, ¿sí o no?

—Pues... Sí...

—De modo que vino usted aquí, y le aconsejaron que fuera a un psicólogo. El problema no es su espalda, sino su vida. Dicho sea de paso, me parece que ya se encuentra mejor, ¿verdad?

—...

—Ha resuelto usted problemas en su vida profesional, en su vida afectiva, con sus hijos, y el dolor es menos fuerte, algo es algo. Tengo esperanzas de que las cosas se arreglen. Creo que está prácticamente al final del camino. No digo que todo haya acabado porque, en mi opinión, todavía van a ocurrir

cosas, bastante sorprendentes, de hecho... Pero en lo que respecta a su espalda, ya estamos cerca del final...

—Ah...

—¿Qué tal el viaje con sus hijos, bien? Bueno, lo que es seguro es que a usted le ha sentado muy bien.

—...

—Y, de hecho, en ese viaje es donde ha soñado usted con esa mujer a la que quiere volver a ver. Le encantó el rato que pasaron juntos. Pero entonces no era momento de pensar en una relación. Por eso ese encuentro quedó guardado tranquilamente en su inconsciente. Hasta que volvió a surgir en un sueño, qué bien.

—...

—En cuanto a la mujer, no puedo decirle nada sobre ella. Sólo soy omnisciente en presencia del sujeto. Pero estoy segura de que está muy bien. Por fin toma usted las decisiones adecuadas.

—...

—Ya iba siendo hora... —Sonrió.

En ese preciso momento, la magnetoterapeuta abrió la puerta. Se sorprendió al verme.

—¿No se encuentra mejor? —preguntó.

—...

—Creo que no le va a ser fácil contestarte a eso —dijo la omnisciente—. Ha venido a pedirte los datos de una de tus pacientes. Al final vas a acabar montando una agencia matrimonial...

—...

Nadie reaccionó. En lo que a mí concierne, estaba anonadado. No se podía decir de mí que fuese una persona muy misteriosa, una personalidad insondable y compleja, pero, francamente, que me hubieran calado de manera tan total superaba mi entendimiento. Uno se sentía desnudo frente a esa mujer. Su don era aterrador. La magnetoterapeuta me miró un momento más sin decir nada, antes de sonreír por fin.

10

Intensidad del dolor: 1.
Estado de ánimo: paranormal.

Esa última experiencia me desestabilizó mucho. Desde luego, yo siempre había sido sensible a lo irracional. Me sentía místico. Creía en las vidas anteriores y en la reencarnación. Creía en la idea de que se podía superar la conciencia de lo inmediato. Pero un grado tal de omnisciencia resultaba perturbador. Daba la impresión de que esa mujer había leído una novela sobre mi vida.

Era, en efecto, la mujer a la que había conocido después de mi cita con la magnetoterapeuta la que había vuelto a mí por medio del sueño. Y de una manera muy poderosa. Queremos creer que la belleza de ciertos sueños puede adaptarse a la realidad. Me había marcado profundamente una entrevista de John Lennon sobre Yoko Ono. Había soñado con ella antes de conocerla. La había descrito casi sin haberla visto nunca, como si el sueño fuera el preliminar de la realidad. Al conocerla, simplemente había adecuado el inconsciente a la conciencia. Yo no sabía qué relación iba a vivir con esa mujer, no sabía nada de ella salvo los pocos minutos que habíamos pasado juntos, pero sentía un imperioso deseo de volver a verla. Tenía miedo de que mi actitud le pareciera demasiado extraña. En esta clase de situación supongo que las mujeres no saben muy bien qué pensar. Por un lado, deben de sentirse halagadas porque un hombre quiera a toda costa volver a verlas; pero, por otro, pueden asustarse de ser el fruto de una búsqueda febril. En el fondo, mi caso no era ni lo uno ni lo otro. Mi inconsciente me había recordado simplemente la belleza de nuestro encuentro, su sencillez. A menudo tiene que ayudarnos nuestro propio cuerpo para que actuemos. Quizá mi acción no llevara a ningún lado, pero lo había hecho empujado por una corazonada^[25].

La magnetoterapeuta se negó a darme el número de mi desconocida. Ante mi decepción, al menos me confió la fecha y la hora de su próxima cita. Así, volví al día siguiente armado con mi sueño, armado con mi presentimiento. La vi entrar en el edificio y esperé en la puerta a que terminara su consulta. Con el paso de los días, mi memoria cansada había deformado un poco la apariencia de esa mujer. Mi sueño la había modificado. Cómo decirlo: era ella

sin ser ella. Me gustaba esa confusión ligada a una superposición de feminidades. No tenía ninguna importancia. La esperaba, y mi corazón latía, latía como hacía tiempo que no había latido. En ese momento preciso ya no me dolía en absoluto la espalda. Se podía admitir que el corazón, cuando vivía, cuando se manifestaba, aplastaba con su hegemonía sensible todas las peripecias del resto del cuerpo. Ya no existía nada más que ese corazón que latía en mí, asombrado de lo que sentía, devuelto a la vida.

La mujer salió al cabo de una hora. Enseguida supe lo acertada que había sido mi intuición. Me dolía el cuerpo; pero mi cuerpo era capaz también de guiarme hacia lo mejor. Resulta extraño decirlo, pero había echado en falta a esa mujer. Sin embargo, no había pensado en ella ni un solo segundo antes de que reapareciera a través del sueño. La añoranza puede ser *una sensación a posteriori*. Al ver a una persona se puede considerar por fin el vacío que representaba su ausencia. ¿Cómo actuar ahora? Fui incapaz de acercarme a hablar con ella en el momento en que salió del edificio. De modo que la seguí. Estaba detrás de ella. Caminaba deprisa, un poco demasiado para mí. Parecía como apremiada por el paso del tiempo. Cada vez me daba más miedo abordarla. Iba a parecer un psicópata, y eso que nunca me había sentido más cuerdo. Me atravesaba de parte a parte una evidencia dulce, tranquila, redonda: una evidencia suiza. Se detuvo en un paso de cebra. Situado justo detrás de ella, podía aprovechar para hacerle un gesto. Mi cuerpo se puso a latir aún más, bueno, quiero decir mi corazón. Me invadió una multitud de palabras y gestos posibles, pero era en vano, estaba bloqueado en mi timidez. El semáforo se puso en verde, y reanudamos la marcha.

Como seguía incapaz de hablarle, pensé en hacerme el enconradizo. Para eso tenía que caminar deprisa, adelantarla y volver sobre mis pasos. Entonces podría cruzarme con ella y extasiarme de la feliz coincidencia. Aceleré la cadencia, pero luego me dije que sería absurdo. Yo no valía para fingir. Tenía que decirle la verdad. Después de todo, no era una desconocida. Debería haber resultado fácil. Habíamos tomado un café juntos. Y nos habíamos llevado muy bien. Mi acción no era en absoluto perversa. Al contrario, seguramente se alegraría de volver a verme. Entonces, ¿por qué no era capaz? Esa mujer me intimidaba, sólo alcanzaba a entender eso. Siguió andando así un rato más, aflojando un poco el paso; yo seguí tras ella, presa de mis inseguridades de hombre que ya no sabe seducir. Sí, era eso. Ya no sabía. Ya

no tenía la más mínima referencia. Me había convertido en un extraño del mundo femenino. El tiempo se estiraba, pero esa persecución ridícula no duró más de tres minutos. Felizmente, por fin ocurrió algo. De pronto, se paró. Yo tuve que hacer lo mismo. Si se daba la vuelta en ese momento me vería inmóvil detrás de ella, y lo ridículo de esa imagen aniquilaría toda esperanza de futuro. Eso fue sin embargo lo que ocurrió exactamente. Se volvió, y entonces nos encontramos cara a cara. Ella me miró con fijeza. Sin decir nada. Pensando, seguramente, que estaba loco. Fue una escena muy extraña. Estábamos ahí los dos, en silencio, entre la multitud ruidosa de la ciudad. No nos movíamos. Éramos un cuadro de arte moderno, incomprensibles a los ojos de los viandantes. Nos quedamos así un momento en el tiempo detenido. La ciudad iba perdiendo relevancia. Estábamos solos en el mundo.

QUINTA PARTE

1

Pasaron unas semanas. Pocas veces había tenido una vida tan activa. Pasaba horas en la obra. Como el hotel cerraba durante las reformas, había que darse prisa. Para ayudarme contraté a dos polacos a los que conocía bien. Me instalé en mi nuevo apartamento, en la última planta, compuesto por dos de las antiguas habitaciones del hotel. Estaba en una buhardilla de París, lo que me hacía sentirme como un estudiante. Contemplaba cada noche la progresión minuciosa de la oscuridad sobre la ciudad. Por fin me tomaba el tiempo de observar esa belleza regalada. Pocas cosas podían rivalizar con la naturaleza; esta ciudad sí podía. Nos pasamos el tiempo tratando de crear magia mediante la poesía, el cine, la pintura y la música, cuando todo está ahí, tan bien organizado. Apreciamos nuestro entorno de manera distinta según la edad, según lo que vivimos. Me había pasado toda la vida en esa ciudad, o en los alrededores, y sin embargo me parecía descubrirla ahora por primera vez. Se redibujaba ante mis ojos, era un espectáculo de inagotable extravagancia, y la deseaba como nunca antes.

La llegada de Édouard interrumpió mi arrebató emocional. Era la irrupción caricaturesca de lo real en el sueño^[26]. Era obvio que algo no marchaba bien. Trató sin embargo de que no se le notara durante unos minutos, extasiándose sin mucho entusiasmo con mi apartamento, ensalzando aquí y allá algún detalle sin tan siquiera fijar la mirada. Le serví una copa de vino tinto que se bebió de un trago, sin esperarme siquiera. No era lógico: a Édouard le encantaba brindar. Debería haber dicho: «¡Por tu nuevo apartamento!». O, también, siendo un poco más ambicioso: «¡Por tu nueva vida!». Pero no dijo nada. Se tomó el vino y enseguida volvió a tenderme la copa. En idioma alcohólico, hecho a menudo de gestos y no de palabras, eso quería decir: «Más». Se tomó de esa forma varias copas, tanto es así que no pude por menos que preguntarle:

—¿Te preocupa algo en el trabajo?

—...

No contestó. Ahora que lo vuelvo a pensar, me digo que podría haberle preguntado sencillamente: «¿Te preocupa algo?». Había precisado la geografía de sus posibles preocupaciones, como si los problemas de Édouard

sólo pudieran tener que ver con su vida profesional. Hay gente cuya vida afectiva o familiar está uno convencido de que es una especie de roca inamovible. Vivimos todos mil peripecias, mil pequeños dramas, mientras que ellos no se desvían jamás de la trayectoria: se realizan en una suerte de autopista emocional. Hasta los últimos acontecimientos, estaba seguro de que ése era el caso de Édouard. Pero aparentemente ese periodo concluía ante mis ojos, pues se desplomó sobre una butaquita que acababa de comprarle a un chamarilero.

—Pero ¿qué te ocurre?

—...

—Conmigo puedes hablar. Salta a la vista que no estás bien. Nunca te he visto así.

—Es Sylvie.

—¿Qué pasa con ella?

—Me ha... Dejado.

—...

No había vuelto a verla desde la famosa mañana en que me había agredido sexualmente. Había preferido extraerme de su relación de pareja. Mi dedicación total al trabajo me había ofrecido un pretexto maravilloso. Había hablado bastantes veces por teléfono con Édouard, pero nunca me había atrevido a preguntarle por Sylvie. En cuanto a ella, incómoda como se sentía, seguramente estaría aliviada de no verme.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Habéis discutido?

—No. Ni siquiera.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Ha sido todo muy calmado. Me lo ha anunciado fríamente, como si fuera una decisión que hubiera tomado hace mucho tiempo.

—Lo siento mucho.

—Lo peor es que hay otra persona.

—¿Otra persona? No... No es posible...

—Sí... Es horrible...

—Oh...

—De verdad..., horrible...

—Pero... Y... ¿Lo conoces?

—...

—¿Te ha dicho quién es?

—Sí...

—...

—Es de verdad horrible. Nunca hubiera pensado que...

—A lo mejor no sabe lo que hace..., seguramente está pasando por una crisis.

—No, no es una crisis. He visto su mirada. Es una certeza.

—...

—Está enamorada. De verdad, se ve. Estoy asqueado.

—...

—Me ha dejado por una mujer.

Necesité varios segundos para digerir la información. Sylvie, con una mujer. Ella, a la que tanto le gustaban los hombres. Recuerdo nuestros primeros años: cuando nos conocimos, no hablaba de otra cosa. Le gustaba ser el centro de las atenciones masculinas. Me parecía de verdad incongruente. Le gustaban los hombres hasta el punto de haberse lanzado sobre mí. Quizá fui su última pulsión.

—Por mi culpa han dejado de gustarle los hombres. ¿Te das cuenta? —lloriqueó Édouard.

—No, hombre, no digas eso.

—Sí, es así.

—Pues a mí casi me parece menos duro que te dejen por una mujer que por un hombre...

—Con Sylvie, no. La conozco, no es lesbiana. El problema soy yo. Soy un antídoto de la heterosexualidad.

—Estás diciendo tonterías...

Édouard habló y habló sobre el tema, tomando copa tras copa de vino. Lo que le estaba pasando era muy violento, pero también era *un nuevo principio*. En esas ocasiones los amigos emplean expresiones ridículas que no quieren decir nada^[27]. Se intenta ser optimista para reconfortar al que sufre, pero no hay nada que decir. Es violento, y es así. Sylvie se ha marchado. Por un hombre o por una mujer, a fin de cuentas poco importa. Édouard vivía por y para ella, y se sentía como si le hubieran amputado una parte de sí mismo. Su corazón se quedaba cojo. Desde mi punto de vista, no debía sentirse responsable: Sylvie no se había realizado, sobre todo profesionalmente.

—Pero le iba bien —protestó Édouard en voz baja.

—No tanto, las cosas como son... Sólo sus amigos le compraban los cuadros.

—No es verdad...

—Claro que es verdad. Al cabo de un tiempo..., después de años disfrazando lo evidente..., uno puede reconocerse vencido...

—...

—Y ponerlo todo en tela de juicio.

—...

—Un poco como yo..., en cierto modo.

—Sí, pero tú no te has vuelto homosexual.

—...

Al verlo desplomado sobre la butaca comprendí que se quedaría allí un buen rato. Iba a proponerle que durmiera en el sofá. Casi me alegraba de poder devolverle su gesto de amistad. Él había sido muy atento conmigo durante mi mala racha (exceptuando las veces en las que había intentado curarme con Doliprane). Dos o tres horas y dos o tres botellas más tarde, balbuceó:

—Menos mal que tengo mi profesión, mi pasión...

—...

—¿Sabes?, me gustan de verdad los dientes.

—Lo sé, lo sé...

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Sólo hablamos de mí..., y tú no me cuentas nada.

—Es normal. Yo estoy bien.

—Me habías hablado de una mujer que te gustaba.

—Sí.

—Bueno, ¿y? ¿Qué pasa con ella?

Estuve un rato sin poder contestarle. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera nada que decir. Édouard insistía, decía: «Cuéntame, cuéntame», y añadía: «Quiero saberlo todo desde el principio». Me conmovía su interés por mí, cuando él estaba hundido afectivamente. Así de delicado era mi amigo. O si no, se trataba de una cuestión de supervivencia. Puede que la vida de los demás sea el mejor refugio cuando la nuestra nos desespera. Al escucharme yo veía que, por un instante, dejaba de pensar en sus dificultades. Con todo evité recrearme en los momentos de alegría, conteniendo por pudor la felicidad que me embargaba.

2

*Intensidad del dolor: 0,5.
Estado de ánimo: reconfortante.*

3

Pauline^[28] se volvió, pues. Por un instante nos quedamos como en suspenso. Me sentía estúpido por no haberle hablado antes. Tenía que encontrar palabras para explicar la situación, para justificar mi presencia detrás de ella. Como no se me ocurría nada, habló ella primero:

—Bueno..., piensa usted abordarme, ¿sí o no?

—...

Unos minutos más tarde, cuando estábamos sentados en la terraza de un café, me confesó que la magnetoterapeuta se lo había contado todo. Sabía, pues, que había querido volver a verla. Al salir de la consulta me vio en la calle, pero hizo como que no. Caminó, sintiendo mi presencia a su espalda. Impaciente, o al constatar que yo era incapaz de actuar, por fin decidió darse la vuelta. Una vez en el café me dijo:

—Pues sí que ha tardado usted.

—¿Ah, sí?

—Sí. Después de conocernos pensé que tardaría menos en querer volver a verme...

—Seguramente soy un poco lento...

—Sí, se podría decir así.

—...

No sé por qué había estado tan poco lúcido. Nunca he sido capaz de ver lo evidente. Sin embargo, nuestro encuentro había sido perfecto. Habíamos hablado libremente de unas cosas y otras, sin conocernos siquiera. Me gustó que el encuentro fuera anónimo (no nos dijimos nuestros nombres) y de porvenir incierto (no nos dimos los teléfonos). Después de todo, había que dejar que la vida hiciera su trabajo. Y la vida se manifestó bajo la forma de un sueño. Volvíamos a estar juntos. Aunque eso no quería decir que tuviéramos algo que decirnos. Al contrario, si bien en el primer encuentro todo había sido muy natural y muy sencillo, el segundo parecía más complicado. Seguramente por el contexto, que no era en absoluto natural. Tras largos minutos de un silencio incómodo, me puse a hablarle del sueño que me había empujado a volver a verla. «Soy la mujer de sus sueños», dijo ella para sumirnos en una sonrisa.

Pauline estaba soltera desde hacía seis meses y no echaba de menos una relación. Tras ocho años con un fotógrafo de guerra, había decidido dejarlo porque él no quería tener hijos. Ella tenía treinta y seis años, el tiempo apremiaba. Había querido escapar de esa relación antes de que fuera demasiado tarde. Muy al principio le había parecido insuperable vivir sin ese hombre. Ocho años era una eternidad. Se había acostumbrado a sus mensajes cotidianos, a vivir con un hombre que arriesgaba su vida en la otra punta del mundo. Le había costado reconocer que quería menos al hombre que a la pareja que representaban. Le gustaba salir sola por las noches, ser objeto de ciertas miradas, sabiendo que sólo le pertenecía a él. Él estaba lejos, estaba ausente, pero era su coartada para no tener que considerar a los demás hombres. Le gustaba esa situación, pese a que no era en absoluto perfecta. Te puede gustar vivir relaciones cojas, simplemente como consuelo a la soledad. De no haber deseado tener un hijo, podría haber seguido mucho tiempo con esa vida. Su deseo era una evidencia en su cuerpo. El fotógrafo recorría las miserias del mundo, y eso le parecía una buena razón para no reproducirse. «¿Traer un hijo a este mundo...? ¡Pero si es criminal!». Pauline pensó primero que cambiaría de idea, pero no, seguía inamovible en sus certezas. Cuanto más conocía el mundo, menos entendía a su mujer. Pauline contaba eso sin la menor amargura, casi con desapego. Varias veces en su relato pensé incluso que no hablaba de sí misma sino de una especie de heroína de ficción; la ficción en la que se convierte el pasado.

Conocer a alguien es contarle tu vida. Poco a poco íbamos abandonando nuestro estatuto de desconocidos. Yo tenía unos años más que ella y dos hijos ya crecidos. Esa información pareció fascinarle. Me hizo numerosas preguntas sobre Paul y Alice, a las que intenté contestar no como padre sino como funcionario de mi vida. Le conté el final de mi relación con mi mujer, ese final en forma de desmoronamiento pasivo. Los últimos días un muro nos había separado; habíamos vivido nuestro dolor (mi espalda, su padre) cada cual por su lado. Nos habíamos convertido en un país escindido por varias fuerzas de ocupación: las del hastío.

—Es usted divertido —dijo Pauline, interrumpiéndome.

—¿Ah, sí? Pues yo veía que era más bien siniestro.

—Sí, también. Es una mezcla que me gusta mucho. Al oírle hablar no alcanza uno a saber si ha sufrido usted lo que le ha pasado, o si lo ha

organizado todo...

—...

Cuán acertadas eran sus palabras. Todo el rato me atormentaba esa pregunta. Todas mis iniciativas recientes habían estado ligadas a mi dolor de espalda. Tanto es así que no sabía si había tomado decisiones de una manera consciente o si me había visto impelido a tomarlas por culpa del dolor. No conseguía determinar el alcance de mi libre albedrío. A menudo me consideraba víctima de los acontecimientos, como si hubiera abandonado toda esperanza de controlar la realidad en la medida que fuera. Pero no, tampoco era tan cierto eso. Si estaba ahí, ante esa mujer, era porque había tomado las decisiones adecuadas. Mi espalda sencillamente me había ayudado en esa transición, convirtiéndose en el motor sin freno de los cambios radicales ocurridos en mi vida. Podía admitir que lo que estaba viviendo en ese momento había empezado por un dolor, un domingo, almorzando con unos amigos.

4

*Intensidad del dolor: 0,5.
Estado de ánimo: principiante.*

Quedamos en volver a vernos. Ello podría haber sido sencillo. Pero rara vez lo es. El vals de los primeros momentos entre dos personas carece de ritmo. Lo que al principio se me antojó cristalino se transformó en fuente de angustia. Lo cuestionaba todo. ¿Debía llamarla enseguida aun a riesgo de que pareciera que tenía prisa? ¿Debía esperar unos días aun a riesgo de parecer poco motivado? ¿Cuál es el momento ideal de una llamada telefónica para fijar una nueva cita? ¿Qué sabía yo? Pasaba a vestir el hábito del cuarentón en trámites de divorcio que, de nuevo, descubre las incertidumbres de la seducción. Ya no tenía costumbre de nada. La vida en pareja anestesia nuestras capacidades de seducción. Aburrido por la monotonía, mi corazón había desertado mi cuerpo. Había vuelto al tiempo de mi adolescencia, cuando el mundo femenino me fascinaba a la vez que me aterrorizaba. Era absurdo, tenía que ser sencillo. Cogí el móvil y le propuse con un mensaje que nos viéramos al día siguiente para cenar. Contestó que estaba de acuerdo (me alegró que reaccionara inmediatamente; no soporto a la gente que finge estar muy ocupada contestando tres horas después). Dicho esto, el asunto de la cita distaba mucho de estar resuelto. Ahora tenía que encontrar el restaurante adecuado. La felicidad es una empresa agotadora.

Lo sabía, era ridículo preocuparme tanto por los detalles. A Pauline no parecía importarle lo más mínimo el lugar. «Lo importante es estar juntos», hubiera podido decir. Una vez más la encontré distinta. Su feminidad era nómada. Siempre tardaba un momento en reconstituir mentalmente la certeza de que estaba ante esa mujer a la que ya conocía. Sin embargo, no me parecía que hubiera cambiado de peinado o de maquillaje; no, el cambio estaba en ella, era un viaje en su rostro. Pauline también me observaba; sin la menor duda, estábamos en el terreno de la seducción. Tenía la impresión de gustarle, y eso me desequilibraba. Nada nos hace más felices que gustarle a alguien que nos gusta; la reciprocidad debería valorarse más, debería estar en la cúspide de las alegrías humanas. Cuando se vive un bonito encuentro, se redescubren tesoros polvorientos que agonizaban dentro de uno mismo. Uno despierta sus deseos y sus pasiones. Le hablaba de todo lo que me gustaba. No me parecía haber citado tantos libros, pero ella me dijo:

—Tiene una gran cultura literaria.

—Ah, gracias.

—¿Ha leído a Gombrowicz?

—Pues..., no.

Me sentía incómodo, pues ese fallo ocurrió justo después de su cumplido sobre mi cultura. Pauline habló de ese autor con un entusiasmo desmesurado, ensalzando su poderío intelectual así como lo ardua que era su escritura. En las primeras citas uno suele presumir de gustos increíblemente precisos. Uno dice que su película preferida es *La gran ilusión* de Renoir; tan sólo en la décima cita, si es que se llega hasta ahí, confiesa uno su pasión sin límites por *Titanic*. Pero en ese momento Pauline insistía e insistía con Gombrowicz. Ya sólo el nombre imponía. Habría podido hablarme de Céline o de Thomas Mann, pero ése era un nombre como para acomplejar a un librero.

—Debería leer su novela *Cosmos*. Es preciosa.

—Ah...

—Tiene una manera muy especial de interesarse por los detalles. Cuando habla de una mujer, puede no hablar más que de su boca^[29]. Me encanta esa clase de obsesión.

—...

Al pronunciar esa frase, reparé en que miraba mi boca. Asentí:

—Me gusta mucho esa idea. Concentrarse así en una sola parte de una persona.

—...

—Hay un cuadro de Edvard Munch que se llama *Cabeza de hombre oculta en cabellos de mujer*. Se ve el rostro de un hombre perdido en una cabellera. Se podría pensar que vive en ella, como si sólo quisiera mantener relación con la parte capilar de esa mujer...

—Ah, no conozco ese cuadro —dijo—. Es una idea hermosa, es verdad...

Empate. Había tratado de replicar a su autor polaco con un pintor noruego. Era la única respuesta cultural que se me había ocurrido en ese momento. Me había quedado un poco justito, pero, al menos, había conseguido evitar citar *El grito*, un cuadro cuya celebridad habría anulado el impacto de mi mención a Munch.

Me encantó esa velada en la que hablamos —más o menos sinceramente, es cierto— de lo que nos gustaba y lo que no. No había ningún tiempo muerto en nuestra conversación. Me alegraba de compartir lo que creía ser lo mejor de mí. Durante años había sepultado mis entusiasmos culturales. Me había

acurrucado en mí mismo, al amparo de la opinión de los demás. Pauline y yo descubríamos sensibilidades comunes; nos mentíamos también un poco cuando, por ejemplo, no le confesaba haber sido insensible a una película que a ella le había encantado. Los encuentros están preñados de una cortesía emocional; y adornan ligeramente la realidad. Buscamos encontrarnos a medio camino de nuestras diferencias. Pauline me gustaba, y me habría podido hacer leer cualquier novelita rosa, o habría podido llevarme a ver una retrospectiva de cine albanés sin subtítulos. Quería correr hacia su mundo.

Después hablamos de temas más personales. En nuestro segundo encuentro mencioné mi divorcio y algunos elementos de mi vida; Pauline habló sobre todo de su relación con el corresponsal de guerra, pero seguía sin saber gran cosa de ella. Qué magnífico momento el del descubrimiento. Estaba a punto de preguntarle por su profesión, y podía ser cualquier cosa: florista, abogada, periodista, contable, enfermera, librera, bancaria, corresponsal de prensa, pediatra, etc. Dentro de unos minutos, ese universo de posibilidades ya no existiría. Ya nunca podría dar marcha atrás hacia ese momento en que aún no sabía cuál era su profesión. Despacio, al profundizar en el conocimiento de una persona, se delimita el campo infinito de las hipótesis. Se reducen los espacios para llegar a los contornos de una vida.

—Soy decoradora.

—...

—Decoradora de interiores.

Me sorprendió. Le había hablado de mi profesión, de los años que había pasado en un estudio de arquitectura, y ella me había escuchado sin decir nada, sin interrumpirme en ningún momento para hablarme de su propia profesión, que era como una pariente cercana de la mía. Éramos de la misma familia, la del acondicionamiento de lugares para vivir en ellos. Todo eso era tan extraño... Estaba reformando un hotel y precisamente necesitaba a alguien con quien reflexionar sobre la nueva decoración. Qué cosa más rara. Muchas veces amigos míos me habían contado las circunstancias «increíiiiiibles» en las que acababan de conocer a alguien. Yo hasta entonces había vivido como huérfano de esa belleza. La vida no me había elegido nunca para participar en la magia de las coincidencias; tanto es así que alguna vez había llegado a dudar de que existieran: quizá estuviera rodeado de mitómanos, de novelistas en ciernes que querían hacer creer que el destino posee a veces el fulgor del milagro. Nuestro encuentro podía deberse al más puro azar, pero yo no lo veía así. Ese acontecimiento era un cambio radical

simbólico. Ahora, la gracia podía tocar también mi vida, como la de los demás.

—Precisamente estoy buscando a alguien con quien trabajar, para mi hotel...

—Mi caché está por las nubes...

—...

—Pero bueno..., tratándose de usted..., podemos llegar a un acuerdo —dijo sonriendo.

Unos minutos más tarde salimos del restaurante. El tiempo pasaba sobre nosotros sin la más mínima turbulencia. La perfección del momento era tal que no parecía real, podía creer que la noche me mentía.

—Podemos ir a ese hotel —dijo Pauline.

—...

—...

—¿A ese hotel?

—Sí, a tu hotel, me refiero. Tengo ganas de empezar a trabajar...

6

Intensidad del dolor: 0,5.
Estado de ánimo: cosmos.

Nos dejamos el usted en el restaurante y pasamos al tú. Caminamos una hora para llegar al hotel. No hay palabras para describir ese paseo, el que estábamos dando, en ese momento, en la noche.

Había subestimado el aspecto romántico de nuestro lugar de destino. Llegamos a un hotel en obras, desierto. Caminamos despacio, de habitación en habitación. Pauline parecía tomar apuntes mentalmente. De vez en cuando comentaba lo que podría hacer aquí o allá. Yo miraba a esa mujer que andaba delante de mí. Observaba su cuerpo, su nuca también —al entrar en el hotel se recogió el pelo—. Me enteraría más tarde de que se trataba de uno de los múltiples detalles de su feminidad: no podía concentrarse con el pelo suelto. Era más de medianoche, éramos dos adultos en la oscuridad, y ya no había duda: nuestro destino era sensual. Teníamos todo un abanico de posibilidades para elegir. Se trataba de encontrar la mejor habitación. Nos tomábamos todo el tiempo del mundo, delicia del artificio de la seducción. Sólo nos iluminaban los pilotos de las salidas de socorro. Pauline se sentó en una cama y me miró. Si bien en un primer momento me había sentido menos a gusto que ella por simple falta de práctica, por temor a la belleza, por exceso de deseo o qué sé yo por qué más, una dulce seguridad se adueñó de mí, ya no me daba miedo nada, sabía que podía acercarme a ella, deslizar la mano entre sus muslos, todo me parecía sencillo ahora, incluso la acidez erótica. Avancé para acariciar su cabello, su rostro estaba contra mi vientre, sentí su mano subir por mi pierna: podría recordar cada detalle. Nos tendimos en la cama, el somier crujió:

—Habrá que cambiar las camas —dijo.

—Sí. Las probaremos todas. Veremos las prioridades.

Le dije: «Desnúdate», y ella se desnudó. Miré su cuerpo, y tenía la sensación de reconocerlo. Quizá fuera por mi sueño, pero no, no me parecía haber visto la desnudez de Pauline en su aparición nocturna. Se habla a menudo de la sensación de *déjà-vu* con respecto a situaciones y a lugares. Se habla de la memoria de las paredes. No es infrecuente llegar a un lugar por primera vez y

tener la sensación de haber estado allí antes. Eso fue lo que sentí con el cuerpo de Pauline. Conocía ya su país. Tenía la impresión de saber adónde ir, instintivamente. No necesitaba guía. Ella me dijo: «Desnúdate», y yo también me desnudé. Vio la cicatriz en mi pecho. Me habían operado del corazón a los dieciséis años. Recorrió la herida con el dedo en un sentido y en otro, antes de decir: «Es bonita», y luego añadió: «Tu cicatriz es el Muro de Berlín». Otra frase muy acertada. Siempre me había sentido como atravesado por dos mundos distintos. El del sueño y el de la realidad; el de la creación y el de lo concreto. Mi dolor de espalda tenía que estar ligado a ese desequilibrio. Mi cuerpo se había agotado de estar así incesantemente dividido, de la imposibilidad de la unificación. Al recorrer mi cicatriz con el dedo, Pauline acababa de hacer de mí una única y misma persona. Pauline reunía mis pedazos.

Pensé que iríamos juntos a Berlín. Hicimos el amor con esa ciudad sobre nosotros. Siempre hay una geografía del deseo. Me encontraba en un estado de relajación completa, y sin embargo el rostro de Élise se entrometió en mi felicidad. Para una parte de mí era muy extraño estar contra el cuerpo de otra mujer; la parte no animal, la que acarrea toda una vida en el instante presente. Élise estaba cerca de mí, como el fantasma de mi referente femenino. No se puede escapar tan fácilmente de un pasado muy largo. Al final Élise tuvo la elegancia de dejarnos solos y salió de mi mente. Pauline me llevaba a terrenos inéditos. Nuestra complicidad sexual se liberó en ese instante de todo pudor. Lamía su cuerpo, tanto era el deseo que tenía de darle placer. Hicimos el amor largo rato, y era un nuevo mundo. Estaba sobre ella, sentía sus manos aferrar mi espalda; e incluso: dominar mi espalda. Nos mirábamos a veces, no para comprobar el deseo del otro sino para estar seguros de la realidad del momento. Lo que vivíamos era, pues, verdad.

Pasamos la noche abrazados, alternando momentos de sueño y otros en que nos mirábamos tranquilamente. ¿Cuántos años hacía que mi cuerpo no había conocido un sosiego tal? A través del cuerpo de Pauline había ahuyentado el dolor. En ese bienestar, tuve la impresión de que hacía más tiempo que me dolía la espalda. Como si ese dolor hubiera vivido en mí de manera soterrada antes de manifestarse no hacía mucho. Tantos años y tantas dificultades me habían agarrotado la espalda. Al liberarme, empezaba una nueva era. Desde luego, no es que todo hubiera acabado por completo. Había arreglado las

cosas con mis padres, mis hijos, mi trabajo y mi mujer, en cierto modo, pero mi pasado me importunaba. Aún necesitaría algo de tiempo para entender lo que todavía me trababa.

Al alba, Pauline me besó con ternura y después, para mi gran asombro, se marchó sin decir nada. Me dije que quería dejar nuestro despertar a la magia de la noche. Evitar la luz y la obligación de hablarse. A mí me hubiera gustado prolongar ese momento con ella. Pero qué se le iba a hacer. A mi edad había dejado de intentar comprender todos los comportamientos de una mujer. Al cabo de unos minutos me asaltaron las dudas. Me había sentido tan bien con ella que ello provocó en mí un nuevo frenesí. Es el efecto secundario de la felicidad. Sentirte bien con alguien te vuelve tan vulnerable... A veces se es decididamente más feliz en soledad, sin tener que armarte de valor para forjar una historia de amor. Más sereno, eso seguro. Una hora después de su marcha me dije que debía enviarle un mensaje. Y eso fue lo que hice. Algo muy sencillo. «Gracias por esta velada. Ha sido maravillosa». ¿Debía añadir que estaba deseando volver a verla? No, era evidente. Era evidente que quería volver a verla, era evidente que íbamos a volver a vernos. Ni un solo detalle de nuestra velada era propio de una relación sin mañana. Quizá incluso nos volviéramos a ver esa misma noche, ojalá. Ya la echaba terriblemente de menos. Su olor, su piel, su voz. Me quedé delante del teléfono. Ya no podía hacer nada más. Aguardaba a que me contestara. Maldije al inventor de ese objeto; pensamos que es una bendición moderna, pero a veces es un instrumento de tortura; al conectarnos unos a otros tan fácilmente materializamos con espantosa inmediatez el rechazo. ¿Por qué no me contestaba? Su silencio hizo nacer en mí una angustia que me provocó tensión en la espalda. Era un círculo vicioso.

8

Intensidad del dolor: 2.

Estado de ánimo: entre la felicidad y la inquietud.

9

Las obras avanzaban deprisa. En pocas semanas podríamos dar una fiesta para la reapertura del hotel. Conocía a una mujer que sabía organizar muy bien esas cosas. Contactaría con una agregada de prensa para que se publicaran artículos sobre el acontecimiento. Vassilis no parecía comprender la utilidad de celebrar la apertura de un hotel, pero confiaba en mí. A veces notaba que estaba como inseguro: muy contento del profundo cambio que se anunciaba, pero al mismo tiempo podía percibir en su mirada como una nostalgia de su hotelito cutre. Era un hombre que iba a cumplir por fin su sueño, aunque se daba cuenta de que los años pasados en una supuesta frustración habían tenido el lustre benévolo de la sencillez. Pero bueno, la mayor parte del tiempo estaba estupefacto y orgulloso. La transformación de su hotel era un poco como si a su hijo lo hubieran admitido en una universidad cara y prestigiosa. Por la noche se sentaba en el vestíbulo y observaba la recepción durante largos minutos, como hipnotizado.

Se me había ocurrido la idea de convertirlo en un hotel literario. No tenía nada de original, pero me parecía divertido cumplir de esa manera con mi propio destino literario. Crear un lugar semejante a un panteón de las palabras era como establecer vínculos con los escritores. Recorríamos los pasillos; al pasar delante de las habitaciones, le expuse mi teoría a Vassilis:

—A los turistas les encanta encontrar un poco de su propio país en el extranjero. Les gusta que les hagan guiños.

—Ya, ¿y?

—Vamos a ponerle un nombre de escritor a cada habitación. Y nos las apañaremos para alojar a los españoles en la Cervantes, a los alemanes en la Musil, a los irlandeses en la Joyce, a los italianos en la Calvino, a los rusos en la Gógol o la Chéjov...

—Sí, vale, me parece que ya lo capto. Podremos poner a los griegos en la habitación Aristóteles... o Platón... o Sócrates..., es difícil escoger..., tenemos tantos genios en nuestra historia...

—Es verdad... —dije para corroborar su repentino arrebató de patriotismo filosófico.

Mientras seguíamos recorriendo el hotel, llegamos delante de la habitación en la que Pauline y yo habíamos hecho el amor.

—Ésta será la habitación Gombrowicz —dije entonces en voz baja.

—¿Quién? ¿Gombrich qué?

—Es un autor polaco.

—Ah, vale... Pues mira, sí, a veces tenemos turistas polacos. Y de hecho suelen ser muy simpáticos...

Vassilis soltó varias frases sobre los polacos mientras bajábamos de nuevo hacia la recepción. Me pareció oírle decir: «Mi hotel es internacional», o algo así. Y yo me quedé delante de la habitación polaca.

Después de nuestra primera noche, Pauline no contestó enseguida a mi mensaje, no lo hizo hasta el final del día. La espera fue una tortura. Me escribió: «Me siento bien contigo». Tardó en contestar, como si necesitara digerir la felicidad. Como a mí, le había desestabilizado la naturalidad de la velada. Es una de las infinitas paradojas del bienestar, y la prueba de que el ser humano posee un sentido innato de la neurastenia pasiva. No sé por qué, pero estábamos los dos un poco asustados. Ambos habíamos vivido nuestros últimos años sin ningún peligro, sin arriesgar nada: nuestro corazón había latido sin excesos, tranquilamente. Yo no siempre entendía la actitud de Pauline, ni tampoco ella la mía. Me faltaba simplicidad. Reflexionaba antes de enviarle el más mínimo mensaje. De nuevo me había alcanzado toda esa inmensa fragilidad asociada a la felicidad total de haberla conocido. Tardamos varios días en volver a vernos, y, al final, lo mejor era no hablar. Hicimos el amor muchas veces durante un fin de semana entero que pasamos en su casa. El cuerpo nos liberaba de nuestros miedos. Nuestra sexualidad era sencilla y libre. Tenía la impresión de descubrir el amor por segunda vez.

Nuestra relación fue inmediatamente en serio. Enseguida nos dijimos cosas que tenían que ver con el futuro. Ella me declaró: «Estoy impaciente por conocer a tus hijos». Una noche quise presentarle a Alice, pero no estaba disponible. Varias veces encontró pretextos para no conocer a Pauline, y me pareció que buscaba hacerme sentir lo que ella misma había sentido. No lo hacía por maldad, yo lo sabía. A ella también le había descolocado la rapidez con la que me había lanzado a esa nueva relación. Y a ella se lo había contado todo, mientras que a Élise no. Eso agravaba sus reparos. Seguía sin saber cómo actuar. Trataba de ser simple, pero nunca es simple romper con un

periodo tan largo de vida. Con Élise la relación era buena. Hablábamos por teléfono dos o tres veces por semana, pero siempre evitábamos la esfera íntima. Hablábamos del hotel, de su trabajo, de nuestros hijos, pero no nos hacíamos ninguna pregunta sobre nuestra vida el uno sin el otro. Pauline comentó algo un día sobre los lazos que me unían todavía a Élise. No estaba celosa, sabía que nuestra relación había terminado, pero sus palabras me hicieron comprender que yo aún tenía apego por mi pasado. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Habíamos vivido una vida juntos. Mi apego ya no era de enamorado, pero tampoco puedo decir que fuera amistoso sin más. Me sentía claro y sin ambigüedades, pero algo me incomodaba. Fue otra conversación con Pauline lo que me permitió comprender lo que sentía en lo más hondo de mí mismo. Me dijo que el fotógrafo quería volver a verla.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no, pero insiste tanto...

—Todavía está enamorado, es normal.

—Puede, no lo sé. Sobre todo tengo la impresión de que quiere que hablemos de nosotros, de nuestro final. Me sorprende un poco, tengo que reconocerlo.

—¿Por qué?

—Porque no lo creía tan sensible. No lo creía capaz de ponerse así.

—Entonces sí que deberías evitar verlo...

—No lo sé...

Yo tampoco sentía celos. No tenía miedo de que volviera con él, ¿y tal vez hacía mal en no tenerlo? Pero me parecía bastante normal que las historias de amor se solaparan así. Hay entonces como una zona mixta del corazón. Eso provoca a veces confusión; a menudo dolor. En el fondo, seguramente es lo más difícil de hacer, terminar una relación. Acababa de entenderlo al escuchar a Pauline hablar de su fotógrafo.

10

Intensidad del dolor: 1.

Estado de ánimo: deseoso de terminar con el pasado.

11

Me presenté en casa de Élise sin avisar. Hacía varias semanas que no había vuelto a mi antigua casa. Me quedé un momento en la puerta, como detenido por mi pasado. Tantas veces había entrado allí mecánicamente, sacándome las llaves del bolsillo; esas llaves que ya no tenía. Al llamar a la puerta iba a inaugurar mi nuevo estatus: el de visitante. No quise anunciar mi visita. Hay actos que no se pueden anunciar, que no se pueden someter a ninguna conversación *previa*. Sólo una vez en la escalinata de entrada pensé que Élise podía no estar en casa. ¿O incluso no estar sola? Esa posibilidad me hizo dudar. En ese preciso momento, Élise abrió la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo...

—Te he visto pasar por la calle, hace cinco minutos. ¿No me digas que llevas todo este tiempo sin decidirte a llamar?

—No. Bueno, sí. Temía molestarte, nada más.

—No me molestas. Estaba leyendo. ¿Quieres entrar?

—Sí.

Pasé al salón. El ambiente se me antojó siniestro. Barrí el lugar con la mirada. Nada había cambiado. Parecía un mausoleo de nuestra relación. Allí veía mi pasado. Estaba convencido de que Élise lo modificaría todo tras mi marcha; y sobre todo su vida. Las rupturas suelen acompañarse de un viento de libertad. Quieres beber, salir, hacerte la ilusión de vivir concretamente una nueva juventud. Pero en su caso no se veía nada de eso. La casa estaba sumida en una penumbra austera. La habitación sobrevivía gracias a la luz de una lámpara modesta, junto a la butaca. Élise leía una novela muy gruesa: y eso tampoco era una estampa de la felicidad; cuando uno es feliz lee novelas cortas; es señal de fragilidad querer sepultarse así bajo cientos de páginas. Me senté en el sofá en silencio. Al cabo de un rato, Élise sonrió:

—Te sientas y no dices nada. ¿Sabes?, cuando uno va a algún sitio..., anuncia la razón de su presencia.

—Sí, perdona. Quería hablar contigo.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias...

Se fue a la cocina y volvió con una botella de vino. Entonces encendió la luz, y a ambos nos sorprendió esa irrupción de claridad brutal.

—Estoy cansada —dijo—. Anoche salí hasta tarde.

—...

En pocos segundos iba a cambiar de opinión por completo. Yo que pensaba haber progresado en mi capacidad de analizar las situaciones con acierto y lucidez, de nuevo estaba muy desencaminado. Élise, que me había parecido en la frontera de lo siniestro, simplemente estaba reventada. De hecho, con la luz pude constatar que el salón no estaba tan ordenado. Descubrí incluso, aquí y allá, objetos fuera de su sitio, ropa tirada por el suelo. Ella que siempre había sido tan maniática se otorgaba ahora el derecho al desorden. Ese simple detalle anunciaba un cambio muy importante.

—¿Ah, sí? ¿Saliste... anoche? —balbuceé, al menos un minuto después de que ella hubiera pronunciado esa frase.

—Sí, Paul me ha creado un perfil en Facebook, y he recibido un correo electrónico de un antiguo amigo del instituto.

—...

—Ha sido divertido volver a verlo.

Una vez más constaté que vivíamos todos las mismas vidas. Así era el ciclo: conoces a alguien, y lo pierdes de vista; y ahora la moda era volver a verse. Con el tiempo te das cuenta de que la vida reduce las posibilidades en cuestión de relaciones humanas, así es que reciclas a los antiguos conocidos. Lo impone la soledad moderna.

—Tiene gracia —dije yo.

—¿Qué es lo que tiene gracia?

—Yo también he vuelto a ver a una antigua conocida. Sophie Castelot.

—Nunca me habías hablado de ella.

—Estábamos juntos en tercero de primaria. Ahora es sexóloga.

¿Por qué dije eso enseguida sobre ella? ¿Qué podía importarle a Élise que Sophie Castelot fuera sexóloga? En ese momento, sobre todo pensé en que no la había vuelto a ver. Había dejado por completo de pensar en ella. Sin embargo, nuestro reencuentro había sido genial. Habíamos prometido volver a vernos, pero el almuerzo se había quedado en un seísmo del pasado sin réplica. Nos gusta volver a ver a la gente, una única vez. Aunque te lleves bien, no es frecuente que una relación renazca de verdad tras una separación tan larga. El entusiasmo radica en las múltiples preguntas que suscita el tiempo pasado sin verse: ¿en qué trabajamos? ¿Qué vida llevamos ahora?

Pero una vez concluido el resumen, volvemos a sentir el sabor ligeramente artificial del momento.

—No vas a volver a verlo —le dije.

—¿Ah, no? ¿Por qué dices eso? Anoche lo pasé bien.

—Sí, ya me lo figuro. ¿De qué hablasteis?

—De nada. De nuestras vidas.

—Me pregunto qué le habrás dicho de nosotros, de nuestra relación, de nuestro final.

—...

—...

—¿Sabes?, no tengo prisa por vivir otra relación —dijo ella de repente.

¿Era una alusión a Pauline? No, estaba seguro de que Alice no le había contado nada. ¿Quizá lo percibiera? Era posible. Recordé el comentario que había hecho en el hospital, cuando querían tenerme en observación: «Deberían preguntarme a mí, yo te he observado tanto...», dijo. Cuán cierto era. La mirada de Élise me parecía tan penetrante como un detector de mentiras. Podía leer en mí, y sin embargo yo trataba de cerrar el libro, intentando que mi rostro traicionara nada.

No. Había dicho simplemente una frase, y yo debía entenderla tal cual. Tenía la manía de buscar sobreentendidos por todos lados, cuando la mayor parte del tiempo las palabras hay que tomárselas en sentido literal. Élise no tenía prisa por vivir otra relación. Sin duda era verdad, sin más. No era su ambición; su deseo sobre todo había sido el de sentirse libre. Abandonar nuestra vida era una esperanza de libertad. No la esperanza de otra relación. Qué terrible realidad: nos dejamos unos a otros para recuperar la libertad. La pareja encierra. Pase lo que pase. Encierra en la obligación de compartir tu vida. La expresión *vida en común* lo dice todo: se vive una sola vida para dos. Entonces a la fuerza llega un momento en que te sientes sin espacio en tu mitad de vida. Te asfixias, necesitas aire y empiezas a soñar con la libertad. Nuestros hijos, nuestro pasado, todo eso era nuestra vida en común, y ahora teníamos vidas distintas, vidas separadas. Sin embargo, no creía que uno pudiera deshacerse tan rápido de veinte años transcurridos juntos. Élise estaba en todas partes en mi vida. Nuestros recuerdos no dejaban de surgir en mi presente. De hecho, a nuestra relación le faltaba un final. Nuestro amor se había quedado sin aliento, pero sentía aún la respiración de Élise cerca de mí cuando quería empezar una nueva parte de mi vida.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí —me hizo notar.

—He desentrañado muchas cosas. Y me encuentro mejor de la espalda.

—Sí, se ve. Vas erguido. Se te ve guapo de pie.

—Ah... Gracias...

—Bueno, ¿y?

—Queda una cosa sin solucionar.

—¿El qué?

—Nuestra separación.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que nos hemos separado de una manera demasiado educada.

—...

Por fin había conseguido ponerle palabras a lo que sentía. Nuestra relación había terminado sin el más mínimo roce, como la agonía de una vela. Para avanzar necesitaba violencia, que algo se rompiera, que algo se quebrara. Necesitaba materializar la ruptura para poder levantar el vuelo. ¿Tan raro era eso?

—Necesito que discutamos.

—¿Qué?

—Sí, repróchame cosas. Enfádate. Encuentra algo.

—Pero...

—Por ejemplo, la basura.

—¿Qué pasa con la basura?

—Te irritaba que nunca la sacara. Pues bien, es el momento de gritarme. Dime que ya no soportas que no saque la basura.

—Pero si a mí me trae sin cuidado la basura.

—No, es muy importante. ¡Enfádate! Dime que soy un vago redomado, un imbécil. ¡Yo qué sé, invéntate lo que sea! ¡Enfádanos!

—Pero no puedo...

—Joder, no entiendes nada. Me pones nervioso. ¡Ya me ocupo yo!

Avancé entonces hacia Élise y le di una señora bofetada.

—¡Pero qué haces! ¡¿Estás loco?!

Se quedó hipnotizada, con la mano en la mejilla. Le había dado fuerte. ¿Quizá había ido demasiado lejos? Nos quedamos así un momento, y luego se expresó:

—De modo que eso es lo que quieres, ¿eh?... Sí, claro que puedo decirte todo lo que no funcionaba entre nosotros. Te puedo hacer la lista de todos tus defectos. Y hasta puedo gritar, si te hace ilusión.

—...

—Eres un blando. Eres blando a más no poder. No se puede vivir con un lameculos como tú. Nunca he visto nada igual. Y además eres lento. Tardas siglos en tomar una decisión. A veces hasta he llegado a preguntarme si no eras un poco lerdo.

—...

—¿Te enteras? ¡He llegado a pensar que eres un LERDO!

—...

—¿Está bien así?

—Sí, está bien. Pero para que sea una discusión en toda regla, también hay que romper cosas, ¿vale?

—Ah, vale...

—...

—Bueno, pues voy a empezar por tus colección de discos. Te la has dejado aquí.

—Oh, no...

—¡Sí! ¡Me pones de los nervios con tus discos de lerdo y de rancio!

Élise se fue corriendo a nuestro antiguo dormitorio, y yo la seguí. Cogió un disco. Era una grabación en directo de John Coltrane en Japón. Una pieza de coleccionista.

—No, ése no... Por favor te lo pido...

—...

Me miró a los ojos y partió el vinilo con una violencia inédita en ella. Como respuesta, me precipité a su armario para desgarrar su blusa preferida. Luego me fui a la cocina y rompí todos los platos. A su vez ella rompió los vasos y las fuentes. La habitación era un país en guerra. Había añicos de cristal por todas partes. Élise cogió también los huevos de la nevera para lanzármelos como misiles. Estuve a punto de caerme al suelo. K. O., y levanté el brazo para rendirme. Pedía paz. Élise se acercó a mí, y nos abrazamos. Entonces dijo en voz baja:

—Tenías razón, a mí también me ha sentado bien.

Estuvimos así largo rato, rodeados por el desastre, con fuerzas ya para vivir el uno sin el otro. Nuestra relación había terminado.

12

Intensidad del dolor: 0.

Estado de ánimo: vuelto hacia el porvenir.

13

Me miré un rato en el espejo. Hacía mucho tiempo que no me ponía un traje. Pauline se acercó a mí, fingiendo que se rendía a los encantos de un desconocido. Le había hecho un regalo de agradecimiento. Su ayuda me había resultado muy valiosa. Esa noche era nuestra noche. Su trabajo había sido magnífico. Al abrir el paquete, dejó escapar un gritito de alegría. «¡Oh, soñaba con ir contigo!». Nos besamos. Un beso interrumpido por Vassilis: «Bueno, tortolitos, ¡esta noche es la gran noche!». Se sentía superestresado. Pero nosotros estábamos seguros de que todo iba a salir bien.

Unas horas más tarde, la fiesta estaba en su apogeo. La organizadora y la agregada de prensa habían conseguido que vinieran muchos periodistas, así como personalidades del mundo literario. Todos parecían apreciar nuestro trabajo. Un editor vino a verme para decirme: «Deberíamos crear el premio literario de Las Pirámides». Ah, sí, ¿por qué no? No tenía ni idea de esas cosas. Se nos acercó un escritor: «Es un sitio bonito... ¡Pero no entiendo por qué ninguna habitación lleva mi nombre!». Se echó a reír, y varias personas a su alrededor lo imitaron. Me dio una palmadita amistosa en el hombro, antes de marcharse hacia otros públicos. Me dirigí entonces a Sylvie, que estaba sola, bebiendo una copa de champán en un rincón. Me había sorprendido verla aparecer con Édouard. Pero lo más asombroso era que parecían tan felices como el primer día.

—¿Qué tal? —le pregunté—. ¿Te aburres?

—No, es una fiesta preciosa, de verdad. Estamos todos orgullosos de ti.

—Me alegro de veros otra vez juntos, ¿sabes?

—Gracias. Yo también.

—...

—Después de lo que pasó entre nosotros... Cuando quise..., contigo... Bueno, ¿te acuerdas...? Vamos, que después de eso... comprendí que yo no estaba bien... Mi vida no tenía sentido... Y Édouard me trataba como a una niña... Me estaba volviendo una amargada... Necesitaba aire...

—Lo entiendo...

—Pero como Édouard no quería saber nada, tuve que mostrarme violenta... Hasta me inventé eso de que me largaba con una mujer... Para que

me dejara respirar un poco...

—Ah...

—Ahora he hecho balance. Y me encuentro mejor. Voy a dejar la pintura... He empezado a impartir clases de dibujo... Es perfecto para mí... Así estoy rodeada de niños...

En ese momento pensé que iba a echarse a llorar. Comprendí de pronto lo que nunca había adivinado: su dolor por no tener hijos. Entonces llegó Édouard:

—¿A qué vienen esas caras largas? ¡Que estamos de fiesta!

—Sí... Sí, de fiesta. ¡Tienes razón! —replicó Sylvie besándolo, y enseguida recuperó el color. Élise y yo no éramos como ellos. Ellos no podían vivir el uno sin el otro. Estaban hechos para poner su vida en común.

Seguí deambulando entre la multitud de invitados. Conocí a numerosos amigos de Pauline. Y por fin le presenté a mis hijos. Era una buena ocasión. Paul había vuelto de Nueva York y al final había decidido quedarse en París. Le propuse vivir en el hotel, y le encantó la idea. Élise también vino; nunca había estado tan guapa; casi podía llegar a pensar que era un experto en no hacer feliz a las mujeres. Estaba con una amiga a la que no conocía. Me agobiaba el momento de presentarle a Pauline. Sin embargo, todo fue sencillo. Se dieron dos besos, con cordialidad. Luego Élise, después de mirarme, le dijo a Pauline: «Ánimo». En varias ocasiones durante la noche vi que se hablaban, y me daban miedo esas conversaciones en las que iban a despedazarme. Pero no, parecían ambas muy relajadas. Con todo, no dejaba de resultar extraño asistir a esas conversaciones. Observaba a Élise, y seguía sin saber en qué momento se había terminado mi matrimonio. La ruptura se había anunciado tras la muerte de mi suegro. Pero ¿cuándo había sido el nacimiento de nuestro final? No se puede conocer el origen de los declives. Quizá en el momento en que me había debilitado físicamente. Cuando mi vida había pesado sobre mis nervios y mi cuerpo. Todo eso estaba ya lejos. La miraba como a una mujer que ya no era la mía.

De manera simbólica, como para señalar el nuevo impulso de mis días, había invitado a los personajes de los últimos meses. Bastaba caminar conmigo para verlos a todos. Ahí estaban mis padres, sentados en un rincón. Y mi padre no había dicho nada negativo sobre el hotel, lo cual era como un milagro. Mi antigua secretaria, Mathilde, había venido también, acompañada por su futuro

marido. Me alegró mucho, aunque también me sorprendió un poco, que Audibert se molestara en venir. En un momento dado me dijo: «¡Espero que no nos haga la competencia!». También me hizo mucha ilusión volver a ver a Sophie Castelot. En varias ocasiones le pregunté por un invitado u otro: «Bueno, y su problema ¿cuál crees que es?». Resultaba muy divertida comentando la velada desde el estricto punto de vista de los problemas sexuales de cada uno. Mientras seguía mi camino, me salían al paso también los testigos de mis peores momentos. El osteópata, amigo de Édouard, había respondido a mi invitación. Así como el psicólogo, a cuya consulta sólo había ido una vez. La magnetoterapeuta estaba, por supuesto, entre los invitados, pues a fin de cuentas a ella le debía mi relación de pareja. Envié una invitación al médico que me había hecho las radiografías, y al de la resonancia magnética. Por extraño que pueda parecer, se apuntaron a la fiesta.

Y ahí estaba yo flotando entre todos esos figurantes, unidos por un extraño punto en común: su paso por mi vida.

EPÍLOGO

Le regalé a Pauline unos billetes para Berlín. Nos fuimos una semana a principios de año. La ciudad estaba vacía y hacía frío, lo cual era perfecto: teníamos todas las razones del mundo para quedarnos en la cama. Ni hablar de salir de la habitación: es ridículo visitar una ciudad, por hermosa que sea, cuando se está enamorado. Mi puerta de Brandeburgo es Pauline. Mi Checkpoint Charlie es Pauline. Mi Reichstag es Pauline. Mi Columna de la Victoria es Pauline. Y así sucesivamente... Enumero las bellezas de esta ciudad que ya no quiero visitar.

Nuestra habitación es un capullo. Como mucho se oye el sonido de la lluvia sobre la ciudad. Hace tiempo que Pauline está en la ducha (se relaja de pie, como en un baño vertical). Le hago señas a través del cristal, pero no me ve. Me pongo a ordenar su ropa interior, tirada por el suelo, y la mía también, de hecho: parecen los vestigios de una desenfundada escena sexual, pero no, simplemente somos unos desordenados. Tomo entre mis manos delicadamente una de sus bragas y me pongo a olisquearla como un loco, como un maniaco, como un idiota. A su vez, ella me mira a través del cristal sin que yo la vea. Despacio, deslizándose como si su cuerpo se hubiera vuelto de jabón, abandona el cuarto de baño para colocarse delante de mí. Levanto de pronto la cabeza sin saber si debo mostrarme avergonzado o heroico. Al final ella zanja la cuestión diciendo:

—Eres un psicópata.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. Eres un psicópata.

—¿Porque huelo tus bragas?

—No sólo por eso. También por tu forma de espiarme mientras me ducho.

—Creía que no me veías.

—He fingido no verte. ¿Has conocido a alguna mujer que no sepa que la están mirando?

Durante nuestra semana berlinesa ocurrieron innumerables escenas similares. Cortas acciones en las que recoríamos todas las posibilidades de la puesta en escena amorosa. Así transcurrieron las horas, en una rapidez malvada. El día de nuestra partida nos despertamos tarde (¿un acto fallido?). Pedimos un taxi mientras hacíamos el equipaje a toda prisa. Una vez en el aeropuerto, echamos a correr como locos para encontrar nuestro mostrador de facturación. Pauline corría delante de mí, y yo veía su pelo suelto, que saltaba a un lado y a otro. Era la visión caótica más tranquilizadora que existe (paradoja). Corríamos, corríamos, corríamos. Corría, corría, corría. Hacía mucho tiempo que no corría así. Ya no sentía el más mínimo dolor. Era una alegría infinita, desenfrenada, libre. Tenía ganas de contarle mi felicidad a todo el mundo.

Notas

[1] Es decir, la opinión de mis padres. <<

[2] En una escala del 1 al 10. <<

[3] Junto con: «gestionar», «fracción», «balance», «cronista», «consanguíneo», «punción» y «rasposo». <<

[4] Estamos unidos unos a otros por esas máquinas; hay días en que ese hecho me produce una verdadera felicidad; otros, en cambio, una sensación de ahogo... <<

[5] Se trata de Nina. Me pregunto qué habrá sido de ella: ¿será jurista, florista o artista? <<

[6] Nacido en Niort en 1952, murió el 18 de febrero de 1993 en Villejuif, de un cáncer de huesos. <<

[7] En sentido metafórico. Me refiero a que era piscis; y de mi ascendiente, escorpio, había heredado un gusto desmedido por la penumbra. <<

[8] Por supuesto, entró sin llamar, pero si empiezo a precisar todas sus faltas de tacto va a ser el cuento de nunca acabar. <<

[9] ¿O quizá fuera al revés? A las vacas les encanta mirarnos. <<

[10] Me recordaba a esa gente que llama a los programas de la radio para dar su opinión sobre cualquier cosa. Y algunos llaman para dar su opinión sobre la opinión del radioyente que acaba de llamar. Un desfile de opiniones sin fin.
<<

[11] Más tarde me enteraría de que el padre de ese hombre había sido un renombrado arquitecto, antes de morir prematuramente. <<

[12] Huelga decir que considero a mi mujer una excepción en el mundo de las mujeres. <<

[13] Junto con la Fórmula 1 y los museos arqueológicos. <<

[14] Zinedine Zidane en la final del Mundial de Fútbol de 2006. <<

[15] Sí, ya lo sé, esta palabra no existe; pero es la que me viene a la cabeza. <<

[16] Desanudar no es sino un sinónimo de desenlazar, lo que me lleva al término «desenlace»: de pronto caigo en la cuenta del simbolismo de esta palabra. <<

[17] Pero ¿a quién narices se le habrá ocurrido eso de las ovejas? ¿Quién fue el primer hombre o la primera mujer que se dijo: «Anda, mira, esta noche, para dormirme, voy a contar ovejas»? Y, después, ¿cómo hizo esa persona para contaminar al mundo entero? <<

[18] Esto también me lo tienen que explicar: la incompatibilidad total entre el mundo médico y el mundo de la letra legible. <<

[19] A menudo ocurría que el jueves encontrara la respuesta a una pregunta que me habían hecho el lunes. <<

[20] También había esta cita de Woody Allen: «La única manera de ser feliz es que te guste sufrir». O esta alegre perla de Scott Fitzgerald: «Toda vida es un proceso de demolición». <<

[21] Este momento ya no podrá existir nunca más. La protagonista de *Domicilio conyugal* murió de cáncer a los cincuenta y ocho años, el 1 de diciembre de 2008. <<

[22] Dicho sea de paso, me doy cuenta de que las películas que no me gustaban solían terminar por «a». <<

[23] ¿O es que yo llegué diez minutos antes? <<

[24] Nunca olvidaré lo maravillosamente bien que actuó la barbilla de Meryl Streep. <<

[25] Otra expresión que me gusta: hacer algo en una corazonada. El corazón, pese a estar siempre lleno de vacilaciones y de incertidumbres, te impulsa a hacer algo, a actuar, para que nunca puedas lamentar no haberlo intentado todo. <<

[26] Un dentista en un poema de Éluard. <<

[27] La peor es: «Pierdes una, y acuden otras diez». ¿Quién puede pensar que diez mujeres esperan tu celibato? Y, francamente, diez es excesivo. Para consolarse bastaría con una sola. <<

[28] Sí, me enteré entonces de su nombre: Pauline. Me sorprendió bastante. No sé por qué pero había intuido que se llamaría Caroline o Amandine. <<

[29] Al día siguiente mismo fui a comprar ese libro. Efectivamente, evoca a dos mujeres hablando sólo de su boca: «Una boca empezó a “asemejarse” a la otra, y veía al mismo tiempo al marido de Léna que le hablaba, a León que intervenía en la conversación, a Catherette atareándose alrededor de la mesa y de la boca que se asemejaba a la otra boca como una estrella a otra estrella, y esa constelación bucal confirmaba mis aventuras nocturnas, que hubiera querido olvidar. [...] Esa boca y esa boca por un lado la espantosa fealdad de una desviación lateral huidiza, y por otro esa virginidad frágil y pura que se cerraba y se entreabría ligeramente, ¿qué podían tener en común?». <<